

Retamozo, Martín

El movimiento de trabajadores desocupados en Argentina: Subjetividad y acción en la disputa por el orden social

Tesis presentada para la obtención del grado de Doctor en Investigación en Ciencias Sociales con especialización en Ciencia Política

Director: Garza Toledo, Enrique de la

Retamozo, M. (2006). El movimiento de trabajadores desocupados en Argentina: Subjetividad y acción en la disputa por el orden social. Tesis de posgrado. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales. Sede Académica de México. En Memoria Académica. Disponible en: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.309/te.309.pdf>

Información adicional en www.memoria.fahce.unlp.edu.ar



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>



DOCTORADO EN INVESTIGACIÓN EN CIENCIAS SOCIALES

Con Especialización en Ciencia Política

IV Promoción 2003-2006

EL MOVIMIENTO DE TRABAJADORES DESOCUPADOS EN ARGENTINA

Subjetividad y acción en la disputa por el orden social.

*Por
Martín Retamozo*

Tesis presentada para obtener el título de Doctor en Investigación en Ciencias Sociales
con especialización en Ciencia Política de la Facultad Latinoamericana de Ciencias
Sociales-Sede Académica de México

Director de Tesis: Dr. Enrique De la Garza Toledo

Seminario de Tesis: Dra. Graciela Bensusán

Lectores:

Dra. Angélica Cuellar

Dr. Hugo Zemelman

Dr. Aníbal Viguera

- Esta tesis corresponde a estudios realizados con una beca de la Secretaría de Relaciones
Exteriores otorgada por el Gobierno de México.-

México D.F., Julio de 2006

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS	4
NECESARIA NOTA PREVIA	7
INTRODUCCIÓN	9
 CAPÍTULO I. Los Estudios Sobre Movimientos de Desocupados en Argentina	 14
1. “Lucha de clases”: la perspectiva marxista clásica	15
2. El “marxismo abierto”	19
3. El autonomismo	21
4. Neoliberalismo y protesta social	26
5. Sociología Política: movimientos sociales y acción colectiva	29
 CAPÍTULO II. Estructura, subjetividad y acción	 34
1. Estructura, subjetividad y acción en la teoría sociológica	34
1.1 Estructura y acción en la teoría crítica	34
1.2 Acción, sentido e intersubjetividad	39
1.3 El estructuralismo genético	41
1.4 Teoría de la estructuración y agencia	43
2. Movimientos sociales y acción colectiva	45
3. Subjetividad: estructura y la acción	49
3.1. Estructura, subjetividad y orden social	50
3.1.1. La construcción de las estructuras	51
3.1.2. Estructura y subjetividad	52
3.1.3. La conformación del orden social	54
3.1.4. Estructura y acción	56
3.1.5 Investigación de aspectos estructurales	58
3.2. Subjetividad colectiva	60
3.2.1 Configuraciones subjetivas	61
3.2.1.1 Subjetividad y cultura	66
3.2.1.2 Subjetividad y formas de razonamiento	70
3.2.1.3 Subjetividad y temporalidad	74
3.2.1.4. Subjetividad y acción	75
4. Subjetividad, sujetos y movimientos sociales	76
4.1. De las subjetividades colectivas y los sujetos sociales	77
4.2. Sujetos y movimientos sociales	78
4.2.1. Identidad y movimientos sociales	79

4.2.2. Voluntad colectiva	84
4.2.2.1. Deseo, movilización y acción	87
4.2.2.2. Decisión y acción	87
4. 3. Acción: el sujeto en movimiento	90
4. 4. La construcción de la demanda social	91
4. 5. Organización	94
4. 6. Imaginario Social	95
4. 7. Proyecto	96
 CAPÍTULO III. Condiciones de sociabilidad: Neoliberalismo en Argentina o “nada es lo que solía ser”	 99
1. Los orígenes de la tragedia (1976-1989)	100
2. La década del noventa: el orden neoliberal	103
2.1.El mundo del trabajo y los sectores populares	106
2.2.Estado y sociabilidad	116
3. Subjetividad y cambio en las condiciones de sociabilidad	119
 CAPÍTULO IV. Breve historia del Movimiento de Desocupados	 122
1. Cutral Co y Plaza Huincul (Neuquén, 1996-1997)	123
2. Los cortes en Salta: Tartagal y General Mosconi	126
3. Organización y acción de desocupados en el conurbano bonaerense	128
3.1. Experiencias con desocupados y militancia. Orígenes del los MTD	129
3.2. La Matanza: orígenes del “Eje Matancero”	131
4. Los intentos de unidad. Los “Congresos Piqueteros”	134
5. Las jornadas del 19 y 20 de diciembre de 2001	137
6. El gobierno de Duhalde	139
6.1. La masacre de Avellaneda	141
6.2. Las elecciones del 2003	142
7. La administración Kirchner	144
 CAPÍTULO V. Configuraciones subjetivas subalternas en la conformación del movimiento de desocupados	 148
1. Configuración subjetiva: sentidos relevantes en el mundo popular	149
1.1. Sentidos del trabajo en la construcción de la subjetividad	150
1.2. Los sentidos del Estado	170
2. La construcción de la demanda: “trabajo”	173
2.1. El principio: necesidad, demanda, acción	181
2.2. Redes sumergidas, organizaciones populares y participación	190
 CAPÍTULO VI. Acción, organización y subjetividad colectiva	 195
1. Organización y acción comunitaria. Construcción y transformaciones de la subjetividad	196
1.1. Lógica asamblearia y subjetividad	206

1.2. Espacios de producción: trabajo y subjetividad	213
1.3. Relaciones cotidianas y subjetividad	222
2. La acción disruptiva. Piquete y subjetividad	223
2.1 Piquete: subjetividad e identidad	233
3. La dimensión utópica. Acción: praxis y proyecto	237
 CAPÍTULO VII. Subjetividad, movimiento y la constitución de la alteridad	 240
1. El gobierno	241
2. La policía	250
3. Los políticos, la política: entre partidos y punteros	259
4. El público general: los sectores medios	264
5. Los “otros” trabajadores	268
6. Los medios de comunicación	271
7. Los empresarios	275
8. Las otras organizaciones: los “otros” en el “nosotros”	278
9. Consideraciones finales sobre la alteridad	279
 CAPÍTULO VIII. Reflexiones finales. Subjetividad popular y disputa por el orden social	 282
1. Fases de la articulación estructura, subjetividad y acción en el movimiento de desocupados	283
1.1 Antecedentes en la era neoliberal: dislocación hegemónica y construcción molecular	284
1.2 Expansión de la demanda y articulación del movimiento	285
1.3 Subjetividad y acción en el contexto actual	289
 2. Subjetividad, sujeto y movimiento en la disputa por el orden social	291
2.1. La demanda de los desocupados y el orden social	291
2.2. Acciones: prácticas y praxis en el movimiento de desocupados.	
 - ANEXO I. Caminos de investigación: ontología, epistemología, metodología	298
- ANEXO II. Índice de nombres de las organizaciones	310
- ANEXO III. Listado de entrevistas y observaciones	316
 BIBLIOGRAFÍA	320

Agradecimientos, dedicatorias y nombramientos

Para los griegos lo contrario al olvido era la verdad. Combatiendo a los monstruos del olvido, los húsares del recuerdo me acercan personas y lugares que necesito nombrar. La memoria sigue siendo el único antídoto contra la muerte.

Quiero agradecer y dedicarle esta tesis a mi familia. Por el apoyo de siempre y por los momentos compartidos (domingueando en asados de mesa larga, los mates de la tarde, y esa capacidad de defender la alegría al sabernos juntos). A mis viejos porque encontré siempre en ellos la palabra justa, la infinitud del amor y la incondicionalidad. Sin ellos nada de esto hubiera sido posible (literal y metafóricamente). A mis hermanos, Manuel y Marcos, porque tienen que cargar conmigo sin poder quejarse demasiado y porque los quiero mucho. A mis tíos, especialmente al Gordo y la Chuny, que me “bancaron” en mi estadía en Buenos Aires, por esa forma de estar conmigo, siempre. A la banda de primos porque son parte de mí.

A mi abuelo Coco, porque me enseñó a pescar felicidades.

A los gurises (mis amigos de Chajarí) porque me cubren las espaldas y tienen formas fascinantemente pueblerinas de armar amistades y momentos de los que me siento parte. Por esperarme cada vez que vuelvo con un abrazo, el fuego, el vino y la pelota listos.

A Virginia, por aliada y compañera de tormentas, por tanta felicidad (tal vez demasiada) que inventamos, juntamos y nos hicimos.

A la Negra, por amores y dolores.

A Lucía, porque llena mis ojos. Por esa forma desmesurada de amar. Por lo que estamos haciendo y, en especial, por los sueños que nos falta caminar juntos, todos

A la banda de los amigos personales (Arturo, Juan, Egon, Sergio, Moisés y la personala Rebeca) porque encontré en ellos la complicidad de noches de cantina, de viajes y fútbol. Porque nos convocaron los hoplitas de la Moira y porque nos ocupamos de hacer el resto. Esta amistad, no dudo, será para siempre.

A mis compañeros, en especial a Mónica que absurdamente juntó su candidez y se fue a vivir al barrio de detrás de las estrellas.

A los trabajadores de FLACSO, por la cotidianeidad sincera. A Heleno, porque no sabe de fútbol y su lentísima letanía para sacar las copias, a Laura por sus preocupaciones y al resto que sería muy largo enumerar pero que siempre estuvieron dispuestos a darme una mano.

Un día del 2002 conocí a Graciela Bensusán en La Plata, allí se inició un vínculo que espero dure. Gracias porque además de su enorme aporte como coordinadora del seminario supo ser alguien con quien pude contar en México.

A Aníbal Viguera “*El Jefe*” porque luego de haber compartido trabajos y charlas, me apoyó personal, intelectual y académicamente para realizar el doctorado.

Le quiero agradecer a Enrique De la Garza Toledo, por su generosidad intelectual, sus aportes como director de tesis y por compartir conmigo lugares, espacios y charlas que significaron un aprendizaje en todo el sentido de la palabra.

A Angélica Cuellar, por esa precisión en los comentarios a los borradores, a mis correos electrónicos, siempre rigurosos e inteligentes y a la vez con una calidez que facilita el trabajo.

Al Dr. Hugo Zemelman por su disposición y generosidad para compartir espacios invalorable para la construcción de pensamiento crítico.

Quiero agradecer a todos los entrevistados y participantes, verdaderos protagonistas de la historia, que se prestaron a mis preguntas, dudas y comentarios. A la Negrita de “la Verón”, a Toty y Rosa, al Gallego, a Lucas y los demás “Pibes de la Boca” y en ellos al resto de los compañeros que me abrieron la puerta con una dulzura desinteresada que me llevo guardada. Por supuesto que lo vertido en este trabajo no los compromete.

Esta tesis es un homenaje a los compañeros desaparecidos, torturados, exiliados, presos y muertos. Porque lucharon para que mi patria sea justa, libre y soberana, porque dieron su vida para hacer este mundo un lugar habitable. Para los compañeros que no negociaron la sangre. A los que no les quebraron la mirada y andan armando sueñitos históricos para realizar en conjunto. A los que luchan toda la vida, como dice Brecht, por “imprescindibles”.

A los pibes que desobedecieron a la posmodernidad y siguen en el combate por la búsqueda de la justicia social. A mis compañeros de militancia porque con ellos aprendí más que en las aulas.

- **NECESARIA NOTA PREVIA**

*Señor, perdóname por haberme acostumbrado a ver que
los chicos que parece, tener ocho años, tengan trece;
Señor, perdóname por haberme acostumbrado a chapotear por el barro;
yo me puedo ir, ellos no;
Señor, perdóname por haber aprendido a soportar el olor de las aguas servidas,
de las que me puedo ir y ellos no;
Señor, perdóname por encender la luz
y olvidarme de que ellos no pueden hacerlo;
Señor, yo puedo hacer huelga de hambre y ellos no:
porque nadie hace huelga con su hambre;
Señor, perdóname por decirles "no sólo de pan vive el hombre",
y no luchar con todo para que rescaten su pan;
Padre Carlos Mugica, 1969*

La tarea de una tesis doctoral como la presente se enmarca, claro, en ciertas convenciones académicas, pero no por ello deja de ser una tarea humana. En particular el trabajo de campo realizado entre los meses de marzo y septiembre de 2005 en Argentina significó, para mí un aprendizaje fundamentalmente en lo personal. En cada mate compartido, cada manifestación y cada charla me vi enriquecido por esos hombres y mujeres que aceptaron compartir conmigo sus historias, sus penas, sus alegrías, sus derrotas, sus deseos, esos “sueñitos rotos por la realidad” y los otros aún intactos.

Muchas de las entrevistas realizadas se hicieron con un fondo de bombos y cánticos. Al revisar los audios me encontré con el viento filtrándose en el micrófono del grabador y fue imposible no remitirme al viento helado paseándose por la ruta y metiéndose en los huesos, en el alma. Y de allí a preguntarme dónde estarán esos dispuestos “entrevistados” que deben campear el invierno con un subsidio por familia de 50 dólares mensuales.

A las dificultades metodológica propias de la propuesta que sustenta este trabajo debí sumarle, en ocasiones, aquella signada por esquivar el pesado humo de las cubiertas que ardían sobre el pavimento. Algunas entrevistas se realizaron al compás de las máquinas de cocer en los insipientes talleres textiles, donde entre risas cada uno de los entrevistado fue desgranando su experiencia. Otras fueron realizadas con la voz de decenas de chiquitos esperando a su maestra para iniciar las clases en el jardín de educación popular. Como consecuencia, más allá de la contribución al saber de un tema que toda tesis debe aportar, el trabajo realizado refuerza la idea de la investigación en ciencias sociales como un espacio vital, donde el investigador *qua* sujeto es transformado en el proceso de objetivación de un campo de estudio. En este sentido, personal, entonces la experiencia ha sido valiosa, quedará para los lectores evaluar su valía académica y para los protagonistas de la historia ver si pueden aquí encontrar elementos que contribuyan a pensar, pensarse y pensarnos mejor.

*Si me dieran a elegir, yo elegiría
esta salud de saber que estamos muy enfermos,
esta dicha de andar tan infelices.
Si me dieran a elegir, yo elegiría
esta inocencia de no ser un inocente,*

*esta pureza en que ando por impuro.
Si me dieran a elegir, yo elegiría
este amor con que odio,
esta esperanza que come panes desesperados.
Aquí pasa, señores,
que me juego la muerte.*

(Juan Gelman, El juego en el que andamos)

- **INTRODUCCIÓN**

La constitución de un movimiento social compuesto en su mayoría por hombres y mujeres desempleados como el originado en Argentina puede considerarse un desafío para las ciencias sociales. Esta importancia se acentúa si consideramos que el caso constituye un hecho sin precedentes en el contexto latinoamericano y tiene lugar en un país emblemático en la profundización de políticas neoliberales durante la década del noventa. La particularidad del caso argentino legitima el esfuerzo de la investigación que se oriente a la comprensión de los diferentes procesos sociales que se articularon en la movilización, acción y organización de una parte de los desocupados. No obstante, esta excepcionalidad no agota las dimensiones de interés de un estudio sobre el llamado “movimiento piquetero”. El abordaje de este fenómeno nos sitúa frente en un campo de estudio que consideramos urgente de profundizar: los estudios de las subjetividades colectivas implicadas en la conformación de sujetos y movimientos los cuales disputan en el contexto de relaciones estructuradas por el orden neoliberal.

En esta perspectiva, la presente tesis se interroga a cerca de los espacios de la subjetividad colectiva en la formación del movimiento de trabajadores de desocupados en Argentina y por las implicancias que su constitución tiene en la institución del orden social. Por lo tanto acepta un doble reto para la investigación. Por el lado teórico, el construir un andamiaje conceptual heurístico que posibilite superar las limitaciones en la investigación de subjetividad y acción en el caso de los movimientos sociales y su disputa por el orden social. Por el lado empírico, reconstruir los procesos subjetivos involucrados en la acción colectiva elaborada por los desempleados.

En esta perspectiva entendemos que su constitución como movimiento social no puede comprenderse sin un análisis de la configuración subjetiva subalterna que lo involucra. Es decir, sin escudriñar en los sentidos populares inscriptos en el mundo del trabajo, la percepción de los derechos y las experiencias de organización colectiva, como así tampoco sin investigar los procesos de acción y organización que involucra la subjetividad de los desocupados.

La historia de nuestros pueblos latinoamericanos debe ser investigada en profundidad y con rigurosidad como forma de contribuir a la construcción de sociedades emancipadas.

El abordaje de la historia y las clases subalternas desde una pregunta por el proceso histórico político es fundamental para los que sostenemos la imperiosa necesidad de superar el orden de dominación actual y avanzar hacia formas de organización social basadas en criterios de justicia social. Para esto no basta con la imaginación de mundos posibles y deseables, sino que se requiere del trabajo de reconstrucción de la historicidad condensada en los sujetos sociales que disputan la construcción del orden y los proyectos sociales. De esta manera la preocupación por los sujetos y movimientos colectivos rebasa la motivación académica para anclarse en una necesidad política que se pregunta por la capacidad de éstos de transformar la utopía en historia (Zemelman, 2001)

La urgencia de comprender los avatares que se suceden en los distintos rincones del subcontinente no puede considerarse un imperativo de contribuir al saber acumulado, sino que alcanza un nivel propio del saber político. Esto no supone teñir de afán emancipatorio las acciones y movimientos sociales de origen popular que se suscitan. Muy lejos de ello nos obliga a la reconstrucción de los procesos de una forma rigurosa para comprenderlos en sus potencialidades y en sus limitaciones, en sus orientaciones para el cambio y en sus aspectos conservadores. Si la historia es un producto humano y contingente, y el presente es una condensación temporal de pasado y futuro, entonces sólo una reconstrucción de los procesos sociales y los sujetos –como condensadores de historicidad- nos puede hablar de las posibilidades y obstáculos para proyectos viables de sociedades justas.

El trabajo que presentamos se inscribe en el marco de los estudios sobre movimientos y sujetos sociales, subjetividades colectivas y acciones populares en los últimos años en América Latina, particularmente en el contexto de implementación (y consecuencias) de la fase neoliberal del capitalismo. Esta línea de investigación busca dar cuenta de la relación entre las estructuras sociales y la acción colectiva a partir de proponer mediaciones dadas por la constitución de subjetividades y sujetos sociales (De la Garza, 1992; Zemelman, 1992; Montero Justiniano, 2003; Hernández Romo, 2003). La formación de los sujetos colectivos ha sido una preocupación constante para las ciencias sociales fundamentalmente por tres razones. En primer lugar, por la necesidad de investigar los factores que posibilitan e inciden en la acción colectiva: cómo se definen objetivos, conformaciones identitarias, imaginarios, repertorios de acción y proyectos.

Segundo, por entender que los sujetos colectivos tienen un papel central en la conformación del orden social y su cambio. De esta manera, abordar las dimensiones de un sujeto supone encontrar aspectos que orientan en la comprensión de los procesos de constitución de las sociedades. Y finalmente, se ha defendido a los sujetos sociales como “condensadores de historia” con potencialidades de futuro (Zemelman y Valencia, 1990; Zemelman, 1995 y 1997). Es decir, desde una epistemología que recupera la dimensión del porvenir como constitutivo del conocimiento histórico-político (Zemelman, 1992), el análisis de los sujetos sociales brinda la capacidad de pensar órdenes sociales futuros posibles-deseables. (De la Garza, 2001b).

En este trabajo nos preguntamos por qué y cómo fue posible el movimiento de desocupados desde una perspectiva teórica que hace su entrada problematizando las formas de conformación de los sujetos colectivos, y permite interrogarse, también, por sus potencialidades y limitaciones para la transformación social. Para este objetivo hemos centrado nuestra atención en los periodos de conformación del movimiento de desocupados en el conurbano de Buenos Aires desde 1996. En estos territorios hemos realizado las observaciones de campo, además de una serie de entrevistas (el listado de ambas puede consultarse en el Anexo) que fueron analizados a partir de una perspectiva reconstructiva.

En este contexto es que presentamos este trabajo estructurado de la siguiente manera: En el primer capítulo ofrecemos una revisión de los principales paradigmas en el estudio de la movilización social en Argentina, especialmente, del movimiento de desocupados. Allí se establecen tanto los alcances como las limitaciones de estos trabajos, y se identifican umbrales propios para la investigación. En el segundo capítulo se construye el andamiaje teórico que será puesto en juego para la reconstrucción del problema propuesto. A partir de recuperar en una configuración teórica aportes provenientes de otros paradigmas y elaborarlos en un andamiaje propio se establecen categorías (como herramientas plásticas) para la tarea de investigación. En este capítulo, particularmente, trabajamos como eje el problema de la relación entre estructuras y acción, a partir de una concepción que propugna la centralidad de los procesos de la subjetividad colectiva como claves epistemológicas densas para el estudio de los sujetos y movimientos sociales. El tercer capítulo lo establecemos como apertura del tratamiento del caso particular de

investigación. De acuerdo a la importancia otorgada a los contextos de la acción (las estructuras) nos abocamos a una reconstrucción de las condiciones de sociabilidad en que se construyó el movimiento de desocupados. En este punto hacemos hincapié en las transformaciones que el orden social neoliberal operó en ámbitos centrales para la conformación e los sujetos subalternos en Argentina como son el mundo del trabajo y el rol del Estado. La historia del movimiento de desocupados en general es el eje del cuarto capítulo. Allí se presentan distintas fases de constitución del movimiento con el objetivo de presentar al lector las distintas etapas, afluentes, dilemas y dificultades organizativas del movimiento de desocupados a nivel nacional desde las primeras acciones donde participaron desocupados en 1996 hasta el gobierno de Néstor Kirchner. El quinto capítulo constituye uno de los aportes centrales de esta tesis al enfocarse en los procesos subjetivos de construcción de la demanda social y la participación colectiva subalterna. En el mismo se identifican los sentidos densos y la configuración subjetiva particular que permitieron construir la acción colectiva en el trasfondo de los cambios suscitados por la hegemonía neoliberal. El capítulo seis, por su parte, avanza sobre la senda abierta en el anterior, indagando por las formas de acción que el movimiento despliega tanto cotidianamente como en el campo de la protesta. En el capítulo siete reconstruiremos la identificación de las alteridades constitutivas en el proceso de movilización y los sentidos subjetivos que se usaron para significar a esos “otros” (Estado, gobierno, policía, sectores medios, prensa, etc.). Finalmente, presentamos referencias a las formas particulares de articulación entre estructura, subjetividad y acción que constituyeron el movimiento de desocupados, para concluir con un balance de lo expuesto en referencia a las portencialidades y límites del movimiento de desocupados para plantear una constelación posneoliberal.

Claves de lectura: Los nombres de las personas entrevistadas han sido, en general, cambiados para proteger su identidad. Se ha optado por dejar las referencias originales cuando se han tomado palabras en actos públicos o de la prensa. Lo mismo elegimos modificar los nombres de algunos lugares y organizaciones en los que se realizaron observaciones con el fin de no interferir en las actividades de las agrupaciones que

aceptaron colaborar en este trabajo. En algunos pasajes se optó por hacer una referencia al sector al que pertenece el entrevistado (o el lugar de observación) sin precisar el encalve exacto del mismo buscando respetar las actividades y posiciones políticas de éstos. Los nombres de las organizaciones se especifican en el cuerpo del texto con siglas, no obstante en el anexo pueden consultarse el listado completo de sus nombres con una breve caracterización.

CAPÍTULO I

Los Estudios Sobre Movimientos de Desocupados en Argentina

La pregunta por la trama de los conflictos sociales ha sido uno de los ángulos desde el cual la teoría política moderna se preguntó por la constitución del orden social. Los escritos de Maquiavelo, Locke, Hobbes y Marx son, cada uno a su manera, una muestra de ello. En Argentina, la conflictiva y siempre inacabada disputa por el orden es un campo de estudio que ejerce cierta fascinación obsesiva sobre quienes, en especial desde las ciencias sociales de tradición crítica, buscan comprender el proceso histórico-político contemporáneo. A esta preocupación por la movilización social se le suman los rasgos particulares que adquirió una protesta como la desarrollada por personas sin empleo (un “milagro” en palabras de Bourdieu, 1999) que concitó la atención de numerosas investigaciones las cuales intentaron, desde diversos enfoques y preocupaciones, dar cuenta de la movilización de los desempleados y sus consecuencias políticas. Esta inusitada atención al fenómeno se cimentó; a) en la visibilidad de la protesta que ocupó frecuentemente la primera plana de los medios de comunicación y de la agenda pública; b) por la radicalidad de una experiencia de quienes –teóricamente- se predicaba una imposibilidad de acción colectiva; c) en la necesidad desde ciertos sectores de reeditar un sujeto emancipatorio o de cuestionar la viabilidad crítica de un movimiento, como el de desocupados, a partir de ciertas concepciones de la historia.

Como resultado, se han publicado una serie de trabajos ensayísticos y de investigación con el objetivo de responder los desafíos implicados por la aparición de un sujeto –inesperado- en el escenario político. El propósito de este capítulo es indagar en la vasta producción intelectual sobre nuestro objeto de estudio con los siguientes fines. En primer lugar, ofrecer al lector un estado de la cuestión sobre el tema que versa esta tesis. En Segundo, indicar los puntos de avance que estos trabajos han conseguido y las limitaciones que evidencian. Tercero, mostrar que es importante un estudio desde un enfoque que problematice la subjetividad colectiva y los sujetos sociales para avanzar en la comprensión del movimiento de desocupados, así como sus implicancias para la constitución del orden social y su futuro.

1. “Lucha de clases”: la perspectiva marxista clásica

En la búsqueda de explicaciones a la protesta social desarrollada en la Argentina reciente, un lugar importante es ocupado por publicaciones inscriptas en tradiciones de pensamiento marxista¹. En esta perspectiva, autores dedicados a estudiar formas de protestas obreras en Argentina, como Nicolás Iñigo Carrera y María Celia Cotarelo (Iñigo Carrera y Cotarelo, 1997a, 1997b, 1998, 2001; Cotarelo, 2000, 2002; Iñigo Carrera, 1999), han incluido en sus trabajos la preocupación por aquellas protagonizadas por desocupados. Estos investigadores han privilegiado una mirada que incorpora a las acciones de los desocupados en un ciclo de luchas obreras que se origina en los saqueos de 1989 y desemboca en las jornadas de diciembre de 2001. En este período los autores analizan el conflicto social producido en Argentina donde, indudablemente, los desocupados fueron un actor relevante, en búsqueda de rasgos de lucha de clases.

Respondiendo a los postulados marxistas clásicos, conciben que el sujeto del cambio social es la clase obrera industrial, actor de la lucha de clases. Por su parte, el método de confrontación, el repertorio de acción colectiva, que expresa esta lucha de clases, según este punto de vista, es la *huelga general*² (Cfr. Luxemburgo, 1920:9). La convocatoria a huelgas generales se convierte en un indicador utilizado en estos estudios porque expresa los niveles de ascenso de lucha y conciencia de clase por parte de los trabajadores. Frente al crecimiento de protestas llevadas a cabo por un sector social que en textos marxistas clásicos aparece como “*lumpenproletariado*” o “ejército industrial de reserva”, esta óptica se enfrentó a un problema epistemológico: lo que se suponía *de reserva* se constituyó como un actor central del combate en el terreno del conflicto social.

La emergencia de un movimiento de masas como el conformado por los desocupados generó varios interrogantes que, leídos desde esta perspectiva, produjeron dilemas de

¹ En esta corriente de análisis tiene un lugar destacado la publicación *Herramientas. Revista de debate y crítica marxista* y el *Programa de Investigación sobre el Movimiento de la Sociedad Argentina* (PIMSA); así también otras publicaciones como *Cuadernos del Sur*. Ambas, aunque admiten el debate, han concentrado la mayor producción de trabajos enmarcados en lo que podemos llamar un marxismo de corte clásico.

² En el estado actual del conflicto social en Argentina han reaparecido luchas por el salario y las condiciones de trabajo del sector ocupado. Esto generó que la preocupación de estos autores se volcara nuevamente hacia la acción colectiva clásica de la clase obrera: la huelga.

interpretación. Uno es el referido al método de protesta. Allí, este paradigma cuestiona el supuesto cambio de un repertorio de acción clásico como la *huelga general*, a uno innovador como el *corte de ruta*. En la búsqueda de respuestas desde el paradigma estos autores elaboraron una serie de tesis sobre los piquetes. Primero, no consideran como novedoso el corte de rutas como modo de protesta. Por el contrario, señalan la presencia histórica del piquete dentro de los métodos contenciosos de la clase obrera. Segundo, lo sitúan como una continuidad del conflicto y como una prolongación de las concentraciones, actos públicos o sentadas que por desarrollarse sobre la vía pública interrumpe el tránsito. (Iñigo Carrera, 1999). Tercero, acentúan la participación de los asalariados en los piquetes. Esta consideración se apoya en estadísticas construidas para estos estudios que muestran, por ejemplo, que entre el 65 y el 70% de las protestas sociales entre 1993 y 1999 fueron desarrolladas por los trabajadores asalariados ocupados (Iñigo Carrera, 2000; Cotarelo, 2000, Iñigo Carrera y Cotarelo, 2001).

No obstante este acento en la acción de los asalariados, estos autores encuentran que a partir de 1997 existe una progresiva subordinación del proletariado a otros sectores y actores sociales como la pequeña burguesía, vecinos, usuarios; que se manifiesta en una reducción significativa de ese repertorio marco que es la *huelga general*. Allí aparece como actor del conflicto social un sujeto problemático para la teoría marxista: los trabajadores desocupados que no encuentran en el sindicato su espacio de agrupamiento sino en organizaciones de base territorial-comunitaria. Al respecto, la tesis que defienden es que este nuevo actor social (los desocupados) queda subordinado a una lógica del conflicto de la clase como tal³. En tanto desde esta corriente se mide la conflictividad social y los niveles de conciencia a partir de la convocatoria a huelgas generales (o en función de conflictos de los asalariados), se dificulta el estudio de las formas propias de la acción colectiva, la identidad y la construcción subjetiva implicada en el movimiento de desocupados.

³ La hipótesis explicativa desde esta versión marxista se dirige a poner en el centro de la conceptualización la influencia de la fuerte tradición sindical de la clase obrera Argentina en el incipiente movimiento de desocupados. Es decir, rescatar la presencia de influencias sindicales. Es indudable que existen aspectos de continuidad entre la acción histórica, los repertorios de protesta y las experiencias culturales de la clase obrera tradicional y la acción de los desocupados, sin embargo, al considerar una mera continuidad se pierden de vista los significados, las prácticas, las identidades, la forma del conflicto y el proceso social novedoso, a la vez que se abandona la indagación de las maneras en que se constituyen esos rasgos continuos.

De acuerdo a los estudios encuadrados en este enfoque la aparición de los desocupados en la escena política nacional se ubica en el período 1996-1997, en especial a partir de incorporar el corte de ruta como forma de confrontación que les brinda protagonismo mediático. No obstante, los desempleados, que comienzan a desplegar acciones colectivas no son un actor novedoso o un nuevo movimiento social, sino que se considera su incorporación al ciclo de lucha como la confirmación de “una tendencia a la unidad del ejército obrero activo y el ejército industrial de reserva” (Cotarelo, 2002:80) que se postula en el país. Sin embargo, a partir de 1999 y siempre de acuerdo a esta perspectiva, la clase obrera industrial ya no pudo convertirse en vanguardia y adoptó la conducción de otros sectores vinculados a la pequeña burguesía. Por su parte, al interior de la clase se insiste en un debilitamiento debido a su fragmentación, en tanto sectores sin conciencia suficientemente desarrollada (como los trabajadores estatales o los desocupados) avanzaron en contraste con “el retroceso general de los trabajadores del sector privado” (Piva, 2001:75).

En lo que refiere al potencial del corte de rutas como método de acción los autores de esta corriente consideran que “El corte de ruta (...) todavía no logra cristalizar en formas organizativas que le permitan superar la instancia de demandas puntuales a corto plazo” (Ogando, 2001:94). Así, si bien el piquete constituye uno de los puntos más altos en la lucha con respecto a la *revuelta* de 1989 y el *motín* de Santiago en 1993 (Iñigo Carrera y Cotarelo 2000:75) la evaluación es que no dejan saldos organizativos tales que permitan la implementación de acciones estratégicas que disputen las orientaciones políticas y económicas estructurales sobre las que se erige la sociedad. La interpretación de los piquetes, desde esta corriente, los sitúa como la respuesta de sujetos desesperados, en tanto “llegan a la ruta empujados por la desesperación, el hambre y la miseria de un sistema que excluye” (Ogando, 2001:95). Es decir, los cortes de ruta son la respuesta espasmódica de los hombres y mujeres de la clase trabajadora, expulsados por las nuevas condiciones productivas impuestas en la Argentina. Los reclamos, por su parte, se reducen a reivindicaciones inmediatas (comida o planes asistenciales) y no alcanzan una esfera política integral, en tanto que “por su homogeneidad y autoconciencia, se localizan en el grado de interés económico inmediato” (Iñigo Carrera y Cotarelo, 2001: 48)

Es importante destacar que estos autores no buscan la construcción de nuevos enfoques de pensamiento que den cuenta de complejos procesos sociales, sino que utilizan los conceptos tal como fueron elaborados por la tradición marxista “clásica”⁴. Sin embargo, el enfoque marxista clásico, y con él gran parte de las ciencias sociales, tiene un punto ciego –o al menos problemático- en términos epistemológicos y metodológicos que dificulta la construcción de categorías para comprender la movilización de los trabajadores desocupados y la puesta en marcha de procesos de constitución de la subjetividad colectiva implicados en las acciones beligerantes.

El problema que aquí planteamos desde el enfoque de la subjetividad permanece reducido bajo la noción de conciencia de clase que permite sólo plantear una parte acotada del asunto y deja por fuera la investigación sobre formas de constitución de los sujetos, sus fases, heterogeneidades e historicidad. Es así que el problema de encontrar términos medios y esferas que operan entre la estructura y la acción permanece oculto en tanto el paradigma tiene el concepto de conciencia de clase para explicar la acción política de los trabajadores. El viejo problema del marxismo de explicar el paso de la *clase en sí* a la *clase para sí* vuelve a hacerse presente. En efecto, el enfoque propuesto por estos autores, si bien le otorga una centralidad a la clase trabajadora, lo hace desde una versión particular del marxismo que no le permite indagar en la conformación concreta de sujetos en procesos históricos abiertos e indeterminados. Asimismo, la disputa por los sentidos y las identidades permanece, al igual que la acción, como un punto ciego para esta perspectiva. Esto impide profundizar en el estudio del caso particular de la subjetividad en la conformación del movimiento de desocupados.

⁴ Es claro que nos referimos a una variante del marxismo y no a todos los trabajos que consideran la obra de Marx como relevante para elaborar investigaciones. Por ejemplo, dentro de la tradición marxista un enfoque menos rígido es el que expresa posiciones como las de O. D. De Lucía en tanto muestra un intento de comprender un fenómeno novedoso en la historia política Argentina, así considera que “la expresión más rigurosa de esta oleada de resistencias al sistema fue el nacimiento del “movimiento piquetero”, expresión del inmenso ejército de desocupados producto directo de las políticas neoliberales”(De Lucía, 2002:103) Dentro del paradigma marxista esta posición expresa un debate con posiciones más ortodoxas, sin embargo, implica la naturalización de la movilización de los desocupados a partir de los agravios suscitados por la implementación de políticas de ajuste estructural. Ciertamente, las políticas neoliberales han elevado el número de desocupados, subocupados y han incrementado la precarización laboral, ahora bien, la puesta en marcha de acciones colectivas por parte de estos sujetos que han visto afectada su condición de reproducción social y su inserción al mercado laboral es algo necesario de explicar, máxime cuando sólo se produce en determinadas circunstancias.

2. El “marxismo abierto”

Las vertientes más ortodoxas del marxismo han subordinado el análisis del proceso de constitución del movimiento de desocupados a una lógica más amplia de las luchas obreras. En el mejor de los casos, han remitido el origen de las acciones colectivas a una reacción ante las nuevas condiciones de reproducción material. Sin embargo, algunos estudios desde enfoques que se reconocen también como marxistas han intentado dar cuenta de las particularidades del fenómeno. Este es el caso de los estudios del llamado “marxismo abierto” desde cuya óptica Ana Dinerstein (1999, 2001, 2003 y 2004) ha estudiado el movimiento de desocupados.

La construcción del problema epistemológico por parte de Dinerstein consigue trascender a los estudios que conceptualizan la constitución de los desocupados en cuanto sujetos políticos como residual con respecto a la clase obrera (sujeto “real” de la historia). De esta manera considera a los desocupados como “una subjetividad problemática, producto de las nuevas formas de la imposición (más que de su falta) del trabajo capitalista” (Dinerstein, 2003:2), por lo tanto el interrogante por los procesos de subjetivación en los desocupados adquiere un nuevo status dentro del marxismo.

Este interesante movimiento teórico permite redimensionar la contradicción capital-trabajo de acuerdo a las nuevas condiciones del capitalismo global. En este contexto mundial “el cambio y el surgimiento de nuevas subjetividades está relacionado a la transformación del capital” (Dinerstein 1999: s/p). Así, las múltiples formas en que se expresa la contradicción capital-trabajo genera el abandono de la concepción de un sujeto histórico homogéneo que presente una primacía ontológica como portador de la historia. De allí es posible pensar que los desocupados constituyen una de las formas contemporáneas de subjetividad que experimentan la contradicción con el capital, en una etapa de globalización donde éste presenta nuevas formas de valorización y abstracción.

Como consecuencia, desde este enfoque que conjuga la tradición marxista con los aportes de Foucault, los desocupados son observados como subjetividades resultantes de la actual fase de acumulación capitalista. Una emergencia inmanente al proceso de producción y surgida de sus contradicciones. En este aspecto, si bien el andamiaje conceptual permite abordar el problema de la constitución de los desocupados como

sujetos, el tipo de construcción epistemológica hace irrelevante el análisis de factores que parecen importantes para explicar la acción y el proceso de constitución del movimiento. Las prácticas históricas, los repertorios de acción, las experiencias y las identidades políticas y sociales son oscurecidos por el análisis de esta corriente que adolece de falta de trabajos empíricos.

La concepción ontológica que supone este enfoque (y su filosofía de la historia implícita) provoca la adscripción *a priori* al movimiento de desocupados de un sentido emancipatorio. Esta óptica produce la visión de un movimiento que impugna al sistema capitalista a partir de sus acciones de protesta. Esto es claro a la hora de indagar en la relación compleja entre movimiento y Estado, en donde para el enfoque: “la lucha piquetera contiene una crítica inmanente e implícita al Estado capitalista y a la noción de ciudadanía” (Dinerstein, 2003:8), algo que discutiremos al final de este estudio y que por lo menos resulta problemático por la propia historia de la subjetividad subalterna.

El proyecto del marxismo abierto, en este sentido, si bien logra la visibilidad de las subjetividades como problema epistemológico, coloca a la emergencia de estas nuevas formas de la subjetividad contemporánea como epifenómenos de las contradicciones del capital en la etapa del capitalismo en su fase global. De esta manera no hay interrogantes por asuntos como el proceso histórico-político de constitución de las subjetividades subalternas, su historicidad, los sentidos de sus demandas y el alcance de sus acciones.

3. El autonomismo

Una de las consecuencias de la irrupción del “movimiento piquetero” en la escena política argentina ha sido brindar un anclaje fáctico a una serie de esfuerzos intelectuales por redimensionar la teoría política a partir de nuevas conceptualizaciones. En tal sentido una corriente que tiene inspiración en las concepciones de poder del último Foucault y que reconoce exponentes como Antonio Negri, Michel Hardt, John Holloway, entre otros, identificó en las acciones colectivas y en la forma de organización de algunos Movimientos de Trabajadores Desocupados (MTD)⁵ la materialización de sus reflexiones

⁵ Puede consultarse en el Anexo las organizaciones que adhieren a principios “autonomistas”. La más difundida es, indudablemente, el MTD de Solano.

teóricas. A diferencia del enfoque marxista clásico que aborda la protesta social en tanto lucha de clases y dedica notas marginales al accionar del movimiento de desocupados, el paradigma *situacionista* o *autonomista* pone un especial énfasis en articular sus reflexiones con las actividades y expresiones particulares del movimiento. Así, con una primacía epistemológica puesta en algunas organizaciones de desocupados (como el MTD Solano, el MTD Lanús, el MTD Brown) una serie de intelectuales comprometidos y militantes han intentado un abordaje teórico participante del proceso social⁶.

Esta perspectiva, siguiendo a Foucault, hace especial hincapié en el poder como productor de subjetividades. Para ello, las tecnologías del biopoder diseminadas microfísicamente en la sociedad producen sujetos, controlan y regulan la vida de las personas. Sin embargo, los autores rechazan la salida foucaultiana escéptica, y apuestan a que las prácticas radicales puedan abrir microespacios de resistencia para la construcción de subjetividades emancipadas. El “nuevo protagonismo social” –subtítulo de uno de los trabajos del *Colectivo Situaciones*– es la forma de intervención política capaz de lograr, mediante una operación ética “situaciones de contrapoder” donde se construyen nuevas subjetividades.

La especial atención sobre particulares experiencias del movimiento de desocupados se basa en una concepción de una nueva forma de hacer política a partir de la producción de “situaciones”. Así, los “piqueteros” –o un grupo selecto de ellos– operarían con una lógica análoga a la visión del neozapatismo que tiene esta corriente. No obstante, a diferencia de este último que encuentra en la historia (de los pueblos indígenas y de Zapata) mucho de su raigambre, este enfoque presenta a la experiencia de los desocupados como desligada de la historia subalterna y sus ámbitos de organización. En efecto, si bien reconocen la presencia de líneas de continuidad entre la experiencia piquetera y las prácticas sindicales (lo mismo sucede con la Iglesia de base⁷, el Estado y

⁶ Los trabajos analíticos que se enmarcan en esta corriente son volcados, principalmente, en los Cuadernos de Investigación del *Colectivo Situaciones*. Éste es grupo de estudio nacido a principios del año 2001, compuesto por militantes universitarios, que han dedicado sus esfuerzos a abordar problemáticas y experiencias sociales argentinas recientes, como el repertorio de acción conocido como “escrache” puesto en práctica por los H.I.J.O.S, o el movimiento campesino de Santiago del Estero (MOCASE), en busca de situaciones radicales vistas como expresiones del surgimiento de una subjetividad anticapitalista.

⁷ La ruptura con las Comunidades Eclesiales de Base es importante puesto que allí tomaron impulso algunas de las organizaciones que para este paradigma se presentan como relevante (MTD de Solano), por

el peronismo), el énfasis se coloca en la ruptura y la resignificación que los piqueteros realizan a partir de su ubicación situacional. Con esto se desacredita a las formas clásicas de acción política y se expone el límite de las organizaciones sindicales y partidarias en los procesos de cambio social, especialmente porque existe un nuevo sujeto que no se deja representar por las formas tradicionales: la multitud⁸; cuyo rastro los autores identifican en algunas experiencias de desocupados⁹ capaces de impugnar las formas de subjetivación del orden social capitalista (Benasayag y Sztulwark, 2000: 34).

La posibilidad de una intervención en la constitución de la propia subjetividad en el caso de los desempleados conduce a los autores a exponer una distinción entre desocupados y *trabajadores desocupados piqueteros*. Aunque ambos compartan una situación estructural similar, en tanto sectores del conurbano excluidos de acceso a empleos formales y estables, “el trabajador desocupado no se deja definir por una propiedad derivada de la estructura económico-social. (...) Así la identidad misma de trabajador desocupado, deja de designar un padecimiento y una carencia para dar lugar a un proceso de autodeterminación”. (Colectivo Situaciones, 2001: s/p). De esta manera la acción colectiva se conforma como un factor activo en la construcción de la identidad de los sujetos. Mientras el desocupado es determinado por las condiciones estructurales y materiales de reproducción social, es decir, por la “falta” de trabajo, el piquetero realiza una operación subjetivadora.

A esta distinción hay que agregarle otra en referencia a las organizaciones de desocupados en cuanto a su potencial crítico del sistema, en tanto “si bien todas las organizaciones piqueteras hacen, claro, piquetes, no todas son iguales ni sus piquetes quieren decir lo mismo” (Colectivo Situaciones, 2002b: 225). Mientras unos piquetes son la consolidación de una lógica dominante de poder, otros son “una disposición sobre la producción de nuevos valores, de una sociabilidad superadora del individuo” (Colectivo

lo tanto su desvinculación es pensada como muestra de las limitaciones de la relación de organizaciones autónomas con la Iglesia.

⁸ Multitud es un concepto en boga, especialmente a partir de ser expuesto por Michel Hardt y Antonio Negri “la multitud es una multiplicidad, un plano de singularidad, un conjunto abierto de relaciones que no es homogéneo ni idéntico a sí mismo” (2002:100)

⁹ En palabras de uno de los referentes teóricos de esta corriente “nos llega hoy de la Argentina un ejemplo de nuevas constituciones de la multitud. Es el ejemplo que puede localizarse esencialmente en las luchas documentadas por piqueteros” (Negri 2003: s/p)

Situaciones 2001:s/p) Para esta corriente, las acciones colectivas y las formas organizacionales producen diferencias radicales entre las experiencias piqueteras, aunque “De hecho, los une una misma situación de “marginalidad” social –los “sin trabajo”-, una cierta dependencia inmediata respecto del Estado –los planes y subsidios- y el método de lucha –el piquete- No es poco se dirá. Y sin embargo, estos ‘factores’ no alcanzan a tocar la *materialidad subjetiva* que ocurre al interior de cada movimiento” (Colectivo Situaciones, 2002b:27). De este modo puede legitimarse el presentar a algunas agrupaciones como algo radicalmente novedoso y diferente del resto de las organizaciones piqueteras y parte de “un nuevo protagonismo social (...) que resignifican los cortes de rutas, las que producen modalidades específicas de relación con el Estado, formas horizontales de trabajo y toma de decisiones” (Colectivo Situaciones, 2001: s/p). Por ello, la hipótesis de *Situaciones* es que se presenta como difusa la idea de un “movimiento piquetero” por la diferencia de cada experiencia y la forma de apropiación y resignificación que los actores particulares –en este caso las organizaciones- hacen de tres factores: situación estructural, relación con el Estado y método¹⁰. Estas nuevas formas de intervención política de sectores específicos del movimiento de desocupados constituye la ruptura con ciertas continuidades y formas modernas de acción política. Además, sería incorrecto, desde esta perspectiva, hablar de un movimiento social en la acción colectiva sostenida por los desocupados. Antes bien, lo que aparecen a la mirada de estos autores son situaciones particulares de resistencia que permiten generar experiencias micropolíticas de contrapoder no asimilables a un movimiento¹¹.

Asimismo, desde esta perspectiva se rechaza que la lucha de los desocupados sea por la inclusión al sistema productivo. Aquí se mezclan observaciones fácticas y normativas. Es decir, se cuestiona a aquellas organizaciones que luchan por la inclusión social y se propone la necesidad de una lucha contra el sistema. Esta posición se basa en una observación pertinente: el capitalismo no tiene “afuera”, la imagen del “excluido” es una mala metáfora para expresar la situación de una amplia masa de hombres y mujeres en la

¹⁰ Nótese que la unidad de análisis se desplaza de la subjetividad a la organización. La organización es un elemento más de constitución de la subjetividad, sin embargo la misma multidimensionalidad e historicidad del proceso subjetivo subalterno nos obliga a pensar en otros ámbitos de configuración.

¹¹ Para esta concepción: “La potencia del piquete (...) radica en la capacidad del movimiento de subjetivarse como lo que excede su carácter de excluidos, pobres o desocupados. Su singularidad nos habla de una dignidad de la insubordinación y del ejercicio de la resistencia como creación de la sociabilidad” (Colectivo Situaciones 2002a: 105)

Argentina. Ahora bien, frente al hecho de la presencia en las protestas de una demanda por la “inclusión” (esto es el acceso a ejercer derechos que se consideran lesionados como trabajo, salud, educación, tierra), la decisión epistemológica es profundizar la distinción entre prácticas piqueteras dentro de la lógica del sistema (luchas por la inclusión) y aquellas radicales. Esta radicalidad del pensamiento situacional se expresa en una lucha que excede el reclamo por la inclusión, así, “los trabajadores luchan normalmente –y con toda justicia- por más salario, o se oponen a que se los recorten. Pero los *trabajadores* como categoría radical luchan contra la *relación salarial misma*. Los desocupados luchan por ocupación, por trabajo, por ingresar en la estructura productiva. Cuando esto no sucede, entonces luchan por un subsidio de desempleo. Pero los desocupados de los que venimos hablando aquí, los piqueteros, luchan contra la sociedad de trabajo enajenado, del individualismo y la competencia” (Colectivo Situaciones 2002a:110) De esta manera se descarta que la lucha genuina de los piqueteros sea por la inclusión, esto es por ser ciudadanos con plenos derechos, a tener trabajo, salud o educación. El plano analítico-reconstructivo y el normativo tienden a confundirse.

En la búsqueda de las causas que expliquen las protestas de los desocupados surge una concepción que mantiene implícita la lógica que indica que al incrementarse una situación desfavorable las personas se lanzan a la acción colectiva. De esta manera se concibe que “los piquetes son una modalidad de lucha que agrupa a quienes fueron expulsados de los centros fabriles; desocupados que buscan resolver problemas ligados a su propia existencia, (...) Desde un punto de vista estructural, los piquetes son consecuencia de la descomposición del suelo industrial del país” (Colectivo Situaciones 2002a:91). La tensión con reflexiones que ponen el acento en la subjetividad es evidente y marca uno de los problemas de este enfoque. En particular por no problematizar las formas históricas de construcción de la subjetividad, las continuidades y las rupturas, la articulación de lo nuevo con lo viejo. Esta falta de desarrollo también es evidente en lo que refiere al repertorio de acción. Así, a pesar de ser el piquete una situación de “contrapoder” no es objeto de una investigación sobre sus dimensiones, alcances y limitaciones. En este punto se sigue la explicación elaborada por paradigmas clásicos y se naturaliza la acción colectiva perdiendo de vista la esfera cultural e histórica presente en la elección o construcción de un repertorio de protesta por parte de los sujetos y cómo

este repertorio incide en la subjetividad. Algunos de los problemas epistemológicos de esta corriente se derivan de una falta de definición precisa del concepto de subjetividad y que sólo se atiende a las voces de los referentes de un grupo de organizaciones y no a las bases sociales que componen mayoritariamente los movimientos.

El privilegio de algunas organizaciones como encarnaciones de la multitud y de la potencia concita, también, problemas epistemológicos. En particular porque requiere de una investigación sobre los procesos de poder y construcción de la subjetividad de cada una de las organizaciones. En efecto, cada movimiento impacta de manera diferente en la subjetividad, así como cada espacio social particular (comedor, emprendimiento, etc.) tiene un lugar en la construcción de la subjetividad. El atravesamiento de la organización a la subjetividad incide en aspectos como el lugar físico de reuniones, los liderazgos, las condensaciones simbólicas en las paredes, las dinámicas de las reuniones. El argumento de procesos de subjetivación diferentes entre las organizaciones “autónomas” y el resto, parte de un *a priori* y no de una investigación sobre las relaciones sociales que se construyen en el amplio y heterogéneo espectro organizacional.

4. Neoliberalismo y protesta social

Dentro de las variantes del pensamiento crítico contemporáneo, uno de los más significativos intentos por comprender los procesos de protesta social en la Argentina, y en América Latina en general, es el que pone énfasis en la nueva etapa de acumulación capitalista a nivel mundial –el neoliberalismo (Borón, 2004)- para explicar acciones de confrontación.¹² En el marco de este reordenamiento geopolítico, y ante la fuerza de los procesos globales, cuyos agentes son los países centrales, los capitales transnacionales, los organismos internacionales de crédito (como el Fondo Monetario Internacional o el Banco Mundial) y también los gobiernos nacionales periféricos; los actores subalternos

¹² Uno de los espacios que más ha contribuido a esta perspectiva ha sido el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) que en 1999 constituyó el Observatorio Social de América Latina (OSAL) destinado a analizar las protestas sociales y los sujetos en esta parte del mundo.

emprenden acciones colectivas de resistencia que tienen también instancias de articulación a nivel global como el Foro Social Mundial¹³.

Estas elaboraciones reconocen los aportes del marxismo pero se desarrollan sobre una lectura crítica del paradigma (por ejemplo de su filosofía de la historia); por eso consideran que es necesario abandonar las visiones deterministas de la historia e investigar las potencialidades de los movimientos de protesta en la disputa en el contexto de la mundialización (Seoane y Taddei, 2001:10). En efecto, los resultados del proceso global dependerán de la capacidad de los dominados de generar espacios de organización y fuerza social capaz de enfrentar la hegemonía neoliberal. En estas concepciones, el conflicto admite una multiplicidad de manifestaciones aunque la lucha de clases sobrevuele como articulante. No obstante, el antagonismo de clase adquiere formatos particulares y propios de los sujetos históricos en su accionar de disputa contra el imperialismo. Así, el paradigma permite concebir una lucha de sujetos subalternos heterogéneos, en el que tiene especial importancia la clase obrera, pero que se expresa en formas distintas de lucha y de alianzas de clases que disputan con las fuerzas imperiales y sus aliados a escala nacional. Las distintas acciones disruptivas y luchas regionales o nacionales son indicadas como la manifestación de diferentes caras de una misma resistencia global frente a la hegemonía y la dominación neoliberal (Seoane y Taddei, 2003:67)

A diferencia de los casos anteriores, esta corriente incorpora el concepto de *movimientos sociales*, esto les permite desplegar una mirada sobre las distintas expresiones de organización para la disputa de los sectores populares con las clases dominantes, que marca a la vez una continuidad y una diferencia con otras expresiones como el movimiento sindical tradicional o los movimientos armados. Estos movimientos sociales latinoamericanos, en toda sus variantes, son considerados como “las respuestas al terremoto social que provocó la oleada neoliberal de los ochenta que trastocó las formas de vida de los sectores populares al disolver y descomponer las formas de producción y reproducción” (Zibechi, 2003a:185). Quienes realizan investigación, desde este enfoque, aceptan que hay dificultades teóricas y metodológicas desde los paradigmas conceptuales

¹³ Al respecto puede consultarse los diversos trabajos compilados por Seoane y Taddei (2001) en *Resistencias Mundiales (de Seattle a Porto Alegre)*.

constituidos para dar cuenta de los fenómenos de protesta social que tienen a los desocupados como actor histórico. Por lo tanto, también que es necesario construir nuevos aparatos teóricos para interpretar el conflicto social si se busca comprender los antagonismos sociales presentes en las manifestaciones como las organizaciones de desocupados.

En términos epistemológicos, los factores privilegiados de la explicación teórica en este paradigma tienden a situarse en las fuerzas económicas, políticas y culturales en los espacios globales y la dimensión de análisis en la escala macroestructural. Si bien esto produjo importantes estudios sobre las nuevas condiciones de acumulación capitalista, se ha relegado a segundo plano la formación de subjetividades que subyace a la acción colectiva propia de cada uno de los movimientos sociales. Así, el aporte en la comprensión de las condiciones estructurales en que se despliega el conflicto está más desarrollado que las indagaciones sobre los entramados subjetivos, históricos e identitarios de los movimientos particulares en la región.

En lo que respecta al caso específico del movimiento de desocupados, hace especial hincapié en su movilización como respuesta a las trágicas consecuencias de la implementación de las políticas neoliberales. Los factores endógenos, las condiciones internas y subjetivas de los actores para realizar acciones de protesta que disputan el sentido y la orientación política y cultural de la sociedad son subordinados en la explicación y la interpretación del conflicto social. En tanto se busca una sincronización de la protesta a nivel continental donde “El ‘movimiento piquetero’ en la Argentina tiene muchos puntos en contacto con el ‘zapatismo’ de México y los ‘Sin tierra’ de Brasil” (Lucita, 2001:82, Cfr. Ouviaña, 2004), los cortes de ruta responderían a la misma lógica que las manifestaciones de Seattle o Génova. En consecuencia, el “movimiento piquetero”, el zapatismo y los Sin Tierra son considerados como expresiones contrahegónicas que disrumpen el neoliberalismo coetáneamente a los movimientos globalifóbicos, los ecológicos o aquellos que articulan su lucha por el derecho de las minorías étnicas y sexuales.

Es preciso reconocer que mientras que en las teorías tradicionales los trabajadores sin empleo no pueden constituirse como un sujeto colectivo portador de sentido histórico, en esta visión y enmarcados en la lucha contra el neoliberalismo, los desocupados adquieren

otro status. Este enfoque posibilita la aparición epistemológica del “movimiento piquetero”, no obstante esta importante virtud no debe oscurecer la necesidad de una investigación exhaustiva del movimiento, más allá de situarlo en consonancia con experiencias subalternas de otras regiones que comparten una situación estructural en el sistema-mundo. Esto nos alerta en la necesidad de, además de sopesar las condiciones que devienen de los nuevos tiempos globales, situar la perspectiva específica de las protestas, en tanto articulan fuerzas globales con principios y situaciones locales, históricas y culturales de las que los sujetos se apropian para realizar la acción.

5. Sociología Política: Movimientos sociales y acción colectiva.

La conflictividad social de los últimos años en Argentina motivó también la producción de algunos trabajos que buscan aproximarse desde las construcciones teóricas elaboradas por sociólogos e historiadores contemporáneos a los fenómenos de protesta. Un rasgo particular de estas publicaciones es que recogen resultados de investigaciones empíricas que amplían el conocimiento sobre el tema, a la vez que abren nuevos campos de estudio. Dentro de esta producción, algunos de los investigadores han orientado sus estudios hacia acontecimientos históricos acotados temporal y geográficamente. Prueba de ello es la existencia de trabajos sobre el estallido de Santiago del Estero en diciembre de 1993 (Zurita, 1994; Farinetti, 2000; Auyero 2000a, 2000b y 2002b; Delamata, 2002) o los cortes de ruta en Neuquén (Auyero 2000a; Favaro, 2000) y en Salta (Barbetta y Lapegna, 2001). En estos trabajos los investigadores han profundizado los abordajes de campo y las explicaciones particulares que en cada caso ofician de condiciones de posibilidad de la acción de los sujetos. La reconstrucción de las dimensiones locales (o “glocales”, Auyero, 2002b:14) ha sido una de las tareas centrales que aportaron a una comprensión de los fenómenos de protesta en cada caso.

Estas investigaciones avanzan, tanto en el camino de comprender fenómenos de protesta social, como en la evaluación y construcción de categorías conceptuales que brindan la posibilidad de abarcar hechos sociales de la historia presente en la Argentina. Es frecuente la utilización de categorías como las de *repertorio de acción colectiva* de Charles Tilly, *ciclo de protesta* y *estructura de oportunidades políticas* desarrollados por

Sidney Tarrow o *economía moral* de Edward P. Thompson (Farinetti, 1999), por nombrar algunas de las más relevantes. El uso teórico y metodológico de los desarrollos recientes en el campo del estudio de los movimientos sociales permiten: por un lado, vislumbrar la potencialidad para explicar y comprender la protesta de los desocupados desde esta perspectiva; por otro lado, marca una tendencia al perfilar una corriente de investigación de la acción colectiva en la Argentina a partir de un marco conceptual que precisamente problematiza la acción colectiva, sus posibilidades y consecuencias en distintas esferas.

En particular algunos trabajos, como los de Javier Auyero, han aportado tanto conceptual como metodológicamente en el campo de estudio de la protesta social en Argentina. Si bien se ha dedicado al análisis de acontecimientos particulares situados histórica y temporalmente y no al análisis de un sujeto social o un movimiento a través del tiempo, Auyero nos ofrece un enfoque metodológico interesante para analizar la protesta social, por un lado avanzando en la importancia de las biografías para comprender fenómenos de protesta social (para el caso de Cutral Co: Auyero 2002a y 2002b) como de una perspectiva etnográfica original para abordar las manifestaciones beligerantes en Santiago del Estero en 1993 (Auyero 2000a y 2002d). Con la atención a la dimensión etnográfica y las experiencias de los participantes, el autor avanza en un enfoque poco trabajado en relación a la conformación de identidades y representaciones de los protagonistas, los sentidos movilizados y la construcción de experiencias. Estas contribuciones ayudan a una problematización de la subjetividad popular con sus dimensiones y complejidades, algo que recuperaremos en nuestro análisis específico.

Dentro de los trabajos relevantes recientes es, sin dudas, el de Maristella Svampa y Sebastián Pereyra *Entre la ruta y el barrio*, publicado a mediados del 2003, el que ha sistematizado campos de reflexión en torno al fenómeno de los desocupados en la Argentina. “La experiencia de las organizaciones piqueteras” es el subtítulo del libro y nos orienta en su principal aporte: realizar una genealogía y tipología de las organizaciones que componen el movimiento de desocupados, rastreando los afluentes históricos del movimiento en cuestión. En este sentido reconocen que la acción de los desocupados se nutre de las experiencias de las puebladas y los cortes de ruta del interior del país (Santiago del Estero, Cutral Co, Plaza Huincul, Tartagal, Mosconi), por un lado, y de la acción de matriz territorial en el conurbano bonaerense, por otro. Los cortes de

ruta, según los autores, fueron reemplazando progresivamente a la huelga (hacia finales de la década del 90) como repertorio de acción colectiva privilegiado tanto por actores sindicales como no sindicales (Svampa y Pereyra, 2003:35). El trabajo de estos autores rescata la dimensión histórica y procesal del “movimiento piquetero”, a la vez que está sustentado en un sólido trabajo de campo. En tanto busca especificar los antecedentes históricos, las prácticas sedimentadas y la tensión entre viejas y nuevas formas de sociabilización, el trabajo deja planteadas preguntas sobre la constitución de esa subjetividad imbricada en la acción colectiva, aunque dicha subjetividad no es su tema de estudio. La importancia de las transformaciones en el mundo popular producto de las políticas de los noventa y el proceso de descolectivización son puestos en el centro del debate por los autores lo que implica introducir la dimensión histórica en el análisis. El análisis de las continuidades, las resignificaciones y lo nuevo de la experiencia piquetera constituye uno de los aportes fundamentales de *Entre la ruta y el barrio*. Las constantes referencias a la influencia del peronismo en el mundo popular son particularmente valiosas y se nutren con los estudios que la propia Svampa ha realizado sobre identidades populares (Svampa y Martuccelli, 1997; Svampa, 2002). De la misma manera es incorporado el análisis de la participación juvenil y de las mujeres en las acciones tanto confrontativas como comunitarias.

El enfoque propuesto por los autores privilegia una mirada sobre las organizaciones. De acuerdo a la matriz de acción distinguen: a) organizaciones “territoriales” que actúan en una línea sindical (FTV, CCC); b) otras que trabajan con una orientación política (partidaria) como el PO, MST-TV, MTL-PC, CUBA-PL, MTR, CTD-Quebracho; c) organizaciones que privilegian lo local como espacio de acción (en particular los distintos MTD). A esta clasificación de las organizaciones se le suma un detallado relato de las relaciones difíciles de las organizaciones entre sí y de éstas con los diferentes ámbitos del Estado bajo las administraciones de Menem, De la Rúa, Duhalde y en su segunda edición (2004) de la actual gestión de Kirchner.

Además de los mencionados¹⁴, existen una serie de estudios con sustento empírico y elaboraciones de proyectos de investigación (Solano, 2000; Scribano y Schuster, 2001; Schuster y Pereyra, 2001; Maceira y Spaltenberg, 2001; Lenguita 2002a, 2002b y 2004; Cross, Lenguita y Wilkins, 2002; Cross y Montes Cato, 2002; Delamata, 2002, 2004 y 2005; Muñoz, 2004; Bogani, 2004; Delfín y Picchetti, 2004; Cross, 2004; Sopransi y Veloso, 2004; Palomino, 2003; Grimsón y otros, 2003; Bidaseca, 2004; Svampa y Pereyra, 2005) que se concentraron en distintos aspectos del fenómeno constituido como objeto. A partir de enfoques cualitativos y etnográficos estos trabajos han constituido verdaderos aportes en la dirección de comprender las múltiples dimensiones del movimiento de desocupados. En la perspectiva que se sitúa nuestra investigación son relevantes estos aportes porque centran el debate en las transformaciones identitarias en el nuevo contexto de reproducción, su relación con los cambios en el mundo del trabajo y las maneras de representación y acción política de los sectores subalternos. Estos trabajos realizan observaciones relevantes con las cuales dialogaremos y articularemos a lo largo de los capítulos empíricos donde procedemos al análisis del movimiento de desocupados desde nuestro enfoque centrado en la subjetividad y los sujetos sociales.

A continuación formularemos una serie de ejes temáticos sobre los cuales los estudios han llamado la atención y que recuperaremos en lo sucesivo en nuestra clave epistémica. A saber:

- a) La importancia de indagar en las consecuencias de las políticas neoliberales en Argentina en la década del noventa.
- b) La necesidad de plantear el lugar de las transformaciones en las condiciones de sociabilidad de los sectores populares, en la conformación de sujetos y movimientos sociales en ese espacio.

¹⁴ Cabe mencionar también que el campo intelectual progresista latinoamericano dedicó un importante lugar y gran cantidad de trabajos desde diferentes perspectivas y estilos. Un conjunto de autores eligió el ensayo como forma de aproximación al tema (Caffassi, 2002; Zibechi, 2003, Ferraro, 2003; Almeyra, 2004) donde si bien se realizan sugerentes interpretaciones sobre el fenómeno de movilización social, las mismas no son sustentadas por formas de investigación empíricas que examinen a la luz de las hipótesis allí esbozadas.

- c) La relevancia de presentar un análisis de las nuevas formas de constitución de actores sociales en el mundo del trabajo, los repertorios de acción y las formas de organización.
- d) El interrogante sobre los procesos identitarios involucrados en el movimiento de desocupados.
- e) La pregunta por los momentos de ruptura y de continuidad en relación a movilizaciones sociales anteriores en la historia de las clases subalternas en Argentina.
- f) El planteo de los alcances y limitaciones del movimiento de desocupados como experiencia subalterna y su viabilidad de disputar la orientación del proceso histórico.

El enfoque teórico que proponemos busca aportar en la comprensión de la subjetividad popular involucrada en el proceso de movilización. Para ello recuperaremos tanto los aportes citados como los caminos abiertos por estudios anteriores. De esta forma, esta tesis busca contribuir a la comprensión de la conformación del movimiento de desocupados a partir de centrarnos en los procesos subjetivos en el nuevo contexto de sociabilidad de los años neoliberales en el país.

CAPÍTULO II

Estructura, subjetividad y acción

1. Estructura, subjetividad y acción en la teoría sociológica

A partir del eje planteado sobre las formas de construcción de subjetividades y acción colectiva que una parte de los sectores subalternos (los desocupados) elaboraron en respuesta a las transformaciones del orden social, es necesario introducir al debate una serie de temas que han sido neurálgicos para la teoría social. En particular, nos sitúa frente a la necesidad de pensar la relación entre estructura, subjetividad y acción. La entrada al problema de investigación en su dimensión teórica a través de este problema nos permitirá elaborar mejores concepciones para pensar las complejidades de la movilización social.

1.1. Estructura y acción en la teoría crítica

El problema que nos ocupa tratado en términos de estructuras sociales, conflictos y acción histórica encuentra en Carlos Marx un punto de referencia. Si bien Marx nunca dio un tratamiento específico y sistemático al problema aquí planteado (no hay una teoría de la acción como tal desarrollada), las influencias de aquello de que “no es la conciencia lo que determina la vida, sino la vida lo que determina la conciencia” en la *Ideología Alemana* (Marx y Engels [1844] 1982) y el muy citado Prólogo a la *Contribución a la Crítica de la Economía Política* ([1859] 1980)¹⁵ alimentaron interpretaciones que concebían una determinación (aunque sea en última instancia, como decía Engels) de la estructura económica sobre las otras esferas de la sociedad. De esta manera, los sujetos pasan a ocupar el lugar de epifenómenos de las contradicciones materiales en el

¹⁵ “En la producción social de su existencia los hombres establecen determinadas relaciones independientes de su voluntad. Relaciones de producción que corresponden a un determinado estadio evolutivo de sus fuerzas productivas materiales. La totalidad de esas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, la base sobre la cual se alza un edificio (*Überbau*) jurídico y político, y a la cual corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material (*bendingen*), el proceso social, político e intelectual de la vida en general (Marx [1859] 1980 4-5)

desenvolvimiento dialéctico de la historia y como tal no serían centrales en el análisis social (Althusser, [1965] 1985). No obstante, es preciso reconocer que existen momentos en la obra de Marx donde aparecen, tanto la libertad como la capacidad de la acción de los sujetos para intervenir en el curso de la historia. La *Tercera tesis sobre Feuerbach*¹⁶, el *Dieciocho Brumario de Luís Bonaparte*¹⁷ y pasajes mismos de la *Ideología Alemana*¹⁸ son una muestra elocuente de ello. Estos puntos de la obra de Marx han dado lugar a corrientes teóricas que consumaron importantes aportes para iluminar la relación entre estructura, subjetividad y acción. En especial, al permitir pensar una relación dialéctica entre las condiciones estructurales y la subjetividad a partir de retomar el concepto de *praxis* como acción transformadora tanto de la estructuras como de la subjetividad. Autores como Antonio Gramsci, los vinculados a la Escuela de Frankfurt y la escuela de historiadores ingleses, ofrecen importantes aportes para la construcción de un paradigma crítico que pueda iluminar esta relación triádica sin determinismo ni reduccionismos. El desarrollo en esta dirección es fundamental para la construcción de una configuración teórica heurística y un pensar epistémico dirigidos a comprender la constitución de sujetos y movimientos sociales en América Latina.

En la teoría crítica ligada a la Escuela de Frankfurt el problema de estructura, subjetividad y acción está directamente ligado a una revisión del marxismo y a la teoría del sujeto. Theodor W. Adorno se interrogó por aspectos vinculados a la subjetividad a partir de articular su formación kantiana con los aportes de Marx y Freud. Para el desarrollo intelectual de Adorno fue especialmente influyente el trabajo de Lukács *Historia y conciencia de clase* ([1923] 1969). En gran parte, el problema clásico de la

¹⁶ “La teoría materialista de que los hombres son producto de las circunstancias y de la educación, y de que, por tanto, los hombres modificados son producto de las circunstancias distintas y de una educación modificada, olvida que son los hombres, precisamente, los que hacen que cambien las circunstancias y que el propio educado necesita ser educado. Conduce, pues, forzosamente, a la división de la sociedad en dos partes, una de las cuales está por encima de la sociedad. La coincidencia de la modificación de las circunstancias y de la actividad humana sólo puede concebirse y entenderse como práctica revolucionaria” (Tercera tesis sobre Feuerbach, Marx 1986:24-25)

¹⁷ “los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado. La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos” (Marx 1986:95)

¹⁸ “Las premisas de que partimos no tienen nada de arbitrarias, no son ninguna clase de dogmas, sino premisas reales, de las que sólo es posible abstraerse en la imaginación. Son los individuos reales, su acción y sus condiciones materiales de vida, *tanto aquellas con que se ha encontrado como las engendradas por su propia acción*” (Marx y Engels ([1844] 1982:19).

filosofía de la conciencia y la pregunta por el sujeto (vertebral en la filosofía alemana) aparecían en el marxismo de Lukács también impregnado de los aportes idealistas, pero en su caso, de Hegel. Esta lectura llevó a Lukács a una ontología del proceso histórico donde el proletariado (Goldmann, 1973; 55, 87, 91, 98) concilia la unidad objeto-sujeto en la realización racional de la historia (Egleaton, 2003:204). Por su parte, Adorno considera que el proceso histórico no es una totalidad homogénea con un despliegue teleológico-metafísico, sino que está sujeta a discontinuidades propias ligadas a la capacidad de transformación de la *praxis* humana. De este modo, la historia no puede pensarse a partir de postular un desarrollo nomológico-teleológico y progresivo hacia un orden social racional y sin clases. Por el contrario, la concibe como un proceso resultante de la relación dialéctica entre las acciones de los hombres y la realidad material (Buck-Morss, 1981:113). La investigación que propone Adorno se orienta a determinar cómo los sujetos se enfrentan a ese mundo y en él introducen la negación del orden social dominante. Así, la filosofía de Adorno se aleja de las concepciones marxistas (Lukács, Brecht, etc.) que ponían el acento en la importancia de los sujetos colectivos (en especial la clase) como los protagonistas de la historia.

El escepticismo en la conformación de sujetos colectivos promovió en Adorno un regreso a Kant y la filosofía del individuo. Aunque impugna la visión de las formas puras y las categorías como sistema de estructuración subjetiva a priori, e introduce la dimensión histórica de la conformación de esas formas de percibir. Adorno, entonces, historiza al individuo. Como consecuencia, el sujeto de la experiencia no es un “sujeto trascendental” pero tampoco un sujeto colectivo, sino un particular situado históricamente. Esto abre la posibilidad de investigar la conformación histórica de las formas y las categorías. (Buck-Morss, 1981:184). En este aspecto podemos indagar en los modos de conformación del sujeto colectivo (que rechaza Adorno) a partir de apropiarnos de su concepción contingente de la historia y su noción de experiencia llevada a lo colectivo. Esto posibilita investigar la configuración de sujetos sociales y su potencialidad para abrir procesos de negación del orden social.

La posibilidad de pensar la conformación de sujetos colectivos puede enriquecerse si atendemos a los estudios sobre historia y cultura de los sectores subalternos. Allí se destaca el aporte de la singular obra de E.P. Thompson que puede ayudarnos a superar

algunas de las limitaciones del individualismo de Adorno. Ambos comparten la idea de la historia como producto de la acción de los hombres, aunque en un marco limitado por constreñimientos estructurales y otros correspondientes a la naturaleza. No obstante, Thompson sitúa en esa condición la posibilidad de pensar la construcción de sujetos colectivos como productos de procesos de experiencias comunes en esos espacios históricos. Es decir, sólo a partir de la acción y la experiencia en un determinado plexo estructural es posible hablar de sujetos colectivos como, por ejemplo, las clases sociales (Thompson, 1984, 1989).

En concordancia con lo que planteaba Adorno, Thompson recupera la categoría de experiencia para mediar entre ser social y conciencia, entre estructura y acción (Cfr. Anderson, 1985). Este espacio genera la posibilidad de acciones por parte de los sujetos ya que allí juegan fundamentalmente aspectos culturales: visiones de mundo, historias, preferencias, imaginarios, prejuicios, sentido común, que ofician de lugar para contrarrestar las determinaciones estructurales; en definitiva supone introducir un espacio con grados de libertad o, al menos, indeterminación. Esto aleja a Thompson del determinismo en tanto concibe la contingencia como rasgo constitutivo de la historia que impregna también a la formación de identidades sociales. En ese marco de indeterminación las relaciones sociales entran en relación dialéctica con experiencia y acción. (Cfr. Caínzos, 1989:14)

La importancia de rescatar la experiencia como espacio de mediación entre estructura y acción (Cfr. Anderson, 1985:18, 27) legitima una preocupación por la “historia de los de abajo” para investigar los procesos de formación de los sujetos colectivos. Es decir, las maneras de apropiación y elaboración de sentidos que los sectores subalternos realizan en los distintos ámbitos de experiencia (trabajo, vida cotidiana, arte, consumo, etc.). Esta vivencia común de los individuos será crucial en la concepción de clase social elaborada por Thompson, en tanto proceso y en tanto relación alejándose de posiciones reduccionistas, estructurales o estáticas (Meiksins Wood, 2000). La concepción de la clase social, y su vinculación con la conciencia de clase, no está exenta de problemas en la obra del historiador inglés, debido a que en sentido estricto para que exista una clase debe producirse una experiencia compartida acompañada de sentido sobre esa situación, la construcción de un antagonismo y la acción (1989:37).

No obstante, esto no supone considerar a la clase como una entidad que deviene en autoconciencia, sino que lleva a problematizar las fases y formas de experiencia mediante las cuales hombres y mujeres se inscriben en un momento de identificación con los que comparten un espacio de experiencia vital. En tanto los sujetos comparten condiciones sociales de existencia y reproducción comunes, la conciencia de clase dependerá de su capacidad de reconocerse, y no de actuar conforme a fines preestablecidos. En esta perspectiva, uno de los principales aportes de Thompson es concebir como imprescindible para el materialismo histórico una teoría de la acción y proponer en concordancia, como a su modo lo había hecho Adorno, la categoría de *experiencia* como mediación entre estructura y acción. No obstante, este concepto de experiencia es polisémico en Thompson con lo que se dificulta la posibilidad de explicar qué tipo de relación es la que se establece entre ser social y conciencia. Asimismo, la teoría de la acción thompsonina se encuentra insuficientemente desarrollada para dar cuenta de las diferentes acciones que ejercen los sujetos (por ejemplo, entre aquellas tendientes a reproducir el orden y aquellas que lo subvierten). Quizás, en sus trabajos históricos Thompson ha reconstruido con complejidad los procesos de conformación de clase de forma tal de introducir, incluso, aspectos que no se encuentran completamente desarrollados en sus escritos teóricos y que, en efecto, tienen implicancias epistemológicas (Cainzos, 1989:7).

La apertura para pensar ámbitos intermedios entre estructura y acción permite elaborar una concepción de la historia no determinista. A su vez, construye un campo de investigación vinculado a la conformación de sujetos sociales que disputan en la historia a partir de conformar experiencias. En particular es necesario articular las preocupaciones sobre la construcción de sentidos y significados para comprender la formación de sujetos y la acción colectiva.

1.2 Acción, sentido e intersubjetividad

En el primer párrafo de *Economía y sociedad* Weber define que la sociología es la ciencia que interpreta la acción social, la cual se concibe como la conducta acompañada por el sentido mentado subjetivamente (Weber, [1922] 1964:5). De esta manera pone en

el centro del debate dos categorías: acción y sentido. Precisamente, la importancia del vínculo entre ambas nos sitúa en la necesidad de indagar en el enfoque que, por antonomasia, ha dado importancia central al sentido: la tradición hermenéutica¹⁹. El aporte weberiano supone un movimiento en el ángulo de observación al dirigir la atención en la “vida” en lugar de situar la mirada en la conciencia trascendental, algo que fue una sugerencia de Dilthey desarrollada por Heidegger (Ricoeur, 1998). De la preocupación heideggeriana por la comprensión del “estar ahí” del sujeto podemos extraer una importante lección sobre la relevancia de investigar las formas históricas del ser en el mundo de la vida (Gadamer, 1996:105)

En consecuencia, lo relevante de la hermenéutica, para nuestro estudio, es la idea de que el mundo es un plexo de significados y que los hombres se encuentran con esos significados ya estructurados (acumulados o sedimentados). Más allá de la posibilidad que tiene el sujeto de alterar esos sentidos construidos socialmente (algo que discutiremos luego), la hermenéutica repara en que el mundo social es un mundo de sentido que, siendo producción del género humano, es previo a cada hombre particular. La postulación hermenéutica de un mundo de significados nos será de gran orientación aunque tiene algunas limitaciones, aunque también nos pone alerta sobre la necesidad de indagar las formas de producción de los significados (su relación en el poder y la hegemonía). Además también resulta cierto que la reducción del mundo social al significado nos puede hacer perder de vista dimensiones que inciden en la acción humana que exceden lo lingüístico (aunque no lo significativo). Asimismo, nos puede poner en el riesgo de diluir aspectos estructurales que constriñen a los sujetos en problemas vinculados solamente a los significados.

Uno de los autores que dedicó gran parte de su obra al análisis del mundo de la vida, los sentidos, la subjetividad y la acción, pero esta vez como problema sociológico, fue Alfred Schütz quien concibió la necesidad de centrarse en el mundo del sentido común y de la vida cotidiana, profundizando las preocupaciones de la hermenéutica. Avanzando en la senda abierta por la preocupación weberiana por las asignaciones subjetivas de sentido,

¹⁹ No es el objeto aquí hacer una historia de la hermenéutica, sin embargo, es conveniente notar que existieron varios y diferentes intentos de refinar el método hermenéutico para darle una justificación metodológico-científica a partir de la postulación de que el mundo social es un mundo de sentidos (Gadamer, 1996; Ricoeur, 1998).

se interroga por el proceso social de conformación de los significados que los sujetos asignan en sus prácticas cotidianas. Esto conlleva observar la forma de reproducción del sentido que los hombres realizan en su actuar ordinario. Con el aporte fenomenológico, Schütz complementa las observaciones de Weber al indagar en los procesos de construcción de la realidad social por parte de los actores en su accionar cotidiano. Es decir, lo que critica del planteamiento weberiano es haber encontrado mecanismos para explicar las acciones sociales y no percatarse de la complejidad que su postulación implica. En particular, a criterio de Schütz, Weber no se interroga por los modos en que el actor constituye y transforma el significado de una acción (Olvera Serrano, 1990:137)

El planteo de Schütz abre la puerta a la pregunta por el impacto de esos significados que los sujetos encuentran en su vida cotidiana (y que los anteceden) para el sentido que asignan a sus acciones y a las conductas que despliegan en el mundo. Este autor es particularmente relevante para el enfoque epistemológico y teórico que venimos construyendo porque aporta elementos para analizar la relación entre estructura, subjetividad y acción. Para Schütz, en el espacio de la vida cotidiana los actores se encuentran con un mundo social que es intersubjetivo en tanto compartido por los hombres y reproducido en las interrelaciones en un horizonte común de sentidos. Este espacio de la vida cotidiana constituye un terreno cultural de significados que los individuos utilizan para moverse (Cfr. Schütz, 1974b:41) De allí Schütz extrae la conclusión de que existe cierta “situación biográficamente determinada” que condensa los condicionamientos sociales que ejercen presión sobre el individuo. Esta posición biográfica no significa una determinación estructural estática, sino que considera, en primer lugar, que estos elementos son sedimentaciones de experiencias humanas pasadas; y en segundo lugar el sujeto se apropia de ellas pudiendo modificar la situación histórica (Schütz, 1974b:40). Si bien Schütz reconoce tanto la formación social de los significados, como las presiones que ejercen para la acción y la asignación de sentido, también sostiene que es imprescindible que una teoría de la acción mantenga el punto de vista subjetivo “que remite al mundo de la vida y la experiencia cotidiana” (Schütz 1974a:21) Es decir, reconoce el papel de las estructuras (las prácticas sedimentadas), pero recupera el rol del sujeto y la subjetividad en la acción.

No obstante, la visión de Schütz se ve limitada por no introducir los aspectos ligados

al poder en la producción y reproducción de significados y prácticas. Para Schütz, como será para el interaccionismo, la producción del mundo social se ubica en la negociación producto de las interacciones de la vida cotidiana. Esto se aleja de la posibilidad de comprender que los significados también están embebidos de poder, y que allí radica un elemento para pensar la hegemonía, algo que recuperaremos oportunamente a partir de Gramsci.

1.3 El estructuralismo genético

El proyecto intelectual de Pierre Bourdieu tiene como uno de sus puntos más relevantes las reflexiones sobre el orden y la acción social. En particular en las formas de reproducción de las estructuras sociales por parte de los sujetos. Bourdieu distingue entre un espacio constituido por las estructuras objetivas del mundo (cultura, lenguaje, instituciones, etc.) y otro por los procesos subjetivos que implican a estos aspectos estructurales para incorporarlos a lo sujetos. Los conceptos de *campo* y de *habitus*, respectivamente, son las categorías analíticas que sirven de herramientas para indagar en uno y otro espacio de análisis. Bourdieu amplía el concepto de estructura para incluir aspectos simbólicos que tienen tanta fuerza y operan de una forma igualmente “real” que otros tipos de estructuras materiales²⁰. Esto, en principio, le permitirá construir un espacio para salir del reduccionismo economicista, aunque el lugar de la determinación emerge en la conformación de los agentes y las acciones que marca una tensión en su obra.

En este aspecto su teoría de los campos²¹ busca “mediar entre la estructura y la superestructura, así como entre lo social y lo individual” (García Canclini, 1990:17). A su vez, es condición el desarrollo de los *habitus* que suponen la interiorización de estructuras capaces de percibir, de dar sentido y comprender las reglas que rigen un determinado campo (Bourdieu [1994] 2002:146). Entre *campo* y *habitus* hay una complementariedad ontológica, y en su esquema esto supone una respuesta a la relación

²⁰ Este aspecto ya había sido apuntado por Gramsci (1995:45) al sostener que las creencias tenían la misma validez que las fuerzas materiales.

²¹ Para el autor, “los campos se presentan para la aprehensión sincrónica como espacios estructurados de posiciones (o de puestos) cuyas propiedades dependen de su posición en dichos espacios y pueden analizarse en forma independiente de las características de sus ocupantes (en parte determinados por ellas)” (Bourdieu, 1990:135)

micro-macro, subjetivo-objetivo y agente-estructura. Los procesos históricos se introducen en los cuerpos (como *habitus*) formando las estructuras que permiten la evaluación inconsciente de situaciones y determina la acción de los agentes. El *habitus* como sistemas durables que estructuran las formas de actuar y las formas de percibir (Baranger, 2004:136) implica la incorporación de esquemas que se encargan de organizar la experiencia y la acción. Éstos se insertan en el sujeto de manera tal que son actualizados en la práctica misma de forma que las estructuras se incorporan a la conformación subjetiva. Al hacerlo, producen las condiciones de reproducción de esas estructuras. Para Bourdieu ([1987] 1996:22), el concepto de *habitus* se orienta en la dirección de escapar tanto de una noción estructuralista que no otorga cabida al sujeto, como de las filosofías centradas en el sujeto o la conciencia que no conciben restricciones a la libertad.

Una de las observaciones a la teoría de la reproducción de Bourdieu, la expone Néstor García Canclini (1990) para quién el sociólogo francés no realiza una distinción entre práctica y *praxis*. Mientras que las prácticas reproducen el orden social impuesto por las presiones de las estructuras, la *praxis* abre espacios a prácticas transformadoras²². Sin embargo, encontramos pasajes de la obra de Bourdieu donde la noción de *habitus* se vincula con agentes capaces de actividad creadora y activa (Bourdieu [1987] 1996:25). Esto evidencia que los escritos de Bourdieu mantienen una tensión irresuelta entre sujeto (agente como prefiere denominarlos) y estructura que no en todos los pasajes es trabajada de la misma manera. Si bien en algunos momentos el agente se reserva cierta autonomía, la mayoría de las veces el autor prefiere acentuar la relación del *habitus* con un sistema de esquemas adquiridos que funcionan en estado práctico como categorías de la percepción y de apreciación o como principios de clasificación al mismo tiempo que como principios que rigen la acción (García Canclini, 1990:35). Esta concepción de Bourdieu puede llevarnos a asignar un papel en exceso pasivo para el sujeto. E incluso, no deja lugar a formas dinámicas y móviles con que los sujetos significan situaciones y ejecutan prácticas ofreciendo una visión estática y estructurada de procesos altamente complejos. La distinción que introduce García Canclini de diferenciar las prácticas que reproducen el orden social y las *praxis* transformadoras es un intento valioso para pensar

²² Esta distinción es intuitiva por Marx en la Tercera de las Tesis sobre Feuerbach

de una manera más móvil la acción social. En particular, es importante para indagar en las posibilidades de conformación de espacios de resistencia y transformación (García Canclini, 1990:47)

1.4. Teoría de la estructuración y agencia

La teoría de la estructuración y la agencia es la forma como Anthony Giddens se aproximó al problema de pensar la relación dialéctica entre agente y estructura (Giddens, 1994, 1995; Cfr. Ortiz Palacios, 1999). Su planteo de la relación entre estructura y acción se enmarca en un proyecto mucho más amplio: construir una teoría de la constitución de la sociedad. En este proceso de conformación tiene un lugar tanto para las estructuras²³ (reglas) como para los agentes (sus prácticas) que a través de sus prácticas reproducen las condiciones que hacen posible su existencia (Cfr. Ortiz Palacios, 1999:60).

Frente al dualismo que separa y contrapone sujeto y estructura, Giddens utiliza “dualidad” para dar cuenta del proceso de interrelación que se da entre los dos elementos en la constitución de la sociedad (Cfr. García Raggio, 2004:163). La dualidad estructura-acción es recuperada por Giddens en su unidad con el concepto de “estructuración” que enfatiza el proceso activo y dinámico mediante el cual los sujetos configuran las estructuras (en un juego de actualización, reproducción y reconstrucción de las mismas). Asimismo, en la posibilidad del ejercicio activo de la agencia (Thompson, 1988) radica un rasgo central de la condición de actor capaz de introducir transformaciones en un marco de restricción (Ortiz Palacios, 1999:62). Enfrentándose a las concepciones como la durkheimiana que sólo ven en las estructuras un espacio de constreñimiento, Giddens postula el papel de las estructuras también como “habilitadora” para la acción.

Según Giddens, la acción tiene un lugar central en la constitución de la sociedad puesto que mediante ella los sujetos intervienen en la constitución del orden social (Cohen, 1996:13). Pero los agentes, además, están provistos de competencias tales que los habilitan para dar cuenta reflexivamente de sus prácticas, esto es, son capaces de ejercer un registro reflexivo del fluir de la vida social. En tal sentido, corresponde a la

²³ “Distingo ‘estructura como término genérico de ‘estructuras’ en plural, y una y otras, de las ‘propiedades estructurales de sistemas sociales’. ‘Estructura’ denota no sólo reglas implícitas en la producción y reproducción de sistemas sociales, sino también recursos”. (Giddens, 1995:60)

facultad del ser humano el dar cuenta reflexivamente de las razones que motivan su acción. Pese a ello, no supone actores racionales ilustrados sino que concibe la existencia de elementos inconscientes que harían imposible la comprensión de las acciones de los sujetos por parte de un observador sólo con la referencia a motivaciones que los actores reconocen. Mientras la conciencia discursiva corresponde al ámbito de lo pasible de reflexibilidad, la conciencia práctica refiere a un espacio de saberes no directamente asequible a la conciencia de los hombres y que empapan las rutinas humanas. Sin embargo, entre conciencia práctica y discursiva no existe una delimitación infranqueable, por el contrario ésta es permeable y móvil.

Ahora bien, a la referencia a las prácticas mediante las cuales los agentes construyen y reproducen las condiciones en que dicha acción es posible, es necesario, desde nuestra perspectiva, agregar la problematización de las formas de construcción de las subjetividades colectivas. Esto con el objetivo de profundizar en la comprensión de la influencia de las estructuras en la acción, y de la acción en las estructuras. Al tiempo es conveniente, además de concebir el lugar de la praxis como espacio que recrea el campo estructurado, también pensar las formas complejas en que se constituyen las estructuras.

2. Movimientos sociales y acción colectiva

Las teorías revisadas en los párrafos anteriores aportan sugerentes perspectivas conceptuales para el estudio de la relación entre estructura y acción. No obstante, éstas sólo se han planteado tangencialmente los problemas de acción colectiva y movilización social, los cuales son objeto de esta tesis. En parte debido a este vacío emergieron teorías de alcance medio que en su pregunta por la movilización social abordaron el problema de estructura y acción. Nos referimos a los estudios sobre los movimientos sociales que cobraron fuerza hacia finales de la década del sesenta y como respuestas a las movilizaciones sociales de la época.

La movilización colectiva ha estado presente en las preocupaciones del pensamiento social. Tanto los trabajos del marxismo como los del anarquismo del siglo XIX se ocuparon del problema, como también lo hicieron autores como José Carlos Mariátegui para América Latina. En su tiempo los estudios clásicos sobre la movilización en la

sociedad de masas inspirados en reflexiones psicosociológicas (Gustave Le Bon, 1895 y Gabriel Tarde, 1901) centraron su atención en las características de la personalidad (Ortega y Gasset, 1930) y los efectos de irracionalidad, sugestión, contagios y sentimientos que operaban por la entonces nueva sociedad de masas y que producían una disposición a actuar fuera de las normas y reglas. El funcionalismo y luego el enfoque del comportamiento colectivo (Smelser, 1963) partieron de la preocupación por las conductas sociales en los nuevos contextos de cambios rápidos en el orden social (Cfr. Rubio García, 2004, Cfr. Gusfield, 1994).

Con el auge de las movilizaciones sociales de la década del sesenta y las dificultades para abordarlos desde los paradigmas preexistentes se incrementó la reflexión sobre los movimientos sociales y la acción colectiva, particularmente en los países centrales. Frente a los nuevos acontecimientos, las teorías no alcanzaban a dar cuenta de fenómenos de movilización que no respondían a un carácter irracional, sino que estaban dirigidos a objetivos específicos y se desarrollaban en el marco de sociedades civiles consolidadas.

En un estudio ya clásico, Jean Cohen (1985) distingue dos paradigmas para el estudio de los movimientos sociales. El primero está compuesto por estudios “orientados a la estrategia”, cuyo origen se reconoce en la Teoría de la Movilización de Recursos (Craig Jenkins, 1994) que, en sus distintas versiones, ponen el acento del análisis sobre los componentes racionales y estratégicos de fenómenos considerados por los anteriores paradigmas como irracionales (Pérez Ledesma, 1994). El soporte epistemológico de estos estudios puede situarse en los trabajos de Mancur Olson (1965) que marcaron el giro hacia el individualismo metodológico a partir de aceptar los presupuestos de la economía neoclásica para explicar la lógica de la acción colectiva. Estos estudios se originaron como reacción a propuestas estructuralistas y centraron la mirada en el carácter instrumental-estratégico de las acciones de los actores racionales para obtener la satisfacción de sus preferencias (bienes).

La teoría de Movilización de Recursos retoma varios de los problemas planteados por la elección racional en lo que respecta a la acción colectiva. Mc Carthy y Zald (1977) sugieren que para resolver el dilema del *free rider* y los bienes públicos es necesario hacer hincapié en los incentivos selectivos y los recursos que los organizadores pueden disponer para obtener el resultado de la acción colectiva. Dentro de esta perspectiva

aparecen, por lo tanto, las “organizaciones” como un espacio de análisis, puesto que son quienes administran los recursos, fundamentalmente tiempo y dinero, para obtener la acción colectiva. Con esto, la preocupación por abandonar la explicación estructural conlleva relegar los orígenes de la movilización colectiva en la proliferación de agravios y considerar que la obtención de la acción colectiva supone la intervención de grupos organizados y con recursos (Cfr. Jenkins, 1994:12; Ledesma, 1994:89; Johnston, Laraña y Gusfield, 1994:5).

Ahora bien, frente al excesivo acento puesto en los recursos y en los factores organizativos, pero dentro de una misma perspectiva teórica, autores como Tarrow (1997), Mc Adam (1994) y Tilly (1978, 1990, 2000) buscaron ampliar el horizonte analítico para incorporar variables del contexto político, social y cultural. Esto supone, según Laraña (1999) una ampliación de la variable independiente para situarla en el contexto político en el que se desarrolla la acción, en lugar de acotarla a los recursos (tiempo, dinero y organización). Quienes se enmarcan en la teoría del “proceso político” si bien asumen la necesidad de explicar las acciones colectivas en términos de conductas individuales, relajan la óptica individualista propuesta por Olson, para incorporar al análisis aspectos como la integración, la solidaridad y los valores como variables explicativas de los movimientos sociales. El programa de investigación desde esta óptica ha elaborado una serie de categorías para el estudio de los movimientos sociales. Entre los más relevantes podemos distinguir el de repertorio de acción colectiva (Tilly, 1978), ciclo de protestas (Tarrow, 1991), estructura de oportunidades políticas (Tarrow, 1994) y enmarcado cultural (Mc Adam, 1994). Estos conceptos tienen la finalidad de aprehender ciertas dinámicas propias del conflicto social y direccionan la atención de los investigadores (Cfr. López Maya, 2002:31, 33)

El segundo paradigma identificado por Cohen agrupa a los trabajos enfocados en los nuevos conflictos e identidades puestos en juego en los procesos de movilización. Estos construyeron su análisis sobre las orientaciones de los grupos a través de sus acciones para obtener autonomía, reconocimiento, y afianzar un proceso identitario en sociedades modernas que ganan en complejidad. Desde esta perspectiva, la tradición continental también situó en los procesos de movilización colectiva uno de los ejes de sus preocupaciones intelectuales. La sociología de la acción de Alain Touraine y los trabajos

de Alberto Melucci ocupan un lugar destacado en los estudios de los movimientos sociales suscitados en la nueva fase del capitalismo en los países centrales. El enfoque orientado a la identidad planteó, desde su perspectiva, el problema de la relación entre cambios en el orden social y acción colectiva. En especial situó su mirada en la producción de nuevos conflictos en las sociedades industriales avanzadas (Touraine, 1969; Cfr. Munck, 1995:21), entre ellos los referidos a las identidades sociales (Melucci, 1999, Cfr. Revilla Blanco, 1994: 181; Pizzorno 1994, Chihu Amparán, 1999:60-64; Giménez, 1994, 1997).

El planteo teórico busca una óptica que abandona la explicación meramente sistémica para dar lugar al retorno del actor. En efecto, intenta superar la dicotomía concibiendo la necesidad de una concepción dialéctica de la relación. En la perspectiva de incluir al actor social en la disputa por las orientaciones de la sociedad el concepto de movimientos sociales adquiere un status medular, en especial por su lugar en las disputas por la historicidad²⁴ que lo convierte en “sujeto” (Touraine, 1987:17). En efecto, los movimientos sociales son centrales para pensar el antagonismo entre dos actores que comparten un campo cultural y disputan por el control de recursos y por un proyecto de sociedad. Este campo cultural en el que cohabitan los actores brinda una clave para comprender la movilización basada en valores (Touraine, 1978 y 1997a; Bolos, 1999). El pensamiento de Touraine ha ido abandonando el conflicto de clase como sobredeterminante (Touraine, 1987:99) hacia una concepción de la pluralidad de espacios de antagonismos. No obstante, en nuestro debate es relevante precisar que para el autor es la estructura la que signa el conflicto generando un conflicto central (Touraine, 1997a:99) en el que los actores sociales se constituyen y disputan la historicidad.

Melucci también considera que el conflicto es central en las movilizaciones, y propone incorporarlo a partir de recuperar la centralidad del proceso de construcción de la acción colectiva. Allí juegan un papel fundamental la solidaridad y la identidad (Melucci, 1999:46), en particular aquellos espacios que son afectados por el incremento de complejidades en las sociedades modernas y las altas densidades de información que someten a presión y ponen en crisis sentidos aglutinantes previos (Revilla Blanco, 1994).

²⁴ Touraine define historicidad como “el conjunto de modelos culturales, cognoscitivos, económicos, éticos y estéticos con los cuales una colectividad construye sus relaciones con el medio” (1987:67) (Cf. Revilla Blanco, 1993:116; Tamayo Flores, 1995:288-289)

En este marco de identidades que entran en crisis la acción colectiva se explica como una forma en que los actores buscan restablecer sentidos.

Las teorías de los movimientos sociales se han visto frente a la necesidad de tratar explícita o implícitamente el problema de la relación entre estructura, sujetos y acción. Aunque es evidente que no en todos los casos es trabajada de la misma manera ni igualmente desarrollada. Su importancia radica en haber construido un campo de investigación en torno a la movilización social. En efecto, la preocupación por las formas de confrontación (Tilly, 1978), las dimensiones culturales de la protesta (Mc Adam, Klandermans, 1994; Klandermans y Johnston, 1995) los problemas identitarios y las fases en la conformación de los movimientos (Melucci, Touraine) pueden ser un aporte significativo que podemos recuperar en nuestras preocupaciones para darle un tratamiento a partir de la configuración teórica que elaboramos para el presente trabajo.

3. Subjetividad: estructura y acción

En las secciones precedentes hemos revisado críticamente el pensamiento de autores y enfoques que versaron sobre la relación entre estructura y acción. Pues bien, la perspectiva epistemológica que adoptamos para la presente investigación desarrolla un modelo de teoría que permite la incorporación de categorías y conceptos a partir de la desarticulación de otros paradigmas en la construcción del propio. Es decir, sin importar teorías ni categorías que fueron construidas en otros contextos, pero atendiendo a las formas de pensar elaboradas por otros autores. En esta perspectiva, la discusión anterior puede considerarse un primer paso en la conformación de una perspectiva teórica, la cual da pie a la rearticulación de sus aportes y problemas en nuestra propia concepción.

El concepto de subjetividad, argumentamos, permite una reconstrucción abstracta del vínculo entre el campo de las estructuras y elementos del ámbito del agente. En este punto, partimos con algunos autores (Zemelman, 1987a, 1989, 1992, 1997; De la Garza 1992, 1995:102, 1997, 2001; León, 1995:71, 1997) que han concebido la necesidad de introducir la dimensión de la subjetividad y los sujetos en el pensamiento social para abordar este problema. La preocupación por la conformación de los sujetos sociales tiene

una doble implicancia. Por un lado, se propone como forma de superar tanto los enfoques estructuralistas como los voluntaristas (Cfr. Schaff, 1980: 17; Zamora Arreola, 1990). Por otro, el mismo interrogante supone una manera de entrada a la investigación de los procesos históricos-políticos (León, 1997).

Por la complejidad del tema es necesario considerar que el desglose analítico no significa que categorías como estructura, sujeto o acción remitan a ámbitos diferenciados en la realidad social. A los fines expositivos esta sección se estructura de la siguiente manera. En la primera parte concentraremos nuestra atención en el concepto de estructura. A partir de algunos de los aportes de las secciones anteriores buscaremos precisar una noción de estructura que permite ser pensada junto a la subjetividad y la acción. La segunda nos abocaremos a la precisión teórica del concepto de subjetividad y su relación con los problemas vinculados a pensar los movimientos sociales y la acción desde esta perspectiva.

3.1. Estructuras, subjetividad y orden social

El concepto heurístico de subjetividad que aquí construimos no puede pensarse como externo e independiente de las estructuras sociales. En efecto, la capacidad de nuestra idea de subjetividad para abrir una entrada al proceso histórico-político depende, en parte, de una concepción sobre las estructuras sociales que permita, por un lado, pensarlas junto a la subjetividad y la acción, presentes en ellas y, por otro, capaz de una reconstrucción analítica de las estructuras intervinientes en casos empíricos. En este punto, el debate sustentado anteriormente nos sitúa en una perspectiva particular en referencia a las estructuras sociales y su lugar en la subjetividad (y en la acción) un tema recurrente en la teoría social.

Luego de la moda del estructuralismo (Pouillón, 1967:2; Schaff, 1976:24) siguió su muerte (Giddens, 1990:254), lo que trajo aparejada la posibilidad de apropiarse de los aportes de la “era estructuralista” a la vez de alejarse de enfoques deterministas. El desafío de considerar el lugar de las estructuras conlleva a replantear el problema a la luz y valiéndonos de los aportes teóricos contemporáneos. (De la Garza 1995:101). En especial nos interesa abordar cinco ejes centrales en este estudio: a) los procesos de

construcción de las estructuras; b) la relación entre subjetividad y estructuras; c) las formas en que se relacionan las diferentes estructuras en las sociedades; d) el lugar de la acción en la reproducción y transformación de las estructuras sociales; y e) la forma de investigar los espacios estructurales.

3.1.1. Construcción de estructuras

En nuestra propuesta las estructuras sociales son consideradas como productos humanos, aunque antecedan y sean independientes de los individuos particulares. Es decir, si bien se articulan más allá de la voluntad de los sujetos, no pueden entenderse sin una referencia a las relaciones sociales y significados que los constituyen como tales, ni a la subjetividad y la acción que las actualizan, validan, reproducen y transforman. De esta manera, las estructuras no se encuentran escindidas de la pragmática del sujeto que las pone en funcionamiento y las validan en el transcurrir práctico. Las estructuras sociales que operan en la vida social anteceden al individuo (Marx, 1986; Schütz y Luckmann, 1997:236) al nacer encuentra un mundo con determinadas estructuras lingüísticas, un espacio de vida cotidiana, un sistema legal particular, instituciones, sentidos dominantes, tradiciones, normas, reglas, etc. (Heller, 1970:39-41, 2002:166).

Con esto, nuestra visión del mundo social como producto humano contingente tiene un correlato en la consideración de las estructuras como relaciones sociales constituidas, sedimentadas y sujetas a las tensiones propias de los ámbitos permeados de poder. Ahora bien, aunque sean históricas y contingentes, el proceso de conformación de las estructuras involucra un momento de la reificación de las mismas (Giddens, 1995:209-210) que produce la fetichización (Dussel, 1977: 119; De la Garza, 2001a, 2004) en tanto los hombres asignan a determinados productos sociales una naturalización. En consecuencia, la lucha por desnaturalizarlos para que las estructuras dejen de percibirse como inmutables es, indudablemente, una tarea política. De este modo, la capacidad de situar posiciones, presionar y regular la vida social por parte de las diferentes estructuras puede ponerse en cuestión en determinados momentos históricos. La crisis de hegemonía y la dislocación tienen que ver con esta puesta en cuestión de la naturalidad de ciertas estructuras invocando el origen contingente e histórico, susceptible de disputa.

Ahora bien, que las estructuras sean productos humanos no nos lleva a concebir que todas tengan el mismo lugar en la sociedad o igual grado de abstracción y universalidad. Asimismo, no pueden pensarse como operando en un mismo nivel indistintamente. En lo particular, uno de los planos donde nos interesa observar el juego estructural es en su relación con la subjetividad.

3.1.2. Estructura y subjetividad

La producción (y reproducción) de las relaciones sociales que conforman las estructuras no pueden pensarse por fuera de la subjetividad. Las estructuras pueden encontrarse objetivadas (instituciones), pero pierden eficacia estratégica si no se involucran en los sujetos. Como tales son constreñimientos porque sitúan a los sujetos, los “sujetan” y los atraviesan –para introducir una idea que recuperaremos luego-. Los aportes de Foucault aquí son fundamentales para iluminar una cara del problema (Foucault, 1991: 45-49; Landi, 1981). Los dispositivos, mecanismos y tecnologías operan como tácticas del poder descentradas capilarmente en la conformación de las subjetividades. La constitución de los cuerpos y la dominación de las almas son formas y ejercicios de la subjetivación que incrementan la sospecha de la inexistencia tanto del sujeto cartesiano como del sujeto autónomo kantiano. Las relaciones sociales instituidas tienen la capacidad de productividad, en tanto la dominación no sólo sujeta a ciertos lugares y nombres, para hablar en lenguaje de Ranciere (1996), sino que tiene una profunda capacidad de producir subjetividades. Sin embargo, es necesario considerar, como dice Giddens, que la historia debe pensarse sin “el” sujeto, pero no sin sujeto. La productividad de las estructuras sobre la subjetividad ilumina una de las caras del problema pero descuida el lugar inverso también impregnado de productividad. Es decir la posibilidad de procesos no completamente determinados de constitución de subjetividades sociales que se orienten a la puesta en cuestión de aspectos estructurales.

Así, las estructuras no sólo constriñen y habilitan, como dice Giddens, tampoco alcanza como concebirlas con incorporadas como pretende Bourdieu, sino que tanto atraviesan al sujeto como son su condición de posibilidad. El sujeto barrado lacaniano adquiere una dimensión social. Las estructuras sociales, como relaciones sociales

fetichizadas, están impregnadas de subjetividad, mientras que en diferentes grados la atraviesan y forman parte del proceso de constitución del sujeto. Las estructuras atraviesan a la subjetividad, y en tal sentido son parte del proceso de subjetivación. En esto acordamos con Foucault, no hay subjetividades ni sujetos con independencia de las estructuras sociales, pero nuestra preocupación también se orienta a reconstruir procesos de configuración de subjetividades y sujetos sociales con posibilidad de introducir alteraciones en el orden social modificando estructuras.

Asimismo, esta manera de considerar la en cuestión conduce a la imposibilidad de pensar estructuras por fuera de la subjetividad (aunque puedan estar, como se dijo, fetichizadas en instituciones o sean tan abstractas como el tiempo). Si la parte productiva de las estructuras (que develan su movilidad) no agota la relación compleja con las subjetividades, entonces es de capital importancia indagar los modos en que las subjetividades operan en la construcción de las estructuras y en la forma de validación de las mismas. Sobre el primer punto nos detendremos con algún detalle luego. Ahora, sobre el último, podemos decir que el propio origen contingente de las estructuras las hace dependientes de una validación en la subjetividad. En efecto, no hay en las estructuras “ninguna justificación a priori de su existencia a no ser la vigencia que les otorga la intersubjetividad que las acepta y las reproduce” (Cuellar y Durand Ponte, 1989:24) o que las impugna.

Las estructuras son históricas porque son productos de momentos históricos, a la vez que condensan historicidad porque es posible reconstruir allí relaciones sociales en un tiempo dado. Esto hace que no pueda pensarse la subjetividad por fuera de las estructuras de una época. Sin embargo, la capacidad de pensar la historia como un proceso dialéctico entre estructura y acción depende de concebir que la subjetividad tiene grados acotados de productividad y creación en el plexo estructural. Así, la subjetividad, como veremos luego, tiene una facultad propia para construir sentidos y significar a las relaciones sociales estructuradas. Esta asignación de sentido no está determinada aunque sí podemos considerar que hay algunas que son hegemónicas. Al asunto le daremos un tratamiento con más detalle en la sección siguiente. Por lo pronto pasemos a indagar en las formas en que las diferentes estructuras se articulan en la conformación del orden social.

3.1.3. La conformación del orden social

La totalidad histórico-social (Zemelman, 1987a, 1987c) requiere de una concepción de estructuras que se articulan en un período determinado. Esta conglomeración de espacios estructurales es una instancia que conforma el orden social. Sin embargo, el concepto de orden no debe hacernos pensar en un todo coherente, sistemático o funcional regido por un comportamiento legaliforme. La contingencia y la historicidad de las formaciones estructurales se trasladan a todo el orden social embebiéndolo. No obstante, también es inconveniente pensar una agregación de segmentos y estructuras sin considerar sus formas inestables de articulación²⁵. De esta manera puede pensarse en la construcción sincrética del orden social (Cfr. Sánchez Vázquez, 1970:62; Althusser, 1967; Giddens, 1995:211).

El orden social insta temporalidad a la sociedad. De esta manera, siempre el orden social es una articulación particular de pasado y futuro en el presente, a la vez que de “varios tiempos” contemporáneos (Zemelman, 1983:55) que configura una temporalidad múltiple en el orden social. A esta densidad temporal del orden social es necesario pensarla junto a la configuración de estructuras de diferentes grados de abstracción (desde el lenguaje hasta el sistema legal, estructuras económicas, raciales, etc.), como parte de la constitución del orden social que admite la posibilidad de un ordenamiento denso y complejo que articula distintos campos estructurales y en cuya multiplicidad de pliegues pueden erigirse sujetos sociales que disputan partes del magma social.

Ahora bien, en esta complejidad densa no todas las dimensiones del orden social tienen un mismo peso en los casos histórico-concretos. La categoría de hegemonía regresa, aquí, para brindarnos su potencial heurístico. El orden social hegemónico es pensado entonces como “la estructura más el conjunto de los sistemas institucionales que regulan los distintos campos en los cuales se desarrollan las prácticas, es decir, una sociedad concreta” (Cuellar y Durand Ponte, 1989:26). Aunque a la luz de lo anteriormente expuesto debamos incorporarle la pluralidad de estructuras y las subjetividades que implica un orden social. Además, la referencia a la producción

²⁵ El propio Marx había apuntado la necesidad de pensar la articulación de relaciones sociales, aunque en su teoría la organización tendería a la formación de un todo coherente: el modo de producción (Lefévre, 1970:16; Cfr. Sánchez Vázquez, 1970:66-67)

hegemónica nos permite concebir lo subalterno como igualmente constitutivo de la ordenación y factible de disputar la articulación dominante de estas relaciones sociales en contextos ordenados contingente e históricamente.

Estas articulaciones tienen un campo relevante en el plano simbólico, aquello que Castoriadis y Lefort trabajaron en términos de institución de la sociedad (Castoriadis, 1989). La sociedad, para Lefort, es instituida políticamente como una totalidad simbólica a partir de la producción de imaginarios colectivos²⁶ que funcionan de aglutinantes y ocupan un lugar vacío pero que no se anquilosan allí, sino que están en constante contingencia. Por lo tanto, *lo político* como lugar de disputa, es lugar privilegiado de análisis en el proceso de comprensión de los procesos sociales (Lefort, 1991:239). Esta idea es retomada por Ernesto Laclau en clave postestructuralista para referir a la infinitud, contingencia y heterogeneidad de lo social. Es decir, para que cobre forma en un trasfondo de infinitud ese objeto que es la sociedad es necesaria una operación hegemónica: el momento de lo político (Laclau, 1990, 1997²⁷). No obstante esta institución de la sociedad siempre será incompleta e inacabada porque al no poder representarse lo social por completo en el discurso lo enfrenta a una perpetua imposibilidad de cierre (sutura). Esto hace que Laclau se refiera a “la imposibilidad de la sociedad”²⁸ (Laclau y Mouffe, 1987; Laclau, 1990). Este momento originario sutura la indeterminación (y la densidad) de lo social en un orden.

El momento de la contingencia se cierra en una operación hegemónica constitutiva de la ordenación social (“la sociedad”) que en el movimiento de institución supone la represión de alternativas de orden igualmente posibles (Laclau, 1990:51). No obstante, la construcción de un orden supone el olvido parcial de la contingencia sobre el que se instituyó la sociedad (el fetichismo que referimos en el apartado anterior). Ahora bien, en una ordenación social histórica particular encontramos también una definición de campos

²⁶ La producción por parte de lo político de la sociedad mediante los imaginarios es una idea central en el pensamiento de Cornelius Castoriadis que resalta el aspecto de creación imaginaria del mismo (Calveiro, 1998)

²⁷ “Un enfoque deconstructivo es altamente relevante respecto a dos dimensiones de lo político –como opuesto a lo social– que han adquirido una centralidad creciente en los debates actuales. La primera es la noción de lo político como el momento instituyente de la sociedad” (Laclau, 1997:64)

²⁸ Esta idea es deudora de la apropiación de la ruptura del isomorfismo entre el orden del significado y el orden del significante y el concepto de Real lacaniano, como “un núcleo básico que resiste simbolización” (Laclau, 2003:83)

de antagonismos y relaciones de subordinación. Existe subordinación cuando un agente se encuentra en una posición de sometimiento en cuanto a las decisiones de otro (Laclau y Mouffe, 1987). Por lo expuesto podemos considerar que el orden social es la articulación de relaciones sociales históricamente constituidas e impregnadas de poder. Esa ordenación social define relaciones sociales de subordinación, produce subjetividades a su vez que es inestable producto de la acción de los sujetos sociales (Zemelman, 1983:31).

3.1.4 Estructura y acción

El problema de la unidireccionalidad en la relación estructura y acción ya no puede ser planteado como tal en la actualidad. Desde hace muchos años los aportes de Sartre y el propio Levi Strauss (Puillón, 1967:27) conducen a la necesidad de concebir la interrelación entre ambos. Así, el problema se dirige a indagar qué tipo de vínculo establecemos entre estructura y acción, y cuál es la forma de pensarlas juntas en el proceso social. De la concepción expuesta sobre la forma de constitución de las relaciones sociales estructuradas se desprende la importancia de la acción (tanto en su creación como reproducción). Un primer punto a reparar es que las condiciones estructurales no deben pensarse sólo como ámbitos de presión, delimitación o constreñimiento, sino también como “habilitantes” al decir de Giddens (1995:193, 207). Es decir, como condición de posibilidad de la acción.

Segundo que la reproducción del orden social no puede ser pensada como mera imposición de las clases dominantes, sino que debe abrirse a la investigación las formas en que se reproduce el orden mediante las prácticas (Cfr. Bourdieu), cómo se fijación las condiciones que hacen posible la acción y los modos de producción de subjetividades. No obstante, también es necesario dar cuenta de los espacios abiertos y creados por los sujetos para las acciones y la producción de significaciones que ponen en cuestión la naturalidad y temporalidad hegemónica del orden social, para abrir terrenos de disputa. En nuestra investigación esta apertura es fundamental porque refiere al doble carácter de la relación estructura y acción, donde los sujetos encuentran en el orden social condiciones de su existencia y a la vez operan sobre ellas para consolidarlas o

transformarlas (Quiroga, 2000:41-42) En tal sentido, la vinculación de los sujetos sociales es dialéctica con respecto al orden, en tanto se conforman en determinado orden social, aunque no los “determinan” en sentido clásico y su propia conformación supone la posibilidad de acción.

En este aspecto Giddens repara en que la praxis conlleva tanto la reproducción como la transformación de las estructuras (1995:201). Por su parte, Perry Anderson (1985; 20ss.) en su tipificación de acciones reserva un lugar para aquellas orientadas hacia fines privados que reproducen las relaciones sociales vigentes en una sociedad (Cfr. Caínzos, 1989: 36). Así, las estructuras condensadas en las instituciones, en el arte, en los mitos dependen de una actualización por parte de los sujetos para no perder validez. En efecto, las estructuras se actualizan en el proceso de la vida social²⁹. Estas observaciones deben ser complementadas con el estudio de otras formas de reproducción que si bien se vinculan a la acción pueden analíticamente distinguirse como la comunicación (Van Dijk, 1999: 243-244) o las instituciones.

De esta manera, es posible concebir que “las estructuras cambian por la acción de los individuos o los sujetos sociales que modifican molecularmente las reglas, o en las luchas por los principios de clasificación que pueden alterar drásticamente las reglas, e imponer nuevos principios particulares como generales y por lo tanto igualmente arbitrarios” (Cuellar y Durand Ponte, 1989:25). Estas transformaciones pueden operar desde lo que llamamos praxis y son formas propias de intervención que adoptan algunos sujetos sociales. En el aspecto que nos interesa aquí es necesario reparar en las formas colectivas de disputa por el orden social y sus principios estructurales-estructurantes, en especial en el ámbito político. Esto se relaciona, en particular, con los procesos de dislocación de las articulaciones hegemónicas que vuelven más inestable la estructuración dominante. Esta disputa no es independiente de un proceso de configuración subjetiva y acción colectiva que opera en ese espacio social, convirtiendo relaciones sociales de subordinación en lugares de antagonismo y lucha. El proceso de antagonización de la subordinación produce un “recuerdo de la contingencia” (Cfr. Žižek, 1998) y disloca al discurso hegemónico, abriendo la posibilidad de polemizar esos nuevos momentos fundantes. El

²⁹ Analíticamente: el lenguaje en el habla, las clases en la fábrica, la familia en la comida diaria; aunque en todos estos espacios puedan reconstruirse formas reproductivas: el lenguaje en la familia, la familia en la fábrica; los géneros en el habla.

antagonismo deviene cuando las relaciones opresivas se significan y transforman en tales, a partir de una configuración subjetiva (De la Garza, 1992 y 2004) que muestra la situación de subordinación como opresiva y por ende espacio de antagonismo. El momento de la negatividad es producido por un movimiento de significados que permite una interpelación de la positividad que determina los lugares en la estructura de dominación social.

En síntesis, la reproducción del orden social depende de un conjunto de factores donde la acción tiene un status relevante debido a la necesidad de las prácticas para perpetuarse, pero también porque mediante las praxis pueden operarse transformaciones en un orden siempre contingente. Esta contingencia obliga a albergar un lugar para la tensión, aunque ésta se actualice en determinados momentos históricos y se mantengan el resto tiempo en estado latente. En otras palabras, el orden social implica una articulación contingente de elementos estructurales embebidos de sentidos que conforman el espacio social. Este orden social instaurado en una operación hegemónica no es inmune a las acciones de resistencia, sino que es sensible a las refutaciones (Brunner, 1976) o dislocaciones (Laclau, 1990). Este aspecto es fundamental para pensar la capacidad de disputa de los sectores subalternos y sus movimientos sociales en la construcción de órdenes sociales alternativos (Brunner, 1976:21)

3.1.5. Investigación de aspectos estructurales.

Las estructuras pueden ser reconstruidas en sus diferentes niveles e incidencia en los contextos históricos. De acuerdo al problema de investigación propuesto se podrán identificar los procesos estructurales que operan como condición de posibilidad y que atraviesan a los sujetos actuantes (De la Garza, 2001). De esta manera podrá estudiarse con precisión como las diferentes estructuras operan a partir de distintos niveles de abstracción en la conformación de sujetos³⁰ y como los sujetos transforman (y son transformados) por las estructuras. Esa visión busca evitar pensar que las estructuras operan todas en un mismo nivel y de la misma manera en distintas situaciones o

³⁰ De esta manera el lenguaje, como la familia o las clases pueden ser consideradas estructuras sociales que influyen en las subjetividades y la constitución de los sujetos (De la Garza, 1992:39).

momentos históricos. En esta dirección puede leerse la referencia de Adolfo Sánchez Vázquez cuando afirma que los elementos que componen una sociedad no tienen un lugar o función establecido de una vez y para siempre, por el contrario “un elemento de ella puede dominar o desempeñar un papel principal” (1970:67).

La heterogeneidad y densidad asumida para concebir la Totalidad nos aleja de confundir estructuras con un todo sistemático o funcional; por el contrario, en la realidad social es necesario considerar que las estructuras se entraman, se conglomeran de forma heterogénea en cada período histórico (De la Garza, 2001a) Por lo tanto, esa totalidad sólo puede ser reconstruida por un esfuerzo ordenante y abstracto del pensamiento aprehensivo. Por esto, ante el problema de investigación planteado, es necesario identificar los aspectos estructurales que entran en juego para una reconstrucción y comprensión de los procesos sociales. Recuperar el concepto que Althusser (1967) toma de Freud de *sobredeterminación* puede ayudarnos a entender cómo las diferentes estructuras se articulan y que en el caso concreto puede implicar la primacía de alguna armando un conglomerado estructural para cada formación del orden social e, incluso, para cada campo del mundo social. Así, evitamos atomizar el plexo social que en lo estructural adquiere una dinámica específica y una particular articulación. Lo anterior supone considerar una multiplicidad de encuadramientos estructurales que operan contingentemente y que concitan desentrañar las estructuras que intervienen (en el doble lugar de restricción y condición de posibilidad) en acciones. La tarea epistemológica en el aspecto estructural, entonces, consistirá en identificar las estructuras que inciden de acuerdo al problema de investigación. Además, reparar el lugar que juegan en un fenómeno social (condición de posibilidad, restricción, lugar de impugnación etc.) para reconstruir en un momento abstracto las múltiples relaciones que se despliegan en un caso histórico-concreto.

3.2. Subjetividad colectiva

El concepto de estructuras y orden social los hemos construido para pensarlos junto al de subjetividad, para avanzar en la construcción de un enfoque que posibilite investigar los sujetos y movimientos sociales. En forma amplia, concebimos a la subjetividad

colectiva en una definición acotada como proceso para construir significados que involucra las formas de dar sentido y desarrollar acciones. En este camino partimos del concepto de configuración subjetiva propuesto por Enrique de la Garza (1992, 1995:102, 1997, 2001a y 2001b, 2004). Entender la subjetividad como una configuración permite concebirla como un proceso móvil que articula elementos (códigos³¹) heterogéneos (cognitivos, emotivos, éticos, estéticos, etc.) para revestir de significado a situaciones particulares. Asimismo, supone concebir que en los campos subjetivos podemos encontrar significados diferentes y hasta contradictorios que pueden generar condiciones de factibilidad para acciones radicalmente distintas³². De esta manera se puede entender el “dar sentido” como un proceso dinámico de movilización de códigos de significación para conformar una configuración particular. Estas configuraciones pueden ser más o menos recurrentes, pero siempre deben ser actualizadas en cada acto de dar sentido (pragmática subjetiva). Así, es posible dar cabida tanto a la repetición de configuraciones (que se relaciona con la formación de identidades sociales) como a la construcción de nuevas configuraciones a partir de la incorporación de códigos nuevos o la articulación de viejos con otros recién incorporados que acaban por resemantizar la configuración completa. Con esto es posible pensar, avanzando en la discusión, tanto en la reproducción del orden social mediante configuraciones que den lugar a prácticas que perpetúan las relaciones sociales o generar otras configuraciones que conduzcan a praxis transformadoras, a su vez, “las praxis se pueden volver sobre las subjetividades y las estructuras presionando a su reconfiguración” (De la Garza 2001a).

Los procesos de percepción-construcción subjetiva del signo y la atribución de

³¹ Los códigos que se movilizan, como veremos, son significados contenidos en la cultura producto de procesos sociales para significar que no están exentos de disputas, antagonismo y poder.

³² Tal vez dos ejemplos ayuden a la exposición. Caso 1. Sentados frente al televisor y en solitario, observando una imagen determinada, diferentes individuos movilizan códigos contemporáneamente para dar sentidos: condena ética frente a un secuestro, tristeza ante una muerte, indignación frente a un caso de corrupción, etc. Los sujetos experimentan con códigos comunes, así estén incomunicados inmediatamente entre ellos, no se conocerán nunca pero otorgan sentidos similares porque están disponibles en la cultura, porque lo han incorporado a su subjetividad individual en diferentes instancias de socialización. Caso 2: En la calle frente a una maniobra prohibida como el cruce de un semáforo en rojo, los individuos espectadores condenarán la actitud del conductor. Esta asignación de sentidos proviene de la interpretación de múltiples elementos que los sujetos realizan echando mano a la cultura (el rojo como símbolo de alto, la maniobra, etc.) Los individuos espectadores no actúan en conjunto, ni se identifican necesariamente unos con otros. En ambos casos la asignación de sentido dependerá de la particular articulación de códigos de cada uno, sin embargo, para esa situación hay códigos dominantes que se movilizan en general como dispositivos para reducir la complejidad de situaciones polisémicas

sentidos por parte de los sujetos, por lo tanto, se constituyen como un elemento crucial para la acción de los hombres. La problemática, de esta manera se sitúa en varios planos vinculados a la relación entre estructura, subjetividad y acción. Vale enumerar: a) en la necesidad de una aproximación a las formas en que los significados son construidos socialmente³³ (incluyendo dimensiones como conflicto, poder y hegemonía); b) en la importancia de los procesos de asignaciones de sentidos, interpretaciones de signos y (reelaboraciones de) significados considerados como procesos sociales que incluyen pero exceden la racionalidad (incorporando valores, gustos, sentimientos, prejuicios); c) las consecuencias que en el plano de las acciones tienen las asignaciones de sentido; d) las relevancias de las acciones para la conformación del orden social, ya sean intencionadas o no intencionadas.

3.2.1. Configuraciones subjetivas

Para Enrique de la Garza “la Configuración subjetiva sería el arreglo específico de códigos provenientes de los campos de la cognición, valorativos, sentimentales, expresados o no discursivamente y combinados en parte en forma pseudoinferencial a través de categorías del razonamiento cotidiano. La configuración subjetiva da sentido a la situación concreta, en tanto explicar, decidir, relacionada con las praxis” (De la Garza, 2001a:20). En lo particular, para esta investigación, el concepto es heurístico y puede ayudarnos a reconstruir dimensiones complejas del problema de la formación de sujetos y movimientos sociales. Es decir, además de relacionarse con diferentes campos subjetivos y con códigos de sentidos disímiles, en la conformación subjetiva aparecen elementos provenientes de dispositivos de subjetivación, que si bien no determinan la configuración subjetiva, sí pueden atravesarla contribuyendo a su constitución. A su vez, existen espacios inconcientes que en lo social se relacionan con lo ideológico y que también aportan sentidos constitutivos de la subjetividad.³⁴

³³ Este debate se inserta en uno mucho más amplio vinculado al realismo ontológico y sus críticas.

³⁴ Raymond Williams refiere este lugar de lo inconciente constitutivo de la ideología al entender que “la visión del mundo o perspectiva general características de una clase o de otro grupo social, que incluye creencias formales y concientes, pero también actitudes, hábitos y sentimientos menos concientes y formulados, e incluso presupuestos, comportamientos inconcientes” (Williams, 1994:25)

Los elementos de la subjetividad se articulan, aunque hay que concebir que su proceso de conformación sea siempre inacabado y abierto (Zemelman, 1995:14). Esto permite pensar que los elementos estructurales que presionan, los mecanismos de subjetivación y sus dispositivos conviven con otros espacios más autónomos en la conformación de configuraciones subjetivas. Existen espacios de relativa autonomía para la construcción de configuraciones de acuerdo a distintas situaciones y un terreno para la apropiación reflexiva de los sentidos asignados. La forma configuracional de la subjetividad recuerda al discurso (De la Garza, 1995:102, Laclau, 1985) donde los elementos significativos adquieren sentido en sus relaciones entre ellos, y donde la producción de significados no puede encontrarse en un análisis atómico. Es decir, cada articulación específica conforma una configuración subjetiva para dar sentido a situaciones particulares que admite en su seno discontinuidades y contradicciones (De la Garza, 2004) y donde los códigos mismos se definen en un juego de lenguaje (Wittgenstein, 1997). Los códigos, como los elementos del discurso (Laclau y Mouffe, 1987) se resemantizan en cada configuración puesto que estos elementos (códigos) adquieren sentido relacionamente debido a su carácter *idexal*.

Con lo anterior concebimos espacios para la creación de nuevas configuraciones. Esto, porque cada reordenamiento, cada incorporación, cada modificación, cada reconfiguración, genera reacomodamientos subjetivos donde se pueden identificar continuidades y cambios. Pensar a la subjetividad con una metáfora de red no quiere decir que no puedan existir puntos nodales, más densos semánticamente, que resignifican el resto de los códigos para dar sentido. En efecto, en la configuración subjetiva no todos los significados tienen el mismo peso para la articulación, algunos códigos pueden adquirir primacía y opacar a otros que permanecen subalternizados, pero que pueden emerger y conformarse en “articulantes” de la red de códigos y por lo tanto también del proceso colectivo de dar sentido. Ernesto Laclau ha recuperado de Lacan el concepto de *points de capito*³⁵ que puede resultarnos de mucha utilidad para pensar la configuración. Sin embargo es necesario realizar algunas precisiones para el uso de este concepto: en primer lugar, nos hemos referido a la dinámica de lo heterogéneo en cuanto los códigos de

³⁵ En palabras de Zizek esto se refiere al “cúmulo de significados flotantes, de elementos protoideológicos, se estructura en un campo unificado mediante la intervención de un determinado punto nodal que los acolcha, detiene su deslizamiento y fija su significado” (Zizek, 1992:125)

significación móviles pueden cobrar formas que no son sistemas ni estructuras, sino justamente configuraciones donde aparecen contradicciones y discontinuidades; segundo, si bien en el caso de la conformación de los sujetos sociales hay un punto nodal que ayuda a la configuración particular³⁶ no podemos deslindar la construcción del “significado dominante” de los procesos sociales-históricos que involucran a los sujetos. Las formas sociales e históricas de producción de esos significados serán importantes en el tipo de configuración que se construya y en los códigos que se movilicen. Por su parte, la historia de las subjetividades y los contextos de sentido y acción ofrecen la posibilidad de construir un significado que ancle con mayor densidad que otros. Este aspecto es indisoluble de entender al sentido como un producto de la subjetividad. En este plano, el sentido es, como dice Oscar Landi (1981), un efecto de los significados que, en nuestra concepción, se articulan en la subjetividad.

La atención a las configuraciones subjetivas conlleva un análisis de los distintos espacios de sentidos que se articulan. En efecto, existen distintos campos de códigos socialmente contruidos y que pueden mobilizarse para significar situaciones. Podemos destacar:

- a) *Campo cognitivo*: Se refiere a aquello que el sujeto cree saber, lo que supone verdadero y fundamentado. En tal aspecto es *doxa* por sobre la *episteme*, es decir, no interesa si el conocimiento está fundamentado en la lógica formal o empíricamente, sino que el sujeto cree que está fundamentado y que es verdadero; por lo tanto puede ser, como dice Heller (1970), un prejuicio. De esta manera se liga a lo que el sujeto supone que es objetivo y como tal soporte de la acción. Ahora bien, en tanto construcción social estos códigos se van reconstruyendo y puede indagarse cómo van cambiando. Los códigos no están en los sujetos sino que son “formas de comunicación” (Luhmann, 1996) que pueden reconocerse en la cultura, pero los sujetos los actualizan puesto que experimentan, reproducen y transforman estos sentidos; por lo tanto, no pueden existir por fuera de los sujetos,

³⁶ Mucho del paso de una subjetividad colectiva a un sujeto social, como veremos, depende de este esquema, de la capacidad de producir significados aglutinantes que capturan otros espacios de la subjetividad para articularlos en configuraciones concretas más estables.

aunque puede prescindir de los individuos particulares. Los códigos forman parte de lo que algunos autores llamaron el acervo de conocimiento (Schütz y Luckmann, [1977] 2002:290) y se constituyen a partir de diferentes fuentes entre las cuales puede incluirse al conocimiento científico junto a otros propios del sentido común.

- b) *Campo valorativo o axiológico*: Son los espacios propios para significar situaciones como buenas o malas, justas e injustas, y sus transformaciones. Para el análisis de acciones colectivas y movimientos sociales este campo adquiere relevancia y centralidad. En efecto, la posibilidad de dar sentido a una situación como injusta y a espacios de acción como válidos (“buenos”) son indispensables para la construcción de subjetividades que habiliten la acción colectiva. El campo axiológico es un componente relevante de las subjetividades. Touraine es uno de los autores que rescata el plano moral de las acciones colectivas, en tanto los participantes de las acciones colectivas promueven “el uso social de los valores morales en oposición al que sostiene y trata de imponer su adversario social” (Touraine, 1997a:104). En sintonía, Charles Taylor agrega una dimensión al argumentar que la identidad determina el horizonte moral, es decir, lo que percibimos como valioso o bueno depende de los marcos de referencia que dotan de sentido a nuestras acciones (Taylor, 1996b:32).
- c) *Campo emotivo*: La subjetividad de las que estamos hablando concibe en su conformación un espacio para las emociones. Estos códigos dan sentido a las relaciones de amor-odio, amigo-enemigo (Schmitt, 1998), básicas en la movilización colectiva y la acción política y, frecuentemente, descuidadas en el estudio de los movimientos sociales. Autores como Heller (1970:79), Thompson (cfr. Anderson, 1985: 28), Sartre (1980:77) y Raymond Williams (1980), repararon en la importancia de los sentimientos y emociones en la construcción de las experiencias. A pesar de que muchas de las teorías de la acción, especialmente la elección racional, han desatendido el papel de las pasiones en las conductas de los hombres, es preciso considerarlas como un elemento para comprender la subjetividad y la acción. En efecto, autores como Platón, Aristóteles y Hobbes han dado un lugar importante a los “apetitos” en sus teorías. Los intentos

metodológicos de simplificar la estructura de la acción a medios-fines, donde los fines aparecen como dados, han conducido a verdaderas aporías (Cfr. Elster, 2000). Esto no supone, por supuesto, desterrar el plano de la razón instrumental y la conciencia en el accionar humano, sino incorporar en el concepto de subjetividad un conglomerado de códigos de significación que provienen de otros campos que no por menos fáciles de formalizar deben ser abandonados.

- d) *Campo estético*: Los códigos estéticos asignan sentido de acuerdo a un criterio de feo-bello y están vinculados a aspectos como la moda, el arte y otras formas culturales relevantes para la identidad y la movilización ya que aportan en la construcción de un “nosotros” y en la delimitación de la alteridad.

Ahora bien, la centralidad de los sentidos nos conduce a plantear el problema de los sujetos y los significados en dos planos. La forma en que se constituyen los códigos de sentidos y las formas de razonamiento. El primero se vincula con la cultura y el segundo con las formas de razonamientos en el mundo de la vida cotidiana (Nun, 1994:15)

3.2.1.1 Subjetividad y cultura

El primer interrogante abierto, sobre las formas de producción de sentidos que luego son movilizados, nos lleva directamente a discutir una noción de cultura. La relación entre subjetividad y cultura es un tema clásico y problemático. En nuestro enfoque tal vínculo es central para dilucidar las formas de construcción de subjetividades en la vida social.

En este punto, frente a la concepción de la cultura como un sistema de valores y normas que moldea las conductas de los sujetos (de orígenes durkheimianos y las apropiaciones funcionalistas) se enfrentaron otras nociones provenientes de corrientes hermenéuticas que acentúan el papel de los significados. Estas conceptualizaciones consideraron que la cultura debía pensarse con relación con la producción y acumulación de significados, y que éstos rebasan las consideraciones normativas y valorativas para englobar otras esferas de la vida humana igualmente dotadas de sentidos. Así, las

vertientes hermenéuticas y fenomenológicas (Schütz, 1974a) contribuyeron a profundizar la relación entre cultura, producción de significados, subjetividad y acción.

No obstante, el concepto de cultura asociado a la producción de sentidos ha sido poco vinculado al estudio de la movilización social. Este descuido es relevante porque nos propone una tarea en el esquema analítico que estamos construyendo: integrar una noción de cultura para dar cuenta de los procesos de construcción de sujetos y movimientos sociales. Esta apropiación parte de concebir que la acción, como acto humano, se realiza en un universo de significaciones propio de la cultura (que a su vez ha sido, en parte, instituido por la acción) (Schütz, [1974b] 1995:41). Por lo tanto, el espacio de la cultura es un espacio de experiencia que impregna de intersubjetividad el campo en que se desarrolla la acción. (Schütz y Luckmann, 1977:26)

La concepción de la cultura como un entramado de sentidos producto de procesos sociales e históricos merece algunas precisiones: no es posible pensar la cultura como una suma aleatoria de significados que se encuentran en un momento determinado; por el contrario los procesos de producción y sedimentación de significados están embebidos de poder. Por lo tanto, aquello que agudamente describió Schütz sobre el acervo de sentidos del mundo social (Schütz y Luckmann, 1977:236) debe complementarse con una investigación sobre las formas en que se organiza el conjunto de sentidos: los predominantes y los subalternos. Precisamente este punto será clave en la posibilidad de vincular sujetos sociales y cultura.

Esto es indisociable de las consideraciones sobre la hegemonía por dos motivos fundamentales. Primero, porque los sujetos reproducen y crean significados, especialmente a partir de configurarlos en conglomerados para dar sentido que están vinculados a sus propias cosmovisiones del mundo (Gramsci, 1977). Es decir, el espacio simbólico de la cultura es actualizado y reproducido a partir de operaciones subjetivas que pueden también transformarlo. Este es un proceso de conflicto constante por esos significados, por la cultura y por la hegemonía. Así, su producción, acumulación y sedimentación es un proceso donde se hace presente el poder y algunos significados adquieren el carácter de hegemónicos y opacan o subalternizan otros que, sin embargo, pueden ser reconocidos por los sujetos. Segundo, es necesario destacar el carácter histórico de la producción de los sentidos en las sociedades, en tanto el cúmulo de

significados que preceden a los hombres son elementos que atraviesan la conformación de los sujetos, y por lo tanto son condición de posibilidad de su constitución. Esto no quiere decir que el pasado, los significados dominantes, las tradiciones, etc., se impongan a los hombres. Las subjetividades procesan estos significados articulándolos en configuraciones para dar sentido que son móviles y dinámicas y que, si bien pueden reproducir los sentidos dominantes, también pueden construir espacios para la creación de otros nuevos a partir de mover códigos subalternizados en la cultura. Lo anterior habilita considerar que en la cultura los elementos pueden presentar discontinuidades, heterogeneidades y contradicciones más que constituirse como un sistema coherente.

En esta perspectiva podemos considerar que los grupos sociales se apropian de los significados y los disputan. El terreno de la cultura, así –como lo había advertido Gramsci- se transforma en un campo de conflicto y de construcción de visiones del mundo. Ahora bien, podemos identificar analíticamente tres fases del conflicto con respecto a la constitución de elementos culturales: la producción, la reproducción y la apropiación. En primer lugar nos encontramos con una disputa por anclar sentidos específicos. Esto se vincula con una relación fundacional y contingente, que en lingüística estaría dada por la ruptura entre el orden del significante y del significado que lleva a una lucha por ligar un significante con un contenido definido. (Cfr. Laclau, 1990) Evidentemente, tal engarce no es definitivo y el papel de la interpretación de esa relación es polisémica y polémica. La lucha por construir sentidos dominantes supone un intento siempre fallido de lograr cierta unidireccionalidad de interpretación. Como consecuencia de este conflicto pueden ir quedando interpretaciones subalternas que también se codifican. La segunda fase que identificamos se relaciona con el intento de reproducir un orden dominante a partir de la consolidación de sus sentidos hegemónicos (Ceceña, 2004:40). Aquí es donde entran en juego las distintas formas de instituciones y dispositivos de poder para garantizar la subjetivación y la reproducción. En tercer lugar tenemos la apropiación que los distintos estratos sociales hacen de los sentidos culturales a partir de su propia historia como grupo y los momentos históricos que contextualizan cierta apropiación y reelaboración (García Canclini, 1982). Este último proceso supone la articulación de los códigos culturales en una subjetividad colectiva, que reconoce otros espacios de constitución provenientes, por ejemplo, de la historia y la visión del mundo

subalterna. La reproducción de sentidos dominantes correspondería a formas de consolidación del orden social, mientras que la reelaboración de sentidos por parte de los sujetos pondría nuevos desafíos al ordenamiento, particularmente cuando el procedimiento subjetivo de movilizar códigos que condensan sentidos genera la intervención mediante la praxis y en el marco de proyectos colectivos. Lo que hemos detallado como fases sólo pueden reconocerse analíticamente, el devenir histórico supone una articulación constante y permanente de los tres momentos.

El concepto de cultura como una red densa o magma de significados que se van acumulando, sedimentando y articulando a partir de procesos de elaboración, evolución y –por cierto- cruzados por el poder (Muiñoz de Britos y Luzuriaga, 2004:95), suministra elementos para los procesos de configuración subjetiva. No obstante no hay que confundir o asimilar subjetividad y cultura, aunque los dos se refieren a “códigos” implicados en procesos de dar sentido³⁷. Si analizamos los modos de formación de la cultura, invariablemente nos debemos preguntar por los procesos sociales que produjeron los sentidos dominantes y cómo éstos se constituyeron como tales. Mientras tanto, consideramos que la subjetividad moviliza esos códigos de dar sentido articulándolos mediante formas complejas de razonamiento y redescubriendo sentidos tal vez opacados en la cultura y que son puestos a jugar en un proceso de significar a situaciones concretas. De esta manera, mientras que la cultura proporciona “los signos con que nos hablamos, las maneras mediante las cuales operamos, la autoridad con que revestimos nuestras opiniones (...) las formas inagotables del deseo, las melodías de los cuerpos, los dioses que adoramos” (Brunner, 1992:19-20), los procesos subjetivos articulan y reconstruyen estos sentidos en las situaciones concretas.

Esto supone evitar considerar a la cultura como separada de los sujetos. Los sujetos no sólo experimentan en el contexto de la cultura, sino que son atravesados por ella. Es aquí donde necesitamos reencontrarnos con Foucault para comprender los múltiples dispositivos que tiene el orden social con el fin de meterse en el cuerpo y el alma del

³⁷ “El desarrollo de un acervo social del conocimiento no es de ningún modo análogo al desarrollo de un acervo subjetivo (...) la estructura del acervo social no tiene dimensiones correspondientes a las del acervo subjetivo. Puesto que la estructura del primero, que se desarrolla a través de los procesos de acumulación histórica del conocimiento, es determinada por los procesos institucionalizados en la transferencia de conocimiento, ella corresponde a la distribución social prevaleciente del conocimiento” (Schütz y Luckmann, 1977:290)

hombre (Foucault, 1977). No obstante, para salir del atolladero foucaultiano sobre la posibilidad de otras formas de construcción de subjetividad que no estén determinadas por las redes de poder, es conveniente retornar a la idea de hegemonía que provee “una interconexión y una organización más o menos adecuada de lo que de otro modo serían significados, valores y prácticas separadas e incluso dispares que este proceso activo incorpora a un orden social efectivo” (Williams, 1980:137), aunque dicha ordenación sea dinámica y pueda, en ocasiones, ponerse en cuestión.

La introducción del análisis de los procesos hegemónicos en la cultura no sólo tiene el objeto de incorporar la esfera del poder y la disputa por la producción de significados y el orden dominante. Además permite observar esos otros subalternos, fosilizados -como decía Gramsci- o residuales -en términos de Williams- que pueden oponerse a los sentidos dominantes. En este aspecto es imperiosa la necesidad de analizar la relación de los sentidos subalternos con los dominantes, y los contextos en que estos códigos que condensan sentidos pueden salir de su ostracismo para incorporarse a procesos subjetivos que los emergen. Ahora bien, como el propio Gramsci reconoce, los sentidos anquilosados en la cultura subalterna pueden ser reaccionarios, pero también servir como elemento significativo de cuestionamiento del *status quo*^{38, 39}.

3.2.1.2. Subjetividad y formas de razonamiento

Hasta aquí tenemos una primera aproximación a la subjetividad colectiva, en estrecha relación al mundo de la vida y la cultura, como proceso de dar sentido. En particular, hemos analizado dos espacios relevantes para nuestro tema: los campos subjetivos y la construcción de sentidos que se movilizan en la configuración subjetiva (cultura). El tercero, que tratamos a continuación, se vincula con las formas de razonamiento y los

³⁸ “las clases subalternas pueden estar conformadas por estratos fosilizados que reflejan condiciones de vidas pasadas, y en consecuencia son conservadoras y reaccionarias, como también pueden ser creadoras y progresistas, determinadas por una serie de innovaciones y por formas y condiciones de vida en proceso de desarrollo. Se encuentran, por lo tanto, en contradicción y/o en relación diversa con estratos dirigentes, con la cultura de clase dominante” (Zubieta, 2000:37)

³⁹ La relevancia de las experiencias, los sentidos y las relaciones sociales subalternas que sobreviven a un proyecto de dominación, para su posterior puesta en cuestión es señalada por Adolfo Gilly con respecto a la participación campesina en la Revolución Mexicana. (Gilly, 2002)

procedimientos que se pueden reconstruir en la operación de configuraciones para las asignaciones de sentido. Las formas en que se articulan la subjetividad y el proceso de dar sentido reconocen distintos procedimientos que frecuentemente se combinan. Algunos se incorporan como esquemas a la percepción (pero pueden ser sometidos reflexivamente), otros requieren la dimensión temporal para llegar a las asignaciones de sentido.

La analogía entre el discurso y la subjetividad en lo que refiere a su conformación debe ser complementada. En particular ateniendo a los procedimientos que operan en las formas de dar sentido por parte de los sujetos que se relacionan con las formas de argumentación y razonamientos. En un viejo artículo Charles Peirce refiere “un argumento es cualquier proceso de pensamiento que tiende razonablemente a producir una creencia definida” (1987:104). Por su parte, por razonamiento no debe entenderse un proceso racional de asignación de sentidos a partir de la definición de proposiciones. Las configuraciones subjetivas no tienen una estructura estrictamente racional, aunque incluyan formas de operaciones lógicas. Antes bien deben considerarse como formas de asignar un sentido específico e interpretar determinadas situaciones para producir acciones.

Estas operaciones subjetivas se basan en procedimientos que incluyen la deducción, la inducción, la inferencia, la hipergeneralización, el principio de etcétera, la analogía, la metáfora, la sinécdoque, la metonimia (De la Garza, 2001b). Es decir, que puede vincular modos formales de razonamiento con otros provenientes del razonamiento del sentido común. El sujeto es capaz de operar reflexivamente sobre esa configuración, aunque no le sea posible acceder a todos los espacios que conforman la configuración subjetiva. La articulación discursiva y la argumentación por parte de los sujetos dotados de conciencia reflexiva son importantes en tanto supone un orden que el sujeto introduce de forma tal de justificar su acción.

No obstante, también espacios inconcientes acompañan la dotación de sentido que embeben. Es decir, podemos encontrar en la subjetividad un espacio propio de lo inconciente que sólo en parte podría volverse reflexiva (Cfr. Sartre, 1980:79). En definitiva, lo inconciente puede estar formado por relaciones de poder que son reprimidas

e incorporadas en un orden social (en el sentido de “olvidadas” pero que atraviesan la constitución subjetiva). Esto nos recordaría la distinción entre un espacio del inconciente que puede ser aprendido en un nivel conciente y otro espacio que se resiste a la simbolización.⁴⁰ El primero, podemos, pensarlo como ciertas formas de la ideología (Cfr. Bourdieu, 1967:176), el segundo tiene que ver con el Real lacaniano que autores como Laclau (2003) y Žižek (2003) han propuesto incorporar a la teoría política.

La conformación de la subjetividad colectiva supone una gama compleja de formas de construcción de acuerdo al tipo de código proveniente. Asimismo cabe reparar que su constitución no es voluntaria y sólo parcialmente racionalizable, especialmente a posteriori. En este aspecto el sometimiento reflexivo se transforma en otra operación subjetiva donde los elementos racionales buscan predominar (sobredeterminar) a los demás. Así, lo que Giddens (1995) llamó reflexividad tal vez padece de un exceso de racionalismo al pretender un registro continuo, pero si lo pensamos como una operación que intenta situar a la subjetividad y la acción como espacios que se pretende comprender, tal vez observemos dos ámbitos de la reflexividad. El primero se refiere a un registro ex post de la acción, con lo que se atribuye sentido desde t2 a la acción de t1. Esto lleva el problema de la memoria y las expectativas. Es decir, el individuo puede dar cuenta de lo que cree haber hecho y esgrimir razones y argumentos que no agotan los sentidos de la propia acción. Segundo, aunque vinculado a lo anterior, cuando observamos que la reflexividad es un intento de procedimientos racionales de controlar otros campos igualmente relevantes de la acción humana, una operación de la subjetividad occidental moderna.

Entra las formas para dar sentido ligadas al sentido común y en la construcción subjetiva de sentido de la vida cotidiana, aparecen operaciones que aportan las tipificaciones (Schütz y Luckmann, 1997), la economía (Heller, 2002) o la reducción de complejidad (Luhmann, 1996) y son desplegadas en las operaciones de dar sentido a situaciones concretas. En efecto, las formas de pensamiento analógico (Heller, 1970:62) y la posibilidad de dar sentido a situaciones introduciendo una equivalencia con otras experiencias construyen maneras de actuar en el espacio intersubjetivo de la vida social a

⁴⁰ Intentar mediaciones entre la tríada de Freud y la de Lacan nos excede, sin embargo, creemos que vale a modo de gráfico de lo que estamos argumentando.

partir de formas de significar (Heller, 2002). Sobre estas operaciones puede pensarse la constante reconfiguración de la subjetividad, que en el mismo momento que interpreta y da sentido puede ir modificándose molecularmente. Esto es así, especialmente, cuando se enfrenta a situaciones de ruptura de los patrones de la vida cotidiana proveniente de experiencias sociales (Brunner, 1976) o por acontecimientos naturales catastróficos. Así, toda situación es “leída” desde una configuración particular, pero cada acción de dar sentido, la incorporación de elementos nuevos y la acción que puede producir una asignación de sentido convierten a la subjetividad en un espacio altamente móvil, permeable y plástico.

Dentro de las operaciones que tienen un papel constitutivo en la configuración subjetiva y que encontramos relevantes, se halla la hipergeneralización o ultrageneralización⁴¹. La noción proviene de Agnes Heller (1970; 1977 [2002]), aunque conviene introducir una distinción en niveles que a primera vista pueden confundirse. La hiperegeneralización como una operación de universalización de singularidades supone dos movimientos diferentes analíticamente. Por un lado adscribir atributos, juicios y, en definitiva, sentidos a diversas situaciones a partir de una experiencia individual y particular (el prejuicio, Heller, 1970:61). Por otro, la subsumisión de un caso singular en un sentido hipergeneral como forma económica de dar sentido. La primera es una operación que procede desde un caso singular para derivar un enunciado de alcance más general e incluso universal. La segunda es enmarcar las nuevas situaciones en sentidos preconstituidas los cuales no se ponen en cuestión y “preceden la experiencia de articular” (Heller, 2002:510). La filósofa húngara encuentra en la operación de la hipergeneralización “un tipo activo de acción (y pensamiento) que, aun siendo psicológicamente activo, en el plano del conocimiento y de la moral es pasivo” (2002:510). Heller (1970:63) confía que la incorporación del pensamiento científico pueda ir subvirtiendo las formas de reproducción del orden social surgidas de las formas analógicas y miméticas contenidas en el pensamiento cotidiano. No obstante, en tanto la ciencia es un discurso puede ser incorporado a una configuración, también, como forma de reproducción del orden y no necesariamente existe en la ciencia la liberación de la

⁴¹ “Ultrageneralización” es el término que utiliza Manuel Sacristán en su traducción de “Historia y vida cotidiana” (Heller, 1970:75)

“falsa conciencia”. Por su parte los conocimientos elaborados como producción científica son divulgados por formas de comunicación que lo reconstruyen.

El criterio de validación de las formas de asignar sentido en la vida cotidiana es pragmático (Heller, 1970: 64,73), el cual se combina para validar distintas formas de razonamientos incorporados. En este aspecto no interesa la corrección o no de los sentidos subjetivamente mentados, sino reconstruir sus procesos y sus consecuencias en el terreno de la acción. En este aspecto cabe destacar que frente a situaciones similares los sujetos tienden a reiterar formas de dar sentido, sin embargo las prácticas, acciones y las disputas puede generar la movilización de otros códigos y formar nuevas redes para dar sentido.

3.2.1.3 Subjetividad y temporalidad

Un punto que deseamos introducir aquí para la ampliación de la densidad de nuestro concepto de subjetividad es su relación con el tiempo. La subjetividad reconoce las huellas de la historia inicialmente en dos planos. Primero, a través de la historicidad propia de la cultura. La historia de los espacios comunes y los sentidos conglomerados en la sociedad nos permiten hablar del carácter socio-histórico de la subjetividad. En efecto, si es posible hablar de una subjetividad colectiva no es sólo el reconocimiento intersubjetivo de quienes utilizan ciertos códigos para significar una situación, sino también por origen social e histórico de los elementos semánticos y las relaciones de hegemonía, aunque estas sean incorporadas a la subjetividad. Segundo, la propia memoria histórica permite la recurrencia de los sentidos, es decir, hay una historia propia de la subjetividad que se condensa en el hábito, pero no sólo por estar incorporada a la Bourdieu, sino como presencia de operaciones subjetivas pasadas. A riesgo de que la metáfora oculte más de lo que ilustre podemos hablar de una historicidad externa (condensada en la cultura) y una historicidad interna (plasmada en la memoria).

Sin embargo, ambos planos se actualizan en el intersticio presente-futuro en el cual se realiza la operación significativa. Por lo tanto también dependen de una sutura inestable en su puesta en acto (esto se relaciona con la decisión, algo que será vital como veremos luego). Nos referimos a la forma de operar en un intersticio por esta doble relación de la

subjetividad con el tiempo. En efecto, porque ella misma opera con la tríada pasado-presente-futuro (ya dijimos que condensa historicidad), pero además realiza una operación que se sitúa en el imposible presente. Esto es en el paso del presente hacia el futuro. (En un t_1 se opera la significación para actuar en un t_2 , y en el mismo acto de significar se abandona t_1 por el propio devenir, por eso decimos que la subjetividad opera en un intersticio).

Ahora bien, habría que agregarle una tercera dimensión temporal a la subjetividad que trasciende a las anteriores: su espacio como productora de temporalidad. Esto no implica, claro, una producción intencionada del tiempo, pero sí la capacidad de inscribir acontecimientos en un orden temporal y, lo que es importante para nosotros, insertar la acción y el orden social en un horizonte temporal futuro.⁴² La forma kantiana del tiempo debe ser nuevamente considerada como una condición de posibilidad de la subjetividad y a la vez como su producto. Aunque esa forma no podría estar sujeta a un status trascendental y puro, sino a una construcción del tiempo propio de una época como bien lo descubrieron Heidegger y Adorno.

3.2.1.4. Subjetividad y acción

Si consideramos, con Max Weber, que la omisión (si conlleva sentido) es una forma de acción, debemos concluir que toda asignación semántica involucra acción. No obstante, lo que nos interesa, en vistas al objetivo de esta tesis, es la implicancia de la subjetividad en la acción colectiva (y de la acción en la subjetividad). En esta perspectiva vale recordar que es mediante la acción como los sujetos intervienen en el orden social (Schütz y Luckmann, 1977:38). De esta manera, “praxis y subjetividad están conectadas desde el momento en que la subjetividad que da significado antecede a la práctica, pero el significado la acompaña en su transcurrir y en los resultados” (De la Garza, 2001a:94). Es decir, la subjetividad no sólo reconstruye una situación y le da un sentido que habilita la acción colectiva, sino que embebe la acción. Es la única forma que podemos hablar de que la acción tiene sentido. El problema nos sitúa en considerar las formas en que la

⁴² “El tiempo es impensable sin creación; porque de otra manera solo sería un superflua cuarta dimensión del espacio” (Castoriadis, 1986:1)

subjetividad puede habilitar la acción social. Evidentemente no se puede derivar de la subjetividad la acción fáctica como reacción mecánica. Para su investigación es necesario problematizar el vínculo entre subjetividad y acción, el cual puede verse al menos en cuatro niveles: a) cuando la subjetividad instituye un umbral para la acción colectiva; b) como representación para el propio sujeto y nuevo material para el proceso subjetivo y; c) como reproducción u impugnación del orden social.

El problema de la acción colectiva es clave en esta investigación. En particular porque buscamos reconstruir la conformación de movimientos sociales que son tipos de sujetos que despliegan acciones colectivas a partir de una particular configuración de la subjetividad colectiva. Pues bien, a partir de la idea de subjetividad colectiva que expusimos, nos abocaremos a investigar la relación entre subjetividad, sujetos y movimientos sociales.

4. Subjetividad, sujetos y movimientos sociales

El concepto de sujeto social es propuesto para pensar con mayor precisión el espacio que vincula subjetividad y estructura de una forma particular. Es decir, nos permite problematizar el campo complejo de las atribuciones de sentido (construcción de identidades, proyectos colectivos, espacios del sentir, imaginarios) que operan entre situaciones estructurales y la construcción de los movimientos sociales. Esto no debe hacernos pensar en una necesaria secuencia sujeto-movimiento puesto que responden a diferentes ordenes de abstracción. Es más, para la investigación de la conformación de un movimiento social particular, es necesario poner a jugar otros espacios y tener en cuenta elementos que generan condiciones para la acción colectiva, y serán influyentes en sus alcances (historia, recursos materiales, ideológicos, organizacionales, etc.).

A partir de la discusión anterior es momento de integrar estos aportes para avanzar en la configuración teórica propuesta para la investigación histórico-política (lo dado-dándose, Zemelman, 1987a, 1987b, 1992 y 2001) que nos proponemos. Para ello indagaremos en la relación entre configuraciones subjetivas, sujetos colectivos y movimientos sociales. Estas distinciones conceptuales se valen de los avances que hicimos en secciones precedentes y busca seguir grados de abstracción. Es decir, no

proponemos la existencia separadas de entidades observables empíricamente y distinguibles en el plano concreto. Antes bien, nuestro propósito es ordenar en un nivel teórico distintas categorías que se articulan para comprender un proceso de movilización social y disputa por el orden.

4.1. De la subjetividades colectivas y los sujetos sociales

A partir del concepto heurístico de subjetividad trabajado es momento, ahora, de avanzar en la investigación del vínculo entre subjetividad colectiva y sujetos sociales. La necesidad de ordenar por grados de abstracción las categorías propuestas para aprehender el problema de investigación nos conduce a la concepción de sujeto social. Este concepto de sujeto social es considerado para pensar con mayor precisión el espacio que vincula subjetividad colectiva con otros ámbitos como la identidad y la acción. En efecto, nos permite problematizar el campo complejo de las atribuciones de sentido (construcción identitaria, proyectos colectivos, espacios del sentir, imaginarios,) que operan entre situaciones estructurales y la construcción de los movimientos sociales y su capacidad de acciones colectivas.

La movilidad, la plasticidad y la heterogeneidad tanto de las configuraciones subjetivas como de los procesos de razonamientos inscriptos en la vida cotidiana posibilitan pensar una distinción analítica entre subjetividades colectivas y sujetos sociales. El concepto de sujeto social nos provee de la posibilidad de pensar la fijación de elementos subjetivos (donde, vale recordarlo, podemos registrar las marcas de las estructuras). Es decir, los conceptos de subjetividad colectiva y sujeto social se vinculan y a la vez nos permiten referirnos a espacios de abstracción distintos. No toda subjetividad colectiva puede ser considerada un sujeto social.

La conformación del sujeto nos refiere de un proceso histórico y concreto de fijación de ciertos sentidos subjetivos compartidos. La misma idea de *subjectum*, según Heidegger (1996) como traducción latina del *hipokeimenon* griego, supone la referencia a una permanencia aunque ésta sea cambiante. El sujeto social condensa sentidos y merma el desplazamiento dinámico de la subjetividad suturándola, aunque no la hace estática. Además, condensa elementos de la estructura y, en casos particulares como los

movimientos sociales, de acción (Cfr. De la Garza, 1995:103). La conformación de un sujeto supone la articulación de ciertos conglomerados de sentido, algunos tramos de la subjetividad que se constituyen en un tejido de memoria, historia y reconocimiento. En efecto, esta parcial estabilidad en la movilización de tramos de la subjetividad permite la definición de un campo intersubjetivo y de un reconocimiento. Esquemáticamente la construcción de un sujeto social supone:

- a) Movilizar recurrentemente sentidos privilegiados frente a situaciones compartidas
- b) La construcción de un nosotros y la definición de una alteridad (aunque sea difusa toda definición identitaria presupone un alter)
- c) El reconocimiento intersubjetivo

La estabilización parcial de algunos sentidos que permiten la distinción “nosotros” y su consecuente relación con la alteridad (o la otredad) nos indica una operación de constitución del sujeto social. Esto supone la posibilidad de identificarse, no obstante, aún la conformación de un sujeto no conlleva necesariamente movilización y acción colectiva. Por ejemplo, los religiosos que habitan un monasterio conforman un sujeto colectivo, aunque rara vez actúen juntos (e incluso nunca lo hagan) y su relación directa con la alteridad sea esporádica. La conformación de un sujetos colectivo, en esta investigación, supone la articulación de un principio de identificación colectiva para el grupo que permite estabilizar ciertos sentidos y la elaboración de una visión del nosotros, aunque esta admita grados. Hemos defendido la idea de que los sujetos asignan sentidos a (y en) las relaciones sociales en que se hallan inmersos. Ahora bien, por más que esta mediación subjetiva supone un aspecto de acción, no genera necesariamente acción colectiva o tendiente a la intervención pública. Para ello debemos indagar en las formas propias de la subjetividad política y los movimientos sociales.

4.2. Sujetos y movimientos sociales

La reconstrucción de los procesos de movilización social y su relación a la configuración subjetiva de los sujetos sociales supone indagar en espacios constitutivos

que en el plano abstracto permiten una mejor comprensión de los mismos. Lo que sigue no pretende ser una tipología o requisitos propios de un movimiento social, sino algunos espacios posibles de pensar donde se juega la constitución de los movimientos sociales, en cada proceso histórico-concreto los mismos deben ser objetos de atención. En consecuencia, el pensar estos espacios de concreción de un movimiento social tiene implicancias epistemológicas para la investigación empírica. Nos referimos al plano identitario, la voluntad colectiva, las formas de acción política, la construcción de la demanda, los imaginarios y el proyecto común en tanto horizonte de futuro.

4.2.1. Identidad y movimientos sociales

La conformación del sujetos social es indisociable de una proceso identitario. Esto no significa asimilarlos ni acotar los espacios de conformación de los sujetos a las identidades. Sin embargo, la atención en este punto es una clave para la investigación de los sujetos colectivos y, también, los movimientos sociales. Una muestra de esta relevancia es que las teorías contemporáneas se han enfrentado a este asunto. Aunque cada una lo hizo desde su marco teórico y ubicando a la identidad en distinto rango entre sus preocupaciones.

No obstante, que los hayan abordado no quiere decir que los resolvieran. Los estudios clásicos de la Teoría de la Movilización de Recursos tuvieron serias dificultades epistemológicas para incluir aspectos simbólicos en sus conceptualizaciones sobre movimientos sociales y acción colectiva. Por su parte, la literatura contemporánea ligada a aquellos estudios, específicamente la llamada del “proceso político”, ha buscado dar cuenta de los aspectos identitarios. Doug McAdam (1994), por ejemplo, llamó liberación cognitiva a la reconfiguración de la percepción de los actores sociales en favor de identificar un hecho social como un agravio que amerita un esfuerzo colectivo. En una misma orientación otros autores, han propuesto el concepto de marcos de referencia (Hunt, Benford y Snow, 1994:228) para dar cuenta del aspecto gnoseológico en la identidad en su implicancia en la movilización. Esto les permite considerar a los movimientos sociales como procesos de construcción simbólica que ofrecen una identidad colectiva -entendida como estructura cognitiva de referencia- que el individuo

utiliza para interpretar aspectos del mundo social. Desde un registro algo diferentes Bert Klandermans (1994) es uno de los autores que más atención ha puesto en la dimensión de construcción de sentido en las acciones de protesta. Klandermans repara en que no sólo hay que detenerse en los procesos identitarios previos al accionar, sino también en la interacción y la creación de sentido que los sujetos realizan en el acto colectivo mismo.

El enfoque orientado a la identidad en el estudio de los movimientos sociales, por su parte, hizo de los temas identitarios unos de sus principales ejes de investigación. En efecto, los estudios preocupados por la relación de la identidad y los movimientos sociales, revalorizaron su lugar en la posibilidad de movilización y acción colectiva. En este plano autores como Melucci (1994) y Pizzorno (1994) han reparado en el papel de las identidades sociales. En la definición de Melucci (1999) el movimiento social, en tanto sistema de acción, implica que los actores colectivos están inmersos en un proceso identitario complejo que incluye producción de lazos sociales, relaciones solidarias y construcción simbólica integrada capaz de ser soporte de la movilización. La importancia de la dimensión identitaria en la movilización produjo que algunos autores han redefinido el concepto mismo de movimientos sociales para considerarlo “como el proceso de reconstitución de la identidad colectiva, fuera del ámbito de la política institucional por la cual se dota de sentido a la acción individual y colectiva” (Revilla Blanco, 1994:181; Cfr. Pizzorno, 1994:141; Chihu Amparón, 1999:60).⁴³

A pesar de la centralidad del concepto de identidad en el estudio de los movimientos sociales es difícil considerar que hay una teoría de las identidades colectivas suficientemente desarrolladas para los movimientos sociales. No obstante, podemos recuperar la preocupación de las teorías para rearticularla e inscribirla en nuestra concepción de la subjetividad y los procesos de dar sentido. Para ello es importante realizar una distinción analítica entre los conceptos. En esta tesis, la identidad es

⁴³ Algunos autores han intentado sintetizar los enfoques del paradigma de la identidad con la visión que propone la Teoría de la Movilización de Recursos. En consonancia, han visto a la identidad como un recurso que mejora el juego estratégico en la movilización (Dubet, 1989:526). Así los movimientos sociales crearían una identidad para movilizar y lograr la adhesión y la acción colectiva. En esta perspectiva, la búsqueda de trascender la instrumentalidad de la identidad se concibe una doble dimensión identitaria: “la (re) constitución de una identidad colectiva (expresivo) y la obtención de recursos políticos y sociales para el desarrollo de esa identidad (instrumental)” (Revilla Blanco, 1994: 200). Es decir, cuando una identidad es capaz de constituir los marcos de referencia que dan sentido a las acciones de los sujetos, se constituye ella misma como un valor y como un recurso.

entendida como una forma o un espacio específico de subjetividad que adquiere una estabilidad dinámica y que refiere a un sentido de pertenencia colectivo (la conformación de un nosotros imaginario, Aboy Carlés, 2005: 117) y la movilización de códigos comunes, la posibilidad de pasar de la primera persona del singular a la primera del plural en determinadas situaciones (De Ípola, 2000). Esto es, de formas recurrentes de dar sentido en el plano que constituye el nosotros (De la Garza, 1997).

De esta manera, la identidad se transforma en una categoría tanto para comprender la conformación de un sujeto social a partir de una subjetividad colectiva, como para reconstruir las dinámicas de los movimientos sociales donde la subjetividad y la identidad se articulan con proyectos (una dimensión de futuro) y acción colectiva (voluntad). La identidad entendida como una articulación de elementos (símbolos, mitos, códigos, apropiación de la historia, enemigos, etc.) no es estática sino que incorpora constantemente y reelabora los acontecimientos de la vida cotidiana. La paradoja de la identidad (planteada por Heráclito) se reinstala en el terreno social. Así, a pesar de la contingencia, la inestabilidad y el cambio la identidad guarda una continuidad (memoria y narración⁴⁴).

No obstante, es necesario concebir que hay procesos históricos que tienen mayor impacto para las identidades, por ejemplo aquellos producidos por transformaciones sociales y experiencias extraordinarias. En estos casos se abren instancias de reelaboración identitaria, emergen algunos aspectos que se mantenían fosilizados o adquieren primacía algunos núcleos que resemantizan a los otros elementos. Los procesos de construcción y reelaboración de las identidades, las relaciones entre identidades (piénsese clase, género, etarias, laborales, ideológicas), las formas en que los procesos sociales impactan en la asimilación-reelaboración de identidades son ámbitos importantes

⁴⁴ La identidad, además, supone una temporalidad en tanto se construye en el tiempo y una conformación de una memoria colectiva, esto ofrece un anclaje en la dimensión temporal para el desarrollo de un “nosotros”. La construcción narrativa por parte de los actores sociales es una manifestación de la lucha por legitimar el accionar, darle coherencia y durabilidad en el tiempo. La construcción de la identidad requiere de un relato, de una narración que apunte a condensar los sentidos configurados en la red identitaria. Según Charles Taylor, a esta nueva forma del tiempo propio de la modernidad le acompaña una noción del sujeto: “el particular yo desvinculado, cuya identidad se constituye en la memoria” (1996b:307). Taylor rescata dos de los elementos que pusimos a jugar en la conformación de la identidad colectiva, en primer lugar la vivencia, la experiencia en la historia de acontecimientos y, por otro lado, el relato que se elaboran sobre sí mismos.

de indagar, los cuales no son captados con suficiente precisión por concepciones de la identidad estáticas. En esta perspectiva, la fluidez, el carácter de construcción social e histórica de las identidades es un aspecto relevante en el estudio de los movimientos sociales.

La identidad colectiva que está involucrada en los movimientos sociales supone una combinación de elementos. Primero, como lo apuntara Melucci (1999), los movimientos germinan sobre un entramado de relaciones sociales que construyen tejidos de solidaridad y elaboración común de significados. Es decir, involucran identidades sociales. Segundo, la experiencia de participación en el movimiento social inserta dimensiones que rearticulan la identidad. En el proceso mismo de la acción colectiva, la participación, los individuos modifican campos identitarios. La incorporación de nuevos sentidos, realizar acciones e interpretarlas, asignar sentidos a otros y recibir una mirada construida desde la concepción de la alteridad afecta la composición identitaria. En otras palabras, la participación en los movimientos sociales contiene potencialmente la transformación de las identidades individuales y se juega su existencia en el plano de las identidades colectivas. Tercero, los cambios bruscos en los espacios de sociabilidad –como el mundo del trabajo- pueden traer aparejadas transformaciones aceleradas tales que trastocan las formas rutinarias de dar sentido y generan condiciones para nuevas experiencias de configuración subjetiva y construcción de identidades sociales.

El proceso identitario es clave en la reconstrucción del movimiento social, el análisis de sus características y, también, en las potencialidades que este puede contener para instaurar historicidad. En tanto la identidad es un proceso dinámico de configuración subjetiva estable (De la Garza, 1992, 2001a) pero que permanece abierto a la reconstrucción permanente es necesario identificar su núcleo central que a su vez resemantiza otros códigos al incorporarlos a la configuración. Esta configuración admite discontinuidades y la incorporación de códigos contradictorios que adquieren primacía o se sedimentan en el proceso de asignar sentidos. Las mismas acciones colectivas (prácticas y praxis) ya sean cotidianas o extraordinarias impactan en la conformación de la subjetividad colectiva e incorporan nuevos sentidos o reordenan los códigos donde pueden aparecer nuevos o emerger aquellos que parecían fosilizados. La relación entre los nuevos códigos y las nuevas experiencias con la vieja identidad es una de las claves

para comprender el proceso de interacción y síntesis que sucede en una dinámica que es necesaria reconstruir en un nivel más abstracto. Puestos en el terreno de la metáfora podríamos pensar la configuración identitaria como una red en forma de tela de araña, donde en el centro se encuentra un entramado de sentidos más consolidados (aunque no inamovibles) y la incorporación y las constantes reconfiguraciones van conformando el conglomerado para dar sentido, donde algunos sobredeterminan a los otros.

La conformación de la identidad colectiva es un proceso que acompaña al movimiento social. Sin embargo no es creada de la nada por la movilización, el movimiento social como tipo de sujeto social articula ciertos sentidos presentes en la cultura y la historia de los grupos movilizados, pero los configura discursivamente como conglomerados. La acción, la organización, la retórica, la experiencia colectiva incide en los significados, decanta, construye, reconstruye y crea una configuración particular a cada movimiento social (mitos, imaginarios, proyectos, etc.) que aporta a la reconfiguración constante de la identidad.

La identidad es un atributo distintivo de los sujetos sociales, pero no suficiente para la conformación de un movimiento social, tal como lo hemos expuesto. Por lo tanto, hay que observar a la identidad como un elemento denso epistemológicamente y a reconstruir en cada caso particular de movimiento social, además de situar las otras condiciones necesarias para la emergencia de un movimiento social. En efecto, en lugar de suponer la identidad en la movilización y la acción es preciso hacerlas objeto de estudio.

En relación con la identidad en los movimientos sociales adquiere un lugar central la dimensión de la alteridad (Giménez, 2002:38; Chihu Amparán 1999:64). En efecto, a la vieja preocupación filosófica por la identidad (Hegel, 1966:113) es necesario agregarle la particular relación de los “otros” en la constitución de colectivos sociales. Esto se hace aún más relevante si pensamos en el campo del conflicto social (Aboy Carlés, 2005: 120). Cabe recordar que Carl Schmitt (1998) consideraba que lo propio de la política era la distinción amigo-enemigo, parafraseando al autor alemán podemos decir que tal distinción es propia de los movimientos sociales. Como consecuencia, el trabajo de investigación de los movimientos tiene una tarea importante en indagar en la construcción simbólica de las alteridades (los enemigos, los aliados, los amigos, el público) frente a los cuales se realizan las acciones colectivas.

4.2.2. Voluntad colectiva

La subjetividad colectiva articulada en un sujeto social debe inscribir elementos particulares que permita la acción colectiva propia de un movimiento social. A la faz identitaria característica de una variedad de sujetos sociales es necesario incorporar esos ámbitos que nos permitan pensar con mayor precisión las formas de acción y conflicto social. En efecto, para dar lugar a la conformación (siempre inacabada) del movimiento social, es imprescindible la incorporación de lo que Gramsci llamó “voluntad colectiva”. Es decir, una disposición para la acción y la relación con el otro mediante la misma acción. La inscripción en el sujeto de la voluntad colectiva supone incorporarle elementos de sentidos que pueden ser cognitivos, pero también emotivos y éticos que añaden capacidad y disposición de acción a determinado sujeto. Es en este punto es que consideramos perfectamente concebible la existencia de sujetos sociales sin la consecución de movimientos.⁴⁵

El problema de la voluntad ha sido un tema esquivo para la teoría social, aunque recurrente en la filosofía, tanto en la metafísica, como en la ética y la filosofía política. Gramsci (1975) presenta el concepto de “voluntad colectiva nacional-popular” refiriendo al intento de Maquiavelo para pensar la posibilidad de una articulación de un pueblo disgregado. Allí radica la posibilidad de la construcción de imaginarios sociales aglutinadores que conduzcan a la acción a través de una combinación de razón y pasión. En la búsqueda de un momento de la movilización irreducible a la racionalidad, se apela a los espacios volitivos del hombre, por ello requiere de “una ideología política que no se presenta como fría utopía, ni como una argumentación doctrinaria, sino como la creación de una fantasía concreta que actúa sobre un pueblo disperso y pulverizado para suscitar y organizar su voluntad colectiva” (Gramsci, 1975:25-26). Aunque esto permite introducir aspectos complejos de la construcción de la acción colectiva, Gramsci continúa

⁴⁵ Avanzando en un ejemplo utilizado con anterioridad, podemos concebir que un grupo de monjes en una Abadía pueden responder a las características de la movilización de códigos comunes, mitos compartidos, cierto sentido del “nosotros” y de la alteridad. No obstante, la acción colectiva no se lograría sin la existencia de la voluntad colectiva. Éstos se mantendrían en silencio y aislados unos de otros. No obstante, la hipotética amenaza de la vida monástica, por ejemplo, podría generar la inscripción de una voluntad colectiva que habilite el accionar conjunto.

en un horizonte ontológico en el cuál la clase obrera sigue con la misión histórica de la emancipación de la humanidad. La voluntad colectiva nacional-popular, entonces, queda atrapada entre la construcción de sujetos sociales subalternos y la necesidad de la clase obrera como sujeto histórico (Laclau y Mouffe, 1987). Pues bien, fuera del marco trascendental de las clases (aunque admitiéndolas como construcción histórica) es posible desglosar el concepto de voluntad colectiva gramsciano. Así, mientras en un plano de la hegemonía éste se vincula a la posibilidad de articular identidades subalternas para la acción conjunta, en otro, que nos interesa especialmente, supone la construcción de una disposición para la acción que puede situarse en distintos niveles de generalidad. De esta manera, la construcción de la voluntad colectiva podría operar a nivel nacional-popular, pero también sería posible reconstruir la voluntad colectiva en niveles particulares, por ejemplo, en los movimientos sociales.

Es necesario precisar que en ninguno de los dos casos puede pensarse la constitución de una voluntad colectiva como un voluntarismo. Muy por el contrario la pregunta del propio Gramsci se dirige a identificar las condiciones históricas en que una voluntad colectiva es posible. Del mismo modo la tarea de la reconstrucción de los movimientos sociales supone una etapa de investigación de las relaciones socio-históricas en las que es pensable un movimiento social: “Se podría estudiar en concreto la formación de un histórico colectivo, analizándolo en todas sus fases moleculares, lo que habitualmente no se hace porque tornaría pesado el análisis” (Gramsci, 1977:111). En este trabajo “pesado,” según el propio Gramsci radica mucho de la posibilidad de reconstruir un proceso de constitución de la subjetividad colectiva, del sujeto y del movimiento.

El lugar de la inscripción de la voluntad colectiva permite reconstruir el proceso de conformación de la acción colectiva como resultante del cruce de elementos que es necesario rearticular en el pensamiento. En este sentido es que el concepto posibilita pensar las formas de construcción de la acción y su relación con la subjetividad colectiva. Según Zemelman “La transformación de la fuerza social en la fuerza política está mediada por la voluntad colectiva y la existencia de fines políticos concretos, mediatos e inmediatos” (1987a:151), con esto la voluntad colectiva opera sobre la subjetividad a la vez que es impensable fuera de ese marco en el que se inscribe. La articulación particular histórica y contingente de la voluntad colectiva en el campo del sujeto “produce” la

acción. Es decir, posibilita la apertura del horizonte histórico-político, esto le permite a Zemelman concebir “a la voluntad colectiva como un proceso constitutivo de sujetos políticos” (1987a:153) que aquí trabajamos en clave de movimientos sociales. La constitución de la voluntad colectiva permite pensar la relación de un sujeto social con un movimiento social, en tanto se asocia a la acción y a la política. También como un momento en el proceso de constitución particular del sujeto social involucrado en el movimiento social.

En tanto la voluntad introduce movimiento (y el movimiento requiere de tiempo) no hay posibilidad de pensar el problema de la voluntad sin plantearse interrogantes sobre el tipo de proyecto que construye el movimiento, o mejor enunciado: la forma en que el movimiento se proyecta. Las acciones presentes son las marcas del futuro, el proyecto se inscribe en el presente, historizándolo. En efecto, la construcción de la voluntad colectiva se vincula con las potencialidades del sujeto colectivo.

La voluntad colectiva tiene relevancia tanto en la lucha por la hegemonía (Portantiero, 1998) como en la dimensión utópica, además de que se vincula con dos esferas olvidadas en la teoría social de impronta racionalista pero vertebral en la filosofía política clásica: el deseo y la decisión. A los fines de nuestro estudio ambas dimensiones del sujeto colectivo son de vertebral importancia en la comprensión de los movimientos sociales.

4.2.2.1. Deseo, movilización y acción

La relación del deseo con la acción es un tema propio de la filosofía política clásica. Para Aristóteles el deseo es la causa que pone en movimiento la facultad deliberativa y, por lo tanto, antecede al movimiento práctico (Bravo, 2000). Si nos situamos en la filosofía de G.W.F. Hegel hallamos que en la *Fenomenología del Espíritu* el paso de la conciencia a la autoconciencia es a través del deseo. Con esto es concebible que la disposición para la acción se vincule directamente con la experiencia movilizante del deseo como espacio de la subjetividad. En este punto el psicoanálisis ha dedicado importantes elaboraciones a la vinculación entre deseo y acción (Cfr. Elliot, 1995:39,182).

La construcción social del deseo como forma de dominación, si bien no se le escapó a Foucault, ha sido un tema poco desarrollado en la teoría social contemporánea. Con deseo no nos estamos refiriendo a ninguna entidad metafísica de origen misterioso, sino a una forma de percibir, de interpretar, de producir una “falta” que genera sentidos con disposición para la acción. Vinculado a lo anterior la decisión supone la puesta en acto de la potencia del deseo. La posibilidad de que el deseo no devenga en frustración radica en la opción de intervenir en la historia a partir de la acción (De la Garza, 1992:49), la relación voluntad colectiva, deseo y decisión es constitutiva del movimiento social.

4.2.2.2 Decisión y acción

En el andamiaje teórico que estamos presentando es clave reparar que “un problema en la construcción de esa voluntad colectiva es la decisión” (De la Garza, 1992:48). Emilio De Ípola (2000) argumenta, correctamente a nuestro entender, que en la teoría de la acción colectiva no se ha prestado la suficiente atención al lugar de la decisión. Vale, entonces, incorporarlo en estrecha relación a la puesta en acto de la voluntad colectiva. Sin embargo, al contrario de lo que piensa Carl Schmitt, la decisión no nace de la nada, aunque es un acto creativo que abre un espacio de acción y conflicto. Antes bien, deberíamos situarla en el momento configuracional del sujeto, es decir, cuando este mediante la acción se pronuncia en la historia como un “nosotros” irreducible a la agregación de los individuos participantes (Naishtat, 1997, 2004, 2005). Esta operación es precondition de un movimiento, es un momento del paso de la subjetividad colectiva al movimiento social a través de poner en acto al sujeto social. En este aspecto; “la declaración de la decisión colectiva sanciona la emergencia de una nueva figura, a saber, el sujeto del pacto, el cual surge como efecto de la enunciación (...) así del pacto nace la figura de un sujeto inédito, un sujeto colectivo (...) Sin duda el sujeto colectivo al que nos hemos referido es un tipo muy específico. Es, para decirlo rápidamente, el sujeto colectivo que emerge de esa forma particular de intervención que es la protesta social” (De Ípola, 2000:8). Con esto la decisión y la acción son fases en la constitución del sujeto social particular que aquí consideramos movimientos sociales.

El acto de la decisión es bautismal. Si bien no determina por entero la constitución futura de un sujeto social, sí se convierte en un espacio privilegiado para comprender las dimensiones de la aparición pública de un movimiento social. Esto no significa que el momento de la decisión sea aproblemático. Primero, por lo poco desarrollado del concepto. Segundo, por las dificultades metodológicas de reconstruir un momento originario que se vuelve mitológico. No obstante, es de suma importancia para la conformación de la subjetividad, el sujeto y el movimiento social: “Como dice Kierkegaard, citado por Derrida: ‘el momento de la decisión es el momento de la locura’. Y como yo agregaría (lo que no haría Derrida): ése es el momento del sujeto antes de la subjetivación” (Laclau, 2003:85) nosotros, en cambio diríamos, la decisión es el momento de la voluntad colectiva del sujeto en la subjetivación. Laclau ha propuesto la tesis postestructuralista en donde el Sujeto es la distancia entre lo indecible de la estructura y la decisión. Nuestra idea de sujeto colectivo permite pensar la decisión inscrita en la subjetividad para la acción, es la forma que tenemos de pensar la acción colectiva. Si en la clave de Laclau, la decisión tiene una función de constitución ontológica de cierre (Laclau, 1996 y 2003), en nuestra concepción ofrece una sutura parcial que dispone a la acción.

La decisión es el cierre provisional de la voluntad colectiva, el momento del no imposible acceso al campo de la acción. Con esto también la configuración de la subjetividad se sutura, lo que lleva a Laclau a decir que es el momento del sujeto antes de la subjetividad. La decisión se ejecuta como un acto que abre el campo de la articulación y a la vez lo dispone suturándolo, dándole un intento de cierre siempre parcial, inestable y contingente. La formación de un movimiento social, así, requiere del momento de la decisión, a la vez que la decisión aporta en el proceso de constitución del movimiento, el sujeto y la subjetividad, en tanto el “agente de la decisión en la situación aporética de tener que actuar como si fuera un sujeto, sin estar dotado de ninguno de los medios de una subjetividad completamente constituida” (Laclau, 1997:76-77), específicamente por que no hay subjetividades plenas.

Ahora bien, si esto no conduce a un decisionismo es porque el horizonte de posibilidades está limitado por los sentidos compartidos, por las subjetividades colectivas que la decisión interpela y por el contexto histórico que incide en ella. La decisión es

constitutiva pero no incondicionada y responde a una historia de la subjetividad, las relaciones de poder, la cultura y la memoria subalterna que ponen en coordenadas los alcances de la decisión, así como su capacidad para disputar por escenarios futuros (Zemelman, 2001). La decisión, en el caso de los movimientos sociales, puede dislocar un orden existente, ser creadora porque pone en la esfera pública algo que permanecía ausente, hace visible a lo invisibilizado. El lugar de la decisión, vinculada a la voluntad colectiva en el marco por la disputa por el orden social, supone una posibilidad de apertura o constitución de espacios del orden social⁴⁶.

4.3. Acción: el sujeto en movimiento.

Luego de considerar la definición de sujetos colectivos propuesta más arriba, podemos concebir a los movimientos sociales como un tipo de sujeto capaz de definirse en la articulación de voluntad colectiva, acción, identidad y proyecto. La acción (práctica o praxis) es fundante para el movimiento social y un proceso indisociable de la constitución de la subjetividad colectiva y el sujeto social (Schuster, 1997:156). De esta manera el proceso constante de constitución del sujeto social adquiere con la acción un rasgo determinante. Esto convierte a la acción en un espacio epistemológico de dimensiones densas para su reconstrucción. La hermenéutica de las acciones permite reconstruir los procesos de constitución de las subjetividades colectivas en su papel de condensadoras de historicidad.

Si el concepto de voluntad colectiva es una forma de acceder conceptualmente al momento de la decisión y el deseo en el origen mismo del movimiento social, corresponde, ahora, indagar en las dimensiones de la acción colectiva, especialmente cuando consideramos que “La acción colectiva genera ilocucionariamente un sujeto de enunciación colectiva –un ‘Nosotros’ que interpela explícitamente a un público abierto en

⁴⁶ No obstante, cabe aclarar que, la voluntad colectiva aún tiene que asumir algunas formas para habilitar la expresión de un movimiento social. Un grupo de presos, las pandillas o los barras bravas de fútbol, podemos decir, son sujetos colectivos (definen un nosotros, accionan, un enemigo, refuerzan identidad, actúan colectivamente). ¿Por qué no llamarlos movimientos sociales? Pues bien, la diferencia radicaría en que los movimientos sociales se articulan en torno a demandas consideradas como legítima (en este sentido las pandillas podrían considerarse movimiento social si su demanda es la igualdad racial, y no cuando se disputan el mercado de la distribución de estupefacientes) y se inserta el reclamo en el espacio público.

un acto de habla de tipo ‘nosotros denunciarnos que...’; ‘Nosotros reclamamos...’; ‘Nosotros proponemos...’,” (Naishtat S/F:9). De esta manera, el papel de la acción colectiva en la construcción de un nosotros es fundamental para el estudio de los movimientos sociales.

Sin embargo, no podemos quedarnos en una concepción formalista de la acción colectiva. La acción propia de los movimientos sociales no es cualquier acto, sino que se enmarca en una producción colectiva del conflicto, se desarrolla en un campo de disputa y se vincula con la demanda. Es esta publicidad de la demanda del movimiento social la que motiva las palabras de Naishtat: “La acción colectiva reconoce expresiones de existencia en el espacio público (protesta, reclamo colectivo) que la emparentan con un acto ilocucionario cuyo enunciante es un colectivo performativamente instituido por la acción, lo cual lleva a pensar el carácter indiviso del sujeto en un nivel pragmático” (Naishtat, 2004:331). La acción tanto supone un sujeto como lo constituye. Las acciones colectivas y la producción simbólica inciden en la conformación del sujeto social puesto que prestan nuevas situaciones a ser significadas insertándose así en los procesos de formación de las subjetividades colectivas. En otras palabras, la acción se constituye como un espacio que necesita ser nuevamente puesto en el orden del discurso, esto es, darle un significado particular a partir de una operación subjetiva.

La acción colectiva es la referencia recurrente en las definiciones de movimiento social. No obstante, su importancia no se agota allí sino que tiene un lugar de constitución del movimiento en tanto, recrea espacios comunes y construye una temporalidad compartida. De esta forma, aporta tiempo y espacio al movimiento a la vez de ser una expresión embebida de subjetividad. Esta subjetividad implicada en la acción colectiva también adquiere una importancia medular en la construcción de la demanda, uno de los rasgos de los sujetos que denominamos movimientos sociales.

4.4. La construcción de la demanda social.

El sujeto social para dar posibilidad a un movimiento social (como un tipo de sujeto) supone la incorporación de la falta, de esta manera la demanda se inscribe en la lógica del deseo, en la percepción de una incompletitud que moviliza. La vinculación de los

movimientos sociales con una demanda no es nueva. Sin embargo, es necesario reparar en los procesos de conformación de una demanda social y esto no puede estar escindido de la subjetividad. De este modo, es una tarea importante en la investigación de los movimientos sociales que conlleva dos preocupaciones. Primero cómo se construye una demanda colectiva a partir de los sentidos compartidos. Segundo, cómo se incorpora la demanda en el orden social, su posibilidad de absorción o su exceso.

Toda situación social requiere de una dotación de sentido para constituirse como significativa para el mundo humano. En el caso de los movimientos sociales el proceso subjetivo involucrado se relaciona con la definición del conflicto. Es decir, con la construcción de una subjetividad colectiva para revestir de un significado particular a determinada relación social con un sentido de “daño” (Ranciere, 1996). El proceso de constitución del movimiento nos conduce a introducir la noción de lucha y antagonismo en un campo de conflicto que impacta, a su vez, de forma importante en la conformación de las subjetividades colectivas beligerantes. La condición pública de la demanda y su inscripción en el ámbito político es una de las características del proceso de construcción del movimiento social.

Esta emergencia de un sujeto supone también un acto creativo de aparición a partir de una reconfiguración del campo de experiencias que le permite hacer visible una situación antes ausente como “demanda”. Es decir, la misma situación pudo haber existido en el pasado, como una relación de subordinación, sin que una subjetividad colectiva movilice sentidos para dotarla de un significado que hace posible la acción. Las circunstancias históricas, otros sentidos movilizadores, la misma dinámica de las subjetividades populares producen la apertura de momentos de disputa por el sentido. Estos procesos de apertura de sentidos (lo que Laclau llamó la proliferación de significantes flotantes) se vinculan a la imposibilidad de cierto orden social de determinar todos los lugares con sentidos dominantes, es decir, con problemas de hegemonía.

La capacidad de disputar sentidos y significar (sentir) relaciones sociales como opresivas debe complementarse con un espacio de comunicación y la conformación de una intersubjetividad capaz de expandir los sentidos en disputa para desarrollar el conflicto. La emergencia de un movimiento social en determinadas condiciones estructurales necesita de una asignación colectiva de sentido a una situación como

agravante o injusta de manera tal que funcione como punto de ignición. Esto se produce en un proceso donde los sentidos de las situaciones ingresan en una fase de disputa entre visiones hegemónicas dominantes y otras subalternas. De esta forma es posible identificar asignaciones de sentido tendientes a justificar el status quo y otras que posibilitan poner en cuestión determinada situación y abrir el campo a la acción de protesta.

En esta perspectiva, la demanda es una producción subjetiva “mediante una serie de actos de una instancia y una capacidad de enunciación que no eran identificables en un campo de experiencias dado, cuya identificación por lo tanto corre pareja con la nueva forma de representación del campo de experiencia” (Ranciere, 1996:52). Es decir, la construcción social de la demanda supone la irrupción de otros sentidos en la operación semántica de manera tal que se ponen en cuestión los sentidos dominantes. Otra vez, la subjetividad está en estrecha relación con la lucha por la hegemonía, en el caso de Ranciere como desacuerdo. Esto se vincula a la referencia de Ranciere a la constitución del sujeto político, es decir un modo de subjetividad que predispone para la acción, por lo tanto esa subjetividad produce una reestructuración de los sentidos dados y desordena el orden, abriendo lugar a la lucha por la hegemonía. Es decir, la subjetivación propiamente política (que nosotros pensamos en un proceso que incluye la voluntad, identidad, proyecto), rechaza los nombres y lugares dados por el orden policial e instituye el espacio de la indecibilidad y contingencia propio de lo político al enfrentarse a la policía a desde la política (Rancière, 2000:145).

La conformación de una subjetividad que asigne sentidos de impugnación al orden y posibilite acción no es un acto espontáneo ni escindido de las identidades e historia de los sujetos. A esto nos referíamos cuando decíamos que no hay decisión incondicionada. Si concebimos que las estructuras atraviesan la subjetividad, constituyéndola en parte, nos encontramos con que aún las subjetividades subversivas son productos históricos, y que permanecen en la paradoja de su atravesamiento y su lucha por lograr autonomía. Esto nos pone en la puerta de los estudios que intentan, como dice Zizek en referencia a Ranciere, “elaborar los contornos de esos momentos mágicos de subjetivación, violentamente poéticos, en los cuales los excluidos (“las clases inferiores”) reclaman su derecho a hablar por sí mismos, a realizar un cambio en la percepción global del espacio

social para abrir un lugar legítimo a sus demandas” (Zizek, 2001:138). Este es el espacio propio del movimiento social. No obstante la apertura del proceso de subjetivación colectiva no nos habilita a referirnos a la necesaria confirmación de un sujeto emancipatorio (o una subjetividad no alienada)⁴⁷. El carácter de los sujetos sociales y de los movimientos, por lo tanto, será materia de investigación y no tienen comportamiento teleológico o legaliforme. Por el contrario, la contingencia de la que partimos y la historicidad, tanto de los sujetos como del orden social, nos orientan en la necesidad de indagar en las potencialidades y límites de los sujetos históricos emergentes.

Con lo anterior se hace aún más evidente la relevancia de la construcción de una demanda y su inscripción en un espacio político. Es decir, la asignación de un sentido específico a una relación social que permita significarla como ilegítima, injusta, indignante es un requisito para la formación de un movimiento social. Nótese que esta asignación de sentido involucra una serie de campos de sentidos como los que hemos detallado (cognitivo, emotivo, ético). Sobre esa demanda colectiva pueden incorporarse otras demandas a su vez que la misma puede ir cambiando, tanto para crecer como para diluirse.

4.5 Organización

La importancia de las organizaciones ha sido indicada como una característica de los movimientos sociales en particular por la Teoría de la Movilización de Recursos. En este plano, es conveniente distinguir en el nivel analítico la formación de organizaciones y la dimensión del movimiento (Melucci, 1994). De este modo, en lo que comúnmente se denomina “movimiento social” podemos reconocer un campo pluriorganizativo donde las organizaciones disputan por imprimirle cierta direccionalidad al movimiento⁴⁸. Las

⁴⁷ Ésta es la crítica que le hace Laclau (2005) a Ranciere por asimilar apresuradamente la conformación de un sujeto-pueblo, con un sujeto emancipatorio. Esto objeción debe extenderse a las visiones que observan la constitución de movimientos sociales con un necesario cambio en el orden social

⁴⁸ En este sentido hay que abandonar el supuesto ingenuo de los movimientos sociales como espacios exentos de conflictos. Esto es posible al distinguir movimiento social de organizaciones. Al interior de los movimientos pueden identificarse tendencias y organizaciones hegemónicas, en los casos de los NMS (movimiento estudiantil, feminista, verde, pacifista) existen una diversidad de organizaciones que frecuentemente se enfrentan por diferencias ideológicas, metodológicas, por alianzas o disputas por recursos.

organizaciones del movimiento social podemos considerarlas con un nivel más concreto en el análisis con referencia a los conceptos de subjetividad, sujeto y movimiento. La observación de los espacios organizativos pueden decirnos mucho de los sujetos sociales aunque hay que permanecer muy atentos a no confundir los planos de análisis. Las organizaciones, como toda forma de representación, trabajan sobre la imposibilidad de una representación plena⁴⁹. En ocasiones, los liderazgos, el plano discursivo de los cuadros dirigentes, los estatutos o programas formales de las organizaciones ocultan más que remiten a la constitución de la subjetividad colectiva.⁵⁰ De acuerdo al problema de investigación planteado y el tipo de movimiento propuesto, resultará la mayor relevancia de observar las organizaciones particulares. Mientras en algunos casos las dimensiones de organización, sujeto y movimiento pueden coincidir con un actor social empírico, en otros casos la complejidad descentrada puede requerir de situar la mirada en otros espacios del fenómeno que incluyan y a la vez rebasen la dimensión organizacional.

A nuestros fines, las organizaciones nos sirven como espacios de construcción colectiva que alberga relaciones sociales no exentas de disputa y poder. Todas las dimensiones que incluye el plano organizativo (locales, símbolos, nombres, orientaciones) se transforman constantemente en el transcurrir de la acción colectiva y las confrontaciones. En definitiva, son parte de la experiencia colectiva dinámica en que se desarrolla un sujeto social en la historia. Como tales, las organizaciones condensan sentidos que es necesario indagar como parte de la construcción del movimiento.

4.6. Imaginarios colectivos.

La construcción de un sujeto supone también constituir una comunidad temporal, esto requiere de la conformación de una cierta “comunidad imaginada” (Anderson, 2003) a partir de la producción de representaciones colectivas que engloban, como hemos visto,

⁴⁹ El problema de la representación es clave en el pensamiento postestructuralista. Al respecto dice Slavoj Žižek “esta oscilación entre la representación y la no-representación apunta al fracaso final de la representación significativa del sujeto, pues el sujeto no tiene ningún significante propio que lo represente plenamente; toda representación significativa es una mala representación que, aunque imperceptiblemente, siempre ya desplaza distorsiona al sujeto” (Žižek, 1998:40)

⁵⁰ Esta referencia al defasaje entre base y dirigencia fue identificado por Castoriadis en el caso del movimiento obrero. Así mientras las preocupaciones de los militantes era cómo lograr el paso a la conciencia para sí, los trabajadores atendían a un reclamo inmediato (Cfr. De la Garza, 1989)

las identidades. Además la construcción de imaginarios aglutinadores (que no son otra cosa que sentidos compartidos convocantes) es un proceso propio de la movilización social. Así, los mitos, héroes y mártires, las memorias compartidas, la dimensión del futuro como un imaginario constituyen aspectos fundamentales de la movilización social que se articulan en un relato que interpela constantemente a la subjetividad del movimiento. A su vez, esta dimensión imaginaria de los movimientos sociales conlleva una tarea de investigación sobre la densidad de los imaginarios, sus capacidades y limitaciones. Las formas de producción, consolidación, transformación y los alcances de los imaginarios se convierten en puntos vitales de un análisis de los sujetos sociales.

4.7. Proyecto

Asociado a la constitución de los sujetos sociales, los movimientos y la identidad es necesario concebir la dimensión del “proyecto”. Ésta tiene una serie de implicancias. Primero en tanto la instauración de la temporalidad por parte de la subjetividad en los procesos políticos convoca al futuro como una dimensión. La acción colectiva que “proyecta” el sujeto social supone una historicidad donde se inscribe la demanda en el momento de interpelación a la ordenación social. El proyecto condensa historicidad y es una manifestación particular de la tríada pasado-presente-futuro capaz de construir una temporalidad utópica particular en el movimiento. Esta dimensión es la de “creación de historia o futuro que constituye la expresión de un sujeto social protagónico en la construcción de su realidad y que por lo mismo sintetiza en su experiencia una historicidad y un proyecto de futuro” (Zemelman, 2001:68), algo que en nuestra concepción es propio de un movimiento social.

La condensación de historicidad de los sujetos sociales tiene, en el caso de los movimientos, una dimensión fundamental en la construcción imaginaria de un futuro. Esto no supone el diseño de una utopía cerrada, sistemática y normativa (aunque pueda incluir carga axiológica), sino algo mucho más plástico y dinámico, la construcción social de la temporalidad del proyecto. Desde la perspectiva de investigación, el proyecto más que buscarse en los estatutos o programas de las organizaciones tiene que ver con reconstruir la dimensión del horizonte de futuro existente en los imaginarios, los mitos y

las acciones de los sujetos involucrados, los sentidos movilizados, etc. (Zemelman, 1987a:161): en las acciones del presente que condensa dialécticamente pasado y futuro para indagar en esa “realidad del actor [que] consiste en su propia capacidad de transformarse en proyecto, esto es, de convertir a la utopía en historia” (Zemelman, 2001:35). La constitución de la subjetividad colectiva, la identidad y los proyectos (que implican ideas de futuro) debe ser evaluada en los casos particulares puesto que tanto puede haber proyectos de transformación radical como otros que busquen la apertura del orden con el fin de obtener la integración. Sin embargo, la capacidad crítica de los proyectos contruidos por los movimientos no pueden evaluarse si no es vinculado a las relaciones sociales en que se desarrolla la acción presente⁵¹.

El proyecto en los movimientos sociales se articula con el plano identitario, la historia, la demanda propia sobre la que se erige la acción como un sentido proyectado. En la contingencia e historicidad del orden dado, los movimientos disputan lugares, formas de organización y relaciones sociales desde su impugnación en el presente y oponiéndoles ideas de futuro, que aunque no seas sistemáticas, coherentes o factibles, sirven como antítesis a una situación dada y objetada (Touraine 1987 y 1997a).

En el mismo acto de proyectar y proyectarse se constituyen otros elementos de la contienda histórico-política, a saber: un adversario, un campo agonal, formas de acción e identidad, etc. Los movimientos sociales desarrollan la proyección de una idea de futuro que puede alcanzar diferentes niveles y atraer a distintos grupos sociales. La identificación de los proyectos colectivos que suponen los movimientos sociales tiene una importancia a la hora de analizar las potencialidades de afección al orden social de los propios movimientos. El proyecto, además de horizonte temporal, funciona como causa del movimiento (como causa final, diría Aristóteles).

La elaboración conceptual contenida en este capítulo no debe entenderse como una construcción teórica destinada a ser aplicada en una investigación. Por el contrario, es producto de la misma a partir de la configuración dialéctica de categorías con el objetivo

⁵¹ En estricta referencia al proyecto del movimiento social, cabe destacar que se encontrarán distintos niveles de sistematicidad y coherencia en los miembros más politizados. Caeríamos en un error en adscribir como “proyecto colectivo” el discurso enunciado por los líderes o voceros de las organizaciones o referentes de los movimientos. El proyecto no es un a priori, sino una resultante del proceso subjetivo y la acción, la voluntad y las identidades. En efecto, mucho de las dimensiones del futuro se condensan en las acciones cotidianas y las relaciones sociales que se promueven al interior de las organizaciones.

de ampliar el horizonte de conocimiento. La complejidad de la tarea de producir conocimiento sobre procesos histórico-políticos nos llevó a una tarea de construcción de una configuración teórica como herramientas para problematizar procesos dado-dándose. Estos conceptos nos ayudan a definir lugares y formas de observación pero no pueden ser cerrados sino que se van reajustando como herramientas móviles en el transcurrir de la investigación. En el mismo ejercicio de construir una configuración teórica hemos establecido lugares de atención epistemológica con el objetivo de reconstruir y comprender la constitución de un movimiento social a partir de problematizar las configuraciones subjetivas y las implicancias en el orden social. Por lo tanto, pasaremos a la segunda parte de esta tesis donde con base en lo expuesto buscaremos una reconstrucción aprehensiva a partir de postular relaciones posible y articulaciones tendientes a pensar algunas dimensiones de la realidad social en el caso propuesto. En particular los campos de construcción de la subjetividad colectiva involucrada en el movimiento de desocupados.

CAPÍTULO III

Condiciones de sociabilidad:

Neoliberalismo en Argentina o “Nada es lo que solía ser”

“Navegamos así rumbo a los felices puertos

Del libre intercambio de mercaderías, cuerpos y candidatos.

Pero en este mundo toda felicidad toca su fin.

Las utopías realistas se encuentran sometidas,

como las otras, a la sorpresa de lo real”

Paolo Virno, Gramática del Multitud

Este capítulo tiene como objetivo presentar las condiciones de sociabilidad que funcionaron como contexto para la conformación de la subjetividad colectiva y la experiencia de movilización social de los desocupados. En la perspectiva que proponemos, la identificación de elementos estructurales que inciden en la formación de los sujetos adquiere especial relevancia y se constituye en una tarea importante en la investigación. Para alcanzar este propósito sugerimos dos ejes que articulan el capítulo. El primero es cronológico, y busca situar las reformas estructurales en el proceso histórico argentino. El segundo es conceptual, y se orienta a presentar los impactos que estas reformas tuvieron en la reestructuración de espacios claves para la formación de sujetos populares. Nos centraremos en dos de estos: el mundo del trabajo y el Estado, aunque, como veremos, se implican mutuamente. Y prestaremos especial atención a los cambios operados en el conurbano bonaerense o Gran Buenos Aires⁵² puesto que es la ubicación específica de las experiencias de movilización que nos interesan.

⁵² Nos referimos especialmente a lo que el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC) refiere como “Aglomerado Gran Buenos Aires” al área geográfica delimitada por la “envolvente de población”; lo que también suele denominarse “mancha urbana”. El INDEC entiende “envolvente de población” una línea que marca el límite hasta donde se extiende la continuidad de viviendas urbanas. Esta línea se mueve con el tiempo y no respeta las delimitaciones administrativas de los partidos. El Aglomerado Gran Buenos Aires es el mayor conjunto urbano del país (el tercero de América Latina después de Sao Paulo y México). Abarca la Ciudad de Buenos Aires y se extiende sobre el territorio de la Provincia de Buenos Aires, integrando la superficie total de 14 partidos, más la superficie parcial de otros 18. La diferencia entre el Gran Buenos Aires y el Aglomerado Gran Buenos Aires es que el primero alude a un conjunto de partidos (más la Ciudad de Buenos Aires) tomados en su totalidad, mientras el segundo alude a un área que se va moviendo con el tiempo y que incluye a algunos partidos de manera parcial. La población total del

1. Los orígenes de la tragedia (1976-1989)

El proyecto del bloque dominante en Argentina, que empezó a pergeñarse a mediados de los años setentas, tuvo drásticas consecuencias para la conformación del orden social contemporáneo y las condiciones de vida de los sectores populares. En este punto, hay un acuerdo bastante extendido en considerar que el proceso de deterioro de las condiciones sociales para estos sectores se sitúa hacia mediados de la década de los setenta. Hasta esas fechas, según diversos autores, Argentina podía caracterizarse por presentar niveles relativamente adecuados de bienestar y un aceptable grado de integración, en especial si consideramos el contexto latinoamericano (Beccaria, 2001:9; Villarreal, 1996; Lozano, 2001a; Bayón 2003, Palomino, 2003, Svampa y Pereyra, 2003, et. al.). Sin embargo, las últimas tres décadas fueron escenario de un progresivo cambio en la situación social (Aspiazu y Nochteff, 1994; Altimir, Beccaria y Rozada, 2002), sobre todo en indicadores sociales como empleo, distribución del ingreso y pobreza (Bayón, 2003:59)⁵³

Este proceso de deterioro del tejido social reconoce distintos momentos históricos (como el Rodrigazo de 1975⁵⁴), no obstante es bajo el gobierno de la dictadura militar (1976-1983) cuando con mayor claridad se evidencia la política de reestructuración social. El plan de la dictadura militar articuló estrategias en distintas esferas tendientes a reconfigurar el poder de las elites (Nocheff, 1994:85). En lo político, la primera fase, implicó una táctica de disciplinamiento de la movilización social mediante la persecución, la tortura, la desaparición y el asesinato. Este proceso tuvo también una función cultural a partir del impacto traumático en la subjetividad disciplinada por el

aglomerado Gran Buenos Aires, según el censo de 2001, es de 12.045.921 de los cuales 2.768.772 pertenecen a la Capital Federal y 9.277.149 a los partidos ubicados en la Provincia de Buenos Aires.

⁵³ Un estudio publicado por la CEPAL pone en evidencia la tendencia del crecimiento de la desigualdad en el período comprendido entre 1974 y 2002. Los autores estiman que el coeficiente de Gini trepó del 0.36 en 1974 hasta 0,51 en el año 2000 (Altimir, Beccaria y Rozada, 2002:56) Otros estudios como los de Lozano en la misma perspectiva indican que la desigualdad se incrementó aún más durante el año 2002.

⁵⁴ Las políticas económicas implementadas por el ministro de economía Celestino Rodrigo en 1975 pueden considerarse uno de los puntos anteriores al golpe de estado que, con mayor claridad, marcaron una disputa por la orientación política y económica de la sociedad. Sus medidas de devaluación de la moneda y aumento de tarifas generaron una ola de protestas obreras (el “Rodrigazo”) que aceleraron la salida del gobierno de María Estela Martínez de Perón y el advenimiento de la noche negra abierta con el golpe cívico-militar de 1976.

miedo. La segunda fase (y producto de las contingencias de la política, la derrota de Malvinas, etc.) condujo a una recanalización de la participación ciudadana hacia formas más institucionalizadas en un intento de reconstruir un sistema de partidos que desembocó en las elecciones de 1983 (Adroque, 1995; Torre 2003:648).

Si nos centramos en el plano económico, es necesario destacar que el autodenominado el “Proceso de Reorganización Nacional”, con José A. Martínez de Hoz como ministro de economía, enarboló un programa tendiente a “reestructurar los aspectos básicos que definen el patrón de acumulación” (Beccaria, 2002:27). La política económica que la dictadura implementó tuvo fuertes consecuencias negativas en los salarios de los trabajadores, marcando pautas para el nuevo comportamiento de una economía que vio afectada su capacidad de generar empleo en las últimas tres décadas (Beccaria, 2001). Esta política económica del gobierno militar sentó las bases de una orientación que se profundizaría años después: “reforma del mercado financiero, la liberalización comercial y la reducción salarial como mecanismos tendientes a modernizar la economía e incrementar la competitividad del sector productivo” (Bayón y Saraví, 2002:63). Asimismo cabe mencionar, dentro de las notas más relevantes por el impacto político y por el peso que significó en los períodos siguientes, el aumento de la deuda externa que ofició como mecanismo de control y presión por parte de los acreedores internacionales.

La recuperación de la democracia formal en 1983 se vio afectada por los primeros síntomas producto de las políticas económicas de la dictadura: endeudamiento, problemas con la balanza de pagos y altas tasas de inflación. Según Beccaria (2002:28ss.) estos factores dificultaron la consolidación de los atisbos de crecimiento de 1983 y motivaron políticas orientadas a contrarrestar sus efectos negativos a partir de recetas ortodoxas., el llamado plan Austral en 1985 fue una muestra de ello. Las políticas centrales de este intento consistieron en la reforma monetaria, el congelamiento de precios y de salarios, la reducción del déficit mediante la reducción del gasto público y una serie de medidas tendientes a reconfigurar las funciones del Estado. No obstante un breve período exitoso, el Plan Austral nos consiguió una estabilidad sostenida, además de manifestar problemas de consenso con sectores sociales (especialmente el sindicalismo) a los cuales afectaba la política de ajuste.

Sin embargo, aun en este contexto de estancamiento y problemas macroeconómicos: “los niveles de desempleo se mantuvieron relativamente bajos en términos regionales” (Bayón, 2003:59). Esto puede observarse claramente tanto en la Tabla 1 y como en la Gráfica 1, donde se muestra el desempeño de los indicadores de empleo durante la década del ochenta. Si atendemos a este período puede apreciarse que el gobierno de Alfonsín inició en 1983 con una tasa de desocupación en el Gran Buenos Aires del 3,1 % (5,8% para el resto de los conglomerados urbanos) y con un subempleo de 4,9% (GBA) y 8% (para el resto de los conglomerados) respectivamente. Aún en los años regidos por la hiperinflación y la profunda crisis, los índices se mantuvieron estables, aunque sensiblemente más altos que en la década de los setenta: 5,7% de desempleo y 7,4 de subempleo para 1988 si tomamos el Gran Buenos Aires, y 7% y 8% respectivamente en el año 1989. No obstante, aún con los niveles de desempleo relativamente estables es necesario reparar que se manifestó en este período una sensible baja calidad de los empleos creados, mientras el autoempleo y la informalidad crecieron de manera abrupta para los parámetros tradicionales (González y Bonofiglio, 2004). Además, al mismo tiempo que se deterioraban opciones como el cuentapropismo (que en Argentina se había vinculado a formas de movilidad social ascendente), el mercado de trabajo informal manifestaba limitaciones para absorber los cambios en el nuevo contexto.

No obstante el resultado, este intento de reformas bajo el gobierno de Raúl Alfonsín, el primero en la era democrática contemporánea fue una respuesta al deterioro en el crecimiento y las limitaciones estructurales de la economía Argentina, que desde mediados de los años setentas hasta fines de los ochenta evidenció los problemas de crecimiento, estabilidad y generación de empleo. El modelo de Industrialización por Sustitución de Importaciones (uno de los pilares del modelo de integración “nacional-popular”) agudizó su crisis tanto por el nuevo contexto externo como producto de los realineamientos del bloque dominante local. En el aspecto político, los avatares de la segunda parte de la década del ochenta puso en evidencia la debilidad del gobierno de Alfonsín para consolidar un proceso democrático con integración social y económica, así como su incapacidad para lograr consenso sobre el rumbo económico. Estos problemas se agudizaron cuando la caída de las tasas de inversión en un contexto de fuerte endeudamiento puso en jaque la estabilidad del país haciendo naufragar el Plan Austral.

Por su parte, la expansión de las demandas democráticas desnudó las serias limitaciones del gobierno de la UCR para dar respuestas adecuadas a la ciudadanía. Frente a un gobierno debilitado los grupos económicos alentaron un espiral inflacionario que en 1989 se convirtió en hiperinflación.

El período hiperinflacionario trastocó espacios económicos, políticos y subjetivos. La afección del salario y la consecuente caída del poder adquisitivo tuvo un fuerte impacto sobre la pobreza y la indigencia. Según Lozano y Raffo (2004) la pobreza en 1989 alcanzó el 47,3 por ciento, mientras que la indigencia el 17,5, ambos niveles desconocidos por el tipo de integración de la sociedad argentina. El deterioro de la situación llevó a un acuerdo de diferentes sectores de poder sobre la necesidad de poner fin al modelo nacional-popular e instrumentalizar profundas reformas de “modernización”. Las condiciones para las reformas implementadas en la década del noventa comenzaban a en los diferentes frentes.

2. La década del noventa: el orden neoliberal

La década del noventa significó para la Argentina, como para otros países de América Latina, la puesta en marcha de las políticas abiertamente neoliberales. El llamado “Consenso de Washington” que respaldó en términos ideológicos y discursivos la implementación de medidas ortodoxas destinadas a una reestructuración de las sociedades latinoamericanas encontró en Argentina un caso paradigmático. Las recomendaciones de liberalización comercial, privatizaciones, apertura y desregulación del mercado y ajuste estructural fueron en gran parte seguidas por la administración de Carlos Menem (1989-1999) por lo que el país se convirtió en un ejemplo de las políticas impulsadas por los organismos internacionales.

En el caso argentino factores internos y externos hicieron factibles la concreción de las reformas. Podemos destacar algunos de estos procesos convergentes. El primero se vincula con la crisis económica de la segunda parte de los ochentas (Cross, Lenguita y Wilkins, 2002:71) y las narrativas que se construyeron apuntando al modelo estado-céntrico nacional popular como causante de la debacle económica, en particular la inestabilidad de los precios. El segundo se relaciona con el impacto de la hiperinflación

en la subjetividad. Éste funcionó como mecanismo de disciplinamiento social (Quiroga, 2000:44) y generó la posibilidad de privilegiar la estabilidad de los precios aún a costos altos a mediano plazo (Villarreal, 1996; Lozano, 2001b). Asimismo este trauma social produjo en la ciudadanía la ruptura de expectativas que asociaban democracia a bienestar, se produjo una fractura del apotegma “Con la democracia se come, se cura y se educa” que era repetido por Raúl Alfonsín. De esta manera la idea de democracia política se distanció del bienestar económico, y la preocupación de la ciudadanía se orientó más hacia el control de la inflación y la estabilidad económica, que a ampliar la participación ciudadana en los asuntos de gobierno. El tercer proceso fue la entrega del poder anticipado por parte de Alfonsín, la cual fue aprovechada por la dirigencia del Partido Justicialista para obtener el compromiso de la futura oposición de prestar apoyo a las medidas de reformas. Con esto la oposición quedó desarticulada y subordinada, generando condiciones coyunturales excepcionales para la asunción del gobierno de Carlos Menem. En cuarto lugar podemos mencionar al capital político histórico del peronismo (bases de apoyo, estructura política, formas de liderazgos) que instituyó un espacio de maniobras para implementar las políticas neoliberales (Grassi, 2003). En quinto lugar, la posibilidad de integrar a los sindicatos tradicionales fue un factor importante en la factibilidad de profundizar las reformas neoliberales⁵⁵ que afectaron el régimen de protección laboral histórico. En este plano, los cambios económicos fueron acompañados por una política de incentivos selectivos desde el gobierno de Carlos Menem hacia las organizaciones formales de los trabajadores vinculadas históricamente al partido gobernante y agrupadas en la Confederación General del Trabajo (C.G.T) (Acuña, 1995:355). Los intentos de resistencia de los trabajadores a las políticas neoliberales fueron sectorizadas y derrotadas por un gobierno que extendió un consenso hegemónico sobre las orientación del modelo económico. El sexto, por su parte, deviene del contexto abierto por la caída del Muro de Berlín y el avance del pensamiento único que invalidaba cualquier forma de organización que ponga en cuestión la hegemonía neoliberal (Borón, 1999). Finalmente, podemos nombrar la particular coyuntura de los mercados internacionales a comienzos de la década del noventa que facilitaron la toma de

⁵⁵ La resistencia sindical a las reformas de la década del ochenta, encabezadas por el líder de la CGT Saúl Ubal dini, había sido uno de los principales obstáculos que encontró Alfonsín para las reformas estructurales que se propuso en los ochentas.

créditos en el exterior alentada por las intervenciones del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional.

El nuevo modelo impuesto por la administración Menem supuso, en general, un esquema basado en la reconversión de las funciones del Estado, la apertura a la competencia extranjera (con un fuerte impacto en la industria nacional), la eliminación de formas de regulación y el repliegue de la participación del Estado en la economía mediante privatizaciones. Este proceso de reformas que reestructuró el orden social se profundizó luego del fracaso en el intento de controlar los precios por parte del plan “Bunge y Born”,⁵⁶ y el rebrote inflacionario de 1990. Allí, un nuevo equipo económico liderado por Domingo Cavallo dispuso una serie de medidas tendientes a reordenar el modelo de acumulación a partir de los dictámenes de los organismos internacionales. La política económica se basó en una fijación del tipo de cambio, el establecimiento de la convertibilidad⁵⁷ y una nueva administración en el plano fiscal orientada al ajuste.

No podemos extendernos en los pormenores de la política económica del menemismo. Por lo tanto, en las secciones siguientes pondremos en el centro del debate dos ámbitos cuyas transformaciones en la década del noventa nos interesa reconstruir por su influencia directa en la conformación de las subjetividades que estudiamos. Estas exploraciones se enfocan en los cambios en el mundo del trabajo y en las formas de intervención estatal. La atención a estos espacios es clave en términos analíticos porque constituyeron ejes del modelo nacional-popular-estadocéntrico que fueron dislocados en el nuevo esquema.

2.1 El mundo del trabajo y los sectores populares

En el plano que nos interesa vinculado a las subjetividades sociales, el funcionamiento del mercado laboral y su implicancia en todo el mundo del trabajo es central, más aún en un país donde el empleo significó la forma de integración a los beneficios sociales. Si,

⁵⁶ Esta denominación se debe a que el ministerio de Economía quedó a cargo de uno de los principales grupos empresariales del país, el Bunge y Born, quién puso sucesivamente a sus principales economistas Miguel Roig y Néstor Rapanelli al frente de la cartera.

⁵⁷ La Ley de Convertibilidad impuso un cambio fijo entre el dólar estadounidense y el peso, además restringió la emisión de divisa por parte del Banco Central, convertido en una caja de reconversión. Esto produjo una sobrevaluación del peso que afectó negativamente la competitividad de la industria nacional (Cerrutti y Grimsón, 2004:4)

además, recuperamos la importancia del mundo del trabajo en la formación de subjetividades e identidades (Zemelman, 1997:25; De la Garza, 1997:90), entonces podemos concluir que indagar en estas transformaciones estructurales y la dimensión simbólica de las mismas se constituye como una tarea central.

El nuevo modelo económico implementado por la administración Menem alcanzó inicialmente el control inflacionario y crecimiento económico. Esto, a su vez, redundó en el corto plazo en una mayor oferta de crédito interno y la recuperación del consumo doméstico. Asimismo, entre 1991 y 1994 la Argentina se vio favorecida por una masiva entrada de capitales externos motivada tanto por la orientación y la estabilidad de la política económica como por la particular situación del contexto internacional (Beccaria, 2001). No obstante, incluso en los momentos de estabilidad inflacionaria y crecimiento económico⁵⁸ el modelo demostró “limitaciones inherentes que afectan negativamente la dinámica del mercado de trabajo” (Lindenboim y Salvia, 2002:36; también: Cerrutti, 2000:2, Lindenboim y Gonzalez, 2004:10). Incluso en períodos de crecimiento económico (1991-1994), el incremento en la creación de puestos evidenciado en los primeros años de la convertibilidad se vio contrarrestado con una ampliación de la oferta de trabajo (Cerrutti y Grimsón, 2004).

Esto puede observarse con claridad en la Tabla 1 y en la gráfica 1, donde ya en 1993 puede observarse una tendencia fuertemente alcista en la tasa de desocupación 9,6% y de subocupación 9,1 % para el Gran Buenos Aires y 8,7% y 9,6% para el resto de los aglomerados. Asimismo para 1994 y luego de 4 años de crecimiento económico a un promedio que rondaba el 8% anual las tasas de desocupación se ubicaron en 13,1% (Gran Buenos Aires) y 10,8 (resto de aglomerados urbanos) mientras que la subocupación alcanzó 10,1% y 10,9%. Según Beccaria (2001) esto se debe a la convergencia de procesos diferentes. Por un lado, mientras la recuperación del crecimiento económico permitió la creación de puestos de trabajo, la apertura y la liberalización comercial tendieron a eliminar puestos de trabajo. Por otro lado el crecimiento de la demanda de trabajo se enfrentó a un crecimiento también de la oferta de trabajo. Por su parte la crisis de fines de 1994 y principios de 1995 aceleró el decrecimiento del empleo formal llevándolo a niveles históricos (Beccaria, 2001 y 2002; Beccaria y Maurizio, 2004;

⁵⁸ En 1991 el crecimiento económico fue de 9,9%, en 1992 de 8,9%, en 1993, 5,2% y en 1994 del 7,2%.

Cerrutti, 2002:9). Si observamos la tabla 1 y la gráfica 1 es posible apreciar la aceleración tanto de la desocupación como de la subocupación, alcanzando los niveles más altos de la década en 1996 con una tasa de desempleo abierto de 18,8% para el Gran Buenos Aires y 13,8% para el resto de los aglomerados del país. A la vez que, a diferencia de períodos anteriores, las formas de autoempleo no alcanzaron para absorber la expulsión del mercado laboral. Para este período, según Bayón, los altos niveles de desempleo abierto en el país pueden ser atribuidos a tres factores centrales: “la caída en la demanda de empleo, el aumento en la oferta de trabajo y la pérdida de dinamismo del sector informal” (2003:61). La referencia al sector informal es relevante en tanto el mismo funcionó durante la etapa de sustitución de importaciones de manera anticíclica, mientras que en la década del noventa operó de manera procíclica (Cerrutti, 2002:15).

Tabla 1. Tasas de desocupación y subocupación para el Gran Buenos Aires y para el total de aglomerados del interior.

Año	Tasa de desocupación		Tasa de subocupación	
	Gran Buenos Aires	Total aglomerados del interior	Gran Buenos Aires	Total aglomerados del interior
1974	2,5	5,8	3,8	6,6
1975	2,8	5,9	4,9	6,4
1976	4,1	5,2	5,0	6,0
1977	2,2	4,0	3,1	5,5
1978	1,7	3,5	3,0	5,7
1979	2,0	3,0	3,2	4,3

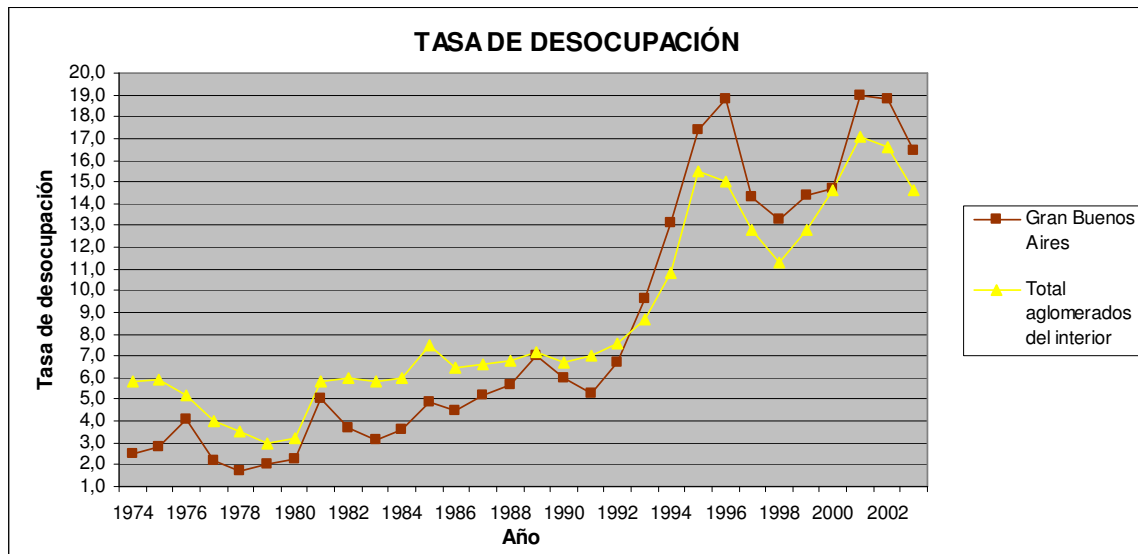
1980	2,3	3,2	4,5	8,3
1981	5,0	5,8	5,8	6,4
1982	3,7	6,0	5,6	7,7
1983	3,1	5,8	4,9	8
1984	3,6	6,0	4,7	8,0
1985	4,9	7,5	6,6	7,9
1986	4,5	6,5	6,1	9,5
1987	5,2	6,6	7,8	9,6
1988	5,7	6,8	7,4	9,0
1989	7,0	7,2	8,0	9,3
1990	6,0	6,7	8,1	10,4
1991	5,3	7,0	7,0	9,4
1992	6,7	7,6	7,3	9,4
1993	9,6	8,7	9,1	9,6
1994	13,1	10,8	10,1	10,9
1995	17,4	15,5	12,6	12,4
1996	18,8	15,0	13,8	13,1
1997	14,3	12,8	13,0	13,5
1998	13,3	11,3	14,0	13,2
1999	14,4	12,8	15,2	12,9
2000	14,7	14,6	14,5	14,9
2001	19,0	17,1	16,5	16,2
2002	18,8	16,6	20,0	19,7
2003	16,4	14,6	19,8	17,5

Fuente: Elaboración propia con base en datos del INDEC

Si se observa la tabla 1 y la gráfica 1, resulta evidente que la tasa de desempleo creció de manera ininterrumpida desde 1991. Es así como hacia mediados de la década del noventa los estudios ya diagnosticaban que el problema de desempleo tenía rasgos estructurales (Palomino, 1995:205). Sólo a partir de 1996 se observa una leve recuperación en los niveles de desempleo, en el Gran Buenos Aires la tasa disminuyó al 13,3% en 1998 y al 11,3% para el total nacional en el mismo año. No obstante esta leve recuperación que se evidenció hacia mediados de 1996, los puestos de trabajos generados fueron contratos temporarios, empleo informal o por períodos de prueba lo que imprimió

una característica de precariedad a un mercado de trabajo que se había destacado en el contexto latinoamericano por el fuerte predominio del empleo formal “pleno”.

Gráfica 1. Tasa de desocupación para el Gran Buenos Aires y el total de aglomerados del interior



Fuente: Elaboración propia con base en datos del INDEC

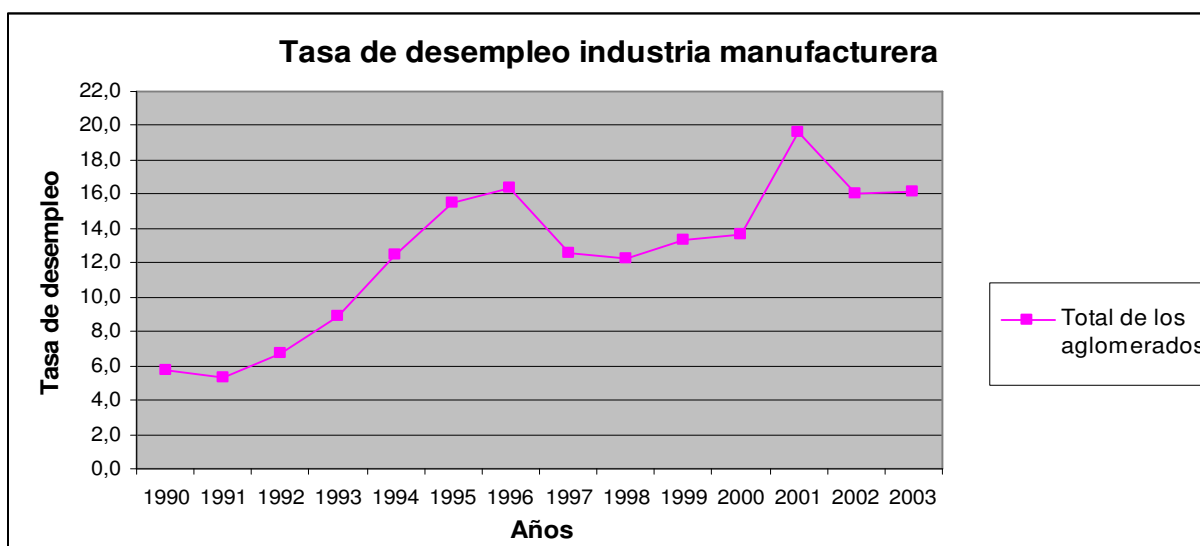
Es importante analizar la dinámica en el sector industrial manufacturero por su relevancia en los espacios geográficos al que pertenecen los grupos sociales estudiados. En efecto, el aglomerado del Gran Buenos Aires concentró históricamente a las industrias del país. En este punto observamos que la dinámica del desempleo en este sector de la economía acompaña el comportamiento nacional. De acuerdo con la tabla 2 y la gráfica 3 se evidencia una tendencia creciente del desempleo partiendo en 1991 con una tasa del 5,4% hasta llegar a un 16,3% en 1996. A partir de esta fecha se presenta también una leve disminución en el desempleo del sector, en promedio entre 1997 y el año 2000 la tasa baja al 12,9%, pero nuevamente para el año 2002 se alcanza una máxima de 19,6%.

Tabla 2. Tasa de desempleo en la industria manufacturera

Tasa de desempleo según rama de actividad: Industria manufacturera	
Año	Total de los aglomerados
1990	5,7
1991	5,4
1992	6,7
1993	8,9
1994	12,4
1995	15,5
1996	16,3
1997	12,6
1998	12,2
1999	13,3
2000	13,6
2001	19,6
2002	16,1
2003	16,2

Fuente: Elaboración propia con base en datos del INDEC

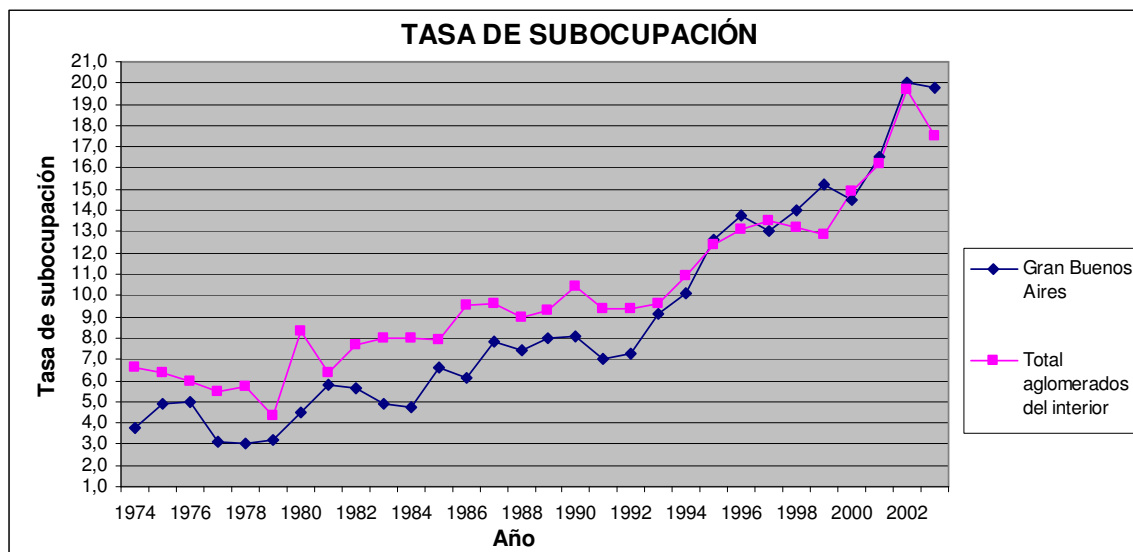
Gráfica 3. Tasa de desempleo en la industria manufacturera



Fuente: Elaboración propia con base en datos del INDEC

Es evidente que el deterioro del mercado de trabajo no se refleja solamente en la tasa de desocupación. También es necesario observar el permanente aumento del subempleo horario en los años noventas, el alargamiento de la jornada laboral y el deterioro en la calidad de los empleos, aumento de informalidad e inestabilidad. (Lindenboim, 2002; Lindenboim y González, 2004: 3). En la tabla 1 y gráfica 2 se pone en evidencia el fuerte problema que también ha representado el subempleo horario. Si bien durante la década del ochenta se mostró una tendencia creciente, esta fue moderada, pasando de una tasa de subocupación del 6,4% en 1981 hasta un máximo de 10,4% en 1990 para el total nacional y de un 5,8% al 8,1% respectivamente en el Gran Buenos Aires. Sin embargo, es a partir de 1993 que la tendencia alcista de la tasa de subocupación empieza su estampida de crecimiento mucho más acelerada, llegado en el año 2002 a alcanzar el nivel más alto en las tres últimas décadas, en promedio un 17,5% de subocupación para el total nacional y un 19,8% en el Gran Buenos Aires.

Gráfica 2. Tasa de subocupación para el Gran Buenos Aires y el total de aglomerados del interior



Fuente: Elaboración propia con base en datos del INDEC

Si profundizamos la mirada en el aspecto estructural para el período en cuestión, esta vez en la desigualdad, podemos referir que según Altamir, Beccaria y Rozada (2002) la desigualdad de ingreso de los hogares, medida por el coeficiente de Gini en 1974 era de 0.36, lo que evidencia una relativamente aceptable distribución que se reflejaba en menos del 5% de hogares pobres. No obstante la tendencia alcista del período posterior se manifiesta en un 0.39 hacia 1980 para el Gran Buenos Aires, mientras que en 1985 se registra un 0.41 para el mismo conglomerado (Acuña, Kessler y Repetto, 2002:5). La distribución del ingreso evidencia un salto posterior a la hiperinflación, en 1989 según estos autores, se alcanza un 0.51 en el coeficiente de Gini. El comienzo de la década del noventa (el crecimiento económico y el control de la inflación referidos) produjeron un breve período de disminución del coeficiente con respecto al momento inmediatamente anterior, aunque muy lejos de los valores históricos. En 1990, según Acuña, Kessler y Repetto, para el gran Buenos Aires se ubicó en 0.46, valor que se mantuvo estable hasta 1994 cuando comenzó nuevamente una tendencia alcista que en 1998 llevó el coeficiente a ubicarse arriba de los 0.50. Para el total del país, según Altamir, Beccaria y Rozada, en el año 2000 el coeficiente se ubicó en 0.51, y de acuerdo a SIEMPRO en mayo de 2002, pos crisis de la convertibilidad, se situó en 0.53. Este máximo de desigualdad fue acompañado por los índices más altos de pobreza. Según datos del INDEC para octubre de 2002 un 57,5% de la población Argentina vivía por debajo de la línea de pobreza y un 27,5% no alcanzaban a cubrir la canasta alimentaria básica, lo que los convertía en indigentes (Vinocur y Halperín, 2004:10). En el 2003, para el segundo semestre, el coeficiente de Gini de acuerdo a SIEMPRO⁵⁹ fue de 0.52 y el 2004 finalizó con 0.49. De este modo es posible seguir cuantitativamente la profundidad de los cambios en la estructura social argentina.

Con esto se hace aún más evidente que las elevadas tasas de desocupación impactaron directamente en el incremento de la pobreza y, por lo tanto, en las condiciones de vulnerabilidad social. La ampliación del desempleo de los años noventa fue un fenómeno generalizado, pero los jóvenes y las mujeres se destacaron por el incremento en las tasas,

⁵⁹ El Sistema de Información, Monitoreo y Evaluación de Programas Sociales (SIEMPRO) es una instancia de la Coordinación de Políticas Sociales de la Presidencia de la Nación.

así como también aumentaron los jefes de hogar desempleados (Beccaria, Altamir, y Rozales, 2002:61). Asimismo a diferencia de la década del ochenta los mecanismos de integración social vinculados a la acción estatal se encontraban cercenados para contrarrestar estos efectos, algo que veremos con más detalle en un apartado posterior.

Frente a estos datos la estrategia discursiva dominante fue asignar la responsabilidad de los altos índices de desempleo a la rigidez de las formas de contratación y otras “interferencias” en el mercado de trabajo que no le permitían alcanzar el equilibrio. Esto constituyó una de las invariantes del discurso hegemónico (Lindenboim y González, 2004:9, Beccaria y Maurizio, 2004:539). En este ámbito se implementaron leyes de flexibilización laboral⁶⁰ para liberalizar las formas de contratación aunque a costa de precarizar los puestos de trabajo.

En general, las medidas que se implementaron para la adecuación del mercado de trabajo al nuevo modelo económico, ortodoxamente neoliberales, se pueden resumir en: la baja del costo laboral a partir de la reducción de los aportes patronales, rebaja de los costos de despidos y de protección laboral, la flexibilización de formas de contrato y despidos y la descentralización de las formas de acordar los convenios colectivos (Roca, 2002:67). No obstante, los resultados que arrojaron fueron pésimos desempeños en el ámbito social: desprotección laboral, deterioro de la seguridad, impacto en la precarización de los puestos de trabajo y aumento de los niveles de desocupación. Por su parte, la implementación de subsidios focalizados al desempleo estuvo lejos de alcanzar para absorber las consecuencias del modelo económico. Como se puso en evidencia el problema del empleo fue acrecentándose con el correr de la década y tuvo un impacto directo sobre la pobreza y la desigualdad⁶¹. Estos elementos pueden considerarse “la expresión más clara de las repercusiones de diez años de convertibilidad en la estructura social argentina. Hacia fines de 2000, los niveles de pobreza –que afectaron a 20.4 por ciento de los hogares y a 29.4 por ciento de los individuos del Gran Buenos Aires, fueron los más altos desde 1991” (Bayón, 2003:63). No obstante esta evidencia, bajo el gobierno de la Alianza UCR-Frepaso en diciembre de 1999 la política laboral siguió los cursos tomados en los inicios de los noventa. La narrativa de la crisis remitió la solución de los

⁶⁰ La sanción de la Ley Nacional de Empleo con el número 24.013 en 1991 dio marco legal a la flexibilización de las formas de contrato.

⁶¹ El coeficiente de Gini que en 1974 fue de 0,393 creció hasta 0.485 en 1994 y en el 2000 trepó a 0.515.

problemas de empleo, nuevamente, a los costos laborales, lo que motivó la promoción de una nueva ley de trabajo tendiente a flexibilizar las condiciones laborales. Como lo han demostrado importantes estudios (Beccaria 2001 y 2002; Beccaria y Maurizio, 2004) los resultados de las reformas laborales fueron en detrimento de la calidad de los empleos (Lindenboim y Salvia, 2002:39)

Los hechos de diciembre de 2001 que derivaron de la crisis de convertibilidad, más allá de su relevancia política, significaron un nuevo impacto en las condiciones de sociabilidad para los sectores populares (en especial en los desocupados por su vulnerabilidad) por las consecuencias de la devaluación propuesta por el gobierno de Duhalde en enero de 2002. Como se demuestra en la tabla 1 y en la gráfica 1, los niveles de desempleo ya se habían ubicado en el 2001 su máxima con una tasa del 19% para el Gran Buenos Aires y un 17,1% para el total de aglomerados del país. No obstante, la devaluación de enero de 2002 produjo transferencia de ingresos de los sectores con menos ingresos hacia los sectores concentrados (Basualdo, Shorr y Lozano, 2002) en un contexto que empeoraba en cuanto a indicadores sociales. Hacia mediados de 2002, según Lozano (2002) el 51.4% de la población, esto es 18.219.000 habitantes, se situaban bajo la línea de pobreza, mientras que el 21.9% de la población se situaba en condición de indigencia. Frente a este panorama el gobierno nacional implementó un programa denominado Plan Jefes y Jefas de Hogar Desocupados. El objetivo de este plan asistencial –que dura hasta la actualidad- fue el intento de lograr una rápida contención social, a la vez de retornar el poder de gestión de los recursos públicos para los intendentes municipales en el conurbano bonaerense, bastión del Partido Justicialista y especialmente del por entonces presidente provisional Eduardo Duhalde.

Por su parte, en el plano de las representaciones políticas una consecuencia del reordenamiento del mundo laboral fue la afección del sindicalismo. Esto porque los cambios en el mercado de trabajo y la nueva composición de la clase obrera pusieron a las organizaciones sindicales, históricamente monopólicas para procesar las demandas en el mundo laboral, frente a varios problemas. En primer lugar, la tradicional CGT vio afectada su capacidad de afiliación debido al aumento de la desocupación y la informalidad. Segundo, el viejo sindicalismo oficial sufrió una acentuada deslegitimación para representar los reclamos populares por su alineamiento con el proyecto hegemónico

en la década del noventa. Tercero, el efecto de disciplinamiento del desempleo (Lindenboim y Gonzalez, 2004:10) y las nuevas condiciones afectaron la huelga como repertorio de acción para importantes sectores de la clase trabajadora. Esto no significa que las huelgas desaparecieran y hayan sido reemplazadas por los cortes de ruta, por ejemplo, pero sí una variación de la posibilidad de acción colectiva y los ámbitos organizacionales tradicionales de los trabajadores⁶².

La crisis de representación afectó a los sindicatos en general (Svampa y Pereyra, 2003:21) y produjo una mayor formación de liderazgos territoriales y comunitarios. Algo que es especialmente relevante dado el proceso de reterritorialización que afectó a los trabajadores (Delfini y Picchetti, 2004:270, 274). La distribución en el espacio de los sectores populares se vio afectada con la nueva condición del mundo del trabajo. En este plano, la nueva territorialidad reordenó también importantes ámbitos de experiencia: “los barrios que habían sido dormitorios obreros de cadenas de fábricas dejaban de tener sólo un porcentaje pequeño de desempleados para convertirse en ‘barrios de desempleados’” (Grimsón y otros, 2003). Esta reconversión afectó concomitantemente la construcción del tiempo. Es decir, mientras el espacio territorial se transformó en el lugar propio de una experiencia de clase, el reordenamiento en la vida cotidiana debido a las transformaciones en el mundo del trabajo llevó a que los hombres pasaran muchas horas en sus casas, en los espacios locales, en sus barrios (Delfini y Picchetti, 2004:274, 278-280).

Es decir, ante las específicas condiciones de sociabilidad de las clases populares los procesos de conformación de subjetividades subalternas en el conurbano de Buenos Aires adquirieron una fuerte impronta territorial enmarcada, a su vez, en un proceso de transformaciones en el peronismo como identidad popular (Svampa y Martuccelli, 1997; Svampa y Pereyra, 2003: 48-52) y el sindicalismo clásico en tanto forma de organización. En consecuencia, ante la falla en varias mediaciones a causa de las limitaciones de las organizaciones sindicales tradicionales, la crisis identitaria peronista y las nuevas

⁶² La emergencia de la Central de los Trabajadores Argentinos (CTA) disputando la representación de los trabajadores a partir de una propuesta de autonomía (frente al Estado, la patronal y los partidos) y una articulación con movimientos sociales, es una respuesta organizativa a las nuevas condiciones en el mundo laboral. Sin embargo, la CTA a pesar de tener una fuerte presencia en sindicatos estatales carece de representación en los sectores industriales (cfr. Armelino, 2005; para ver su relación con los desocupados: Rauber, 2002; Cross, 2004)

condiciones y conflictos (más ligados a la pobreza, a la falta de empleo y el territorio), se abrieron nuevos espacios de construcción de subjetividad y acción para sectores populares a algunas de las cuales nos referiremos luego.

En el contexto de las sociedades asalariadas en general y en la relativamente alta integrada sociedad Argentina, en particular, la experiencia del desempleo adquiere características especialmente relevantes tanto por su impacto tanto en la estructura de distribución del ingreso como en el plano subjetivo. En este último plano es relevante destacar que el sujeto que se ve privado de un puesto de trabajo formal no sólo pierde el empleo y con ello la posibilidad de un salario, previsión social, acceso a la salud mediante obra social, vacaciones, etc., sino que, además, ve alterada su forma de integrarse, su universo de sentidos sufre una abrupta transformación afectando casi todos los espacios de sociabilidad donde desarrolla lazos sociales y su inserción en la esfera pública (Beccaria, 2001:11; también: Delfini y Picchetti, 2004: 269-270). A esto hay que sumarle los costos psicológicos e identitarios producto de la desestructuración y reestructuración fragmentada de los espacios de experiencia social. Es decir, los cambios no sólo afectan por el deterioro en los ingresos de los sectores asalariados, sino también implican un impacto en el plano simbólico en tanto afectan las estructuras que funcionan como contextos para la conformación de identidades (Palomino, 1995:207)

2.2 Estado y sociabilidad

Uno de los axiomas claves del “sentido común” neoliberal postuló la ineficiencia del Estado para la promoción de bienestar social y la provisión de bienes y servicios públicos, frente a una predicada virtud del mercado como mecanismo eficiente de coordinación social. Esto puso entre los puntos principales de la agenda neoliberal las reformas orientadas a fortalecer la presencia del mercado y la reestructuración de las funciones del Estado. Estas reconversiones produjeron efectos en las condiciones de sociabilidad, y avanzaron en el desmantelamiento del modelo nacional-popular-estadocéntrico a favor de un modelo neoliberal. Las transformaciones en el Estado afectaron uno de los ejes vertebrales del viejo modelo, reestructurando espacios

importantes de la sociedad que afectaron la subjetividad popular que tenían en el Estado un referente de configuración (Villarreal, 1996, Merklen, 2004).

Según Oszlak (2003:520) Argentina se encuentra, luego de las reformas neoliberales, con unos de los aparatos estatales más pequeños del mundo. No obstante, las implicancias de las reformas estructurales de los noventa en cuanto al Estado no se comprenden sin atender al hecho que fundamentalmente éste ha reconvertido sus funciones más que minimizado. Durante la década del noventa el Estado reconfiguró sus funciones: abandonó su lugar en el aparato productivo al privatizar sus principales empresas, a su vez delegó sus espacios de intervención por medio de un proceso de desregulación, en un contexto de pérdida de decisión soberana. Además se desprendió de una parte importante de sus trabajadores de planta promoviendo planes de retiro voluntario⁶³ (Oszlak, 2003:541) y reducción de puestos de empleos protegidos que no pudieron ser recuperados por el sector privado (Cerrutti, 2002:26)

Este conjunto de transformaciones afectaron el lugar del Estado en la regulación sobre las relaciones laborales, y de allí, nuevamente en las condiciones de vida de los sectores subalternos. Según Lindenboim y Salvia, el aumento de la precariedad, la inseguridad y la desprotección no se compensó con un incremento de ingresos y produjo que los avatares del ciclo económico recayeran fundamentalmente en los trabajadores (Lindenboim y Salvia, 2002:58). Esto, en gran parte se debió a que las reformas del Estado atacaron las instituciones encargadas de regular y defender los derechos laborales (Salvia, 2001) con lo que la referencia estatal perdió, para gran parte de los trabajadores, su lugar en el mundo del trabajo.

El gasto público es uno de los campos que brinda una mirada al tipo de reestructuración estatal operado en la argentina de los noventa. De acuerdo a Oscar Oszlak (2003) el gasto público de los tres niveles (nacional, provincial y municipal) en 1990 (en valores constantes de 1997) alcanzaba 61.949 millones de dólares, mientras que luego del ajuste, en 1999, el mismo ascendía a 97.595, es decir, un incremento del orden del 57,5%. Oszlak repara en que la composición del egreso del gasto puede distinguirse dos categorías. Por un lado aquel conjunto destinado a solventar los gastos de personal,

⁶³ Si bien no existen datos consistentes sobre el impacto directo de la reforma del Estado en el empleo, Adriana Marshall estima que entre 1983 y 1993 el empleo público decreció de 350 mil puestos a unos 67 mil (Cerrutti y Grimsón, 2004)

bienes servicios, inversión, etc. Por otro lado las partidas destinadas a transferencias y servicios de la deuda. En el año 2000, por cada peso que se destinaba a pagar los sueldos de la administración pública se destinaba 1,15 para solventar intereses de la deuda. Con esto queda claro que el gasto público no se redujo sino que se redefinió, redireccionando por ejemplo sus esfuerzos para atender compromisos vinculados a subsidios a las privatizadas, reintegros, aportes, contribuciones para enfrentar el déficit del sistema de seguridad social, etc. En el mismo proceso puede observarse una tendencia hacia la descentralización del gasto en áreas claves como la salud y la educación pública.

Las mutaciones en las funciones del estado nacional tuvieron en la política educativa uno de sus campos de mayor relevancia. Las reformas neoliberales en este terreno siguieron las directivas de los organismos internacionales (el FMI y el BM), basadas en la descentralización y el incremento del sector privado en el área como forma de desregular el sector, según Filmus (1998) hacia 1994 ya no quedaban escuelas bajo jurisdicción nacional. Cabe destacar que el proceso de descentralización educativo tuvo una doble fundamentación: por un lado el imperativo de fortalecer la participación de entidades subnacionales, pero fundamentalmente se debió a una estrategia para enfrentar las crisis fiscales. Este segundo criterio primó en la reforma argentina he incentivó al Estado nacional realizar las transferencias de las instituciones educativas sin acompañarlas con partidas presupuestarias. Más allá de las consecuencias heterogéneas que el proceso de reforma produjo en los diferentes lugares del país, es evidente que en general reprodujo asimetrías y no contribuyó a una mejora en la calidad educativa (Feldfeber y Ivanier, 2003). Pero además es relevante la carga ideológica que sustentó la reforma: una nueva manifestación del retiro del Estado y refuerzo del mercado como mecanismo que haría eficiente al servicio educativo. De este modo, de acuerdo al esquema neoliberal, los ciudadanos son consumidores y las escuelas “unidades de producción” (Southwell, 2002).

Otro ámbito en que las reformas neoliberales se hicieron sentir fue el sistema de salud. Luego de una etapa de fortalecimiento de sistemas de salud universalistas y de cobertura al trabajador por medio de las Obras Sociales, se encararon reformas orientadas a la autogestión hospitalaria y la promoción de formas de cobertura privadas como la medicina pre-paga. De este modo se reestructuró la responsabilidad del Estado en el

sector de la salud, transfiriendo, delegando y asumiendo una lógica de mercado en la provisión de la salud (Stolkiner, 2000).

Es indudable que las profundas transformaciones promovidas por la reconversión del Estado generaron un impacto en las condiciones de sociabilidad de los sectores populares. La vulnerabilidad y la incertidumbre, entonces, pueden pensarse a partir de los cambios regresivos tanto en el mundo del trabajo como en la estatalidad. Lo anterior porque se afectaron los dos mecanismos básicos de integración social: el trabajo que permitía el acceso a formas de seguridad social y el Estado que garantizaba la provisión de bienes (salud y educación) de forma universal. Con esto, el Estado de malestar (Bustelo, 1992) y sus políticas neoliberales generó esta pinza que reconfiguró violentamente un espacio social provocando la desestructuración de las condiciones de vida y la certidumbre en la que los hombres y mujeres desarrollan sus acciones cotidianas. Sin comprender las transformaciones del mundo del trabajo y del Estado no es posible comprender la profundidad del cambio en las condiciones de sociabilidad. (Auyero, 2002d:190, 193; Grassi, 2003), ni de la construcción de acción colectiva en este contexto.

3. Subjetividad y cambios en las formas de sociabilidad.

Los estudios sobre las condiciones de vida en la era neoliberal argentina concuerdan en que las formas de sociabilidad⁶⁴ de una gran parte de la clase trabajadora en Argentina evidenciaron una reestructuración profunda en la década del noventa. Estas transformaciones impactaron en el mundo de la vida cotidiana, aquel que –como dice Agnes Heller- se presenta como dado al sujeto, lo desorganizaron y reorganizaron en un nuevo conglomerado producto del orden social neoliberal. La importancia de este proceso de reestructuración para los fines de la presente tesis radica en su relación e impacto en la subjetividad subalterna. Así, el problema epistemológico, en lo que nos concierne es precisamente estudiar las formas en que impactan en la dimensión subjetiva

⁶⁴ Al hablar de un cambio en las formas de sociabilidad nos referimos, siguiendo a Murmis y Feldman (2002:9) a las maneras en que los hombres y mujeres establecen relaciones en los diferentes ámbitos del mundo de la vida que en la sociedad contemporánea tiene en el trabajo un espacio relevante. Cuando nos referimos, en términos sociológicos, las condiciones de sociabilidad, estamos hablando a los escenarios donde se desarrollan las relaciones sociales cotidianas pertenecen al, en términos filosóficos, *Lebenswelt*

problematizando las rutinas y poniendo en cuestión las evidencias del mundo cotidiano (Schütz y Luckmann, 1977:31, 303) y las construcciones subjetivas que se elaboran como respuesta a estos cambios.

Si, como se ha demostrado, la nueva situación social en Argentina alteró los espacios de sociabilidad y la cotidianeidad de amplios sectores populares, sus ámbitos de reproducción material y simbólica, entonces la pregunta por las respuestas subjetivas y la construcción de sujetos colectivos en este contexto es fundamental. En particular por la profundidad de los cambios en el orden social neoliberal y su rasgo particular en argentina, allí la experiencia del desempleo y el empobrecimiento afecta la vida cotidiana y la “alteración de prácticas rutinarias arrastra consigo tramos de sentidos sedimentados – es decir, ideas, creencias, expectativas, categorías de percepción, etc.-, hasta entonces considerados evidentes, que no resisten la dislocación de la cotidianidad” (Kessler, 2003:27-28). Este proceso que impacta en la conformación de la subjetividad ha sido referido teóricamente por autores como Schütz y Luckmann: “Si los objetos apresentados de un objeto (vale decir, las fases anticipadas de mi conciencia), cuando se autopresentan, son incongruentes con la experiencia anterior, puedo decir que el carácter presupuesto de mi experiencia ‘estalla’. En consecuencias, lo que hasta ahora se ha presupuesto pasa a ser cuestionado. La realidad del mundo de la vida exige de mí, por así decir, la re-explicitación de mi experiencia, e interrumpe el curso de la cadena de evidencias” (1997:32). Estos cambios afectan la generación de lazos sociales y la posibilidad de elaborar experiencias colectivas sobre aspectos como el territorio, el trabajo (incluido el no trabajo), el ocio, los afectos, las formas de participación, etc. De esta manera se abre un espacio para la reconfiguración de plexos subjetivos tendientes a dotar de sentido a la nueva situación, a las que permanecieron y las que se transformaron. Indagar en este punto es el primer paso para pensar la configuración de las subjetividades colectivas, la constitución de sujetos sociales y respuestas políticas en la nueva condición histórica. En otras palabras, esta situación provoca la pregunta por las respuestas colectivas subalternas en estos contextos históricos antes descritos.

En este capítulo hemos visto como el desempeño del mercado de trabajo alteró la vida cotidiana de los asalariados y esto redundó en las formas de acceso a seguridad y cobertura social que se asociaron tradicionalmente al puesto de trabajo formal. Por su

parte, la reconfiguración del Estado impactó en las condiciones de vida de la población mercantilizando bienes públicos. Especialmente, la baja calidad de los servicios de salud y educación, producto de la orientación mercantil de los bienes públicos que se promovió desde el proyecto hegemónico, afectó fuertemente a los sectores subalternos. Los cambios en la estructuración de las clases sociales impactaron directamente en la subjetividad, la territorialización, las representaciones y las identidades sociales forjadas en el viejo modelo nacional-popular (Farinetti, 1998b:178). Sobre las condiciones de sociabilidad, o mejor aún, en esas condiciones se conforman experiencias colectivas, subjetividades que pueden apuntar en la dirección de un sujeto social. En lo subsiguiente nos abocaremos, primero, a considerar un panorama histórico del movimiento de desocupados. Luego, a partir de lo expuesto en términos teóricos e históricos, dedicaremos nuestra atención a dar cuenta de los procesos de construcción de la subjetividad colectiva implicada en el sujeto social particular del movimiento de desocupados en Argentina.

CAPÍTULO IV

Breve Historia del Movimiento de Desocupados:

Los procesos históricos de movilización social condensan una articulación de dimensiones de la tríada temporal (pasado, presente y futuro), por lo tanto es difícil establecer recortes históricos sin perder historicidad. No obstante, reconocer cortes cronológicos en el presente estudio responde a una necesidad metodológica. En esta perspectiva, más que buscar una cronología en esta sección ofrecemos una reconstrucción del proceso social a partir de cierta unidad interpretativa. En el caso de los movimientos sociales y los sujetos que se ven involucrados, esta historicidad inmanente adquiere una relevancia particular para su comprensión y hace que no sea posible atender las dimensiones complejas de las identidades y las subjetividades implicadas en el proceso sin un enmarcado histórico general del movimiento.

Desde este enfoque, en el presente capítulo reconstruiremos brevemente diferentes “momentos” de la historia del movimiento de trabajadores desocupados con el objetivo de situar el fenómeno y observar ejes importantes en su comprensión. Hemos elegido, en primer lugar, hacer referencia a los cortes de ruta de Cutral Co, en tanto configuran uno de los hechos fundacionales del movimiento de desocupados y bautismal del piquete como repertorio de confrontación. En segundo término nos referiremos a algunos casos de protestas con cortes de rutas en el norte del país, en especial en Tartagal, para observar la influencia de prácticas históricas de los sujetos y un suceso de aprendizaje cultural del repertorio. Luego presentaremos algunos rasgos relevantes de los piquetes realizados en el Gran Buenos Aires –espacio en el que centra la atención de esta investigación- donde la relación con las prácticas, redes y experiencias previas de los actores es significativa. Por otro lado los piquetes en la periferia de la Capital Federal suponen un poder disruptivo y una visibilidad mediática para la sociedad civil que es necesario destacar. En la cuarta sección haremos algunas referencias generales a los intentos de articulación nacional que experimentaron las distintas organizaciones piqueteras en los últimos meses del 2001. Otro momento significativo que tomaremos a continuación, lo constituyen las jornadas del 19 y 20 de diciembre de 2001. Posteriormente, la sexta sección la dedicaremos al análisis de la movilización en el gobierno de Eduardo Duhalde, el

asesinato de dos piqueteros el 26 de julio del 2002, el proceso electoral de abril del 2003. Finalmente, presentaremos los aspectos fundamentales del gobierno del actual presidente Kirchner que atañe al fenómeno propuesto en este estudio.

1. Cutral Co y Plaza Huincul (Neuquén, 1996-1997)

Las transformaciones en la estructuración de la sociedad argentina producto de las políticas de los años noventa afectaron diacrónicamente las distintas geografías del país. Como muestran algunos estudios (Giarraca y Gras, 2001; Giarraca, 2002) las primeras zonas que evidenciaron un profundo deterioro debido a las nuevas políticas que regían la organización del país fueron las provincias del interior. En particular los enclaves que padecieron tanto la apertura de la economía, como la desindustrialización y las privatizaciones. No asombra, por lo tanto, que los primeros estallidos de protesta tuvieran como escenario el interior del país donde participaron grupos de desocupados desorganizados que influyeron germinalmente en la experiencia del movimiento de desocupados (Svampa y Pereyra, 2003).

A mediados de 1996, en junio, a muchos sorprendió ver por los canales de televisión de alcance nacional que en el frío sur de la Argentina miles y miles de hombres y mujeres, de todas las edades, de clases sociales distintas y procedentes de historias e identidades disímiles convergían en una protesta colectiva: el corte de rutas. Las formas de la beligerancia popular plasmada en el corte de rutas presentaban nuevos desafíos tanto a las autoridades políticas como a los estudiosos de los movimientos sociales. La imagen televisiva presentaba un escenario signado por las bajas temperaturas, donde una ciudad entera (un pueblo, Ayero, 2001b) parecía poner en cuestión los mecanismos propios de la democracia representativa liberal, a la vez que asumían procedimientos decisionales que, si bien estuvieron presentes en la historia del movimiento obrero y estudiantil combativo, parecían abandonados en el arcón de los recuerdos de las prácticas populares: las asambleas. Habían comenzado las “puebladas” (Sánchez, 1997; Lafuer y Spiguel, 1999; Klachko, 1999; Favaro, 2000, Ayero 2002a y 200b; Delamata, 2002).

Para pensar las condiciones de las protestas en Cutral Co es necesario considerar, al menos, tres factores claves. El primero es la privatización de Yacimiento Petrolíferos

Fiscales (YPF) y Yacimientos Carboníferos Fiscales (YCF) que trastocó las formas de sociabilidad de las ciudades que se habían constituido en torno a las compañías estatales. Allí los trabajadores se formaron en una cultura laboral sólida y con acceso a beneficios salariales y bienestar que podían contarse entre los más altos del país. Segundo, la división en el seno del partido hegemónico provincial que abrieron grietas en el sistema de dominación local. Tercero, la alta experiencia y organización sindical construida históricamente por los trabajadores y resignificados en los nuevos contextos.

Con respecto al primer punto, algunos autores sostienen que “Sería imposible, sino ridículo, querer comprender la pueblada de Cutral-Co y Plaza Huincul sin examinar los efectos que ha tenido la privatización de la compañía estatal petrolera” (Auyero, 2002a:s/p). La privatización de YPF⁶⁵ no sólo produjo una abrupta disminución de los niveles de empleo, y de las actividades vinculadas a las empresas del Estado en la región, sino también una reestructuración en las relaciones sociales que se vinculaban a la esfera laboral y la órbita política. Con el afán de obtener el consenso de la población afectada para la implementar las privatizaciones, la estrategia de las elites fue ofrecer incentivos a los distintos actores en el marco de una hegemonía de los sentidos neoliberales. A los trabajadores se les ofrecía altas indemnizaciones (aunque a pagar a largo plazo), planes de retiros voluntarios beneficiosos en el corto plazo o promesas de reincorporación con mejores condiciones laborales en la nueva estructura de la empresa privatizada o sus subcontratistas. Mientras tanto, para el resto de la población se construyó un discurso sobre el aumento de la inversión privada en grado tal que generaría puestos de trabajos y reactivación económica en la región. A pesar de la resistencia de algunos sectores de trabajadores, el proceso privatizador avanzó de la misma manera que lo hacía en otras partes del país.

Un aspecto importante a tener en cuenta para la construcción de la protesta es que las experiencias colectivas, las identidades y las densas redes sociales vinculadas al mundo del trabajo funcionaron como lazos de soporte para la acción colectiva. Especialmente la memoria compartida condensada en repertorios que se elaboraron en la historia de los

⁶⁵ En el marco de las privatizaciones de las empresas controladas por el Estado, Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF) pasó a manos particulares luego de que el Congreso de la Nación aprobara su traspaso a manos privadas en septiembre de 1992, mediante la ley 24.145 (Publicada en el Boletín Oficial el 6 de noviembre del mismo año)

trabajadores vinculados a los hidrocarburos se resignificó en el nuevo espacio y las nuevas condiciones signadas por el retiro del Estado benefactor nacional-popular y el auge de la desocupación. En efecto, esta impronta prevaleció en la lógica de la protesta que puede observarse tanto en la demanda, como en el interlocutor elegido. La demanda era por “trabajo” y a quien se le reclamaba directamente era al gobernador provincial (Felipe Sapag) luego de haber agotado las representaciones formales intermedias de la democracia liberal. La consigna “No entra ni sale nadie. Sapag en casa. Queremos trabajo” (Auyero, 2002a:1) sintetiza esta orientación.

En los inicios de las protestas donde participaron desocupados y el trabajo fue un eje de demanda, cabe destacar dos características de las movilizaciones en el interior del país. El primero es el contenido policlasista que ha sido una característica constante de las iniciales etapas de los piquetes. En efecto, muchos de los gobernantes y sus voceros acusaban que los cortes de ruta perseguían un interés político sectorial y no eran la expresión de los desocupados y la crisis de la región, para demostrarlo argumentaban la presencia de “gente bien vestida” participando de los piquetes (Auyero, 2002b). En las protestas de Neuquén en 1996 puede observarse este contenido policlasista bajo una construcción “multisectorial” de trabajadores ocupados, desocupados, contratados, maestros, estudiantes, pequeños productores, pequeños comerciantes, quienes fueron participantes activos de la protesta (Svampa y Pereyra, 2003:17). En este sentido, en el inicio de los piquetes, los desocupados constituían un sector más de la protesta y, al no estar organizados, dependían estratégicamente de otros sectores con mejores recursos y organización.

La segunda característica que creemos relevante es la construcción de un campo de antagonismo donde se establece una diferencia discursiva constituyente de la protesta: el *nosotros* se asocia al *pueblo*, mientras que alteridad se enuncia como los *políticos*. La progresiva ruptura con las formas institucionalizadas de representación social fue la que permitió la construcción de procesos decisionales alternativos y la configuración de un proceso de identidad, aunque en este caso puntual sumamente fragmentario por la heterogeneidad de los participantes y sus intereses sectoriales. No obstante, como indican los estudios etnográficos que se dedicaron específicamente a indagar en la construcción de la protesta de Cutral Co (Auyero, 2002a, 2002b, 2004), el reclamo de los habitantes

supone la posibilidad de interpretar la protesta como el intento de restablecer espacios de comunicación entre los individuos y las instituciones cuando los canales establecidos fallan (Naishtat, 2004). El mencionado reclamo por la presencia del gobernador Felipe Sapag sería una muestra en ese sentido.

2. Los cortes en Salta: Tartagal y General Mosconi

Con una situación estructural deteriorada por el aumento de la desocupación, la precarización de las relaciones laborales y la baja actividad económica, sumado a las experiencias históricas y organizativas para la acción colectiva, la protesta social mediante cortes de rutas cobró forma también en el norte del país. Las protestas en las provincias (tanto en el sur como en el norte) son reconstruidos en el discurso sistemático de los referentes de las organizaciones de desocupados como un antecedente valioso, como un aprendizaje cultural por parte de las clases populares en el camino de la lucha por sus intereses. (Barbetta y Lapegna, 2001; Svampa y Pereyra, 2003) Al igual que en las acciones disruptivas desarrolladas en las localidades del sur del país, cuando analizamos los cortes de ruta de Salta observamos un período de latencia de la acción. Con esto referimos que el corte de ruta es el corolario de una serie de acciones colectivas y redes de asociación previas que dan forma y andamiaje a la protesta. En los momentos previos al corte salteño de 1997 existieron movilizaciones populares, reclamos ciudadanos, apagones, petitorios y actos que sirvieron de soporte para establecer redes asociativas, a la vez de agotar las instancias ciudadanas de petición a las autoridades. En esta serie de accionares comunes se configura la solidaridad necesaria para llevar adelante una acción de protesta: “al igual que el cutralcazo la pueblada de Tartagal/ General Mosconi reveló la existencia de un notorio nivel de organización previo al estallido” (Laufer y Spiguel, 1999:24) La organización de acciones tendientes a mostrar el descontento por las condiciones del servicio de suministro de energía eléctrica, por ejemplo, puso en marcha un proceso de movilización que implicó una fuerza centrípeta capaz de amalgamar reclamos amplios. La posibilidad de articular una serie de reclamos de diferentes órdenes a partir de una cadena de equivalencias será uno de los aspectos cruciales en el desarrollo del movimiento de desocupados.

Al igual que en el caso de Cutral Co, la amplitud de las demandas de los manifestantes y la radicalidad de la acción pusieron a las autoridades frente a un dilema. La estrategia de las autoridades locales tuvo varias aristas. Por un lado la urgencia de desactivar las protestas llevó a la represión de las mismas con saldos fatales tanto en el sur (Teresa Rodríguez) como en el norte (Aníbal Verón), por el otro, las movilizaciones fueron utilizadas como forma de presión por parte de los gobiernos provinciales frente a las órbitas federales para obtener mayores recursos aprovechando la incertidumbre del ejecutivo nacional sobre la expansión de las confrontaciones a otras regiones.

Un elemento común que marcaría la conformación del movimiento de desocupados fue la instrumentalización de una política pública que pensada para ciertos objetivos se resignificó en su uso⁶⁶. Los programas de empleo temporario, en particular el *Plan Trabajar*, fueron utilizados como prenda de negociación para obtener el abandono de la medida de protesta por parte de los manifestantes. No obstante, el mecanismo planteado como método de resolución de la situación de protesta funcionó aquí también como recurso para la acción colectiva al proveer a los manifestantes de bienes y extender la creencia de que era posible obtener ayuda estatal a partir de la protesta. Tomando en cuenta la disparidad de sectores presentes en los primeros piquetes (las referidas mutlisectoriales policlasistas), la estrategia dominante por parte de las elites fue ofrecer beneficios selectivos a algunos grupos para generar un debilitamiento de la protesta. En principio los desocupados se situaban en una posición de desventaja puesto que aquellos sectores con mayor nivel de organización obtienen mejores resultados en la atención a demandas sectoriales. En parte, esta situación motivó una mayor organización de los desocupados y, progresivamente, éstos fueron adquiriendo más importancia tanto cuantitativamente como en el lugar dentro de la composición de la protesta.

Sobre la ruta 34 de Salta aparecieron, también, rasgos que se han vuelto singulares en la experiencia piquetera: la invalidación de ciertos mecanismos formales e institucionales para la resolución de conflicto, una inmediatez en el reclamo y en las formas de negociación. De esta manera, cuando se rebasan los procedimientos instituidos, los piqueteros se constituyen como interlocutores de las elites en sus rangos más elevados.

⁶⁶ De esta manera estamos ante un caso donde “las políticas son continuamente transformadas por las operaciones de implementación que, de manera simultánea, alteran los recursos y objetivos” (Majone y Wildavski, 1998:272).

Asimismo, en las acciones beligerantes en Salta es importante destacar, al igual que en Neuquén, la influencia de experiencias de las luchas obreras durante las décadas del '60 y '70. En especial quienes se erigieron como líderes de la protesta habían sido obreros empleados con muchas y prolongadas prácticas sindicales y un importante bagaje de experiencia en los campos conflictivos de índole laboral⁶⁷.

Las protestas en el interior del país son relevantes para nuestro estudio aunque no nos ocupemos específicamente de estas. Primero, porque constituyen una referencia en el discurso de los líderes quienes sitúan los “orígenes” del movimiento en las “puebladas” del interior. Segundo, por el repertorio de acción construido: el corte de rutas. Tercero, porque estas protestas contribuyeron a instalar a la desocupación como un problema público y las consecuencias negativas de las reformas neoliberales. Estos elementos adquirieron una nueva significación cuando quienes construyeron las protestas fueron los habitantes con problemas de empleo en el empobrecido Gran Buenos Aires.

3. Organizaciones y acción de desocupados en el Conurbano Bonaerense

Las transformaciones en las condiciones de sociabilidad de los sectores populares generaron cambios concomitantes en las demandas de las poblaciones situadas en el Gran Buenos Aires. Si durante los ochentas, las formaciones de asentamientos situaron a la tierra, la vivienda y hábitat como ejes de las demandas y de construcción de las organizaciones sociales (Merklen, 1997b y 2005; Rauber, 2002:7;), en los noventa el eje “trabajo” se llevó el primer lugar en las preocupaciones populares (Grimsón y otros, 2003, Merklen, 2005). La presencia de organizaciones con profundas raíces en los territorios y con una capacidad de resolución de problemas comunitarios, junto a la existencia de militantes sociales⁶⁸ que suministraron recursos materiales y simbólicos para la acción colectiva, fueron factores relevantes para explicar la acción y organización de los desocupados en el conurbano, en particular en sus inicios.

⁶⁷ A diferencia de las organizaciones de desocupados del Conurbano, las organizaciones de Salta tienen una relación de confrontación mucho más marcada con las grandes empresas privadas instaladas en la zona.

⁶⁸ Los militantes sociales que aportaron sus saberes y fueron el núcleo fundacional de los MTD provenían de experiencias cristianas (MTD Solano), peronistas de base (MTD RyV) y guevaristas (MTR y MTD AV)

3.1 Experiencias con desocupados y militancia. Orígenes del los MTD

El conurbano bonaerense ha sido tradicionalmente un espacio crucial en la conformación del universo simbólico del mundo popular. Por su lugar en el proceso de industrialización, estos distritos fueron campos de constitución de la cultura popular argentina. El territorio donde radicaba gran parte de la clase trabajadora argentina ligada al mayor enclave productivo del país, en lo político se caracterizó por ser bastión del peronismo. Allí, las importantes transformaciones de los años noventas afectaron la estructuración de las relaciones sociales y los espacios de sociabilidad.

En este contexto es necesario atender a un elemento central en la comprensión del movimiento, y que es poco reseñado por las investigaciones de historia de las organizaciones de desocupados (Cfr. Oviedo 2001). Éste, es la ya mencionada existencia, en el conurbano sur y oeste, de grupos de militantes sociales que hacia 1995 conformaron una Comisión provisoria de Desocupados (Delamata, 2004 y 2005). Estos núcleos fueron quienes organizaron una manifestación fundacional para la historia del movimiento en el conurbano el 1 de mayo de 1996. Aun antes de adoptar el piquete, estas organizaciones mantenían repertorios de acción colectiva tradicionales como las marchas, elevar petitorios y, debido a la influencia del trabajo social de las comunidades eclesiales de base, mediante misas en lugares públicos donde se denunciaba la situación del país.

A diferencia de las protestas en el interior del país, en el conurbano bonaerense la movilización de capital simbólico no provino tanto de las experiencias de organización sindical, sino de las experiencias comunitarias (y sus saberes) ligadas a lo territorial (Merklen, 2004). A esto se le sumaron los saberes aportados, en su mayoría, por jóvenes militantes provenientes de experiencias políticas fragmentarias y surgidas en una etapa caracterizada como de “resistencia” a la implementación de políticas neoliberales. La imposibilidad de una articulación política y el avance de las reformas neoliberales llevaron a algunos grupos de militantes a definir la necesidad de generar espacios de disputa a partir de replegarse en los territorios.

Desde estas primeras experiencias organizativas y la inserción de militantes sociales en los años 1995 y 1996, emergieron hacia 1997 algunos grupos más consolidados con presencia territorial bajo el nombre de MTD (Isman, 2004; Delamata 2004; Grimsón y

otros, 2003; Flores 2005). Las diversas acciones de protestas, fundamentalmente marchas, acampes y ollas populares, obtuvieron como respuestas a fines de ese año los primeros planes sociales y la disputa por administrar esos recursos con autonomía de la injerencia de las redes clientelares del justicialismo (Auyero, 2001a y 2004). La capacidad de interpelación de las necesidades populares por parte de los militantes sociales y la inserción en los territorios de las experiencias subalternas (comunidades eclesiales de base, toma de tierras) consolidaron los primeros grupos de desocupados organizados, entre ellos cabe destacar el MTD Solano y el MTD Teresa Rodríguez (luego MTR). Este último grupo propició las primeras utilizaciones del piquete como repertorio de confrontación obteniendo planes sociales a fines de 1997. Este hecho es fundamental en tanto constituye un acto fundacional del “movimiento piquetero” en territorio bonaerense (Grimsón y otros, 2003).⁶⁹ Significativamente el corte de Florencio Varela asumió un protagonismo de referencia para los militantes que impulsaron la construcción de organizaciones de desocupados. Los militantes sociales habían interpretado una situación (el desempleo) como un campo donde construir políticamente por ser significativo para los sectores populares, a la vez habían descubierto que la reapropiación del piquete como repertorio de confrontación podía brindar eficacia en el campo del conflicto social.

3.2 La Matanza: orígenes del “Eje Matancero”

La expansión del desempleo como temática de articulación política no pasó desapercibida en otros espacios de organización subalterna. En particular por aquellos insertos en el mundo popular con anterioridad a la década del noventa. Estos núcleos organizacionales datan de comienzo de los años ochentas como producto de las acciones en torno a la toma de tierras y al reclamo de la implementación de procesos de urbanización de las nuevas zonas pobladas. La proliferación de asentamientos, entre los que se destacan El Tambo, 17 de Marzo, 22 de Enero, Costa Esperanza, Villa Adriana,

⁶⁹ En las entrevistas realizadas con referentes de las organizaciones MTD del conurbano sur evidenciaron una narrativa del piquete que reconoce en estas acciones la primera utilización sistemática del corte de ruta como repertorio de confrontación y la resolución temporaria por medio de la asignación de asistencia social. Este hecho puso a los referentes frente al dilema surgido de la aceptación o no de los planes de empleo transitorio y la ayuda alimentaria.

María Elena, San José, San Alberto, Villa Unión, Km. 25, La Juanita, implicó el emprendimiento de acciones y experiencias colectivas que pueden vislumbrarse resignificados en las nuevas “organizaciones de desocupados”. Las luchas por la tierra, por la vivienda y por las condiciones de habitabilidad fueron muy importantes en tanto alcanzaron notables éxitos y produjeron relaciones solidarias, afianzaron la identidad y quedaron gravadas en la memoria colectiva como un hito importante y una muestra de las posibilidades de éxito de los emprendimientos conjuntos (Rauber, 2002:5).

Si bien en diferentes lugares del conurbano bonaerense se desarrollaron las experiencias de las tomas de tierras y formación de asentamientos, fue en el populoso partido de La Matanza el lugar en donde se consolidaron emprendimientos que resultaron fuentes del movimiento de desocupados. Paralelamente a la formación de los MTD referido en el apartado anterior se fueron consolidando dos organizaciones que a la postre serían masivas en el movimiento: la Federación de Tierra y Vivienda (FTV) y la Corriente Clasista y Combativa (CCC)⁷⁰. Ambas se componen de organizaciones de base (juntas vecinales, sociedades de fomento, cooperativas) que fueron resultantes del procesos de toma de tierras antes referido.

Estas organizaciones tomaron como eje de construcción el problema del empleo cuando la desocupación se incrementó en los territorios bonaerenses. Sin embargo hasta que adoptaron el piquete, también sus acciones se encuadraban en una matriz tradicional de confrontación. En tanto los repertorios de acción son aprendizajes culturales, cada sujeto o grupo lo aprehende de acuerdo a su experiencia previa y a su identidad. El piquete, en este caso, fue incorporado por los manifestantes a partir de sus experiencias

⁷⁰ La primera reunió a un conjunto de organizaciones territoriales, cooperativas, comedores, referentes que provenían de experiencias colectivas previas y que en su lugar de articulación de demandas habían comenzado a construir sobre el eje “trabajo”. En 1998 se conforma la Federación de Tierra, Vivienda y Hábitat, con lugar en la CTA, convirtiéndose en el armado territorial de la central sindical. La CCC, por su parte, si bien originariamente es la estrategia de inserción en el movimiento sindical por parte del maoísta PCR, convirtió a su “rama desocupados” liderada por Juan Carlos Alderete, desde 1998 en la principal estrategia de acumulación para el partido. Es de destacar que las organizaciones de base que luego conformaron tanto la FTV como la CCC eran preexistentes e incluso sus líderes, de largas trayectorias en la lucha comunitaria, se conocían aunque nunca habían logrado niveles de coordinación importantes. Por su parte ambos conjuntos habían emprendido acciones como respuestas al problema del desempleo que afectaba a los sectores que representaban a nivel local. El encuentro de las dos corrientes les provocó un salto cualitativo, haciendo la alianza FTV-CCC el eje piquetero más masivo desde el 2000 hasta la ruptura de la alianza en el 2003 a partir de la divergencia de estrategias devenidas de la distinta caracterización del gobierno de Néstor Kirchner.

beligerantes anteriores que en La Matanza tienen sus principales exponentes en las tomas de tierras.

Particularmente en La Matanza cabe mencionar algunos piquetes históricos: el corte de ruta del 28 de abril del 2000 donde miles de personas mantuvieron interrumpido el tránsito sobre la ruta provincial número 3. Segundo, el corte del 28 de junio del 2000 que muestra niveles de organización previos y puestos en juego sobre la ruta que hicieron que sea muy costoso de reprimir y debido a la implicancia que tiene un piquete en las zonas próximas a los centros urbanos lograron que el gobierno (provincial) acceda rápidamente a negociar y ofrezca soluciones para desmovilizar la protesta. El acta-acuerdo firmada por los representantes de los manifestantes para levantar la protesta incluía la construcción de aulas, la reactivación de obras públicas, medicamentos, alimentos y el compromiso de las autoridades de atender los problemas de desempleo y vivienda. Tercero, ante el incumplimiento de lo pactado, del 31 de octubre hasta el 6 de noviembre de 2000, volvieron los manifestantes a tomar la ruta. Producto de esta acción es la firma de acuerdos entre los piqueteros y ministros del ejecutivo nacional. Cuarto, en febrero y marzo del 2001 se renovaron los cortes de la ruta 3 en demanda por incumplimientos por parte del ejecutivo y solicitando el incremento de los cupos de subsidios. Sin embargo, los manifestantes no recibieron respuestas favorables por parte de las distintas esferas administrativas. El quinto hecho que podemos destacar se desencadenó el 6 de mayo de 2001 cuando, debido a un nuevo incumplimiento de los acuerdos por parte de las autoridades, se realizó el corte de ruta más grande la historia del “movimiento piquetero” en territorio bonaerense, allí confluyeron miles de participantes de los asentamientos y barrios de La Matanza. Conocido como “el corte grande”, el piquete se levantó el 23 de mayo con la firma de un convenio con el Ministerio de Trabajo. El carácter de la acción fue multisectorial pero bastante menos policlasista que las expresiones anteriores, es decir, al interior de los manifestantes se reconocían los intereses de todos los sectores de la clase trabajadora: obreros industriales, estatales, docentes y, fundamentalmente, desocupados. Como muestra de la integración de los reclamos de los distintos sectores de la clase obrera basta citar que uno de los reclamos de aquel piquete giró en torno a la titularización de una importante cantidad de docentes que permanecían con cargos de

suplentes como así también hospitales móviles, obras públicas y, por supuesto, Planes Trabajar.

Los piquetes desarrollados a partir del año 2000 en el conurbano bonaerense significaron la emergencia del “movimiento piquetero” en las puertas de la Capital Federal. Mientras que los cortes que se desarrollaron con anterioridad –a los que nos hemos referido más arriba- habían sucedido a miles de kilómetros del centro de la administración central, ahora el fenómeno se coloca peligrosamente cerca. Ya no era un espacio *frío y lejano* como Neuquén, u *olvidado* como Salta, donde se producían piquetes sino en el Gran Buenos Aires. Los cortes en el conurbano implicaron, por un lado, la generalización del reclamo y, por otro, las autoridades políticas evaluaron el riesgo de que el repertorio se extendiera a los millones de habitantes desocupados y pobres que viven en el primer y el segundo cordón del conurbano.

El crecimiento masivo de las organizaciones que aglutinaban desocupados a partir de la obtención de planes de empleo y ayuda alimentaria generó un replanteamiento de las estrategias de algunos partidos de izquierda. Es decir, aquellos sectores que desde sus medios de prensa partidaria habían fustigado la aceptación de la ayuda social, por su lógica clientelar, revisaron su estrategia de acumulación política para incorporar a los desocupados. El auge de las movilizaciones de los desocupados puso a las organizaciones de inspiración marxista en un dilema sobre la conceptualización de lo que parecía ser un nuevo actor social que no cuadraba con el agente de la historia (la clase obrera ocupada). Hacia el año 2000 los debates se hicieron más arduos y no fue hasta el 2001 cuando las organizaciones de izquierda (POb, MST, PC, MAS) comenzaron a consolidar sus organizaciones, las cuales fueron alcanzando mayor protagonismo en la protesta.

4. Los intentos de unidad. Los “Congresos Piqueteros”

El desarrollo de las distintas experiencias piqueteras desde 1996 y la extensión del repertorio de confrontación, como así también el incremento de poder disruptivo de las acciones y su progresiva masividad promovió, entre algunas organizaciones, la necesidad de plantear la articulación de formas organizativas y avanzar en grados de

coordinación estratégica a escala nacional para todas las organizaciones del emergente “movimiento piquetero”.

Celebrada el 24 de julio de 2001, la Primera Asamblea Nacional de Organizaciones Populares, Territoriales y de Desocupados⁷¹ en instalaciones de la parroquia Sagrado Corazón, perteneciente a la congregación salesiana, fue el primer intento de coordinación nacional de las organizaciones de desocupados de todo el país. En tanto movimiento multipolar y pluriorganizativo los piqueteros tuvieron dificultades en lograr formas institucionales y permanentes de estructuración. No obstante, el primer encuentro de las organizaciones que nucleaban principalmente a desocupados logró coordinar medidas específicas de protesta. El plan de acción acordado se basó en la realización de piquetes en las principales rutas del país con duraciones de 24, 48 y 72hs. en las sucesivas semanas. A su vez se incluyó entre las resoluciones el reclamo por la liberación de los presos sociales, el rechazo de las medidas de ajuste implementadas por el gobierno de la Alianza (Ley de déficit cero) y la conservación (y ampliación) de los Planes Trabajar para los jefes y jefas de familia.

Dentro de las características del “Primer Congreso” cabe destacar la ruptura con las representaciones institucionales formales. Los piqueteros buscaron su propia representatividad y no permitieron que “los políticos” (aún los que se solidarizaban con su lucha) hicieran uso de la palabra. Uno de los hechos más recordados de aquel encuentro fue la estruendosa silbatina propinada por los participantes al dirigente de la CGT “disidente” Hugo Moyano ante la mirada estupefacta de los organizadores quienes habían invitado al líder camionero para dar una muestra de unidad de la clase trabajadora desempleada con la ocupada. De la primera instancia nacional de coordinación del “movimiento piquetero” participaron casi todas las organizaciones de desocupados, mientras que las que no pudieron hacerlo directamente enviaron adhesiones.

En el seno del Primer Congreso las modalidades de aplicación del repertorio de protesta fue objeto de arduos debates. El congreso acordó la realización de cortes de ruta con pasos alternativos en un intento de extender el consenso de las acciones de protestas

⁷¹ La disputa entre organizaciones participantes de las instancias de coordinación se manifiesta en que cada una le asigna un nombre diferente a la Asamblea. Mientras que la denominación oficial fue la que mencionamos arriba, sectores vinculados al POB, por ejemplo, en sus publicaciones hablan de “Congreso Piquetero”, con la misma denominación se refiere el MTD de Solano.

a otros sectores de la sociedad. El resultado de las acciones acordadas por los desocupados fue significativo: a) la constatación del poder de movilización de las organizaciones, b) la confirmación de los desocupados como uno de los principales actores sociales de protesta; c) la evidencia de la dimensión nacional del “movimiento piquetero”, d) la muestra de la capacidad del accionar conjunto. No obstante, la ruptura de los acuerdos por parte de algunos grupos, y las polémicas -potenciadas por la incidencia de algunos de medios de comunicación- entre algunos líderes pusieron de manifiesto las limitaciones de la coordinación de acciones por parte de las organizaciones del movimiento que hacían evidente las diferencias ideológicas, metodológicas y de proyecto político.

La Segunda Asamblea Nacional de organizaciones populares, territoriales y de desocupados, donde participaron distintas organizaciones como la FTV-CTA, la CCC, el PO, MTL, MST-TV, MTR, organizaciones provenientes de Gral. Mosconi, La Quiaca, Cruz del Eje, Catamarca, de Chaco, entre otras, se realizó el 4 de septiembre de 2001. Los conocidos como Movimiento de Trabajadores Desocupados (MTD's) no participaron debido a los inconvenientes que se suscitaban en el transcurso de las acciones acordadas en el primer encuentro. Además, lo que se jugaba en la realización del “Segundo Congreso”, a criterio de estas organizaciones, era el intento por parte de los agrupamientos más masivos de constituirse en la referencia de la totalidad del movimiento de desocupados. En este segundo se incluyeron reclamos de otros sectores subalternos como el pedido de subsidios de cien pesos por hectárea para los pequeños productores y el retiro de la gendarmería que estaba ocupando la localidad de General Mosconi. Por su parte se acordó el llamado a la construcción de un programa en torno a cinco puntos: No al pago de la deuda externa, reestatización de las AFJP, renacionalización de los bancos y empresas estratégicas, contra el “régimen hambreador” y conformar, en una Tercer Asamblea, una mesa de coordinación nacional.

Cabe recordar que en la Primera Asamblea se había logrado un acuerdo en torno a dejar pasos alternativos para evitar tanto la confrontación con aquellos que debían ir a sus trabajos, como para “no hacerle el juego al gobierno”, esto es, quitar legitimidad a una posible represión. Mientras que en la Segunda Asamblea el acuerdo intermedio fue el de

dejar vías alternativas en los grandes centros urbanos y hacer cortes totales en zonas rurales, como forma de garantizar la efectividad de la medida.

Otras de las disputas suscitadas en el espacio de coordinación de los movimientos de desocupados giró en torno a la disyuntiva de la utilización de capuchas o realizar las acciones a cara descubierta. Cabe recordar que la utilización de pasamontañas o pañuelos para cubrir el rostro reapareció en la política argentina en las puebladas de Cutral Co, cuando la población los empleaba (pasamontañas, pañuelos o capuchas) para cubrirse del frío, enfrentar los efectos de los gases lacrimógenos, el propio humo de las gomas y para cubrir la identidad. La polémica se volvió muy fuerte, algunos argumentaron que la utilización de pañuelos, al preservar la identidad, protegía a los participantes de la represión de las fuerzas de seguridad que, al identificarlos, tomaba represalias en los asentamientos y barrios del conurbano bonaerense. Por otro lado, y en la búsqueda de establecer alianzas de clase y desactivar el accionar de los servicios de inteligencia, hubo quienes argumentaron que la seguridad la garantizaba la masividad y el consenso social, y que el llevar los rostros cubiertos generaba el rechazo de otros sectores subalternos a la vez que facilitaba la infiltración en las manifestaciones. El tema de la representación también implicó polémicas. Allí ya no se distinguen posiciones “revolucionarias” de las “reformistas”, sino aquellas que niegan la dicotomía y que asumen posicionamiento del contrapoder, negando las formas de representación y acusando, a quienes la buscan, de un intento de quitar potencia y radicalidad al nuevo movimiento.

Luego de la Segunda Asamblea hubo algunos intentos por generar ámbitos de coordinación entre las organizaciones de desocupados. Sin embargo, no alcanzaron a ser más que encuentros de algunas pocas organizaciones y se constituyeron en expresiones de la fragmentación del “movimiento piquetero” más que de su unidad. La constitución del Bloque Piquetero (PO, MTL, MST-TV, FTC) y de la Coordinadora Aníbal Verón (CTD, MTD's) y los plenarios conjuntos de la FTV y la CCC fueron muestras elocuentes de ello.

5. Las jornadas del 19 y 20 de diciembre de 2001.

Las acciones de protesta desplegadas por los desocupados luego de los Congresos Piqueteros los situaron en la primera línea del conflicto social en el país. No obstante, el movimiento de desocupados no era el único síntoma de un período de inestabilidad política que tenía otras manifestaciones: las elecciones de octubre de 2001 arrojaron una dura caída del partido de gobierno, niveles de ausentismo y el llamado “voto bronca”, a la par, sectores sindicales ligados a la CTA protagonizaban paros y manifestaciones. Estas acciones son muestra del magma político que antecedió a los días de furia que terminaron con la caída de Fernando de la Rúa.

No podemos referir los pormenores de las jornadas del 19 y 20 de diciembre que culminaron con la renuncia y la célebre huída en helicóptero del por entonces presidente de la Rúa. Sin embargo, es conveniente reparar en los aspectos vinculados a este proceso y que tendrán impacto en el movimiento de desocupados. En primer lugar, cabe mencionar que desde los primeros días de diciembre se desarrollaron acciones protagonizadas por organizaciones de desocupados. En las vísperas de las fiestas navideñas algunos grupos realizaron manifestaciones frente a grandes hipermercados enarbolando el reclamo de una “canasta navideña”. Asimismo, la CTA, con apoyo de la FTV, organizó entre los días 13 y 17 de diciembre una consulta popular para solicitar un Seguro de Empleo y Formación. Segundo, es necesario decir que las organizaciones de desocupados no tuvieron un protagonismo directo en las movilizaciones. Esto no quiere decir que no hayan actuado, sino que, por lo general respondieron ante la situación de manera desorganizada, defensiva y bajo una lógica de “control territorial”, es decir tendieron a auto defenderse en sus propios barrios frente a la incertidumbre y lo contradictorio de los acontecimientos políticos, en especial, en el conurbano bonaerense.⁷²

El 19 y 20 de diciembre de 2001 es tomado como un punto de inflexión en la política Argentina, y los impactos en el movimiento de desocupados son complejos. En el discurso de los líderes de las organizaciones el hecho adquiere una dimensión diferente a las bases, quienes se sienten más ajenas a aquellas jornadas percibidas como una reacción de los sectores medios enfurecidos por las medidas que incautaron los ahorros. No

⁷² A pesar de la proliferación de exégesis sobre las jornadas del 19 y 20 de diciembre, queda pendiente estudio empírico detallado sobre aquellas jornadas. Dentro del enfoque del periodismo de investigación puede citarse el trabajo de Miguel Bonasso (2002)

obstante, es cierto que las movilizaciones de fines de diciembre del 2001 y principios de 2002 pusieron a las organizaciones de desocupados en un contacto más fluido con otros sectores, en particular aquellos que habían protagonizado los “cacerolazos” y que participaban de las Asambleas Barriales (Svampa y Pereyra, 2005:356). La consigna “piquete y cacerola, la lucha es una sola” sintetizaba los sentidos de la protesta de los primeros meses del 2002⁷³ (Barbetta y Bidaseca, 2004).

No obstante, las jornadas de diciembre que merecieron distintas caracterizaciones (pueblada, estallido, revuelta, insurrección espontánea, fase prerrevolucionaria, etc.⁷⁴.) acentuaron algunas diferencias sobre el accionar de las principales organizaciones en esos días, algo que era la manifestación de un debate ideológico. Algunas de las políticas fueron calificadas de “cobardías” frente al avance de la conflictividad social.⁷⁵ Más allá de las diferentes interpretaciones es evidente que los movimientos sociales que venían participando del espiral más alto de las protestas del 2001 tuvieron un desafío que no pudieron resolver conjuntamente. Así, las jornadas del 19 y 20 mostraron un movimiento de desocupados fragmentado, que no pudo dar respuestas inmediatas, en parte porque no estaba preparado para una movilización rápida y en parte porque tampoco sabía definir la situación para actuar en consecuencia⁷⁶.

6. El gobierno de Duhalde

⁷³ Cabe destacar que el proceso post 19 y 20 marcó uno de los puntos más altos de movilización y actividad popular. La multiplicación de las asambleas populares, y una orientación para la no-representación, generaron una explosión de organizaciones, que se reivindicaban autónomas. El discurso horizontal y autonomista se expresaba en los sectores medios a través de las asambleas barriales de la Capital Federal y las organizaciones de desocupados autónomas, por lo general organizadas en la forma MTD.

⁷⁴ La hermenéutica del 19 y 20 de diciembre se expresa en las dispares interpretaciones de los partidos de izquierda, para algunos significó la apertura del proceso revolucionario (MST, POB) para otros un estallido revolucionario (PTS), para algunos una rebelión espontánea, para otros una insurrección popular, para otros una pueblada, etc.

⁷⁵ Un claro ejemplo es la acusación de los partidos de izquierda a la CTA por no haber llamado a la movilización el 19 y 20 (aunque sí lanzó un paro para el 21), de igual manera se da la polémica entre los partidos de izquierda por sus supuestas ausencias en el momento de “lucha revolucionaria”

⁷⁶ Una reflexión más sobre los desocupados. Según algunos autores “las estructuras descentralizadas maximizan la transformación personal, movilizan una participación de base y asegurando la permanencia del grupo a costa, a menudo de efectividad estratégica” (Jenkins, 1994:28-29), y en una situación inesperada el mecanismo de resolver en asamblea y coordinar horizontalmente (tal como promueven muchos MTD) es virtualmente imposible. Por su parte las organizaciones que tienen estructuras más verticales, que dependen más del reflejo de sus líderes, por lo general decidieron actuar con cautela, por la situación confusa y por la percepción que la definición de la situación no estaba en sus manos sino en las elites políticas, las cuales aseguraron la continuidad institucional.

La renuncia de Fernando de la Rúa el 20 de diciembre de 2001 abrió una crisis institucional que produjo una sucesión de presidentes la cual finalizó con la asunción del por entonces “caudillo” de la provincia de Buenos Aires y senador por el distrito, Eduardo Duhalde. En un clima de movilización social, el asenso del gobierno de Duhalde generó distintas estrategias por parte de las organizaciones de desocupados. La CCC y la FTV se abocaron a fortalecer, y en gran medida institucionalizar, el movimiento, aprovechando los recursos (en planes y subsidios) que ofrecía el gobierno nacional como forma de bajar la tensión social, otros grupos incrementaron la confrontación por entender que la coyuntura política requería una mayor acción de la vanguardia. El análisis de la CCC y la FTV, en este punto, implicaba una posición poco optimista sobre las posibilidades que un bloque nacional-popular (integrado por los movimientos sociales) pudiera disputar la dirección del proceso social y político, y que la figura de Duhalde oficiaría como freno a las aspiraciones de quienes intentaban la dolarización de la economía o incluso poner a la Argentina bajo la tutela de alguna coalición internacional⁷⁷. Estas organizaciones acompañaron la política del gobierno de Duhalde de unificar los programas de subsidios al desempleo, por lo que participaron de los “Consejos Consultivos” creados para monitorear la implementación de los Planes Jefes y Jefas de Hogar Desocupado. No obstante la abismal transferencia de recursos producto de la devaluación (Basualdo, Lozano y Short, 2002), en un contexto de crecimiento de la desocupación, a la vez que importantes niveles de movilización, tanto la CCC como la FTV decidieron acotar sus acciones a medidas de protesta para no poner en riesgo la estabilidad del gobierno nacional algo que les redundó en recursos para sus organizaciones.

Por su parte el Bloque Piquetero Nacional formado luego de los Congresos del 2001 y que nucleaba, principalmente, a las organizaciones de desocupados vinculados a partidos de izquierda (encabezado por el POB), asumió mayor visibilidad ante el descenso en las movilizaciones provenientes del “eje matancero”. Los grupos que supusieron que la insurrección del 2001 fue la apertura de un proceso revolucionario (POB, MST) buscaron

⁷⁷ Entre las propuestas de algunos sectores circulaba la idea de poner a la Argentina bajo tutela de alguna coalición internacional (ONU, EEUU, FMI)

incrementar la movilización y se lanzaron a espacios de organización nuevos (como las célebres asambleas populares) intentando subir el nivel de conflictividad⁷⁸. La visibilidad de estos grupos se incrementó de manera notable, y las diferencias entre los “dialoguistas o blandos” (FTV, CCC) y los “duros” se hizo cada vez más profunda.⁷⁹ Asimismo a comienzos del 2002 grupos menores, autónomos, que operaban en la provincia de Buenos Aires fueron adquiriendo progresivamente mayor protagonismo, nos referimos a los MTD’s y otros grupos menores nucleados en la “CTD Aníbal Verón”.

Uno de los aspectos que influyeron en el movimiento de desocupados bajo el gobierno Duhalde fue ampliar los planes Jefes y Jefas de manera tal que la gestión pueda ser personal e individual (y no colectiva como en el caso de los Planes Trabajar⁸⁰). Esta estrategia fue vislumbrada por algunas organizaciones como un intento de quitar recursos a las organizaciones de desocupados y transferirlos a los municipios administrados por el Partido Justicialista. Sin embargo, muchas organizaciones, en especial las que establecieron un diálogo más fluido con el gobierno nacional (FTV y CCC) se quedaron con cuotas de planes y créditos para financiar micro emprendimientos. Si bien no hubo masivas bajas de los planes gestionados por las organizaciones de desocupados (incluso en las más beligerantes), a medida que la desocupación aumentaba durante el 2002, la estructura Estatal y partidaria oficialista se nutrió de recursos para competir por suministrar planes sociales (un fuerte incentivo para la acción colectiva y el financiamiento de las actividades)

6.1. La masacre del puente Avellaneda

Una de las fechas emblemáticas para el movimiento de desocupados es el 26 de junio de 2002, ese día se produjo el asesinato de dos militantes de lo que en ese momento era la

⁷⁸ La idea de que las asambleas populares eran una versión criolla de los *Soviets* circulaba tanto en la prensa de los partidos como en los medios masivos de líneas editoriales conservadoras como La Nación.

⁷⁹ En parte ésta distinción fue producto del periodismo masivo, y fue aceptada y profundizada por los líderes de las organizaciones. La distinción “duros y blandos” rápidamente se traducía en “buenos y malos” o “traidores y consecuentes” o “combativos y burócratas”

⁸⁰ La estructura de los “Planes Trabajar” posibilitaba que las organizaciones comunitarias gestionaran colectivamente tanto las altas de los beneficiarios como el control de las contraprestaciones de 20hs. semanales.

CTD Aníbal Verón (Darío Santillán y Maximiliano Kosteki)⁸¹, a manos de la policía bonaerense y en medio de la represión a un corte sobre el Puente Pueyrredón (que une Capital Federal con la Provincia de Buenos Aires). El asesinato, puesto en evidencia por las cámaras de televisión y el trabajo de los reporteros gráficos que retrataron los hechos, puso al “movimiento piquetero”, y en especial a los que componían la “Aníbal Verón”, en la agenda de la opinión pública y a la violencia en el debate político nacional.

Si bien la solidaridad de todas las organizaciones se hizo sentir inmediatamente y se produjeron movilizaciones masivas para repudiar los asesinatos, no hubo acuerdos entre las organizaciones para organizar movilizaciones en conjunto. Algunos referentes de organizaciones (como la FTV) cuestionaron a los MTD por no “proteger a sus cuadros”, y por emprender estrategias disruptivas que conducían al aislamiento del “movimiento piquetero” con respecto a otros sectores. Esto motivó una nueva serie de fragmentaciones y disputas entre los líderes de las organizaciones. El asesinato de Darío Santillán y Maximiliano Kosteki, así como las masivas movilizaciones que se suscitaron condujeron a Eduardo Duhalde a la convocatoria de elecciones anticipadas para el 11 de marzo de 2003.

6.2. Las elecciones del 2003

El logro de cierta estabilidad económica (aunque en condiciones desfavorables para los sectores populares), el control de un precario orden social apuntalado por la estructura partidaria del Partido Justicialista, sumado a un juego estratégico de partidas múltiples le permitió a Duhalde organizar el proceso electoral. Ante una situación política conflictiva, impuso su agenda electoral para las presidenciales de abril del 2003. Sin un candidato propio y con serias posibilidades de perder la interna del Partido Justicialista en manos de su enemigo Carlos Menem, Duhalde hizo un llamado a elecciones donde podría haber más de un candidato por partido político, a su vez sellaba un acuerdo con el gobernador de Santa Cruz, Néstor Kirchner. La convocatoria a elecciones del 2003 arrojó una multiplicidad de candidatos y un resultado con escasa diferencia entre los contendientes.

⁸¹ Un recuento de los sucesos del 26 de junio puede consultarse en “Darío y Maxi. Dignidad piquetero” editado por el MTD Aníbal Verón en 2003.

Bajo un sistema electoral que prevé el *balotage*, Carlos Menem y Néstor Kirchner (primero y segundo respectivamente) quedaron en condiciones de acceder a una segunda vuelta. Las encuestas marcaron que de darse la contienda Kirchner ganaría con más del 70 por ciento de los votos debido al fuerte rechazo de la figura del ex presidente, por lo que Menem se dispuso a renunciar, algo que automáticamente proclamó a su rival como presidente. Un presidente que en la primera vuelta había sacado poco más del 20 por ciento de los sufragios.

Dentro del movimiento de desocupados, el proceso electoral generó nuevas fracturas entre aquellos que participaron de las elecciones y entre quienes sostuvieron posiciones contrarias y abstencionistas. Organizaciones como el Partido Obrero, el Partido Comunista y el Movimiento de los Trabajadores por el Socialismo, y sus respectivas corrientes piqueteras se involucraron en las elecciones y dirigieron allí sus esfuerzos, abandonando la movilización y los cortes de ruta. Por su parte el MIJP liderado por Raúl Castells convocó a festejar el supuesto “rechazo” a las elecciones, mientras que los MTD, el MTR y la CTD-AV daban la espalda al proceso electoral por diferentes motivos asociados a la evaluación de las elecciones como una “trampa”.

La segunda vuelta electoral y la amenaza de que Carlos Menem o Ricardo López Murphy se alzarán con la victoria pusieron a las organizaciones en un dilema. Algunas como la FTV que había hecho pública su intención de apoyar a Kirchner en la primera vuelta (Grimsón y otros, 2003), por su parte la CCC que se mantuvo expectante, salieron en la segunda a promover el voto anti-Menem (que finalmente no se produjo por la deserción de éste), otras no alcanzaron a tomar posición o llamaron en principio a votar en blanco. Lo cierto es que el llamado a elecciones, como un intento de restaurar el sistema de representación, y el cambio de gobierno trastocó el espacio de disputa política en Argentina.

7. La administración Kirchner

El proceso iniciado el 25 de mayo del 2003 supuso un nuevo desafío para las organizaciones de desocupados. Los principales trabajos sobre el movimiento que se ocupan de analizarlos en “la era K” (Muñoz, 2004; Svampa y Pereyra, 2005) coinciden

en la relevancia de la política kirchnerista hacia las organizaciones “piqueteras” en particular por situarlos frente a dilemas políticos. Un discurso fuertemente rupturista con “la década del noventa” y medidas de democratización de la corte suprema de justicia (un reclamo de los “caceroleros”), anulación de las Leyes de Obediencia debida y Punto Final y cambio en la dirección de las Fuerzas Armadas (demanda histórica de los movimientos de derechos humanos), por ejemplo, hicieron que algunos sectores de desocupados cambiaran su visión del gobierno nacional, y por lo tanto su estrategia. La política exterior fue un claro ejemplo del nuevo rumbo del gobierno nacional, la restauración de las relaciones diplomáticas con Cuba, el fortalecimiento de las relaciones con Brasil y Venezuela, la postura de negociación con los organismos internacionales, situando la defensa de los intereses nacionales en la agenda política, generaron expectativas sobre la administración Kirchner.

En el marco de búsquedas de “legitimidad de ejercicio” frente a los problemas de la “legitimidad de origen”, el gobierno nacional ajustó y radicalizó la estrategia hacia los desocupados que había diseñado Duhalde, en especial luego de los acontecimientos del Puente Pueyrredón. Por un lado profundizó el diálogo con los sectores de la FTV (e inicialmente también con la CCC y algunos MTD’s), mientras que el cambio de evaluación de organizaciones como el Movimiento Barrios de Pie alejaron el foco de conflicto sobre el gobierno nacional. Asimismo, a instancias del gobierno y valiéndose de la posibilidad de gestionar recursos estatales, se consolidaron varias organizaciones definidas como “nacional-populares” (o abiertamente peronistas) que, si bien algunas de ellas existían, adquirieron una mayor presencia (MTD Evita, MB Octubre, FTD Eva Perón). Con el crecimiento de esta corriente se concretó un intento de articular los elementos vinculados al peronismo que están presente en términos culturales y simbólicos en el movimiento de desocupados (Cross, Lenguita, y Wilkins, 2004) para reconfigurar la identificación con el proceso kirchnerista.

Mientras que los grupos orientados por partidos de izquierda (MST, PO, FTC) acusaban al gobierno de expresar los mismos intereses que sus predecesores, los MTD’s ingresaron en un espiral descendente (al menos en su masividad) producto de la celosía de su autonomía y las diferentes percepciones y evaluaciones sobre el gobierno nacional, que los llevaron a dos procesos consecutivos de ruptura. Durante el 2003 diferentes

percepciones sobre los ámbitos de coordinación hicieron que la Coordinadora de Desocupados Aníbal Verón, integrada por las CTD y los MTD se fracturara, y los MTD se aglutinaron bajo la bandera “MTD Anibal Verón”. Sin embargo, luego las diferentes evaluaciones de los MTD generaron, en septiembre de 2003 nuevas rupturas ahora dentro del MTD Anibal Verón que se reagruparon en tres espacios que no terminan de definirse en la actualidad⁸². Otras organizaciones como las CTD vinculadas al Movimiento Patriótico Revolucionario “Quebracho” y el Movimiento Teresa Rodríguez mantuvieron sus actividades y discursos aunque haya cambiado el gobierno en sintonía con el Bloque Piquetero Nacional.

La administración Kirchner promovió una política de no represión directa contra los desocupados opositores. Antes bien, utilizó una estrategia de desgaste y buscó aislar a los piqueteros a partir de operaciones discursivas que oscilaron entre el sustento de la necesidad del “orden”, la incorporación de organizaciones populares (organismos de derechos humanos, sindicatos) y sus cuadros a la nueva gestión, y la articulación de algunas demandas sociales para obtener consenso. Este proceso se desarrolló en un contexto de marcado crecimiento económico y reducción del desempleo. En el cuarto trimestre de 2005, según las cifras del INDEC, las tasas de desempleo bajaron al 11% para el Gran Buenos Aires y al 10,1% para el total de los aglomerados del país. Asimismo, la tasa de subocupación bajó al 13% en el Gran Buenos Aires y al 11,9% para el total de los aglomerados del país. Este descenso en los índices de desocupación luego de una tasa de desempleo abierto del 19,8% en el año de asunción del gobierno le permitió a Kirchner mayor espacio de maniobra con respecto a las organizaciones de desocupados.

En este marco, la estrategia del gobierno nacional, entonces, se orientó a no ceder a las presiones de los grupos más radicalizados y acordar con aquellos que aceptan sentarse en la mesa de negociación con la perspectiva de una incorporación en el proyecto nacional. Según Svampa y Pereyra (2005) esto acentuó la distinción de matriz ideológica entre tres corrientes: a) la de orientación populista o “nacional-popular”; b) la de vinculación con los partidos de izquierda tradicionales y; c) las nuevas izquierdas. Es evidente que estas

⁸² Un grupo de MTD formaron el “Frente popular Darío Santillán”, otros se mantienen como “MTD Aníbal Verón” y un tercer grupo de organizaciones se definen como “autónomas no-alineadas”

orientaciones son generales y debido a la heterogeneidad de las organizaciones es posible encontrar ejemplos que pongan en jaque esta distinción, aunque permita una lectura del espectro ideológico de las agrupaciones.

En el plano estratégico esta división tripartita puede dicotomizarse si pensamos en la relación con el gobierno nacional y el proyecto de Kirchner. Así nos encontramos con las organizaciones que ofrecen apoyo al gobierno nacional (tanto en el plano de la movilización callejera, como en las campañas electorales –la de octubre de 2005 es un ejemplo- y además, ocupando con sus referentes y cuadros puestos en la función pública⁸³) y aquellas que, matizadamente, oscilan entre concebir que el gobierno de Kirchner marca una continuidad con las políticas neoliberales o que funciona como estrategia del bloque dominante para detener la movilización popular. La consecuencia de estos realineamientos es, sin dudas, la polarización de las organizaciones en la lógica política de gobierno-oposición. Es decir, mientras unas reivindican una lectura del gobierno de Kirchner como la vuelta al Estado nacional-popular; otros se manifiestan como oposición al mismo. Con un sector de las organizaciones de desocupados alineadas con el gobierno nacional y otras en la vereda opuesta, en el marco de una merma de la movilización social y mayor hegemonía de los sectores políticos que acompañan a Kirchner, es obvio concluir que el futuro del movimiento como tal es incierto. En particular, si tomamos como unidad de análisis las organizaciones.

⁸³ Según el diario conservador La Nación destaca, en una nota del 11 de junio de 2006, que en la actualidad existen alrededor de cincuenta dirigentes piqueteros asignados a funciones en diferentes ámbitos del gobierno nacional y de la provincia de Buenos Aires.

CAPÍTULO V

Configuraciones subjetivas subalternas en la conformación del movimiento de desocupados.

*“Todo lenguaje es un alfabeto de símbolos
cuyo ejercicio presupone un pasado
que los interlocutores comparten”
(El Aleph, J.L. Borges)*

*Hay que estudiar, por tanto (...) la formación objetiva
de los grupos sociales subalternos, por el desarrollo
y las transformaciones que se producen en el mundo
de la producción económica, su difusión cuantitativa
y su origen a partir de grupos sociales preexistentes,
de los que conservan durante algún tiempo
la mentalidad, la ideología y los fines
(Antonio Gramsci)*

El reconstruir la dimensión subjetiva de un movimiento social requiere de una intromisión en los sentidos que lo fundan. En esta clave, la historicidad propia de la subjetividad subalterna constituye un ámbito denso para indagar las formas en que se construye una demanda, se definen identidades, alteridades, voluntades colectivas y proyectos en un proceso de movilización colectiva en terrenos de antagonismos. Dado lo expuesto, en este capítulo nos abocaremos a investigar en los espacios subjetivos fundamentales para la constitución del movimiento de desocupados que se vinculan a la construcción de un sujeto colectivo capaz de producir acción y movilización social.

El capítulo se ordena en dos partes. La primera se ocupa de indagar en los sentidos subalternos vinculados al mundo del trabajo y la estatalidad. La relevancia de esta búsqueda en dos de los ámbitos que se trastocaron en los años noventa y que fueron vertebrales en la historia de las clases subalternas radica en la importancia medular en la construcción del movimiento. Una vez analizados los sentidos que ponen en juego los sujetos para significar su mundo social, dedicamos la segunda sección a reconstruir el

proceso de constitución de la demanda central del movimiento y las formas de construcción de la acción colectiva y la participación política.

1. Configuración subjetiva: sentidos relevantes en el mundo popular

Como hemos expuesto en el capítulo III el orden social neoliberal en Argentina produjo una reestructuración de las clases subalternas. Estos impactos fueron particularmente importantes en el mundo del trabajo y en el lugar del Estado por la relevancia de estos espacios en el ordenamiento social anterior y porque afectaron las condiciones de sociabilidad de amplios sectores. La existencia de millones de personas con problemas de empleo, pobreza y vulnerabilidad abre interrogantes. En particular retomamos las preguntas por aspectos ligados a las formas de percepción y experiencia del nuevo contexto y a la posibilidad de construcción de sujetos colectivos y movimientos sociales.⁸⁴

La hipótesis que guía el argumento de este capítulo es que, si bien la experiencia del nuevo orden social neoliberal arrojó a los sectores subalternos a un mundo que no se dejaba interpretar por completo por los marcos tradicionales, la propia historicidad de la subjetividad subalterna (y sus sentidos densos) fue condición de que un grupo de ellos pudiera transformarse en un sujeto social con umbral para la acción (sujeto colectivo). Ahora bien, ¿cuáles fueron esos sentidos que se movilizaron para hacer significativa la nueva situación? ¿Cómo se construyó la subjetividad colectiva con códigos históricos que se resemantizaron en el proceso de configuración? ¿Cómo esta subjetividad permitió “avanzar, mediante esa experiencia, hacia nuevas experimentaciones”? (Schütz y

⁸⁴ En el contexto latinoamericano, el trabajo de José Nun ([1969] 2001), inauguró un arduo debate sobre categorías económicas y políticas en referencia al desempleo. En ese artículo Nun somete a revisión categorías centrales para la forma en que el marxismo había trabajado la cuestión: “superpoblación relativa”, “ejército industrial de reserva” y “masa marginal”. Esta última es construida por Nun para designar al sector disfuncional o afuncional de la superpoblación relativa postulada por Marx. Para éste, el modo de producción genera determinada superpoblación relativa, la cual tiene por función ser el reservorio de mano de obra que necesita el capital. Pero además funciona como elemento disciplinador para los trabajadores ocupados en tanto les requiere mayor disponibilidad y esfuerzo para conservar los puestos, a la vez de asumir condiciones de trabajo precarias (Cross, 2004:300) El famoso “ejército industrial de reserva” que identifica Marx se correspondía con el conjunto de trabajadores que aún desocupados tienen una función en la valoración del capital. La categoría de “masa marginal” hace referencia a una doble característica del sistema: la generación de un excedente que, no obstante, no precisa para seguir funcionando (Nun, 2001:87). El debate sobre la funcionalidad del desempleo para la reproducción del capital en la etapa actual es uno de los más relevantes sobre los estudios del trabajo (Dinerstein, 1999)

Luckmann, 1997:33). ¿Cómo se relaciona esa subjetividad con la construcción de la demanda y la movilización social? Estos son los interrogantes que trataremos de abordar a continuación.

1.1. Los sentidos del trabajo en la construcción de la subjetividad.

Un estudio sobre el movimiento de desocupados encuentra en los sentidos asociados al mundo del trabajo uno de sus principales anclajes de investigación. Desde el enfoque que proponemos, la experimentación de la situación de desempleo por parte de los sectores subalternos no puede entenderse por fuera de los acontecimientos históricos que aportaron en la construcción de la subjetividad popular y de la misma clase obrera argentina (Delfini y Picchetti, 2004:269). En particular, nos referimos al universo de imaginarios sobre la forma de integración de los trabajadores en el orden social nacional-popular estadocéntrico (Cavarozzi, 1996; Garretón, 2002). Más allá de discutir los alcances y limitaciones reales del modelo anterior en Argentina, nos interesa que esta integración excedió el ámbito económico y tuvo implicancias simbólicas cuando “la idea de progreso, componente central del imaginario social argentino, se dotó de nuevos contenidos y, en ese mismo proceso, fue asociada con un nuevo actor social: la clase trabajadora” (Svampa, 2003: 122, también; Merklen, 1997a). En efecto, la forma de integración histórica de la clase a la ciudadanía, vinculada al ascenso del peronismo en la década del cuarenta⁸⁵, se produjo en estrecha relación a la posesión de derechos sociales del grupo familiar a partir del puesto de trabajo del jefe de hogar (Landi, 1981; Cerrutti, 2002; Guimenez, 2004:2). A su vez, el Estado operó, tanto como actor de la regulación del mundo laboral, como garante del acceso de bienes universales de calidad como la salud y la educación (Murmis, 1971:43ss; Grassi, 2003; Merklen, 1997a). Asimismo, a esto hay que sumarle que la incorporación masiva de los trabajadores a la política se produjo mediante los sindicatos que se incorporaron a la tradición peronista (James, 1990)

⁸⁵ Es preciso destacar que el peronismo clásico se valió para su proceso integrador de una reconfiguración de instituciones presentes en la sociedad Argentina como el sufragio y el derecho a agremiación (Durruty, 1969) a la vez de amalgamar una serie de demandas e imaginarios presentes en la clase obrera (James, 1990)

Estos ámbitos constituyen pilares del imaginario nacional-popular de la clase trabajadora en Argentina que conjuga el trabajo y el Estado en la garantía de la integración (Landi, 1981; Murmis y Portantiero, 1972:59-74, Villarreal, 1996:86-87). Esta matriz de sentidos que componían la cultura popular sufrió un impacto con la reestructuración propia de los noventa. En este plano, la afección del mundo del trabajo rápidamente trastocado, movilizó los sentidos históricamente construidos. Más aún porque el nuevo modelo hegemónico, el neoliberalismo, construyó sentidos comunes que en algunos casos competían con los sentidos históricos. Como hemos expuesto la cultura y la subjetividad admiten discontinuidades, aunque sean algunos sentidos los que adquieran primacía, sólo así es posible pensar cómo los sentidos neoliberales hegemonizaron otros sentidos. También cómo pudieron ponerse en cuestión sentidos hegemónicos a partir de sentidos subalternos y en esas grietas construir acción colectiva.

Para dar cuenta de esta disputa hegemónica es necesario comprender las dimensiones de lo que condensa el trabajo en Argentina. Los sentidos del trabajo son centrales para entender la emergencia de un movimiento social articulado sobre la demanda de “trabajo” (Lenguita, 2002b:61; Auyero, 2002a:20). La pregunta que abre nuestra indagación se refiere a qué significa el trabajo para los desocupados que participan en el movimiento. Esto supone una inmersión en los barrios del Conurbano Bonaerense con mirada etnográfica y la realización de entrevistas para reconstruir los sentidos que los hombres y mujeres elaboraran. La construcción significativa del “trabajo” en el universo popular implica una operación subjetiva donde podemos rastrear la historicidad de la misma y que nos permite una entrada a espacios constitutivos del sujeto social.

Nelly tiene 56 años, llegó al piquete por ser participante de base de la FTC una agrupación conducida por un partido de tendencia trotskista (el MAS). Sentada en el asfalto del Puente Pueyrredón se refiere a lo que para ella significa el trabajo.

“Si hay trabajo hay todo. El objetivo más grande es que la gente tenga trabajo. Primero el trabajo, si hay trabajo hay todo. Los hijos pueden tener su vivienda, pueden educar mejor a sus hijos, tener una mejor salud, porque se pueden atender mejor”

En la representación de Nelly (la cual seleccionamos entre un conjunto de relatos en el mismo sentido) el trabajo ocupa un significado que va mucho más allá del salario. En efecto, tiene un exceso de sentido que sólo es articulado en la subjetividad mediante una operación singular: la sinécdoque⁸⁶. La subjetividad propone una movilización de códigos que se asemeja al tropo de la sinécdoque cuando en el significante “trabajo” incorpora otros códigos, otros sentidos que lo exceden en su literalidad. Esto permite que el trabajo sea “todo”⁸⁷. Dicha totalidad se refiere, en primera instancia, a la posibilidad de acceso a bienes básicos que indican la integración social de la clase trabajadora. Pero no se agota allí sino que se vincula el puesto de trabajo con la salud (la sensación de vulnerabilidad) y la educación (la posibilidad de movilidad social). Cabe destacar que Nelly nunca ha trabajado formalmente, era su marido –ya fallecido– el que contribuía con el ingreso al hogar, no obstante su percepción del empleo, en lo que refiere a la accesibilidad a la integración, nos muestra la relevancia del “trabajo” para el mundo popular. Incluso entre aquellos que no han tenido acceso pleno a los derechos laborales emerge el vínculo entre el trabajo y esos derechos⁸⁸ (Bayón, 2003:64, también: Cerrutti, 2000:1) en un horizonte de pleno empleo⁸⁹.

El cambio en las condiciones de sociabilidad produjo un impacto en los sentidos que la clase trabajadora argentina construyó históricamente para significar su mundo social al

⁸⁶ En la retórica, sinécdoque es el tropo que consiste en extender, restringir o alterar de algún modo la significación de las palabras, para designar un todo con el nombre de una de sus partes, o viceversa; un género con el de una especie, o al contrario; una cosa con el de la materia de que está formada, etc.

⁸⁷ La referencia al trabajo como “todo” ha sido recurrente en las entrevistas realizadas. *“Lo más importante es el laburo. Si tenés trabajo podés hacer todo: comer bien, tener una casa, mandar a tus pibes al colegio, por ahí pueden estudiar algo, y de a poco uno puede ir progresando. Por eso pedimos trabajo, para poder vivir bien”* (Bini, MTD AV)

⁸⁸ Es evidente que los jóvenes que no han experimentado una inserción al trabajo registrado evidencian menores expectativas a la hora de referir a un empleo “formal”. No obstante, en el imaginario (como deseo) es posible reconstruirlo aunque junto a otros códigos que significan una situación de mayor rotación y desprotección laboral. Al respecto dice Matías de 20 años *“Todos los que estamos acá queremos un trabajo. Más allá de que a mí nadie me obliga a venir, yo no quiero estar acá toda mi vida y que el día de mañana me pregunten y de que laburás y que yo diga ‘Salí a cortar calles y me daban 150’, nadie quiere eso. Nosotros queremos tener un trabajo con un buen sueldo, y no como en muchos casos que trabajan en negro, laburan 12 horas por 2,50 la hora y apenas cubren el viaje.”* (MTD DS, Alte. Brown)

⁸⁹ *“El tema es que esa idea de una época donde éramos dignos porque teníamos trabajo y todo eso...en el contexto actual actúa como algo que es imposible sin un cambio. Es una cosa casi revolucionaria en algún sentido el querer eso, querer un trabajo digno. Aparece como una cosa que no es posible como están las cosas ahora, si querés lograrlo algo tiene que cambiar. La cuestión pasa por si realmente se cree que es posible hacer algo y quién lo va a hacer. Si vamos a esperar que venga un gobierno bueno y logre que todo sea como antes.”* (Josua, MTD José C Paz)

cambiar el contexto. De esta manera los imaginarios y representaciones entraron en crisis como sucede cuando el trastorno abrupto pone en dilema los sentidos tradicionales y en jaque los espacios de referencias. Estos procesos resignifican el pasado y tienen implicancias en la construcción de la memoria (como espacio subjetivo) que se traduce en una nueva significación del presente. De este modo la idealización del pasado y el contraste con el presente marcan la subjetividad popular. Dice Anselmo con un nostálgico tono compungido en la voz:

“Cuando nosotros trabajábamos en la construcción, en aquel tiempo, uno se podía comprar el terrenito y hacer de a poco la casita, mandar a los hijos a la escuela, eso te lo permite el trabajo, pero es lo único que tengo ahora que me quedé sin trabajo. Me quedé sólo con lo de aquella época” (57 años, MTR).

La añoranza del pasado como obrero de la construcción de Anselmo es muy reveladora. Especialmente porque el sindicato de la UOCRA⁹⁰ ha sido, históricamente, un bastión peronista y se caracterizó por construir su identidad sobre la noción de “obrero de la construcción”. Si bien el entrevistado nunca estuvo estrechamente vinculado al sindicato, reconoce haber usufructuado de los beneficios de la agremiación. Nuevamente el trabajo es identificado como lugar de la certidumbre y la protección. La referencia a la vivienda propia implica la posibilidad de acceso a un espacio de certidumbre, del resguardo, de la seguridad. Es evidente que la desprotección en el mundo del trabajo genera una sensación de fragilidad. Esta vulnerabilidad es expresada por Tito, participante de base del MTD Resistir y Vencer, uno de los más antiguos agrupamientos de la zona sur del Gran Buenos Aires, y que mantiene un apoyo crítico al gobierno de Kirchner:

“Cuando me quedé sin trabajo, la verdad que fue duro, uno está acostumbrado a un ritmo de vida. Yo nunca la tuve del todo fácil, siempre laburé para comer y tratar de salir un poco más a delante de lo que estaba. Al quedarme desempleado me encontré desamparado, encima tengo tres pibes y mi señora. Se nos hacía muy difícil, salíamos a

⁹⁰ Unión de Obreros de la Construcción de la República Argentina.

hacer changas⁹¹ hasta que encontramos a otros que estaban en la misma, ahí conocimos a los compañeros y nos aferramos a esto” (Tito, MTD RyV)

La desafiliación de la sociedad salarial (Castel, 1997) produce un impacto en la construcción del tiempo y el espacio de la clase trabajadora. Por lo tanto afecta el “ritmo de vida”, el tiempo de la vida cotidiana que produce una resignificación del *estar* como forma del *ser*. La pérdida del horizonte de la certidumbre asociado al empleo impacta de lleno en la percepción de la vulnerabilidad (“me encontré desamparado”). Esto incide en dos planos: económicamente por la pérdida del ingreso, y simbólicamente por la caída de una referencia identitaria. A partir del relato de Tito podemos reconstruir cuatro momentos que serán repetidos en las entrevistas realizadas. Primero, la referencia a un trabajo estable que marca un “ritmo de vida” al que la persona se acostumbra y desde la cual construye relaciones sociales y su vida cotidiana. Segundo, la pérdida del empleo y el momento de ruptura. Esto lleva al tercer momento, el padecimiento de la vulnerabilidad social (la pérdida del ingreso, la reestructuración del tiempo, la incertidumbre) que se manifiesta en el “salir a hacer changas”, es decir, un trabajo temporario, informal en situación de desprotección⁹². El cuarto momento es el “encuentro” con la organización que permite la inscripción colectiva del problema en primera instancia individual. El espacio del estar juntos reordena el problema situándolo en una clave colectiva. La aparición de los “otros” que están en la misma situación es el paso a la construcción del “nosotros” que se enmarca en un proceso político, tema al que volveremos luego.

La experiencia traumática del desempleo se agudiza cuando se combina con pobreza y vulnerabilidad creciente, al respecto se refiere Fabricio:

“Cuando me quedé sin trabajo, por supuesto quedé mal porque quedé sin trabajo. Antes había posibilidades de hacer changas, uno como sea se las rebuscaba, pero después de lo que hizo De la Rúa no se podía hacer changa porque la guita no valía ni

⁹¹ Con “changas” se refiere a actividades laborales informales y esporádicas.

⁹² Vale aclarar que esta es una secuencia reconstruida analíticamente. Sólo en un sector de los desocupados (los que tuvieron empleos formales) podría darse de esta manera. A los fines metodológicos nos sirve para pensar las fases de la desocupación aunque en el caso por ejemplo de los jóvenes, en su gran mayoría, no han tenido acceso a trabajos protegidos.

alcanzaba. Un año pasé pero mal, mal, mal...yo tengo mujer y cinco hijos. Yo la pasé re mal, comíamos día por medio y a veces no comíamos y sólo tomábamos mate cocido. Sí que la pasé mal, sufrí mucho.” (MTR FV)

Los sentidos en referencia al trabajo que venimos reconstruyendo explican la “obviedad”, el “por supuesto que me quedé mal” de Fabricio que muestra la construcción del sentido común para experimentar una situación⁹³. Su vivencia, depresión incluida, que puede reproducirse en las geografías del conurbano bonaerense nos orienta en un espacio de la subjetividad que no puede ser reducido a aspectos cognitivos, sino del sentir y especialmente del sufrimiento. La experiencia del hambre y la angustia del entrevistado muestran la importancia de los sentidos ligados a la emotividad y la afectividad. Para Fabricio, sus problemas de depresión y con el alcohol comenzaron cuando se quedó sin trabajo, su dimensión afectiva se trastocó. Esto ayuda a comprender la dimensión del trabajo que articula el deseo de reingresar en el mundo laboral. Otro entrevistado dice:

“Yo se supone que quiero un trabajo digno, con un buen sueldo, eso es lo que quiero. Un trabajo que tenga obra social, porque por ejemplo si yo acá me rompo un hueso o me caigo, nadie me cubre, los remedios son muy caros, y sino para ir a un hospital a veces uno no tiene para el boleto del colectivo”. (Jano MTD zona Oeste Solano)

El testimonio de Jano es particularmente interesante. Primero porque pertenece a una de las organizaciones que más publicidad han obtenido a nivel internacional⁹⁴. Con una vinculación cercana a sectores intelectuales universitarios y una orientación por el autonomismo italiano, este MTD ha hecho suyas las nociones de autonomía del Estado y, en el discurso de sus líderes, la búsqueda de producir una subjetividad no capitalista. Las bases entrevistadas en su mayoría, sin embargo, parecen no poder incorporar los sentidos

⁹³ Hipotéticamente, podríamos pensar que la misma situación de perder el empleo pero en una sociedad con un seguro de desempleo los sentidos movilizados serían otros.

⁹⁴ Su vinculación a grupos de intelectuales ligados a la academia (ej. Colectivo Situaciones) le ha permitido a los referentes de este MTD viajar a compartir sus experiencias a países como España, Italia, Alemania y México.

que promueven los líderes con la rapidez esperada, algo que los mismos dirigentes detectan⁹⁵.

Así los participantes de base se orientan, como Jano, por el sentido nacional-popular clásico del trabajo. La consigna de “trabajo digno” que comparten las organizaciones alineadas en los MTD y el MTR, es polisémica y convoca como un significante vacío que los participantes sujetan de acuerdo a asignaciones de sentido. Mientras que para los líderes que entrevistamos (de los llamados MTD’s), el trabajo digno es particularmente no capitalista y *autotélico*, para un participante de base el trabajo digno se asocia a “un buen sueldo”, y la cobertura social que ofrece el Estado de Bienestar. Esto supone también un cuestionamiento a las formas no protegidas de trabajo que han asumido las organizaciones de desocupados (Salvia, 2004). La entrevista con Jano fue realizada en un descanso mientras trabajaba en la construcción de un centro de salud comunitario con fondos provenientes de ONG’s europeas. Lo cierto es que mientras Jano levanta un centro de salud para el MTD (y así ganar en autonomía frente al Estado por no depender de su asistencia sanitaria) sueña con un puesto de trabajo “digno”, es decir protegido. Algo similar podemos observar a partir de las palabras de Dany, un activista militante de una fracción trotskista. Su relato comienza refiriendo al carácter capitalista y burgués del gobierno, sin embargo en su mismo discurso expresa:

“muchos nos dicen que somos piqueteros, pero somos trabajadores desocupados. Estamos desocupados y nos organizamos porque lo único que anhelamos es tener un empleo digno, con jubilación, con obra social par poder llegar a la educación y a la salud” (FTC)

El testimonio es una muestra más del lugar del trabajo como espacio denso de sentidos. Como una semántica de la cultura popular que se articula con otros códigos más sistemáticos provenientes de doctrinas partidarias, el mismo Dany continúa:

⁹⁵ “Si nos sacan los planes que nos da el Estado, quedamos los militantes, los más concientizados. Ahora somos 400, llegamos a ser 2000, y si nos sacan los planes quedamos 20” dice un dirigente, en el descanso de un obrador.

“yo quiero una sociedad socialista, donde haya antes que todo equidad y equidad, es decir que todos seamos iguales”

Esta expectativa de alcanzar los bienes sociales constituyó el imaginario social de la clase trabajadora. Los jóvenes de los sectores populares, especialmente en lo que refiere a estabilización de la vida familiar y la independencia del hogar paterno, concebían al trabajo como esa posibilidad de establecer un provenir signado por el progreso social (Soldano, 2000: 132; Svampa, 2003), el propio entrevistado rememora:

“Yo entré a trabajar a los 17 años al frigorífico. Pensaba que iba a formar un bienestar a mi familia, me independicé y pude comprar lo mío. Y después se me vino todo abajo”. (...) “Yo laburaba todo el día, llegaba re cansado, pero pensaba que así a mis hijos no le iba a faltar nada. Al final me estaba perdiendo la relación, pero yo pensaba que les iba a dar salud y educación.”

Ahora podemos ver, desde el punto de vista de un hombre de 35 años y que lleva tres desempleado, el mismo procedimiento de asignar un sentido. A la referida posibilidad de obtener un “bienestar familiar” mediante el trabajo en la fábrica se le agrega la referencia a la educación. La pérdida del trabajo produce la debacle de la estabilidad, la certidumbre, el esfuerzo, las expectativas (“Se me vino todo abajo”). Es especialmente interesante que el mismo sentido del “trabajo como todo” del caso de Nelly, es referido por la negativa, puesto que el acceso al trabajo Dany lo asocia al bienestar familiar integral (“no le iba a faltar nada”). Aquí es necesario reparar que el sentido del trabajo también conlleva una carga moral asociada al esfuerzo individual. Esto produce la conjunción del trabajo como acceso a los derechos pero que, a su vez, requiere del trabajador un esfuerzo (Merklen, 1997a). Esta tensión se encuentra arraigada en la propia cultura del trabajo en Argentina:

“Lo del pueblo argentino es laburar, siempre nos rompimos el lomo para laburar y salir a adelante. Por eso lo que buscamos es tener un buen laburo, y desde el trabajo nos gustaría tener lo suficiente para mandar a nuestros hijos a la escuela, y comer y...estar dignamente...vivir bien” (Ariel, MTD del FPDS)

Ariel refuerza los testimonios anteriores. Pertenece a una de las corrientes llamadas “autonomistas”, no obstante, nuevamente si dirigimos nuestra atención a la subjetividad colectiva subalterna podemos entender que la interpelación hacia el puesto de trabajo no varía con respecto a las bases de otras tendencias (como las trotskistas y las peronistas, vistas anteriormente). En primer lugar, el discurso no estrictamente clasista se expresa en la enunciación del sujeto: “el pueblo”. Por su parte el concepto de “buen laburo” es asociado, nuevamente, al acceso a bienes de consumo y la educación. Sin embargo, tímidamente, Ariel introduce una dimensión: la dignidad. Es decir, el trabajo no sólo es la posibilidad de acceder a una forma de integración social, sino que impacta en el plano subjetivo como lugar tanto para el autorreconocimiento como para el heterorreconocimiento, especialmente en ámbito familiar y comunitario. A la consideración del tropo de la sinécdoque en “el trabajo es todo”, hay que agregarle a ese “todo” aspectos simbólicos como la dignidad⁹⁶. Para Daniel James (1990) el concepto de dignidad es constitutivo de la economía moral propia del peronismo, la misma es articulada en la nueva configuración subjetiva:

“Si queremos recuperar la dignidad del laburo que perdimos, lo que tenemos que ponerle en conciencia a la gente es que la manera de cambiar las cosas es trabajar. Es la única forma de cambiar el país, no lo vamos a cambiar del todo porque hay mucha gente que está acostumbrada a agarrar el plan y quedarse en su casa. Hay que volver a la cultura del trabajo (Alicia, CLP)

“Nosotros venimos de descendencia de españoles e italianos que vinieron sin nada, y comenzaron trabajando duro, lograron sus metas, criaron bien a sus hijos, los hicieron estudiar. Tenían una cultura del trabajo, y fuimos criados así” (Liz, MTD Matanza)

Alicia introduce un aspecto referido por los investigadores (Svampa, 2003): si bien existe una continuidad de sentidos subalternos, la descolectivización puede erosionar y dislocar algunos de los imaginarios y, en especial, los hábitos como el trabajo y el

⁹⁶ Vale citar por lo revelador y sintético un testimonio recogido en Cross y Cato (2002:87) por parte de una manifestante en La Matanza: “lo que pedimos es trabajo, si no tengo trabajo no tengo futuro, no tengo dignidad, no tengo nada”.

esfuerzo (el sentido ético del trabajo⁹⁷) se pueden volver problemáticos. De esta manera muchas de las acciones en el marco de las organizaciones de desocupados se orientan a restituir sentidos históricos, en este caso ligados a una ética y a una cultura del trabajo. Las experiencias clientelares presentes históricamente en el Gran Buenos Aires, pero que se expandieron en la década del noventa, por ejemplo, también impactan en la conformación de la subjetividad subalterna. Así la ética del trabajo y su relación con la dignidad encuentra competencias en los sentidos expandidos por las redes clientelares. La misma concepción del trabajo es refrendada por Liz, una participante del MTD Matanza, quien también se refiere al lugar de la dignidad en el proceso de trabajo.

“No tenés trabajo y perdés la dignidad, porque estás esperando que el gobierno te de un subsidio o una caja de mercadería para darle de comer a tus hijos. Esto te hace indigno porque vos no podés llevar un pedazo de pan para tus hijos, tenés que esperar que alguien te lo dé. En cambio cuando vos lo ganás con esfuerzo y ganas o sin ganas, es como que vos recuperas la dignidad. Entonces cuando en este espacio se me propuso participar del taller de costura, para mí era una posibilidad de trabajo y comencé a verlo como un proyecto de vida”

Evidentemente, si el trabajo significa “todo” (incluyendo la dignidad), la falta de empleo es vista también como una pérdida de la dignidad. No sólo cae el ingreso familiar, sino que se produce un impacto en el plano simbólico. En el relato de Liz, que pertenece al único movimiento de trabajadores desocupados que no recibe subsidios del Estado argentino, emergen tres elementos claves para nuestro análisis. El primero es el lugar del salario como soporte de la vida familiar y el sentido de autonomía al que se asocia el no esperar que “alguien te lo dé”. El segundo, otra vez, la cultura del trabajo como esfuerzo. El tercero es la significación del desempleo como muerte. La recuperación del trabajo otorga una redimensión de la dignidad y se asocia a un “proyecto de vida” frente al “proyecto de muerte” que significa el desempleo. Algo similar remite Olga,

⁹⁷ El poema nacional, el Martín Fierro sintetiza la ética del trabajo “*Debe trabajar el hombre/para ganarse su pan/pues la pobreza en su afán/de perseguir de mil modos/llama a la puerta de todos/y entra en la del haragán*”. (José Hernández)

“Acá en la fábrica del Movimiento me siento bien, muy bien después de haberme encontrado sin trabajo. Porque yo soy una persona que hace 35 años que confecciono ropa y de pronto pasar un montón de necesidades, tener mi taller parado en mi casa, sin conseguir absolutamente nada, para mí fue un respiro volver a empezar a los 55 años. (MTD RyV)

Cabe destacar que tanto Liz como Olga han pasado los 50 años y para ellas adquiere una valoración positiva aún mayor el acceso a un puesto de trabajo como parte de un proyecto colectivo (la organización) a la vez que personal. Esto nos muestra la acción como una forma de construcción del tiempo futuro. La dimensión del futuro se despedaza con la pérdida del empleo y con ello arrasa la certidumbre, la misma es restituida, aunque frágilmente en la participación de los desocupados en los espacios productivos de los movimientos. Como tal, la participación es una respuesta frente a la angustia del futuro producto de la situación social:

“Yo trabajaba antes en la construcción, cuando cumplí cuarenta años me quedé sin trabajo porque nadie me daba trabajo porque ya pertenecía a la parte de jubilados. Yo no tengo aportes ni nada, y cuando me llegue la edad de jubilarme no voy a tener los cálculos necesarios de aportes para jubilarme y no me voy a poder jubilar. No sé que voy a hacer en el futuro” (Anselmo, MTR FV)

El testimonio de Anselmo refiere al horizonte de certidumbres vinculadas a la cobertura previsional que en el imaginario se liga al trabajo, que estabiliza el presente y la posibilidad de constituir la dimensión de un futuro sin incertidumbres. Como contraparte la falta de empleo arrasa estas dimensiones y se vincula con un sentido de la exclusión. Con respecto a esta pérdida de percepción de integración en la situación de desempleo, Celeste nos dice:

“y yo quedé afuera del sistema, había perdido el empleo y daba vueltas tratando de volver a incorporarme a un trabajo. A mí me toca mantener a mi familia, yo soy separada y tengo tres hijos. Y bueno, era todo un problema para mí poder reinserirme,

me sentía afuera, porque además venía de un empleo de mucho años” (Celeste, MTD Matanza)

Hemos dicho que la pérdida del empleo trastoca la vida cotidiana de las personas y los afecta subjetivamente. Celeste caracteriza su situación como “estar afuera” y atribuye directamente la causa a la pérdida del empleo. Asimismo, es sintomático su “daba vueltas” puesto que expresa una circunstancia de encontrarse sin un punto de referencia fijo que contrarreste la desafiliación producto de las transformaciones en el mundo del trabajo. Esta producción de la exclusión del orden social afecta a diferentes sectores de los desocupados. Belén, de 20 años y participante de base de la CCC, proyecta en el futuro de sus hijos la negación de su presente refiriendo al sentido de la integración. Dice lapidariamente,

“Yo quiero para mis hijos un lugar donde se sientan integrados, no se sientan excluidos como me pasa a mí ahora que no encuentro trabajo”

Desde lo expuesto es posible reconstruir en la subjetividad estudiada los sentidos de la integración o inclusión social. Sin embargo, debemos ser cautelosos en el análisis de este tema. Si atendemos a nuestras definiciones referidas al orden social se comprenderá que no es posible concebir un “afuera” de la sociedad (aunque es posible estar excluido del consumo, la protección social, etc.). La exclusión es una operación que se produce al interior de un orden social. Esto no impide que existan distintos lugares y nombres al interior, y operaciones que excluyen de ciertos lugares a unos para que los ocupen otros. A su vez, esta imposibilidad del afuera no implica que los sujetos puedan sentirse, percibirse o adscribirse como excluidos. La exclusión, también, tiene una dimensión subjetiva. Esto tiene estrecha relación con la producción de subjetividades porque el orden social produce subjetividad en su interior a través de mecanismos disciplinarios propios. La exclusión, así, es una operación subjetivadora que ocurre dentro del orden.

En el caso que nos ocupa, este elemento de la movilización de códigos que significa la situación como de exclusión es fundamental porque esa definición permite la movilización y la lucha por la inclusión social. Tal vez de nuestros entrevistados sea

Matías quien sintetice una percepción de exclusión a partir de movilizar códigos pertenecientes a diversos campos.

“Estamos todos excluidos. El que tiene más de cuarenta años está excluido. La doña que no es bonita está excluida. El pibe que no sabe leer, porque la misma sociedad lo excluyó por ser pobre y no tuvo para comprar los útiles para estudiar, lo excluyen porque no sabe leer” (Matías, MTD del FPDS).

La significación de la “exclusión” proviene de ocupar lugares en la sociedad que son sancionados por el orden disciplinario. La edad como un elemento que “deja afuera” de la sociedad (en particular del mercado de trabajo, puesto que es este mecanismo el que excluye por razones de edad). Este aspecto es recurrentemente percibido por los participantes entrevistados de todas las edades⁹⁸. Por su parte, en la competencia de la lecto-escritura se sintetiza la preparación para el mercado de trabajo (su ausencia se asocia a no acceder a un puesto de trabajo formal), a la vez que muestra un quiebre del acceso a la idea de la educación como mecanismo de movilidad social ascendente. En este punto Matías expone que es la sociedad la que introduce en su interior la exclusión. Particularmente resulta interesante en la alocución del entrevistado la referencia a una situación estética como causa de la exclusión, lo cual es una muestra de la complejidad de la operación subjetiva de significar una relación social.

La cadena de equivalencias en los sectores populares estudiados tiene un eslabón denso en el concepto de “trabajo”, debido a la mencionada percepción imaginaria que los sujetos tienen de posibilidad de acceso a ciertos niveles de integración a partir del empleo. Esto produce que en la configuración de la subjetividad colectiva el trabajo ocupe un lugar central. Por su parte, también impacta en un plano que incluye, se articula y a la vez excede, el consumo de bienes y la expectativa de movilidad social. En vistas a lo anterior, podemos comprender el impacto del desempleo en Argentina, algo que repararon tempranos estudios que destacaron el efecto desarticulador del desempleo para las identidades sociales (Kessler, 1996; Solano, 2000). Por lo tanto si, como sostenemos,

⁹⁸ “Estudios etnográficos lo demuestran una y otra vez: en el actual mercado de trabajo argentino el tener 40 años siendo hombre o 35 siendo mujer, ya opera como una limitante para obtener un empleo” (Cerrutti, 2002:23)

el mundo del trabajo se constituyó en uno de los ejes de la constitución subjetiva e identitaria, el desmontaje de las condiciones laborales tiene drásticas consecuencias en la subjetividad. Esta desarticulación se produce en una subjetividad que debe reconfigurarse para dar sentidos a la situación particular no explica la acción colectiva. Sin embargo, nos habla de una distancia entre formas históricas de dar sentido y la estructuración particular de la realidad social. En el plano en el que nos ocupamos de reconstruir el proceso de constitución del sujeto, este aspecto es imprescindible.

La afección integral de la vida cotidiana por parte de quien se enfrentan a la situación del desempleo es percibida con sensibilidad sociológica por Josué, un cuadro territorial e informante calificado, quien tiene en su haber dos años cursados de la carrera de historia en la Universidad Nacional de General Sarmiento:

“El hecho de quedar sin trabajo implica un montón de otras cosas, pérdida en cierto sentido de vida social. Lo que se ve con gente nueva que se acerca al movimiento es eso, el hecho de que haya estado desempleado mucho tiempo hace que sean muy limitadas las relaciones que tiene, se encuentra encerrado. El hecho de no tener trabajo implica otras cosas, un aislamiento, pérdida de visión de futuro también” (MTD en el FPDS)

Ahora bien, estas condiciones del mundo laboral signaron las formas de sociabilidad y condensaron sentidos en referencia al trabajo que permanecieron en disputa durante los años en que las consecuencias de la crisis trastocaron los espacios sociales y la vida cotidiana de los trabajadores. Como hemos demostrado, la afección a un centro integrador como el trabajo llevó a los sujetos a situaciones de incertidumbre e inestabilidad que los impactó tanto en sus relaciones sociales (familia, amigos) como la propia salud mental⁹⁹ (Beccaria, 2002:96 Quiroga, 2005)

Toda situación que disloca la estructuración de las clases subalternas produce la puesta en cuestión de sentidos. Sin embargo también habilita su rearticulación molecular. Esto

⁹⁹ “La desarticulación de la jornada, una menor autoestima, así como una creciente sensación de aislamiento social e inseguridad, pueden llevar a la apatía y al desánimo e incluso desencadenar problemas de salud mental. Si bien la relación entre desempleo y la inestabilidad, por un lado y la salud, por el otro, es sumamente compleja, se han verificado en la Argentina situaciones donde tales fenómenos desembocaron en problemas serios” (Beccaria, 2002:98)

no produce una mecánica puesta en cuestión de sentidos dominantes, ni su reemplazo por sentidos progresivos¹⁰⁰. La situación del desempleo, como toda relación social, es polisémica en tanto admite diferentes sentidos. Ésta permanece en constante disputa por aquellos que dominan y son articulados en la subjetividad. En efecto, esta disputa se produce en tanto la dominación social necesita producir determinadas subjetividades dóciles (Foucault) para inscribir allí la perpetuación del orden social. No obstante, este mecanismo disciplinario se encuentra con elementos de resistencia que provienen de otros sentidos subalternos e históricos de la clase trabajadora en Argentina. De esta manera, en la década del noventa es posible reconstruir dos cadenas de equivalencias de los significados del desempleo. Las mismas se pueden explicitar a partir de las entrevistas y reconstruir a partir de las interacciones que establecen los desocupados. Esto no quiere decir que no existan tensiones y discontinuidades. La asignación de sentido a la situación del desempleo o, más general sobre el mundo del trabajo puede ser heterogénea incluso en la misma persona¹⁰¹.

Dos cadenas de significados pueden reconstruirse que asignan sentidos distintos al desempleo. La primera de las cadenas de equivalencia está ligada a los horizontes del mercado como mecanismo de coordinación social¹⁰² (Grassi, 2003), la ideología neoliberal que articulaba en su discurso la competencia¹⁰³ y la responsabilidad individual sobre la situación. La segunda es la que permite la acción colectiva por construir la “demanda” como pública, política y escenario de antagonismo social. A continuación trataremos el primero y dejaremos el segundo para una sección siguiente, por constituir la estructura argumentativa-subjetiva de la protesta y movilización social.

¹⁰⁰ Es necesario concebir que en períodos de incertidumbre pueden emerger sentidos conservadores; en efecto “Si el sujeto es negado o devaluado en su función esencial de productor, tiende a darse un impacto subjetivo que se expresa en la pérdida de autoestima, la desconfianza, la cosificación de sí y del otro, creciendo la violencia en las relaciones interpersonales y rechazo a las diferencias” (Quiroga 2005:45-46)

¹⁰¹ Recuérdese que nuestro concepto de subjetividad permite pensar en estos elementos discontinuos

¹⁰² Trabajos de mediados de la década del noventa (Kessler, 1996) repararon en la importancia subjetiva del cambio de orden regido por la intervención estatal y las políticas públicas por otro donde el mercado es el lugar para resolver el problema del empleo.

¹⁰³ “La competitividad, como exclusión o destrucción del rival, queda consagrada como un valor fundamental del ‘nuevo orden mundial’ (Quiroga, 2005:45) Esto supone un impacto en la cosmovisión de los sectores populares por el contenido ideológico que subyace al mercado. El reino de la libertad, el lugar de la realización y legitimante de las desigualdades producto de la “disparidad de talentos y las decisiones” (Grassi, 2003: 201). Por su parte los valores que subyacen a la lógica del mercado (individualismo, egoísmo y competencia) fueron diseminados en la conformación que marcó los años noventas.

“yo pensaba que si un vecino no tenía laburo era porque tenía mala suerte, porque no había sabido cuidar su puesto de trabajo, no se había preparado. En cambio yo no faltaba nunca, siempre hacía mis horas extras (...) los chicos tienen que superarse, aprender de computadoras, de la electrónica que es el futuro. Si se preparan pueden encontrar un buen trabajo en una empresa importante, y así salir a adelante” (Juancho, MTD AV)

Varios aspectos podemos desprender de este testimonio por los elementos que entran en juego, los cuales los podemos considerar en tanto condensan sentidos aparecidos también en otras entrevistas. Primero es importante destacar el papel del azar (la suerte) tanto en la lotería natural de talentos y capacidades como en la posibilidad de obtener un puesto de empleo. Esto produce una naturalización de la situación que atribuye a causas exógenas al sujeto, incontrolables y por lo tanto frente a las cuales no puede hacerse demasiado. Sin embargo, luego emerge el lugar de la responsabilidad individual, la culpa de no haber entrado en la lógica del mercado de trabajo, especialmente la capacitación y el esfuerzo para retener el empleo. Esto se vincula a la promovida modernización de las relaciones laborales y el discurso sobre la competencia. Pero también es preciso reconocer que tales sentidos fueron parte del entramado de la cultura del trabajo, donde en el contexto del pleno empleo se expandió la idea de “en Argentina no trabaja el que no quiere” (Merklen, 1997a). Esta reconstrucción evidencia la incorporación en la subjetividad de los sentidos propios del discurso hegemónico que señalaba que “el desempleo es producto de una falta de adecuación de la mano de obra a los nuevos requerimientos tecnológicos” (Lindenboim y González, 2004:9). Estos sentidos movilizados, en principio, no pueden articular una voluntad de acción colectiva puesto que remiten la responsabilidad al plano individual y privado. No hay una construcción de la demanda si la situación o, mejor dicho, la relación social no es percibida como un daño injusto.

Esta forma de asignar sentido es frecuente entre los sectores populares que contaban con empleos más o menos estables, especialmente en una primera etapa donde la desocupación era “eso que le pasaba a otros” por culpa propia. Así se produce la ligazón de la desocupación como culpa individual y responsabilidad privada que no interpela a la

política como causa. En el mismo proceso, al recordar los momentos con acceso al empleo los entrevistados esgrimen que no se sentían vulnerables, porque “siempre habían trabajado” y se consideraban responsables (“buenos trabajadores”). Como bien lo identifica Schütz la modificación de la situación biográfica reordena el plexo de dar sentido y emergen otros significados que acompañan la experiencia personal, aunque aún se mantengan, en principio, en el ámbito privado. Dice Celeste, divorciada y madre de tres hijos, quien por más de 15 años trabajó en una importante cadena de supermercados:

“yo en principio no sentí tanto el quedar sin laburo, porque pensé, en esa ignorancia de la realidad, que como yo toda la vida había trabajado, como yo sé trabajar, como yo estoy bien de salud, pensé: ‘conseguiré otro trabajo’. Pero había cosas básicas que yo no sabía de que se trataba. Cuando yo salía antes a buscar trabajo salía con un aviso en el diario, iba y llenaba una solicitud de empleo y me llamaban, o me daban una entrevista directamente. Ahora iba y me decía “¿tiene su currículum?” y yo no sabía lo que era un currículum. Me atendían empleados que lo dejaban ahí y que no decidían o no lo miraban. Al principio esperaba esperanzada en que me iban a llamar y después fui asumiendo más y más. Y los ahorros no alcanzaban. Llega un momento en que se te va metiendo la idea en la cabeza de que no podés, de que no servís (...) Me sentía culpable y muy mal con mis hijos. Así estuve dos años, haciendo cosas eventuales, tejidos etc., cosas como para zafar”

Cabe destacar en el testimonio de Celeste, que conduce la secretaría administrativa de la Cooperativa del MTD Matanza, el desacople entre el imaginario sobre el mundo laboral y la situación social específica del mercado de trabajo. Asimismo, la referencia a un currículum opera como disciplinador en tanto eleva los requerimientos para un puesto de empleo. La experiencia traumática de tener que pedirle a un vecino que elabore un currículum para luego llevarlo y lidiar con empleados que según ella “no lo miran”, impacta en la forma de dar sentido a la situación. En el caso de Celeste con un doble efecto, por un lado le permite significar su visualización de una situación compartida (el hiperdesempleo, (“yo veía que había muchos pobres y desocupados, pero lo veía por televisión” diría más adelante). Por otro lado comienza a socavar su forma de reconocimiento, no hay metáfora más clara “*Se te va metiendo en la cabeza de que no*

podés, de que no servís”¹⁰⁴. Finalmente es interesante reparar en el final de su alocución la distinción entre “trabajo” y la producción artesanal de tejidos que la entrevistada realizaba para contribuir al ingreso del hogar. Esto refuerza la idea del significativo trabajo como denso y su particularidad puesto que no implica cualquier actividad remunerada, sino un tipo particular de la misma.

La introducción de la culpa como mecanismo de disciplinamiento y subjetivación es fundamental en el proceso de disputa por los sentidos en el movimiento de desocupados. Toty Flores (2005) referente del MTD Matanza llamó “subjetividad culpógena” a la asignación de sentido que responsabilizaba al individuo de su situación de desempleo. Esto supone un juego de darle el sentido de responsabilidad individual y asumirlo, incorporándolo como un código a la propia subjetividad. Este es un proceso que se actualiza en la subjetividad individual, pero los sentidos son producciones sociales y los mecanismos de subjetivación también son sociales. En el testimonio de Celeste emergen elementos ligados a la vieja situación laboral (un imaginario de pleno empleo) y una percepción de incapacidad para asumir las nuevas reglas del juego impuestas por una lógica de mercado. Además ilustra el proceso desde el quiebre de los esquemas tradicionales para percibir la situación de la búsqueda de empleo, hasta la incorporación de códigos de la culpabilidad.

De esta manera dentro de los códigos de sentidos instalados como dispositivos de control en la subjetividad, encontramos una red de sentidos con centro en la culpabilidad individual. En palabras de Toty Flores:

“Era la culpa la que impedía organizarse con otros para, entre todos, encontrarles solución a los problemas. Era la culpa la que dificultaba identificar a la desocupación

¹⁰⁴ José Saramago relata en *La Caverna* la historia de un alfarero que se enfrenta a la instalación de un Centro Comercial y comienza a sentir que su oficio ya no es necesario. Pero va más allá, su cosmovisión ya no encuadra con los nuevos tiempos, las relaciones sociales se establecen de una manera que desencaja en su forma de ver y experimentar su realidad social. Allí dice: “- *Hubiera sido mucho mejor que no me despertara, murmuró, al menos, mientras dormía era un alfarero con trabajo, Con la diferencia que el trabajo que se hace soñando no deja obra hecha, dijo Marta, Exactamente como en la vida despierta, trabajás, trabajás y trabajás y un día despiertas de ese sueño, o de esa pesadilla y te dicen que lo que has hecho no sirve, Sí sirve, padre, Es como si no hubiese servido*” (Saramago, 2000:53) Como Cipriano Algor, el alfarero de *La Caverna*, Celeste relata (como lo hicieron tantos en las entrevistas y millones en el anonimato) el sentimiento angustiante de ruptura entre formas de percibir el mundo y las relaciones sociales en las que los sujetos desarrollan sus actividades.

como un problema social. Era la culpa la que permanentemente nos convencía de que “somos unos inútiles”, que “no servimos para nada”, que “sufrimos miseria porque queremos”, con lo cual, la condición de excluido se instalaba en nuestra subjetividad y condicionaba todo nuestro accionar, en la vida personal y también en la participación de cualquier grupo social, ya que el quiebre de la autoestima conspiraba contra la integración, en igualdad de condiciones, con los demás componentes del grupo” (2005:15; también: Edelman y Kordon, 2000:57).

En este contexto, la constitución de una subjetividad culpógena funciona como un mecanismo de disciplinamiento, de hegemonía. Particularmente al constituirse en el sentido común, y precisamente “la dominación se reproduce en lo cotidiano y en la creación de sentidos comunes que perciben y reproducen las relaciones sociales como relaciones de poder” (Ceceña, 2004:40). La consolidación de sentidos dominantes como comunes y su lugar en la constitución de la subjetividad subalterna son parte de los dispositivos hegemónicos desde los cuales se puede pensar la reproducción del orden social.

De esta manera, podemos observar que mientras el desempleo, como situación traumática, desarticulaba la vida cotidiana de grandes masas de trabajadores, el sentido de responsabilidad individual remitía al ámbito privado el problema. Por lo tanto el síntoma se traducía en conflictos familiares, depresiones, violencia, alcoholismo, drogadicción y suicidios (Kessler, 1996; Beccaria, Quiroga, 2005). Esto es referenciado por los dirigentes de las organizaciones, como Diego, quién cursó la carrera de Psicología Social en la Universidad de las Madres de Plaza de Mayo y realizó un trabajo en el barrio como tesis en el marco de la misma, que lo llevó a una preocupación por el problema del impacto del desempleo en la subjetividad y la vida familiar en su territorio. Esto dice:

“Al principio había resistencia a aceptar la situación. Algunos creían que iban a conseguir un trabajo mejor, y después se mentían a si mismos, una ilusión de que iban a volver, y no se resignaban a que no iban a volver al turno. Pero, por ejemplo, uno sabía que un vecino estaba haciendo changas y nada que ver con el turno, pero ellos no lo reconocían y decían que estaban ganando más que antes. También pasaba la cuestión

de la violencia familiar. En las escuelas aumentaron la detección de chicos golpeados, eso me dijeron las maestras. Además mucho alcoholismo, los chicos en las esquinas”

Las respuestas frente a los cambios en las condiciones sociales (el desempleo) revelan aspectos de la subjetividad puesta en juego para significar la situación. La “vuelta al torno” muestra la relevancia del empleo en la industria (un empleo protegido), mientras que el “hacer changas” se distancia del imaginario referido al mundo del trabajo.

Hasta aquí reconstruimos los sentidos del trabajo (y los del desempleo) como fase previa a observar cómo fue posible que se construyera una demanda sobre la relación social “desempleo”, a partir de la otra cadena de equivalencia a la que hicimos referencia. No obstante, aún nos falta introducir una dimensión que será vertebral en la constitución del movimiento de desocupados. Antes de pasar a indagar en los sentidos propios que habilitaron la protesta, necesitamos incorporar la referencia a los significados relacionados con la noción de Estado, con la matriz estado-céntrica (Cavarozzi, 1996¹⁰⁵) nacional-popular (Garretón. 2002), la cual tiene importancia en la forma de construcción del campo de conflicto.

1.2 Los sentidos del Estado

El sentido del trabajo es un tramo importante de la rejilla subjetiva subalterna. No obstante, es imperioso reparar en su articulación con otros códigos de sentidos que construyen la subjetividad resemantizándose a la vez que influyendo en la configuración y los códigos que la componen. En este aspecto, los sentidos con que se embebe al Estado y la expectativa de integración social son aspectos fundamentales que ayudan a comprender la construcción del movimiento de desocupados, su demanda y su vínculo con las alteridades.

Como hemos argumentado, las características propias de Argentina en el contexto latinoamericano en cuanto a las formas de integración tuvieron un impacto en cuanto a la estructuración social. Pero además fueron fuentes de la construcción de un imaginario colectivo “nacional y popular” (Svampa y Martucceli, 1997) que acompañó y trascendió

¹⁰⁵ Este concepto hace particular referencia al lugar central ocupado por el Estado en las sociedades latinoamericanas en general durante una fase que Cavarozzi denomina “proceso de desmercantilización”.

al modelo implementado por el peronismo clásico (Svampa, 2003). Si bien hay una pérdida acentuada y progresiva de la identificación directa con el peronismo en los sectores subalternos, especialmente entre aquellos que no han vivido la mítica “bella época”, la continuidad de los sentidos de matriz nacional-popular es recurrente en la subjetividad estudiada. Esto particularmente en lo que se refiere al lugar del estado, al pleno empleo y la integración por el puesto de trabajo. Los sentidos de la matriz estado céntrica nacional-popular que permanecieron como subalternos durante el auge del neoliberalismo, pudieron ser rearticulados en un proceso molecular que los fue sacando de su ostracismo en la subjetividad colectiva. Sus huellas¹⁰⁶ pueden reconstruirse en la demanda constituida como eje de la movilización y la definición de un campo de disputa acorde a la historia de la subjetividad subalterna¹⁰⁷.

La matriz sociopolítica estado-céntrica presente en la historia nacional no se agota en un régimen político, sino que incorpora un universo subjetivo¹⁰⁸. Así este modelo tiene un significado arraigado en los sectores populares¹⁰⁹. Los cuadros de conducción pueden rechazar el rol del Estado, desde una visión marxista o autonomista, de hecho frecuentemente lo hacen, pero la huella del Estado social ha dejado una huella ineludible en la subjetividad subalterna. Interpela Toty Flores, del MTD Matanza:

¿Cómo fue posible que todo esto pasara? ¿Cómo es posible que en la Argentina del "Estado de Bienestar" se permitiera que se desguase y remate a precio vil, a las empresas del Estado? ¿Cómo es posible que en un país donde la organización sindical, más allá de la complicidad de la odiada burocracia sindical, fuera ejemplo de grandes

¹⁰⁶ Para autores como Cross y Montes Cato (2002:89) gran parte de los aspectos simbólicos construidos y movilizados en la lucha de los desocupados se inscriben en el imaginario peronista, aún dejando un lugar para la elaboración propia del movimiento. En nuestra clave de lectura esta apropiación simbólica se vincula a la subjetividad colectiva.

¹⁰⁷ Para Fernando Calderón (1995) la pregunta relevante es qué tipo de subjetividad reemplazará a una subjetividad nacional-popular supuestamente agotada. No obstante, la historicidad de las clases subalternas y el lugar de lo nacional popular en su conformación en el caso argentino nos sitúan en la necesidad de comprender cómo opera esta subjetividad (y cómo se reconfigura) frente a los cambios en el orden social.

¹⁰⁸ Alain Touraine (1997b) repara que la dependencia estatal de los sectores subalternos es una de las consecuencias del modelo “nacional-popular” que conspira contra la constitución de movimientos sociales. Por su parte Maristella Svampa (2004) hace un llamado de atención a la centralidad del Estado en el mundo popular aún en los tiempos más álgidos del neoliberalismo.

¹⁰⁹ Esta referencia del Estado de Bienestar en la forma particular argentina no significa que la integración haya sido completa, ni extendida, como bien apunta D. Merklen (1997a). Sin embargo, no estamos desentrañando hasta qué punto el Estado cumplió con una tarea de integración, sino la representación imaginaria del mismo.

luchas y destacable defensa de sus intereses de clase, pasaran las leyes de flexibilidad laboral? ¿Cómo es posible que en la Argentina de la "cultura del trabajo" y el pleno empleo, de pronto nos despertáramos con millones de trabajadores desocupados para siempre? (Toty Flores, 2004b)

La centralidad de los sentidos del Estado para la subjetividad subalterna permanece, según muestran las entrevistas realizadas, además su centralidad puede inferirse de los signos observados (movilizaciones a ministerios, valoración de los subsidios estatales a las organizaciones, interlocución válida). Es ese lugar de la estatalidad la que se perfila como una alteridad en la nueva configuración subjetiva.

“El Estado debería dar una solución. El plan del Estado de “Manos a la obra” que estaba bueno, porque no te daban plata por mes sino que vos tenías que hacerlo, y yo intenté pero es demasiado burocrático, se sigue manejando por política. El Estado debería desentrañar eso para que sea accesible a la gente, no a través de darte migajas, ni limosnas. Por ejemplo vos necesitás y que el Estado te diga “nosotros te vamos a ayudar, a encaminar, como supuestamente sería este “Manos a la obra” que te dan las herramientas si trabajás, o los materiales para poder empezar, o como venderlo. Armar redes así pero bien, que no tengan que pasar por el puntero político” (Celeste MTD Matanza)

La percepción recogida en las entrevistas se vuelve más consistente si atendemos a un estudio realizado en 1997 en La Matanza en el marco del Programa de Investigación sobre el Movimiento Social en Argentina (PIMSA). Allí se arriban a resultados que determinan que “El Estado aparece directamente como generador de trabajo en dos medidas con mucha adhesión: tanto como impulsor de proyectos de obras públicas (86,8%) y como empleador directo de desocupados como empleados estatales (77,6%). Asimismo la adhesión que tuvo la medida referente a los subsidios estatales a las empresas (68,6%) refuerza la lectura de que el rol del Estado como garante del empleo tiene amplia aceptación” (PIMSA, 1998).

Lo anterior nos muestra que a pesar de que la hegemonía neoliberal construyó una narrativa sobre el agotamiento del modelo estado-céntrico para impulsar al mercado

como espacio de coordinación social, otros sentidos del Estado siguen presentes en la subjetividad popular¹¹⁰. El proceso de hegemonía no aniquiló esos “otros” sentidos sino que los ubicó en posiciones subalternas de manera tal que cuando los sentidos dominantes perdieron fuerza hegemónica en el período de crisis, se abrieron espacios para la rearticulación molecular de esos sentidos subalternos. La referencia al Estado como garante de la ciudadanía se cruzó con el proceso de la reconversión de sus funciones y el abandono de su influencia en ámbitos como la salud, la educación, la seguridad social y en el impulso de medidas orientadas a la promoción del trabajo. Esta persistencia de la estatalidad ayuda a comprender la relación que las organizaciones de desocupados desarrollaron con el Estado (y el gobierno) en el momento de la instauración de un campo de conflicto.

2. La construcción de la demanda: “trabajo”

No hay posibilidad de acción colectiva sin la construcción de una subjetividad que permita interpretar determinada situación como lesionante, sin una construcción de una subjetividad beligerante (Auyero, 2002b) lo que no significa, necesariamente, una subjetividad revolucionaria o emancipadora. Por lo tanto, los sentidos que se ponen en juego para hacer significativa de una forma particular ciertas relaciones del orden social son claves para investigar la conformación de los sujetos y movimientos sociales. En este plano los sentidos del trabajo y del estado nos orientan en la comprensión de la construcción de la demanda que interpela al orden social neoliberal.

En esta perspectiva, es necesario recuperar nuestra referencia teórica a la conformación del orden social mediante una operación hegemónica que implica una estructuración que instituye lugares, espacios y nombres (Foucault, 1976:201; Ranciere, 1996:128). Esto genera la constitución contingente de relaciones sociales embebidas de poder y que sitúan a grupos sociales en posiciones subordinadas (Laclau y Mouffe,

¹¹⁰ Un referente de la FTV se refiere en este sentido “Uno de los problemas fundamentales es que el Estado se fue, se retiró y dejó de hacerse cargo de lo que tiene que hacerse cargo. Por eso nosotros creemos que el Estado debe tener una participación mucho más activa y no sólo de control de las privatizadas. Nosotros luchamos por la renacionalización de las empresas de servicios. También le reclamamos al Estado que se haga cargo de la salud y la educación, como siempre fue”

1987), es decir, a merced de las decisiones de otros (Ranciere, 1996:25). En las sociedades contemporáneas y, más notablemente, bajo el orden social de dominación neoliberal se producen una multiplicidad de esas situaciones de opresión subordinantes. En términos más abstractos, la totalidad discursiva supone la definición de nodos de subordinación, posiciona (produce) a los hombres en determinadas situaciones que pueden volverse escenario de antagonismos (Laclau, 1990), el desempleo es una de ellas.

El neoliberalismo introdujo un reajuste en el orden de dominación de manera que se definieron espacios y relaciones sociales. Esto tuvo un efecto en la reestructuración de las posiciones subordinadas de los sectores subalternos reafirmando algunas y creando otras. Esta constelación que redefine lugares de subordinación, paradójicamente, es un espacio contextual para la acción que opera en el momento de la dialéctica negativa. Así, puede devenir en contexto de acción. Son esas nuevas relaciones sociales (o parcialmente novedosas) las que requieren ser significadas por los sujetos, en nuestro caso de estudio, los hombres y mujeres sin empleo en los barrios del Gran Buenos Aires. Es allí, cuando son necesarias operaciones para hacer significativa la realidad social y donde podemos reconstruir los sentidos que hicieron posible la acción, que produjeron el momento de la decisión y de la enunciación colectiva. Los sentidos propios de una voluntad colectiva que se pone en acto en el proceso mismo de movilización y disputa.

Nuestra preocupación en este punto se sitúa en reconstruir el paso de la subordinación al antagonismo. Es decir, el orden social neoliberal define, como se ha dicho, los lugares de subordinación, donde unos se encuentran bajo el dominio de otros. El nodo de subordinación se convierte en terreno de antagonismo cuando mediante un proceso de dar sentido se significa una situación como injusta¹¹¹. Este movimiento supone la posibilidad de construir una demanda, algo que ha sucedido para algunos sectores con la desocupación. La demanda no es un reflejo de la situación de subordinación, sino una producción de la subjetividad, un revestimiento de sentido de una relación social como injusta.

Reparar en la importancia de la identificación de un punto de ignición (agravio) como parte detonante de la acción es uno de los aportes de E.P. Thompson. Esta percepción del

¹¹¹ En tal sentido, “puede ser que la palabra ‘injusticia’ no encuentre ningún eco; el sistema de distribución continúa siendo aceptado, nadie más lo siente injusto” (Heller, 2002:167).

daño (Ranciere, 1996) y construcción de una situación como espacio de acción requiere de una subjetividad colectiva que incluye lo que Thompson llamó “economía moral”. Cuando un sentido que reviste de lesivo a determinada relación social se expande, la construcción de la demanda se produce. La conformación de la demanda nos habla mucho de la subjetividad puesta en juego. Así, por lo expuesto (y lo que se desprende del trabajo de campo realizado) puede sostenerse que la demanda construida se conforma cuando se articulan molecularmente sentidos producidos en la historia de las clases subalternas argentinas frente a las condiciones de sociabilidad imperantes en los noventas.

Esta significación (que presupone una subjetividad) produce una demanda social. No obstante, como argumenta Laclau (2005) no hay nada a priori en una demanda que exceda el reclamo al orden institucional para obtener una respuesta. En principio, una demanda puede no ser más que una petición y como tal es capaz de obtener satisfacción dentro del orden. Pero si las demandas no son atendidas en un tiempo determinado es factible que se acumulen, articulándose con otras demandas no satisfechas por el orden institucional, entonces “el resultado fácilmente podría ser, si no es interrumpido por factores externos, el surgimiento de un abismo cada vez mayor que separa al sistema institucional de la población” (Laclau, 2005:99). Es decir, que las demandas se expanden y se articulan acumulándose (como las anomalías de Kuhn) con lo que ponen en cuestión aspectos del orden social en tanto no pueden ser incorporadas por las instituciones que lo administran (la política).

Ahora bien, con el desempleo en Argentina sucedió algo particular. Si bien se ha articulado con otras demandas (educación, salud, vivienda, agua potable, demandas de género, jubilación, etc.) en general se ha fortalecido en tanto, como argumentamos, su semántica absorbe otras demandas. Porque, como nos dijo Nelly al iniciar el capítulo, el trabajo es “todo”¹¹². La construcción de la demanda de trabajo, inicialmente como un reclamo, se inscribe en la tradición de un orden regido por el Estado de Bienestar nacional-popular y asociado al imaginario del pleno empleo, pero que no puede ser

¹¹² Esto marcó una potencialidad para construir la demanda por parte de los desocupados, pero dificultó una articulación con otras demandas del campo popular. Estas equivalencias con otros sectores demandantes, si bien se intentaron, fueron endeble e inestables remitiendo en la visión de otros sectores subalternos a la demanda de los desocupados como sectorial o corporativa.

resuelto dentro del orden social neoliberal que impera en la Argentina en la década del noventa.

En esta perspectiva analítica vale formular algunas preguntas: ¿Cómo fue posible la construcción de la demanda? ¿Qué procesos históricos se sucedieron? ¿Cómo se articuló una subjetividad colectiva tal que significó como un daño político la situación del desempleo?

En lo que concierne al contexto de la acción de los desocupados podemos observar que la hegemonía del bloque dominante comenzó a evidenciar problemas debido a una serie de procesos. Los altos y permanentes índices de desocupación fueron percibidos, no ya como algo transitorio y pasajero o las consecuencias no deseadas, sino como un rasgo estructural del modelo. A esto debe agregársele que la expansión del desempleo y su afección a sectores medios y profesionales (Beccaria, 2002) puso en cuestión la idea de que la situación ocupacional devenía de una escasa capacitación de la mano de obra en relación con el proceso de modernización del país (Lindenboim y Gonzalez, 2004:9). En este punto es evidente que la percepción de los sectores medios de un deterioro en la situación ayudó a las clases populares a significar al desempleo como un problema social. Esto, indudablemente, debilitó la estructura argumentativa del bloque dominante sobre la situación del empleo¹¹³. Asimismo, instaló en la agenda pública el debate sobre las “consecuencias del modelo” en referencia a las altas tasas de desocupación y la situación del mercado de trabajo.

Con el fenómeno del desempleo instalado, aún había que construirlo como problema político. Para ello fue necesaria una operación subjetiva que no puede ser lineal y no está exenta de discontinuidades. El mismo estudio publicado por PIMSA anteriormente citado recogía que en 1997 un importante número de los encuestados ya no asignaba la situación de estar sin empleo a una falta de intensidad en la búsqueda del trabajo o poco esfuerzo. Dos tercios de los entrevistados mostraban construir como social y colectiva la problemática del trabajo. Esto, en términos subjetivos implica la inscripción de una situación personal en una esfera colectiva donde se reconfiguran la asignación de causas y responsabilidades de manera tal que se habilita la acción colectiva.

¹¹³ Al respecto dice Paula Lenguita que los piqueteros necesitaron de un “escenario ideológico menos hostil” (2002b:59)

“la gente comenzó a romper el asilamiento cuando se dio cuenta que él no estaba solo, que no era el único, sino que había veinte millones de desocupados, que todos sus vecinos estaban desocupados” (Diego, MTD Solano)

El primer proceso, entonces, se vincula a la expansión de la situación (hiperdesempleo, Auyero, 2002d:193) y permitió resignificar el problema de la desocupación como un problema social, colectivo y no individual. Por lo tanto, el primer paso para la construcción de la demanda y su instalación en el espacio público, se produjo en las grietas del discurso neoliberal que situaba la desocupación como una consecuencia no deseada del modelo económico causada por las regulaciones laborales y la incapacidad de la mano de obra de adaptarse a la modernización. Esto produjo que en la situación de mediados de los noventa se expandiera una percepción de que “no había retorno con respecto a la desocupación. Algo de la experiencia histórica de los argentinos se había quebrado y había que pensar soluciones alternativas a esto” (Di Marco y Palomino, 2004:37)

Ahora bien, para que la demanda se produzca fue necesaria la incorporación al entramado subjetivo de la articulación de los sentidos propios del mundo del trabajo con un código que se mantuvo subalterno durante años. Nos referimos a la idea del trabajo como un “derecho”. Esto posibilitó inscribir la demanda en un discurso que se constituyó con base en la historia de las clases subalternas y aspectos presentes formalmente en el orden social: el trabajo como un derecho humano garantizado por la constitución (Svampa y Pereyra, 2005:361). Durante el trabajo de campo, observando una manifestación, nos encontramos con una pancarta que sintetiza esta demanda, su potencialidad y su límite, decía simplemente: “*Exigir la constitución no es delito*” y no pertenecía a alguna de las organizaciones catalogadas de “reformistas” o “dialoguistas”, sino a una de las agrupaciones de tendencia guevarista y que reivindica una vía cuasi-insurreccional. En el mismo sentido se expresa el líder del MTR de Florencio Varela, Roberto Martino cuando se refiere a la campaña que lo llevó a iniciar una demanda para que el poder judicial se haga cargo de “hacer cumplir los derechos garantizados por la Constitución Nacional: el derecho a trabajar, a tener atención de la salud, educación, a

que los trabajadores participen de las ganancias de las empresas”¹¹⁴. Esta controversia jurídica llevó a sucesivas entrevistas de algunos referentes de organizaciones de desocupados con el ministro de la Corte Suprema de Justicia de la Nación Eugenio Zaffaroni.

La demanda, entonces, se inscribe en el marco de los derechos del trabajador, derechos constitucionales, o simplemente derechos ciudadanos en el imaginario de quienes protestan. El marco legal que condensa esta representación es el Artículo 14 bis de la Constitución Nacional, que fuera incorporado como “resabio” de la constitución aprobada por el peronismo en 1949 y abolida luego del golpe de 1955.

Artículo 14 bis.- El trabajo en sus diversas formas gozará de la protección de las leyes, las que asegurarán al trabajador: condiciones dignas y equitativas de labor; jornada limitada; descanso y vacaciones pagados; retribución justa; salario mínimo vital y móvil; igual remuneración por igual tarea; participación en las ganancias de las empresas, con control de la producción y colaboración en la dirección; protección contra el despido arbitrario; estabilidad del empleado público; organización sindical libre y democrática, reconocida por la simple inscripción en un registro especial. (...) El Estado otorgará los beneficios de la seguridad social, que tendrá carácter de integral e irrenunciable. En especial, la ley establecerá: el seguro social obligatorio que estará a cargo de entidades nacionales o provinciales con autonomía financiera y económica, administradas por los interesados con participación del Estado, sin que pueda existir superposición de aportes; jubilaciones y pensiones móviles; la protección integral de la familia; la defensa del bien de familia; la compensación económica familiar y el acceso a una vivienda digna.

La inscripción de la demanda en un discurso de los derechos permitió avanzar en el proceso de reversión del anclaje de la situación en lo privado hasta su institución pública, con esto contribuyó a instaurar condiciones para la acción colectiva. De este modo, la desocupación podía hacerse visible, aunque sea una situación a erradicar, a partir de presentarse en la esfera pública un derecho “dañado”. Esto es lo que refiere Katy perteneciente a *Los pibes de la Boca*:

¹¹⁴ Laura Vales, Página/12, 15 de junio de 2004.

“Para cambiar esto, el pueblo tiene que tener más derechos. Hay que pelearla para que nos devuelvan nuestros derechos, porque los pobres aparentemente en este país no tienen derechos. (...) “Yo mucho no sé de la Constitución, pero creo que en la Constitución está que tenemos derechos. Por eso es que nuestra lucha es por los derechos que tuvimos. Por eso yo voy a todas las marchas. A todas. Y siento mucho orgullo porque sé que estoy peleando no solamente por mí, sino por los derechos de los otros”

Nuevamente aparecen en el discurso de los entrevistados la referencia a los derechos y a la Constitución. El trabajo es percibido subjetivamente como un derecho y se subordina el sentido de la obligación moral, aunque como veremos éste permanece¹¹⁵. Por su parte emerge una noción de ciudadanía asociada a derechos sociales (antes que derechos políticos). Esto abre la posibilidad a la acción colectiva directa, legitimada en esta situación irresuelta por el Estado y justificada por ser un derecho, un reclamo justo. Al respecto se refiere un entrevistado.

“A nosotros no nos gustaría estar en la calle, preferimos estar en nuestra casa, que nuestros hijos estén en nuestra casa con una salud y un estudio como corresponde, y nosotros tener un trabajo. Yo creo que nuestros reclamos son justos, son nuestros derechos” (Edgardo MTD AV)

Las indicaciones de Edgardo son claras, la salud y la educación “corresponden”, la vulneración de los derechos justifica el salir a la calle. Se legitima el reclamo porque es justo. Y es justo porque hay un despojo. Es decir, no sólo se está incumpliendo un derecho, sino que hay alguien responsable de ese daño, por eso dice Fabricio:

¹¹⁵ A lo largo de las entrevistas y las numerosas visitas realizadas a las organizaciones de desocupados hemos podido observar la constante lucha por el sentido de la desocupación, especialmente al combatir la visión de los piqueteros como haraganes que viven de las dadas del Estado. El trabajar sigue siendo un componente de la cultura del trabajo en Argentina: “Yo tuve varios trabajos, de chofer, en una confitería y en metalúrgica. A veces la gente, la sociedad nos mira de una forma y la mayoría de los compañeros han tenido su trabajo, cada uno ha trabajado, acá hay gente trabajadora que lleva a adelante los comedores, las huertas, nosotros no agarramos el subsidio que nos da el gobierno y no hacemos nada. Nosotros queremos trabajar, queremos trabajo genuino, yo quiero trabajar” (Edgardo, MTD AV)

“Nosotros luchamos por nuestros derechos. Cuando marchamos muchos dicen que lo hacemos por la caja de mercadería y por el plan, ¡pero no! Nosotros cuando marchamos, lo hacemos por todo. Por trabajo, una vivienda digna, por la luz, por el agua, por la salud. Cuando hacemos un reclamo es por nuestro derecho, no es por el plan ni por la caja. Nosotros marchamos por nuestros derechos, por los derechos que nos están quitando, son ellos los que nos están afanando a nosotros”

La construcción de la demanda conlleva la definición de un antagonismo donde una de las partes se asume como víctima en tanto despojado de derechos considerados legítimos (Quiroga, 2005:50). Este proceso subjetivo es el que construye el antagonismo e instaura un espacio de lucha. La capacidad de significar a la desocupación de manera tal de sentirla ignominiosa se vincula a los sentidos subalternos históricamente contruidos. Así, la elaboración de la demanda de los desocupados en Argentina es incomprensible sin atender a la historia de los sectores populares y el imaginario nacional-popular del que vienen dando cuenta las expresiones de los entrevistados. Esta demanda es la que deviene en protesta (al no ser absorbida por el sistema institucional ya sea por razones ideológicas, ineficiencias o incapacidad del sistema de implementar políticas públicas) pero no como un acto mecánico, sino a partir de una construcción social, histórica y colectiva de la protesta.

En efectos, las estructuraciones parciales de las subjetividades colectivas subalternas en Argentina contienen códigos de significación que son movilizados para dar sentido a la nueva situación. Estos se ven reconfigurados en el proceso de movilizarlos y se reacomodan luego de la participación. Es decir, la subjetividad subalterna que en un momento articuló sentidos que significaron a la falta de trabajo como un problema individual (y como tal debía ser resuelto con estrategias de mercado), produjo una reacomodación, en parte debido a la masividad del desempleo en Argentina y la nueva constelación significativa construida por los primeros grupos de desocupados que fueron ganando en organización.

Aquí es necesario reparar en que no es igual para todos los sectores de la clase trabajadora la construcción de la desocupación como problema tematizable en la esfera pública. La subjetividad que articula la culpa y el estigma no se rompe necesariamente en un proceso lineal y masivo sino, como un proceso molecular de lucha. Es destacable que,

según la evidencia construida, fueron las mujeres las que pudieron romper la privacidad del problema de la desocupación a partir de asumir un código dominante que les atribuye una función “maternal”, es decir, capaz de asumir la “necesidad” y recurrir a los lugares desde los cuales se podía acceder a recursos para conseguir lo básico para subsistir. Allí explotaron las redes sumergidas construidas en una cotidianeidad. Allí se apoyaron en las organizaciones históricas presentes como entramados en los territorios. Allí se encontraron con incipientes espacios organizacionales motorizados por militantes sociales. La experiencia colectiva se nutrió de estas fuentes presentes, conocidas, construidas en el espacio local y que permitía hacer frente a la situación de deterioro de los hogares. De este modo, la presencia de organizaciones y experiencias previas, las redes sumergidas y las formas de construcción de solidaridades e identidades comunitarias se constituyeron en un espacio denso de herramientas y recursos materiales y simbólicos para la acción colectiva, los cuales pueden ser utilizados a partir del momento en que se construye la demanda (Cfr. Delfín y Picchetti, 2004:280).

El tipo de demanda y la historia de los grupos demandantes es un espacio analítico clave para la reconstrucción del proceso de constitución de la subjetividad popular. En esta perspectiva, las dimensiones constitutivas del movimiento de desocupados evidencian tanto la presencia de códigos históricos subalternos como su articulación en una nueva configuración. Ahora bien, la conformación de un movimiento social requiere de la acción colectiva. Esto se relaciona con determinadas formas de subjetividades y sujetos sociales que alcanzan umbrales para la acción.

2.1 El principio: necesidad, demanda, acción.

*El hambre es el primero de los conocimientos
Tener hambre es la cosa primera que se aprende
Y la ferocidad de nuestros sentimientos
Allá donde el estómago se origina, se enciende
Miguel Hernández, El hambre*

En la sección anterior mostramos cómo se construyó la demanda articuladora del movimiento de desocupados. Allí argumentamos que dicho proceso pone en juego elementos de la subjetividad histórica subalterna que construye sentidos para hacer

significativa la situación particular bajo el orden social neoliberal. Ahora bien, ¿cómo es percibida esa demanda por los desocupados? O, dicho de otra manera, ¿cómo se construye la acción a partir de la demanda? y ¿Qué transformaciones subjetivas conlleva la experiencia colectiva? Preguntarnos por los sentidos que movilizan los participantes de base nos orienta en los significados subjetivos implicados en el accionar. A su vez, permite interrogarnos sobre cómo las consecuencias (intencionadas y no intencionadas) de la acción son reapropiadas e inciden en la subjetividad. Este proceso excede al individuo particular y responde a lo que denominamos subjetividad colectiva, es decir la posibilidad de movilizar códigos de significados para dar sentido a una situación de manera tal que habilita la acción¹¹⁶.

Hemos reparado en el momento de la decisión como espacio fundamental y olvidado en la teoría de la acción. Pues bien, es hora de recuperar nuestra preocupación para incorporarla al análisis empírico. Ciertamente, la decisión de participar es un punto a reconstruir en sus dimensiones complejas que no pueden agotarse en un mero cálculo estratégico de costos por parte de los individuos. Por el contrario, nos encontramos, al recorrer los testimonios de nuestros entrevistados, con una construcción del momento inicial de la participación ligada a formas de razonamiento cotidiano, la expansión de sentidos comunes y compartidos que se esgrimen a la hora de someter a la competencia reflexiva el momento decisional. Allí emerge un significante denso en la comprensión de los orígenes y horizontes de la acción y la participación, que nos indica el lugar de la percepción subjetiva de la demanda: la necesidad.

La gente se acerca por necesidad. Por necesidad y porque necesita de un trabajo, y la onda es armar un trabajo genuino, tener un laburo. Un trabajo que te deje rendimiento, y bueno....empezar de a poco. (Alicia, CLP)

Todos veníamos acá por lo mismo, por la necesidad. Nos juntábamos en otro lugar donde hicimos un comedor. Cada uno ponía algo y hacíamos la comida: ahí yo llevaba mi comida calentita para toda mi familia. (Fabricio, MTR)

¹¹⁶ No negamos que la acción repercute en la realidad psíquica de los individuos, sino que a éste proceso lo distinguimos del momento de la reconfiguración de la subjetividad colectiva.

Yo me vine primero, creo que como todo el mundo, por una necesidad. La necesidad de no tener laburo y querer cobrar aunque sea los 150 pesos. (Miguel, MTD-AV)

Los testimonios pertenecen a personas que participan en diferentes organizaciones, (de tendencia oficialista y opositoras) Alicia es jefa de familia y tiene 54 años, Fabricio tiene 38 es ex obrero y padre de cuatro hijos, Miguel tiene 26 años y nunca trabajó formalmente¹¹⁷. La amplitud de sus procedencias refuerza la expansión del código común. Esta referencia a la “necesidad” no debe hacernos perder de vista que la misma necesidad es una construcción subjetiva¹¹⁸. Y que ésta debe estar acompañada de una significación particular de esa necesidad puesto que hay otros mecanismos posibles como respuesta a esa situación de “necesidad” que no se vinculan a la acción colectiva.

Los entrevistados, tanto participantes de base, como militantes y dirigentes, reconocen en “la necesidad” a un movilizante (Cfr. Delfini y Picchetti, 2004:282). Es una “falta”¹¹⁹ la que origina la participación. La necesidad se equipara con una falta, que es ámbito del deseo. Con esta operación se construye la disposición para la acción que identificamos como un aspecto de la voluntad colectiva. La referencia a la necesidad ha sido una constante de los entrevistados a la hora de ejercer reflexividad sobre la acción de participación en el movimiento. Conviene rescatar una observación que realiza Frederic Jameson (1995) en referencia al esquema “L” de Lacan. Allí distingue entre la “necesidad” como hecho puramente biológico y la “demanda” que necesariamente está mediada por el lenguaje. En nuestro registro no hay acceso a un hecho biológico puro, con lo que nos deberíamos preguntar por la asignación particular de sentido que construye la necesidad en cada caso particular. Como consecuencia, la distinción es relevante si dirigimos la atención a la construcción de la demanda social a partir de una necesidad. Aquí la relación con el lenguaje (los sentidos, la subjetividad y la intersubjetividad) adquiere nuevamente una importancia central puesto que, si bien el

¹¹⁷ Los entrevistados representan tres grupos factibles de identificar entre los participantes del movimiento: a) mujeres con hijos a cargo, b) ex obreros con experiencia en puestos de empleos formales, c) jóvenes sin experiencia en empleos formales.

¹¹⁸ Dice Agnes Heller al respecto: “la satisfacción de las necesidades naturales particulares es también, evidentemente, en el hombre un factor de primera importancia; sin embargo, este factor se verifica mientras el hombre es conciente de esas necesidades, las sintetiza y las contrapone como hecho subjetivo al ambiente circundante, al objeto de sus acciones” (2002:67).

¹¹⁹ Elegimos la palabra “falta” por la referencia psicoanalítica que carga de connotación el término y lo vincula al deseo.

sentido de la necesidad es expandido por los sectores subalternos pauperizados, de allí no se sigue en todos los casos la acción colectiva. La capacidad de accionar colectivo se vincula a la posibilidad de inscribir la necesidad individual en una demanda colectiva, en la esfera pública, en el lugar de la política. Esto abre un espacio para la experiencia colectiva (Cfr. Delfín y Picchetti, 2004:283-285)

La construcción de la necesidad referida por los entrevistados se produce en un razonamiento de hipergeneralización (Heller, 2002): “yo estoy sin trabajo” “todo el mundo está sin trabajo”. La situación particular se universaliza, y también la acción particular acepta esa generalización (“todos venimos”, “la gente se acerca”) que acaba por legitimarla, por inscribirla en un proceso colectivo. En otras palabras, la demanda social encuentra en la falta y en la necesidad un lugar de decisión y la construcción de la acción. La distancia entre el plano simbólico y la realidad social es transitada en una búsqueda de reducción mediante la acción (Svampa y Martuccelli, 1997). Pero esta acción no es percibida como un acto privado individual, sino como un acto compartido. La misma configuración de las subjetividades populares en Argentina permite para los propios participantes la naturalización de su accionar construido como respuesta en la vida cotidiana y su enmarcado como acto compartido.

La operación que los sujetos realizan es una variante de lo que Aristóteles llamó *epagogé* y Charles Peirce conceptualizó como abducción. El razonamiento tiene una conclusión propia del silogismo práctico aristotélico (y no el teórico): la acción. La estructura de razonamiento, sin embargo, es diferente y no supone una correspondencia con el procedimiento formal. Pero lo que nos interesa no es la corrección lógico-formal del razonamiento, ni la veracidad de sus premisas, sino que permite inscribir la acción individual desde una subjetividad colectiva, algo que constituye una de las claves del proceso de construcción del movimiento. La estructura retórica en la que los entrevistados validan la decisión incluye a los otros y no como actores estratégicos. Esta dimensión intersubjetiva opera en el paso de una necesidad individual a la acción colectiva. La pragmática de la acción colectiva (Naishtat, 2004) supone, por su parte, el

carácter de un sujeto colectivo ya no reductible a la agregación de las acciones individuales¹²⁰.

El tipo de asignación de sentido a la situación convertida en demanda requiere de un elemento de validación. Agnes Heller (2002:487) trabajó este problema desde la noción de razonamiento pragmático que, al igual que el silogismo práctico aristotélico, involucra a la acción pero que su criterio de validez está en el uso. Heller llamó “pragmático” a este tipo de razonamiento cotidiano por la forma de construir significados que reducen complejidades y que desplazan la pregunta por la génesis de los problemas a los cuales la acción brinda solución. Por lo mismo se valida y expande en el ejercicio y en los resultados. No obstante el origen pragmático en la acción colectiva de los sectores subalternos desocupados, la participación es una construcción que supone una elaboración permanente del contexto por parte de los sujetos. Especialmente, cuando el trastocamiento de los espacios de sociabilidad genera que los individuos se vean en la necesidad de recurrir a respuestas que rebasan las resoluciones pragmáticas típicas (Schütz, 1995:44). Esto tiene el agregado que permite un momento de creación de subjetividades a partir de la necesidad de significar un contexto trastocado. Durante procesos drásticos de cambios en los contextos en los que desarrollan su vida los sujetos, los sentidos sedimentados se vuelven obsoletos y aquellas acciones tipificadas ya no ofrecen la respuesta (Schütz y Luckmann, 1997:35), por lo tanto se abren espacios para la reconfiguración subjetiva y la apropiación de la experiencia. Esto no implica un abandono de códigos para dar sentido, por el contrario permite que sentidos subalternos adquieran una relevancia que sobredetermina la construcción del significado.

Así, la imperiosa búsqueda de una respuesta válida se inscribe en una lógica pragmática pero que los elementos novedosos pueden poner en cuestión la naturalidad de las situaciones (y sus sentidos dominantes) a la vez que movilizar otros sentidos. Esto ocurrió en el movimiento de desocupados cuando la construcción del daño produjo una inscripción de la situación (el desempleo) en una serie de causas no siempre sistemática y

¹²⁰ Naishtat sigue en este punto las iluminaciones sobre la teoría de la intencionalidad de principios de siglo XX de John Searle que busca una posición intermedia entre el individualismo y el holismo. Específicamente relevante es la posición que identifica una intencionalidad colectiva (la enunciación de un “nosotros” en lugar de una sumatoria de yoes desvinculados). “Searle no admite que dicha intención-nosotros pueda reducirse a unas intenciones individuales con el agregado de las creencias mutuas” (Naishtat, 2004:35)

coherente pero que se reconfigura en la medida que los discursos se articulan en la subjetividad y se produce el sentido. La subjetividad colectiva permite producir nuevos significados que factiblemente cuestionan el orden al incorporar sentidos subalternos en un espacio de lucha con otros significados dominantes.

Aquí es necesario reparar que la demanda se construye sobre lo que se significa como una necesidad básica y vital que nos habla de un punto de partida inscripto en el ser humano viviente, una forma de biopolítica. Es decir, no es cualquier demanda la que realizan los desempleados argentinos, sino que es significada como una necesidad básica, vital e inmediata. La construcción de esta necesidad otorga una legitimidad al acto en tanto funciona como un sustrato ético (Dussel, 1998) y no hay ética si no hay intersubjetividad. A su vez, y en consecuencia, la movilización por la “falta” genera la apertura de un espacio de acción que se originan en la construcción de la participación como el único camino para satisfacer la necesidad:

“cuando yo me acerco, lo hago porque no me quedaba otra” (Suly, MTD del FPDS).

“la gente se acerca porque otra no le queda, ahí tiene una fuente de trabajo. Es la única que te queda, es una forma de conservar lo que te queda” (Belén, CCC)

La construcción de una demanda sobre una necesidad vital otorga una radicalidad y a la vez una inmediatez al reclamo, “cuando la disputa es por los derechos esenciales para la conservación de la vida, la insurrección se convierte en un mecanismo de supervivencia” (Ceceña, 2004:45). En definitiva, la construcción de la participación de los sectores populares en el movimiento de desocupados se origina en ese punto, pero no se agota allí, es mucho más que una mera estrategia de supervivencia. La misma construcción de la necesidad lleva la marca de la subjetividad colectiva y de un espacio intersubjetivo.

Ahora bien, junto a la construcción de la participación a partir de significar una situación como necesidad-demanda, es necesario observar otros sentidos que motivan la participación. Tal vez sea en el relato de Edgardo donde mejor pueda apreciarse la

articulación de la necesidad material con otros aspectos simbólicos igualmente relevantes.

“Me acerqué por la necesidad, vamos a decir, que es la de todos. Es la misma necesidad. Tengo familia y este era el único lugar para poder tener algo. Salir a luchar para reclamarle al gobierno de turno por las necesidades de la gente. Y también que para mi la Verón era la organización que mas representaba el pensamiento mío”
(Edgardo, MTD AV)

Particularmente ilustrativo resulta la convergencia de dos procesos. El primero se refiere a la ya mencionada necesidad material. El segundo es la correspondencia entre las creencias del individuo (situación biográfica de Schütz) y la perspectiva de significados que presenta la organización como condensación de sentidos colectivos. Josua, uno de nuestros informantes calificados, se exploya en este aspecto.

“Y me acerqué por dos cosas. Primero por una inquietud política, yo había buscado participar y por ahí en los partidos de izquierda y esos espacios como que no me parecían que eran los lugares indicados, no compartía mucho eso. Y cuando empezó a surgir todo el “movimiento piquetero” en sí, y empezaron a surgir algunos movimientos autónomos, vimos la posibilidad de construir algo como nosotros pensábamos sin caer en una estructura de un partido. Y después la cuestión concreta, yo estaba desocupado sin ninguna oportunidad, y también salir por un situación concreta que era mi propia desocupación.” (Josua, MTD del FPDS)

Explica Juanjo sobre esta doble motivación para participar,

“Hay compañeros que se acercan por el movimiento en sí, por algún grado de acuerdo. Eso sobre todo porque han tenido alguna militancia previa. Después los compañeros del barrio, se acercan por la necesidad urgente: por un plan de empleo, asistir a un comedor popular o un trabajo. Y se acercan al movimiento por una necesidad. Después se da todo un proceso de formación, con talleres de formación, de que participan en las asambleas y los puestos de laburo. Allí se plantean cuales son los objetivos del MTD, muchos compañeros hacen un proceso muy importante que entran

por las circunstancias y se transforman en referentes barriales.” (Juanjo, MTD del FPDS)

La referencia a la militancia previa y su asociación a una motivación ideológica de la participación es un aspecto que fue posible observar repetidamente a lo largo de las entrevistas. En este camino se puede destacar que los militantes provenientes de sectores medios y aquellos que tienen experiencias en organizaciones políticas populares construyen su decisión en base a criterios de corte ideológico. Sin embargo, trabajando con lo que definimos como “participantes de base” evidentemente la construcción de la demanda se realiza fundamentalmente sobre la “necesidad” percibida especialmente a partir de una pérdida del ingreso y se subordina la concordancia ideológica. Esto no quiere decir que no se opere una transformación en la subjetividad individual como consecuencia de la experiencia colectiva y su interpelación.

Al referirnos a un aspecto simbólico no lo hacemos en referencia exclusiva a los significados políticos-ideológicos. El criterio ideológico, sin dudas, es parte relevante de las esferas simbólicas puestas en juego al interior del movimiento pero, también hay otras esferas igualmente simbólicas y vinculadas a la experiencia del reconocimiento, de la elaboración de sentidos comunes en espacios intersubjetivos. Eso se produce en un cruce de motivaciones, expectativas y vivencias en los espacios organizacionales. Celeste participante de base del MTD Matanza resume de manera precisa las búsquedas de quines participan en los movimientos

“Cada uno se acerca de acuerdo a su necesidad. Algunos más que nada por lo que es el trabajo. Otros por esa contención de la que yo te hablo, por que hay gente que no viene a trabajar, vine un rato a tomar mate, viene a charlar. Otros porque traen a sus chiquitos al jardín, otros porque se sienten identificados con el MTD y son más....como te puedo decir...mmm.... Militantes, digamos”

En su respuesta están tres motivaciones que se cruzan convergentemente en los participantes de base. Si bien cada individuo puede acercarse elaborando su propia demanda (o inscribiendo la demanda en su situación biográfica), el proceso de satisfacción es colectivo y dependiente de un espacio intersubjetivo. Celeste habla de tres

“necesidades”. La necesidad material, la necesidad simbólica de reconocimiento y la necesidad ideológica o de compromiso. Aunque las tres no sean excluyentes, el recorte propuesto nos pone en el camino de la investigación de las dos primeras en tanto son las motivaciones referidas por los participantes de base con las que nos hemos encontrado en las entrevistas y las observaciones.

En primer lugar, como se refirió, el significante “necesidad” como forma de referirse a los problemas de ingreso de los hogares es recurrente en los entrevistados al ser consultados por el origen de su participación en las organizaciones¹²¹. La posibilidad de una respuesta provisoria a esta necesidad convoca a los sectores populares y se puede resumir en tres formas: el acceso a un plan de asistencia social, la obtención de bolsas de mercadería y la incorporación del desempleado a un puesto en microemprendimientos.¹²² La primera consecuencia de una respuesta a la situación que involucra la participación en las organizaciones es la incorporación del individuo a una experiencia colectiva, a una organización que es un plexo de significados. La participación que se origina mayoritariamente como una respuesta a la situación de deterioro del ingreso abre lugares y construye campos de experiencias. Sin embargo, esta participación no se produce en el vacío sino que se apoya en las existencias de redes.

2.2 Redes sumergidas, organizaciones populares y participación

Para que la construcción de la necesidad subalterna alcance una materialización en la participación de los espacios organizativos es imprescindible indagar en las redes sumergidas (Melucci, 1994 y 1999) que ponen en contacto a los individuos y, lo que es

¹²¹ Esto supone que los espacios organizacionales fueron en su mayoría precedentes a la incorporación masiva de desempleados a las mismas. Como en su oportunidad se ha explicitado, el origen de las organizaciones de desocupados se resumen en dos vertientes: las que provienen de la incorporación del problema del desempleo por parte de organizaciones ya establecidas (especialmente vinculadas a la tierra y la vivienda); por otro lado las que provienen del impulso de militantes. En este último caso, las militancias se dividen entre aquellas provenientes de experiencias colectivas populares (comunidades eclesiales de base, peronismo revolucionario) y las más tardías vinculadas a los partidos de izquierda. (Ver: Svampa y Pereyra, 2003; Delamata, 2004)

¹²² Con frecuencia los tres se combinan o se suceden, y aquí las organizaciones tienen un peso relevante puesto que establecen criterios de asignación de tales bienes. No obstante, es evidente que la participación de los desocupados en las organizaciones de base tiene una arista importante como forma de supervivencia. Pero quedarnos en este nivel implicaría abandonar la complejidad de la acción de los desocupados y no podríamos explicar porqué permanecen en espacios que les exigen mayores compromisos que otros lugares donde también es posible encontrar recursos para paliar la situación del deterioro del ingreso hogareño.

más importante, constituye un espacio intersubjetivo. En efecto, la necesidad requiere de un espacio para ser canalizada hacia la acción colectiva. Las redes sumergidas en la vida cotidiana adquieren relevancia porque son lugares de construcción y transmisión de significados colectivos, a la vez que reservorios de experiencias históricas de manera tal que ayudan a definir una necesidad. Así, la vida cotidiana como terreno de conflicto y laboratorio colectivo implica una densa red que aporta a la construcción de la subjetividad colectiva y es soporte de la acción colectiva. Estos espacios fueron una condición de posibilidad y un aspecto fundamental de la movilización de los desocupados. Así lo expresa Mumi, de Barrios de Pié:

“yo quería hacer algo porque veía muy mal a los chicos del barrio. Nosotros somos 6 en casa y yo a veces hacía, cuando podía, comida para más porque siempre algún chico te viene a pedir y entonces podía darle algo. Yo hablé con los vecinos, juntamos firmas para un comedor pero no nos dieron nada. Entonces conocimos a Gris (militantes de MBP), y ella nos ayudó a poner, primero un merendero. Lo que pasó es que fuimos unos cuantos vecinos, no éramos así muchos, pero fuimos y ahí sí, con la movilización nos dieron” (Mumi 35 años, MBP)

En el testimonio de Mumi, madre de tres hijos y sin militancia política previa, se reflejan una serie de acciones que reproducen la lógica de la construcción de la demanda a partir de un pedido. En primera instancia la voluntad individual de enfrentar, con acciones solidarias, el desmantelamiento de las condiciones de vida. Luego el procedimiento formal, la junta de firmas, una incipiente acción colectiva no contenciosa sino que busca canalizar por vías institucionales cierto reclamo para ser procesado por el sistema político. Es en tercer orden que, previo el contacto con militantes políticos, la movilización abre el espacio para una respuesta de la solicitud.

Dentro de las redes sociales presentes en los barrios es importante destacar la presencia de las clientelares, en particular porque alcanzan a un buen número de los desempleados y pobres en Argentina. Aquí es relevante señalar que la saturación de este tipo de redes asistenciales abrió un espacio para la organización por fuera de las mismas. De aquí puede observarse la apertura de una nueva experiencia devenida de la construcción de una demanda y el cierre de las vías tradicionales (formales o no) que

pone en cuestión las recetas probadas en otras ocasiones (Schütz y Luckmann, 1997:35). Esta sobrecarga de las redes clientelares tradicionales aparece en la justificación de la participación al referir la situación de “no hay trabajo” y la imposibilidad de acceder a las redes clientelares. Tal como lo expresa el siguiente testimonio.

“El motivo de mi acercamiento es económico urgente. Yo en ese tiempo me había separado hacía dos años, con tres hijos a cargo, y más allá de hacer otras cosas individuales y así pilotear la situación económica, estaba la posibilidad de conseguir un plan social. Cuando salieron los planes sociales para paliar la situación, muchísimos argentinos no tuvimos esa oportunidad porque se manejan punterilmente, digamos. Tenés que ser cliente político, de ese político de turno para alcanzar ese plan social. Como yo no era un cliente para el municipio no tuve acceso a ello, y me acerqué al barrio que ya estaba organizado. Por ese lado, fue más fácil porque había ya una organización, me acerqué salí a luchar por el plan, porque tenía conciencia de que no había otra forma de alcanzar un plan” (Suly MTD del FPDS)

El mundo de la vida cotidiana no sólo se reestructuró de forma radical para los sectores populares en la década del noventa y de alguna forma la densidad de relaciones sociales permitió que la construcción de la demanda se articule con la posibilidad de la participación. Esto se vincula con un segundo aspecto vinculado a la vida cotidiana y sus redes: el acercamiento a los núcleos organizados de desocupados es posible en tanto los territorios están cruzados por relaciones sociales construidas históricamente. La charla con un hermano, una vecina, un cuñado, el encuentro de madres que llevan al mismo colegio a sus hijos, prácticas políticas y sociales previas, etc., son algunas de las formas en que los participantes se encuentran y desde las cuales construyen gérmenes de participación. Sara, cuenta su experiencia originaria en la participación

Un día le dije a la señora (señala a una compañera)... porque ella me decía “Me voy a mi trabajo” cuando yo le preguntaba a la salida del colegio de los chicos “¿a dónde va tan apurada?”. Entonces yo le pregunté si no sabía de algún trabajo para mí. Yo creía que ella trabajaba en algún edificio (limpiando) y como yo no terminé la secundaria pensaba que podía entrar ahí. Y ella me dijo que viniera para acá, que ella me iba a

traer, que era un comedor donde daban trabajo, planes, eso me explicó. Yo le planteé a mi marido y él me dijo ‘bueno, andá dale’”

Las redes y espacios asociativos de los sectores populares conformaron un fértil y móvil lugar de anclaje de las nuevas prácticas. Estos se potenciaron como consecuencia de la sobrecarga de otras instancias como las estructuras clientelares, algo que confirió mayor viabilidad a la opción comunitaria. Allí donde había experiencias organizativas previas y estos espacios se reconvirtieron atendiendo la demanda social, las organizaciones se articularon sobre éstas. Donde grupo de militantes ofrecieron sus recursos, se posibilitaron experiencias de desocupados. Las relaciones comunitarias y vecinales operaron como soportes, como lugar de interacción. Esto es, un espacio social donde se construye una experiencia común, una subjetividad colectiva y se establece un espacio comunicativo más directo, relaciones cara a cara, solidaridades y confianzas. Suly, en la actualidad referente de un MTD cuenta que se incorporó al movimiento,

“Con un montón de prejuicios por los medios de comunicación, que uno piensa que somos utilizados cuando está por fuera de la organización. Me acerque, primero, averiguando quién era el que estaba participando. Como uno conoce a sus vecinos, entonces ya sabe, yo hice mis preguntas y cuando supe quienes estaban eso me dio más confianza, porque eran matrimonios que ya conocía por un trabajo en el barrio. Era buena gente y me acerqué con tranquilidad” (Suly MTD en el FPDS)

En este marco de visibilidad del desempleo, es necesario reparar en el lugar de las organizaciones que procesaron la demanda. La apropiación por parte de éstas del problema del trabajo contribuyó en esta disputa por reconstruir sentidos sobre el desempleo, construir una demanda y habilitar acción colectiva. En palabras de Josua quién siguió el proceso de nuclear a los desempleados:

“La organización de los desocupados rompió con el discurso de que el desocupado es culpable de esa situación. Fue muy fuerte en los noventa, pero se fue rompiendo con eso” (MTD en el FPDS)

El camino de la puesta en cuestión de sentidos dominantes no puede reducirse sólo al plano organizativo. No obstante, la existencia de espacios organizacionales que condensan sentidos y movilizan significados contrahegemónicos posibilitó la construcción del daño. Asimismo, el lugar de la organización como articulante de sentidos y como espacio de cruce de experiencias supone un lugar para la reapropiación de la situación del desempleo. Esto pone en acto la capacidad reflexiva de desanquilosar los sentidos que atraviesan la subjetividad y embeber la situación con otros significados.

“Sin dudas el tema de esta zona del gran Buenos Aires tenía una experiencia política. Todo ese bagaje de toda esa experiencia, sin dudas, el tema de las tomas de tierras, de la presencia de las comunidades eclesiales de base, había toda una tradición de lucha incorporada en esos lugares” (Gabo, MTD RyV).

Este es un proceso de construcción de demanda. Estas acciones, la retórica de las organizaciones y militantes, la incorporación de la percepción de otros sectores (especialmente las capas medias) al drama del desempleo, permitieron el paso de una privatización del problema a su instalación en el espacio público.

Recapitulando:

1. Los sentidos históricamente contruidos por los sectores subalternos en Argentina, vinculados al mundo del trabajo y el Estado propios del modelo de integración nacional-popular estadocéntrico se enfrentaron a un cambio abrupto en las estructuras sociales. Por su parte estas nuevas condiciones de sociabilidad (desempleo, pobreza, desigualdad) fueron entramadas con una operación ideológica hegemónica que “justificaba” la situación social a partir de consolidar sentidos dominantes (la lógica del mercado, la competencia, el pensamiento único). De este modo la hegemonía neoliberal construyó un discurso que puso en situación subalterna algunos sentidos históricos y consolidó sentidos que promovían su reproducción.

2. Los sentidos hegemónicos construyeron el problema de la desocupación como privado e individual. A esta cadena de equivalencias nos referimos como “subjetividad

culpógena” y su significación sobre la relación social del desempleo impide alcanzar el umbral de acción colectiva.

3. No obstante, los sentidos históricos referidos al trabajo y el Estado, fueron articulados en una configuración subjetiva colectiva con herencia nacional-popular que elaboró una demanda. En esta demanda “trabajo” se pueden reconstruir las huellas históricas de la subjetividad popular, a la vez que su alcance como demanda social excede el pedido de un puesto de trabajo. Por esto, el “trabajo” es una sinécdoque ya que el sentido que alcanza excede su literalidad. La significación de una relación social (el desempleo) como un daño injusto a derechos adquiridos pudo realizarse al configurar sentidos subalternos pero presentes en la historia de los sectores populares. De este modo, la demanda “trabajo” pudo articular sentidos colectivos movilizantes que inscribieron una voluntad colectiva que situó el umbral de la acción.

4. Esta construcción de la demanda no puede pensarse sin factores del contexto igualmente relevantes en el proceso histórico. Identificamos principalmente: la expansión del desempleo, las fisuras del discurso hegemónico, las organizaciones populares y las redes sumergidas en la vida cotidiana.

5. De esta manera, sólo en la articulación de una determinada subjetividad (movilizando códigos históricos) en un contexto de “crisis de la narrativa dominante” y con los canales de comunicación (redes), reservorios de experiencias (organizaciones) fue posible construir movilización social en torno a una demanda como “trabajo” que dio origen al movimiento de desocupados en Argentina.

CAPÍTULO VI

Acción, organización y configuración subjetiva

En el capítulo anterior analizamos los procesos de construcción de la demanda a partir de la movilización de códigos subjetivos subalternos. También, los contextos en que esta configuración de la subjetividad colectiva pudo esa demanda como pública y política. Asimismo, observamos la construcción de la participación de los desocupados en el movimiento a partir de articular la situación biográfica en una subjetividad colectiva dando lugar a una experiencia histórica. Una vez reconstruidos los procesos que habilitaron la acción colectiva y la conformación del movimiento, es necesario ahora ocuparnos de analizar los espacios de participación y las acciones desplegadas en tanto campos embebidos y a la vez condensadores-constructores de subjetividad colectiva.

Análíticamente, en el movimiento de desocupados podemos distinguir dos campos de acción que componen la participación política de los sujetos estudiados. El primero es el conjunto de actividades de matriz comunitaria y se inscribe en el quehacer del espacio organizacional. Aquí es necesario, a su vez, diferenciar dos orbes: una constituida por las acciones que se relacionan con la toma de decisiones colectivamente vinculantes, por un lado, y las acciones que tienen como objetivo aspectos ligados al trabajo gestionado por los desocupados. El segundo campo de acciones la constituyen aquellas conductas disruptivas o de protesta, donde se destaca el piquete como repertorio de confrontación.

El análisis de estos espacios de acción tiene dos objetivos generales: a) profundizar en la reconstrucción de la subjetividad que subyace a la acción colectiva y las transformaciones que ésta opera sobre la primera, b) indagar en el impacto de la acción (la construcción de la subjetividad, el sujeto y el movimiento) en la conformación del orden social¹²³.

¹²³ Como forma de analizar estas implicancias conviene tener presente la distinción en el campo de las acciones entre prácticas y praxis. Ésta recupera la crítica a las teorías reproductivistas que no dan lugar a la introducción de acciones que subvierten aspectos del orden social. De esta manera esperamos recuperar tanto las formas como los agentes reproducen las condiciones de posibilidad de sus acciones (donde “el discurso, el uso del lenguaje y la comunicación, efectivamente, desempeñan un papel especial” Van Dijk, 1999: 243-244); como así también dar cuenta de las maneras en que la praxis abre espacios de disputa por el orden social y las relaciones dominantes en una sociedad.

1. Organización y acción comunitaria. Construcción y transformaciones de la subjetividad

Los espacios de construcción subjetiva propios de un movimiento social no se agotan en el campo de las acciones disruptivas. Por lo tanto, es necesario incorporar el análisis de los espacios cotidianos donde se producen relaciones sociales y se elaboran sentidos colectivos. Es decir, atender la dimensión de la organización como un espacio de relaciones sociales, productoras y reproductoras de sentidos que se cruzan en la subjetividad subalterna. Este aspecto adquiere una relevancia mayor en tanto que, por las características propias del movimiento de desocupados, no puede participarse del mismo sin una adscripción a alguna de las múltiples organizaciones que lo componen.

La participación conlleva nuevas interacciones en un campo semántico (el organizacional) que frecuentemente disloca la posición inicial con que llega quien participa. El espacio común de los desocupados aporta a la construcción de un discurso en el que puede inscribirse el participante, a su vez lo interpela y le devuelve una imagen de sí mismo configurada desde otros parámetros. Así, aunque la participación encuentra una motivación en la percepción de una necesidad y la constitución de una demanda explícita por mejorar el ingreso del hogar, ésta produce la apertura de procesos que inciden en la reconfiguración subjetiva.

Acá hay mucha gente que viene al centro comunitario más que por una necesidad en sí, por una cuestión de contención. A veces vienen a charlar y tomar unos mates y se quedan por acá toda la tarde (Celeste, MTD Matanza)

En las palabras de Celeste encontramos dos referencias claves: el *mate* y la *charla*. El *mate* supone la disposición a compartir en un espacio determinado, como tal es un símbolo de solidaridad. El espacio dialógico instaaura un campo donde el sujeto que se siente en falta, culpable o al menos invisibilizado puede ser reconocido. El lugar de diálogo al interior de la organización es fundamental, sus temáticas no se reducen a problemas políticos, sino que en su diversidad funciona como espacio integrador y

generador de confianza a la vez que se construyen y transmiten códigos comunes.¹²⁴ La necesidad de reconocimiento opera como una demanda y la organización puede ofrecer contención. “Contención” ha sido una palabra recurrente entre los entrevistados¹²⁵. Esto no supone que la motivación inicial explícita de los sujetos sea necesariamente el deseo de reconocimiento, sino que encuentran un espacio articulado, también, en torno a luchas por el reconocimiento. Si, como sostenemos, en la subjetividad no todo es conciente, podemos inscribir esta demanda de reconocimiento en un ámbito de alguna forma inconsciente aunque pasible de ser reflexionado, al menos parcialmente.

"Cuanto más nos organicemos, más fácil es, por una cuestión de contención. Cuando uno tiene un problema solucionarlo desde lo individual cuesta un montón, mucho más desde lo colectivo y sentirte vos parte de un colectivo" (Vasco MP 20)

"Nosotros cuando alguien viene, tratamos de ayudarlo con lo que podamos, mercadería, medicamentos y lo que necesita. Sobre todo hacerlo sentir a gusto, que se sienta como en su segunda casa y que sepa que va a contar con los compañeros que van a estar para lo que necesite dispuestos a bancarlo" (Edgardo, MTD AV)

Los espacios intersubjetivos de las organizaciones son ámbitos de reconfiguración de la subjetividad individual y un tramo más en la construcción de la subjetividad colectiva. De esta manera, el problema de la desocupación (y la cadena de demandas que se articula) motiva la participación del individuo (“yo vine”). Pero la misma construcción simbólica del problema cruzada por las relaciones sociales establecidas en las organizaciones supone una constitución del “nosotros”. Es el paso del “yo vine” al “nosotros luchamos”. Este desplazamiento del singular al plural supone un cambio constituyente del lugar de enunciación y se incorpora a la construcción de la subjetividad colectiva. De esta manera, desde la elaboración de la demanda se abre la posibilidad de la

¹²⁴ En el caso del MTD Matanza, por ejemplo, del cuál nos habla Celeste, el lugar de la charla y el mate es la biblioteca. Allí se encuentran libros donados por las Madres de Plaza de Mayo y colgados diplomas en que se reconoce la labor del MTD como emprendimiento solidario y cooperativo. Asimismo una frase en la pared recibe a quien pasa a tomar mate; “*si la vida que vivimos no es digna, la dignidad está en poder cambiarla*” y fue el lema de las primeras movilizaciones de los MTD. Lo mismo se desprende de los boletines del MTD Matanza fechados en 1997.

¹²⁵ La definición de la Real Academia Española de contención es “sujetar el movimiento de un cuerpo”. Es decir ancla a sujetos que se percibían como desafiliados.

acción colectiva y una experiencia que implica la reconfiguración de los espacios subjetivos a partir del proceso intersubjetivo. Esto se ve facilitado por la doble inscripción de la demanda “trabajo” en tanto provisión del ingreso y sostén identitario. Es Josua, nuestro informante calificado, quien revela esa condición:

“Creo que la gente se acerca por dos cosas mezcladas. Primero la cuestión concreta de necesidad, que sería económica, y después un poco la cuestión de encontrar una identidad y sentirse parte de algo. En el barrio cuando estás desocupado no hay muchas alternativas. O sos de una iglesia evangélica, o sos de una bandita que sale a robar para los jóvenes o el alcoholismo para los hombres. Mucha gente se acerca por el hecho de pensar “que carajo soy...que identidad tengo”. Eso me llama mucho la atención cuando entra gente nueva y se abre a contar cosas, como que se descarga después de 10 años encerrado en su casa mirando la televisión” (MTD en el FPDS)

Así pues, al pragmatismo de la acción como una respuesta construida frente a una situación de desintegración de las condiciones de vida, se le incorpora una dimensión vinculada a lo simbólico (Cfr. Delfín y Picchetti, 2004:280). Mientras que la primera causa es más asequible a la reflexión de los participantes de base, el plano simbólico permanece inconciente y sólo en ocasiones es sometido a reflexividad. El acercamiento se conjuga con otro aspecto a destacar, a saber, la transformación que opera en la participación del movimiento social. Es lo que nos indica Aldo del MTD RyV:

Entré por un grado de necesidad ya que era desocupado. Empecé a tomar un poco de conciencia cuando me fui empapando un poquito en el tema referido a la lucha. La lucha en el sentido que apuntaba el movimiento. Ahora resulta ser que es un movimiento social reivindicativo.

En este proceso tiene especial relevancia la articulación de los discursos políticos provenientes de los militantes con las percepciones colectivas de los conglomerados sociales populares. De tal forma se abre un espacio de disputa en el terreno de la cultura. El espacio de la organización funciona como un plexo de significados más sistemáticos que buscan también la adhesión de quien ingresa, a la vez que se ve afectada por los

reacomodos. Esto posibilita la interpelación de la subjetividad individual por la organización que condensa ciertos sentidos de acuerdo a su construcción histórica. Asimismo, esta transformación subjetiva es parte de un proceso donde la subjetividad se estabiliza y se articula como un sujeto colectivo. Es decir, aparecen narraciones, identificación de la alteridad, proyectos y acción que apuntan a la conformación de la subjetividad colectiva, el sujeto y el movimiento. Al desenvolverse en un plexo de sentidos que se actualizan en la interacción, los sujetos se reconstituyen a la vez que participan. No es menor el impacto que esto produce. Toty Flores dice:

“No todos se bancan un espacio como el MTD, a veces exige mucho. Asumir responsabilidades, elegir y decidir por nosotros mismos. A veces hay como un miedo a la libertad muy fuerte que nos han metido en la cabeza. Mucha gente no aguanta y se va, pero unos pocos quedan, por ahí los que no están tan derrotados”

No podemos ocuparnos aquí de quienes han abandonado las filas del movimiento de desocupados. No obstante, es preciso notar que este cambio en la cotidianidad que se genera con la participación en el movimiento impacta en la subjetividad y hay diferentes respuestas posibles. En este trabajo nos ocupamos de los que se quedaron en el movimiento, que lo constituyen, y allí los sentidos que se encuentran quienes participan generan una reconfiguración y van conformando una subjetividad colectiva.

En efecto, los sentidos de la organización atraviesan la subjetividad individual interpelándola a partir de códigos normativos, cognitivos, emotivos y estéticos. Esto supone que hay códigos con primacía y tramos de sentidos (conglomerados) que se incorporan a constituir la subjetividad colectiva. Así, por ejemplo, la participación se significa como valiosa y en el campo de los sentidos del trabajo como un derecho, puede incorporarse la idea de la lucha por esos derechos como un deber, como un acto que confiere dignidad. Así: “como los planes han sido obtenidos a través de la acción directa real o potencial, las organizaciones piqueteras estipulan además que participar activamente de las luchas es condición para ser miembro de la organización. Esa coacción simbólica de la organización sobre el individuo es fuertemente debatida, básicamente en términos morales” (Grimsón y otros, 2003:15), aunque le confiere un

carácter de beligerancia a la subjetividad colectiva. La retórica de las organizaciones pone en un primer plano el valor de la lucha social en una estructura argumentativa que parte de la definición de la demanda-derecho. Lo que sigue son dos canciones-consignas entonada por los manifestantes, especialmente por los militantes del FPDS:

*“Luchamos y resistimos por la libertad/ Luchamos y resistimos por cambio social /
No a la opresión y a la represión,/ Luchamos por trabajo y dignidad/ Unidad y
organización/
Unidad y organización”*

*"Somos los desocupados, los oprimidos, los luchadores/ no nos caben las promesas,
los dirigentes ni los traidores/ estamos organizados para cambiar esta sociedad/
luchamos por un trabajo, por un trabajo con dignidad. / Nosotros vamos a luchar por
dignidad y cambio social/ Nosotros vamos a luchar por dignidad y cambio social..."*

Las consignas coreada por los militantes en las manifestaciones es una muestra de este proceso de insertar la demanda particular en un discurso de mayor alcance, en una subjetividad beligerante. Esto constituye parte de la experiencia colectiva y origina que la participación de los sujetos en las organizaciones los transforme y modifique subjetivamente. Aunque no implica una internalización refleja de las ideologías sistemáticas condensadas en las proclamas, sino que estos sentidos ingresan al proceso significativo.

Esto nos sitúa en la necesidad de tematizar el impacto de la organización (en tanto relaciones sociales, símbolos y discursos más o menos estructurados y sedimentados) en la construcción subjetiva de los desocupados. Los sujetos que deciden participar se encuentran con las organizaciones, su historia, reglamentos, liderazgos, consignas. Como uno de los niveles de las estructuras, la organización incide en la subjetividad de los participantes de diversas formas. En algunos casos las reglas son explícitas al entrar y la participación exige cierto compromiso. La organización se percibe como un mundo al que se ingresa y que se encuentra estructurado de determinada manera, con una memoria histórica construida y formas de accionar delimitadas, las que difícilmente quien ingresa pueda cambiar. Este compromiso fundacional tiene una función subjetivadora. Por

ejemplo, la decisión de los aportes que los participantes deben realizar, los reglamentos internos y los criterios de asignación de los bienes obtenidos exceden a la persona que ingresa y de facto debe aceptarlos para acceder a la ayuda social (Bidaseca, 2004). Los espacios son experimentados por los sujetos, y la construcción de la subjetividad en el marco del movimiento se vincula con esta experiencia.

“Cuando llegás te dan las reglas. Cuando entrás te dicen ‘nosotros tenemos estas reglas: luchamos para conseguir las cosas, vos tenés que luchar para poder conseguirlas, y luchamos no por la caja ni por el plan, sino por el trabajo digno y la educación’. Sin lucha no se consigue nada. Cuando me acerqué no tenía ninguna entrada, estaba sin laburo, sin ninguna entrada para mis familiares, yo estoy desde 1998. Cuando, me acerqué ellos me dijeron la forma o la ley de ellos: hay que luchar para conseguir algo. A partir de ahí empecé con ellos y conseguimos en la lucha” (Anselmo, MTR)

La “ley de ellos”, dice Anselmo en referencia a un espacio institucional normativo preexistente en el que tiene que articular su demanda individual y su accionar. Como contraparte la organización ofrece beneficios materiales y sentidos que pueden producir significados colectivos. Mediante este mecanismo las organizaciones de desocupados implementan otro lugar de subjetivación, no es casual que se llame “formación” al espacio de aprendizaje propio de la militancia¹²⁶. En este aspecto nos interesa reparar que el espacio organizacional supone un intento de subjetivación hacia los participantes a través del suministro de códigos de sentidos.

“Acá encontré respuestas a muchas cosas que no tenía. Me pasaba como cuando vos ves que todo lo que pasa te supera, que no podés hacer nada. Acá encontré gente en la misma, pero que quería cambiar, que estaba haciendo cosas. Entonces la solución no está en quedarse en la cama mirando televisión (...) Las personas están en un mismo estado de cosas, pero creen que no van a poder cambiar, y al ver gente que sí está intentando, vos sentís que no estás solo.” (Danilo, MTD Matanza)

¹²⁶ En definitiva, cualquier intento de organización supone una subjetivación colectiva y el debate nos llevaría a considerar formas de construcción de subjetividades más democráticas, autónomas o emancipadas (lo que excede este trabajo)

“Yo no veía, acá me abrieron los ojos, realmente vi lo que nunca había visto: lo que hace el gobierno con nosotros los desocupados, y lo mismo con los trabajadores. Aprendí muchas cosas” (Fabricio, MTR FV)

La metáfora de la visión es sintomática. La dislocación de la posición inicial permite una reconstrucción del punto de observación y nuevas significaciones para construir sentidos. La construcción de la subjetividad colectiva posibilita la significación de situaciones que permanecían invisibilizadas (o mejor, con otros sentidos) y permite la interpretación de relaciones sociales en tanto suministra configuraciones para dar sentido¹²⁷. Esta transformación presentada por los entrevistados opera en el nivel subjetivo al introducirlos en una experiencia que resignifica y rearticula otros sentidos a partir de la participación, en el movimiento social. La introducción de un nuevo espacio de experiencia, nuevos sentidos a los que se tiene acceso, información, construcción de lealtades, emociones, etc., genera importantes transformaciones en la subjetividad de los participantes y apunta en dirección de la construcción del sujeto colectivo. Este encuentro con los otros que se constituyen en “nosotros” es fundamental en la construcción de la subjetividad colectiva, a esto nos referimos como el camino a la enunciación del plural como instancia fundante del movimiento. La disputa por los sentidos se hace explícita en la participación de las personas en los espacios organizacionales del movimiento.

“la persona que llega al MTD comienza a recuperar el autoestima, porque perder el trabajo te hace perder la autoestima y la gente comienza a recuperarla. Y recupera valores y principios que también los había perdido porque a nadie le importaba, entonces ¿para qué tenerlos? Acá se da cuenta de que son importantes y comienza a recuperar un montón de valores que tenía, y que había descartado porque a nadie le servían, ni a ella misma, entonces comienza a recuperarlo.” (Liz, MTD Matanza)

¹²⁷ A este proceso Schütz y Luckmann se refirieron señalando que la experiencia subjetiva del mundo de la vida se mantiene estable hasta que esa “unidad ingenuamente delineada de la experiencia se hace problemática y sus horizontes interno y externo deben ser de nuevo explicitados” (1977:170), y son puestos en el discurso a partir de un espacio de subjetividad colectiva

Es particularmente interesante agregar al hecho evidente de una recomposición del punto de vista del sujeto, la identificación por parte de la entrevistada de códigos que componen la subjetividad en el campo axiológico y que habían permanecido subalternos. Son valores (en tanto códigos de sentidos, diríamos nosotros) que quien se incorpora al movimiento había “descartado” porque no le servían para significar una situación o para moverse pragmáticamente en el nuevo contexto. Los valores a los que se refiere Liz, según sus palabras son “la solidaridad, el pensar en el otro”, esto implica una disputa con los códigos dominantes del neoliberalismo de “individualismo y maximización”. Este aspecto es una manifestación del proceso de disputa por los sentidos que se profundizan en los momentos de movilización social (Muiños de Britos y Luzuriaga, 2004: 99) La participación en el movimiento ofrece la oportunidad para una reconfiguración de la subjetividad para incorporar como sentidos que disrumpen la hegemonía.

“Si uno no está adentro del movimiento te podían pasar los pibes por al lado tuyo, descalzos y con hambre y no hacías caso. Desde el momento en que entraste al movimiento empezaste a ver la realidad que antes no te dabas cuenta, porque antes uno era ‘uno’ y solamente ‘uno’. Al empezar a comprometerte te das cuenta de la necesidad que tienen los demás, y ahí te empezás a comprometer más para cambiar las cosas, para lograr un cambio que es lo que buscamos” (Violeta, MBP)

La significación de las relaciones sociales y acontecimientos cotidianos a partir de una nueva subjetividad compartida permite interpretar como injustas a determinadas situaciones al “desnaturalizarlas”. A su vez, los resultados de esta operación significativa novedosa es reapropiada por el individuo. Esto produce que la experiencia de participación pueda percibirse como una transformación personal y un aprendizaje. La experiencia de Mumi es gráfica al respecto porque articulan su situación biográfica, su rol familiar y la participación política:

“Yo desde que participo acá tengo más carácter (se ríe). Anduve mucho comprometida y tuve algunos problemas personales pero ahora no tanto. Pero yo personalmente cambié bastante el carácter. Yo no sabía leer mucho y aprendí” (...) En realidad nunca me había interesado mucho aprender, pero cuando mis hijos empezaron

a ir al colegio, y yo no los podía ayudar con las tareas. Bueno, ahí necesité alguien que me ayude, y entonces me metí en el Plan de Alfabetización, aprendí bastante, hay letras que no las conozco. Pero ahora me siento bien cuando puedo ayudarlos a mis hijos y enseñarles a hacer la tarea. Yo me sentía muy inútil porque no podía ayudarla a mi nena. Después fui a alfabetización y escondida estudiaba para poder ayudarla, yo me anotaba en mi cuaderno la tarea y en el taller la hacía con las compañeras. Ahora cuando mis hijos me dicen ‘mami tengo que hacer tarea’ yo me puedo sentar con ellos y así aprendí muchas cosas, leerán poco mejor y escribir me cuesta. Pero tengo una amiga del movimiento que me corrige, me siento muy bien”

Las palabras de Marisa refuerzan la perspectiva:

“Yo le debo mucho al movimiento. Antes de empezar yo estaba con psiquiatra, con médico, tomaba muchas pastillas, hasta me quise matar. Y desde que entré al movimiento, dejé psiquiatra, dejé médico, dejé todo. Me enfoqué al movimiento porque encontré mi espacio, el lugar que yo buscaba. Para mí el movimiento me dio la vida de nuevo. Ahora no pienso en mí, pienso en toda esta gente que hoy en día depende de mí porque me reclaman si no cobran. Ya no pienso en mí, pienso en los demás, eso me hace muy feliz y me siento útil” (Marisa, MTD)

La participación en las actividades de los movimientos de desocupados supone reconstituir lugares para obtener certezas (respuestas) ante niveles de inseguridad e inestabilidad. En este punto adquiere relevancia lo que referíamos de inscribir la experiencia individual en una subjetividad colectiva y la resignificación que se realiza de la situación individual.

“Yo conseguí mucha amistad, apoyo psicológico podríamos decir. Entre todos los compañeros nos ayudamos porque todos estamos pasando la misma necesidad. Antes cuando no estábamos en el movimiento estábamos aislados, estábamos solos y acá se llega a comprender que estamos en la misma” (Edgardo, MTD AV)

“Me encontré que había gente que tenía empuje. Que la vida, solamente, no se termina cuando te quedás sin trabajo.” (Naty, CLP)

La inestabilidad emocional que provoca la situación de desempleo incrementa el valor de la organización como espacio de contención, como lugar del “sentir”. Pero además hay que agregarle el campo de la comunicación. El reconocimiento de un ser hablante que es escuchado y al que se hace sujeto de la palabra. La experiencia de participación genera un lazo con la organización que ofrece ese espacio de reconocimiento intersubjetivo

“Nosotros, hace cuatro años que estamos luchando como nuevos pero el Movimiento hace desde el 96 que viene luchando, y el tiempo demuestra que el movimiento y la persona están muy ligados.” (Miguel, MTD AV)

La participación produce una experiencia colectiva que, en palabra de Miguel, coliga a los individuos con el movimiento. Esto supone la constitución de una subjetividad colectiva, implicada en la producción de relaciones sociales que se resignifican con la participación en los núcleos organizados del movimiento¹²⁸ De esta manera, podemos concebir que la organización es un elemento más en la configuración subjetiva que, en ocasiones, provee sentidos que son rearticulados en la subjetividad subalterna. Con esto la organización tiene una doble incidencia. A la mencionada provisión de algunos sentidos promovidos por los líderes (donde también se busca la construcción de una identidad anclada en la organización) se le suma el constituirse en un espacio de encuentro donde los desocupados experimentan y construyen relaciones sociales. Una de los ámbitos de construcción de experiencias colectivas más relevantes es el que se origina en las formas de tomar decisiones políticas colectivas, en particular, la asamblea.

1.1 Lógica asamblearia y subjetividad

¹²⁸ No obstante, la participación también supone la ruptura o la puesta en cuestión de lazos sociales establecidos con anterioridad en los territorios., la respecto se refiere Pacha: *“hay gente conocida de acá del barrio que no me saluda porque yo soy piquetero. Hace más de treinta años que me saludaba y ahora me da vuelta la cara porque dicen que yo ando con los piqueteros. Ellos me dicen que peligro mi vida por 150 pesos. Eso me pasa, hay gente que me ha dado vuelta la cara porque estoy en el Movimiento.*

Las organizaciones de desocupados han asumido una característica particular al conferir una alta valoración a la asamblea como forma de tratar asuntos comunes y tomar decisiones. El espacio asambleario, presente en muchas experiencias populares, se resignificó en las nuevas organizaciones porque acentuó un punto de ruptura con experiencias partidarias y punteriles-clientelares. A su tiempo, cada organización instrumentó la asamblea de manera diferente y su lugar en la lógica de los sentidos construidos varía, de ser un órgano más a ser la única forma válida para tomar decisiones. Todas las organizaciones reivindican el espacio de la asamblea como órgano soberano, aunque admiten distintas instancias de institucionalización (delegados con mandatos temporales, rotativos, elegidos por voto). Más allá de las divergencias, lo relevante es que los principios de democracia participativa que promueven los líderes de las organizaciones se plasman en la realización de las asambleas. Por lo tanto, a los fines de la investigación es necesario desentrañar los sentidos puestos en juego en las asambleas. En particular, porque las diversas observaciones de esta dinámica en varias organizaciones que realizamos durante el trabajo de campo nos suministra una perspectiva para pensarlas en relación con la subjetividad que las embebe.

La asamblea se constituye en un espacio semántico muy denso para los participantes de base. Para los que no han tenido participación política previa es un escenario novedoso, para aquellos que han revestido en las filas de los partidos tradicionales es una redimensión de la participación política. En ambos casos es una experiencia excepcional que puede ser lugar de reconfiguración subjetiva. Esta situación es enarbolada por diversos sectores como una manifestación de democracia directa. Dice Juanjo referente de un MTD del FPDS y con una vasta militancia territorial.

“Al principio hay un poco de asombro. La gente espera que haya un líder que les diga cuando hay que marchar y qué hay que hacer. Y se encuentra con una lógica asamblearia que ellos acostumbrados a una lógicas más vertical, más patriarcal de la sociedad, se asombra ante la propuesta del MTD y empieza a cuestionarse y se da cuenta que puede tomar responsabilidades, que es un compañero con capacidad.”

El espacio de la asamblea ha sido idealizado por parte de los líderes de las organizaciones restando importancia a la dimensión de cruce asimétrico. Es cierto que la

asamblea constituye un espacio público en el que interactúan los sujetos, pero la desigualdad en cuanto a capital cultural, oratoria y legitimidad de los lugares de enunciación son elementos, frecuentemente invisibles, que hacen más complejas las interacciones propuestas allí. Frente a este punto hay diferentes actitudes y posiciones que responde a formas de militancia. De las diversas observaciones se puede identificar la existencia en la asamblea de lo que Gabriela Delamata (2004) llama, siguiendo a Alberoni, “vínculo pedagógico”, es decir, el esfuerzo por utilizar ese espacio para “concienciar” a los desocupados. Dice Daniela, referente de la FTC y militante de un partido de izquierda:

“Nosotros reivindicamos la asamblea como el lugar para decidir democráticamente. Votamos y discutimos, yo doy mi posición y si pierdo, pierdo. Pero cuando le explicamos a los compañeros qué significa la clase trabajadora y por qué hay que tener una solidaridad de clase, y qué significan los partidos patronales y a quién representan a los compañeros se les abre la cabeza. Lentamente comienzan a entender cómo es la cosa, y que nunca antes nadie se las dijo porque fueron utilizados. Empiezan a entender que no hay un salvador, y que hay que pelearla todos juntos. De a poco los compañeros, a medida que van participando en la organización con los debates, empiezan a abrir la cabeza, no te digo que a pasos agigantados, pero empiezan a comprender cómo son las cosas”

Desde la óptica de los participantes de base, la versión pedagógica también es percibida y la asistencia a reuniones vista como un aprendizaje, algo que en parte refuerza la idea de vínculo asimétrico. Este aspecto es notable en la analogía de Anselmo entre la asamblea y la escuela.

“Cuando uno viene acá no entiende nada, es igual que un chico cuando va a la escuela, uno no entiende. Ellos te dicen: vamos a tal parte porque allá conseguimos mercadería y los planes. Por ese motivo nos arrimamos, escuchamos y si te gusta te quedás y si no te gusta te vas. Acá nadie te pone el revolver en la cabeza para hacerte piquetero”

Como correctamente presenta Delamata, la asamblea se transforma en un espacio de tensión por el cruce heterogéneo de prácticas y experiencias que conforman la densidad de una interacción social de implicancias políticas. Esta característica no significa despreciar su valía y relevancia en el plano subjetivo, en especial cuando se compara con otras experiencias diseminadas en el mundo popular. La experiencia de la asamblea tiene un impacto en la subjetividad. El problema político se origina en que quienes se incorporan por primera vez a una organización son renuentes a pasar horas discutiendo, tomando decisiones, asistiendo a reuniones, etc., por lo tanto los referentes necesitan garantizar la asistencia e imponen mecanismos de control para promover la participación: la firma de “presente”, la obtención de puntos por participar (que se acumulan y otorgan derechos a los bienes recibidos por la organización) y las sanciones morales, son dispositivos que tienden a sujetar al individuo en la participación. De allí se abre la posibilidad a una experiencia por parte de los asistentes. Fabricio sintetiza esta experiencia con la participación en asambleas:

“En las primeras reuniones, los primeros meses, a mi no me interesaba. Venía porque había que venir a escuchar y era una manera de ganarse la comida y la mercadería. Después con el tiempo me empezó a interesar. Se hablaba mucho de lo que pasaba en el país, se discutía políticamente lo que pasaba a nivel nacional, cosas que no se hace en todos lados. Eso no se hace en otros lugares”

El principal problema se origina en la existencia de asimetrías que se producen y consolidan en las asambleas. El manejo de información, las jerarquías implícitas devenidas de formas de vestir, el conocimiento legitimado que cada uno posee y los lugares que ocupan los participantes son formas de reproducción de las asimetrías y del orden social. Cuenta Jano:

“Ellos discuten ponen proyectos, y yo escucho. Yo arranco para donde ellos dicen, que es lo que quieren hacer. Yo sólo opino cuando preguntan qué herramientas hay que usar y eso, como hacer un cerco o algo así. Yo participo muy poco en los plenarios”

En tal sentido, puede observarse el tiempo de utilización de la palabra, la oratoria y el uso de elementos retóricos como indicadores de los distintos lugares que cada persona ocupa en un espacio concebido como horizontal. Es evidente que en cualquier organización existen estos roles diferenciados, sin embargo esto tiene una doble consecuencia. Primero muestra las limitaciones intrínsecas que tienen esas, a veces, pretendidas “comunidades ideales del habla”. Y segundo, nos lleva al problema de determinar las formas de poder que se ejercen al interior de los espacios construidos por los desocupados. No existen suficientes estudios empíricos consistentes que traten de desentrañar la lógica asamblearia, sin embargo los pocos hallados refieren que “Si bien esta estructura organizativa intenta que las decisiones vayan de ‘abajo’ hacia ‘arriba’. Es frecuente que lo que se discute entre los referentes de la coordinadora se baje a las asambleas barriales. En la medida en que se ha coordinado entre más de quince MTDs se trata de decisiones que difícilmente serán cambiadas por una asamblea. A veces esto ha sucedido, aunque es más bien excepcional” (Grimsón y otros, 2003:63). No podemos más que coincidir con este análisis según lo observado en el trabajo de campo. Si bien hay mayores voluntades de que “los compañeros participen”, la posibilidad de cambiar una resolución o propuesta de los referentes tiene que ver con la imposibilidad de generar el consenso que sostenga la medida algo que refuerza la idea de espacio de interacción de las asambleas.

En este aspecto hay al menos dos procesos observados en la asamblea. Estos pueden ser reconstruidos analíticamente aunque en el transcurrir de una experiencia asamblearia los momentos se sucedan y superpongan. El primero, ya lo vimos, tiene que ver con formas de constitución de cierta subjetividad a partir del intento de unos de construir “conciencia” en los otros, valiéndose para ello de recursos retóricos y de poder simbólico al que nos referíamos antes. El segundo corresponde a las acciones que se constituyen como intentos colectivos de romper con relaciones de poder, democratizando la palabra, revalorizando los puntos de vista distintos y en un intento por alcanzar decisiones que puedan ser reconstruidas por los participantes

“Cuando hacíamos asambleas después de un corte, se daba mucho que primero hablábamos nosotros y decíamos los que nos parecía, y después en la asamblea todos

repetían lo que nosotros decíamos. Entonces hicimos al revés, primero los compañeros del barrio hablaban, pero lo que pasaba es que todos se quedaban en “Estuvo lindo” o “no alcanzó la comida”, y no iban más allá....eso es un problema” (Bini, MTD-AV)

Todas las organizaciones presentan variantes de este problema, pero no todas las trabajan de la misma manera. Es más, dentro de las organizaciones es posible encontrar notables diferencias de funcionamientos. La descentralización y proliferación de agrupamientos de base impide homogeneizar las relaciones sociales que se desarrollan dentro de las organizaciones. En consecuencia, la lógica asamblearia admite diferentes variantes y diferentes contextos de aplicación que explican la diversidad de experiencias.

La observación de acciones de protesta durante el trabajo de campo nos puso frente a situaciones que los líderes llaman “asambleas” durante el piquete. Los responsables convocan mediante el uso de micrófonos o a viva voz a la “asamblea”. En realidad, más que una estructura asamblearia dicha acción se asemeja a un acto político donde el orador interpela al público y sujeta, retóricamente, a decisión colectiva medidas consensuadas en ámbitos de dirección. Es en estas ocasiones en que las asimetrías entran en juego, el manejo de la información y las relaciones de jerarquías que establecen en el interior de las organizaciones hacen escasas las posibilidades de que una votación refute alguna propuesta elaborada por los líderes. Esto produce una mayor capacidad de accionar estratégicamente y otorga legitimidad formal a las decisiones que “se toman en asamblea” sin embargo redundan en problemas a la hora de construir subjetividad colectiva puesto que emergen aspectos verticales que las propias organizaciones (o mejor, sus líderes) dicen rechazar¹²⁹.

Así pues, en la misma asamblea se produce la construcción de subjetividades colectivas. No obstante este proceso dista de ser autónomo por completo y las prácticas se articulan en los intentos de producir sentidos colectivos que se articulen con las subjetividades individuales. Foucault describió la microfísica del poder y su distribución

¹²⁹ Estas características del proceso asambleario es compartido por otros estudios que aseguran que “ninguna descripción etnográfica podría verificar alguna horizontalidad” (Grimsón y otros, 2003:63). No obstante habría que hacer una salvedad: cuando el objeto de la decisión colectiva incumbe aspectos locales (problemáticas barriales, aspectos organizacionales cotidianos, etc.) suele ser mayor el gado de horizontalidad si se las compara con aquella que se da al discutir aspectos políticos estratégicos o posiciones ideológicas.

capilar en la sociedad, y las asambleas de las organizaciones de desocupados no son una excepción y en nuestro trabajo de campo hemos podido observar las formas en que la asamblea está atravesada por redes de poder. Esto no supone, como dijimos, que las asambleas sean por completo espacios de reproducción del orden social, sino que están embebidas por sentidos dominantes que se ponen en tensión en el espacio asambleario con otras acciones que tienden a construir relaciones sociales emancipadas.

En esta perspectiva, los participantes valoran la asamblea de base, en particular en los barrios, debido a la posibilidad que les brinda el uso de la palabra. El poder “hablar” y el poder “escuchar y ser escuchado” supone una revalorización de los espacios que, aunque tienen que ver con la comunicación, pareciera generar un valor en el reconocimiento que la palabra ofrece al sujeto, en el reconocimiento de un ser dotado de palabra, dotado de razón, dotado de *Logos* para decirlo en términos filosóficos. En efecto, el valor de la asamblea como espacio de interacción cruzada por ejes articulatorios de diferentes niveles (transmisión de información, formación, toma de decisiones) posee un elemento que lo constituye como un valor para los sujetos que allí participan: la potencialidad para el uso de la palabra y la obtención, allí, de reconocimiento.

“La primera vez que fui a una asamblea me sentí desorientada y desconcertada. No podía entender que un barrio con gente desocupada, con gente pobre, estuvieran pensando lo que estaban pensando. Yo sentí que había una revalorización de la persona. Uno cuando va a reuniones que tiene un carácter político, hay uno que habla y dice cosas y el resto sin poder hablar, sin querer hablar. Y yo veía que todo el mundo hablaba, mucha gente que yo conocía del barrio en ese espacio era “alguien”. Tenía un peso su voz, su decisión. (Suly, MTD del FPDS)”

Nuestra aproximación metodológica nos permite una mirada hacia los espacios de construcción de sentidos colectivos, su transmisión embebidos de subjetividad y disputa. De esta manera es posible indagar en los sentidos no lingüísticos o no explícitos que se construyen en la asamblea y que son parte constitutiva de la experiencia subalterna. La transmisión y construcción de sentidos no se agota en la textualidad sino que involucra otros elementos semióticos. Allí también es posible notar que en la asamblea se cruzan elementos de prácticas que reproducen las asimetrías, con otros de la praxis en cuanto a la

posibilidad de voz y reconocimiento a sectores marginados. Esto permite realizar una inferencia en cuanto el espacio de la asamblea no implica indefectiblemente una materialización de la construcción de nuevas relaciones sociales y el aporte de la configuración de nuevos sentidos y experiencias. No obstante, sí abre un espacio que puede ser utilizado reflexivamente. La proliferación de talleres con orientación de “educación popular” donde se trabajan problemáticas comunes es una muestra de ello, allí se buscan formas de romper con la autorrepresión en el uso de la palabra, la superación de los prejuicios que inhiben el emitir opinión, etc.

“Muchas veces la gente habla de más. Entonces prefiero callarme, no me gusta hablar porque entonces meto la pata” (Pacha, MBP)

Estos elementos de reproducción de asimetrías puede ser puesta en cuestión en el mismo transcurrir de la acción cuando la práctica de asimetría se vuelve reflexiva y conciente. Muchas veces son los propios líderes que se ausentan adrede de las asambleas para poner en una situación más horizonte, otras incentivan el uso de la palabra mediante técnicas *ad hoc* (como en el caso de Bini que reseñábamos). Esto es parte de la función pedagógica de la asamblea, mientras que algunas se utilizan para transmitir información y formación, otras se abren como una experiencia en el uso de la palabra. La restitución de la palabra es fundamental en el contenido crítico de la asamblea. Subjetivamente tiene consecuencias porque reconfigura el lugar de la persona y la sitúa en un “nosotros decidimos”. La enunciación, de ese “nosotros” es fundante del sujeto colectivo.

1.2. Espacios de producción: Trabajo y subjetividad

La acción de matriz comunitaria es clave en la reconstrucción del movimiento social y una forma de indagar en los procesos de construcción del sujeto social. Al establecer lazos sociales en un espacio compartido los proyectos comunes se consolidan, tanto se expande la voluntad colectiva como se constituye la dimensión del futuro. En el movimiento de desocupados la organización del tiempo cotidiano se articula, en gran medida, en torno a espacios de producción material. La estructura de los Planes Trabajar,

primero, y los Jefes y Jefas a partir del 2002 exigen una contraprestación de 20hs. semanales por parte de los beneficiarios. Recordemos que gran parte de los primeros reclamos de las organizaciones se dirigieron a que la contraprestación se realiza en algún emprendimiento propio de los desocupados y no en tareas municipales. De este modo, en un comienzo proliferaron los comedores populares que fueron claves como estrategia de supervivencia de los sectores pobres en el conurbano, muchos de los cuales se mantienen actualmente. Es decir, la misma estructura de la política pública supuso un incremento de la organización y la búsqueda de reconvertir la ayuda social en un ámbito de redundancia organizativa.

El dilema de los planes sociales apareció desde un comienzo para las organizaciones de desocupados, en particular para los militantes. Vale recordar que son el tipo de política focalizada recomendada por los organismos internacionales de crédito (y financiadas por ellos a través de préstamos, en especial del Banco Mundial). Más allá del debate táctico, ideológico o político lo que nos interesa es la forma en que los desocupados lidiaron con la constitución subjetiva de los Planes en tanto dispositivos de control del orden social neoliberal. Esta política pública conlleva una forma particular de subjetivación, en tanto suponen en su origen la figura del “beneficiario”, es decir la producción de una subjetividad particular que atraviesa al individuo. La persona “beneficiada” debe asumirse como un carenciado (alguien que recibe el beneficio) y realizar acciones (trámites y contraprestaciones) que conllevan representaciones específicas por parte de los sujetos. Gabo cuenta la experiencia:

“Una discusión fue qué hacer con los planes. Porque los planes son miserables, los planes no son dignos, pero pensamos que es digno en cuanto te permite morfar. Y después lo que significó una respuesta del Estado para aplacar la situación, para apagar el incendio, fue utilizado como una herramienta de lucha, para ganar en organización y en toma de conciencia. Porque todo lo que se consigue, se consigue a través de la lucha.”

A medida que se incrementaron los participantes, los desocupados ampliaron su espectro de proyectos orientándose a lo productivo.

“Cuando cortamos la ruta, como el gobierno no podía darnos una solución nos dan los planes sociales. Pero nosotros dijimos “esto no es trabajo” y entonces empezamos a generar otra cosa, empezamos a hacer talleres de oficio” (Diego, MTD Solano)

La implementación de los planes (y en la actualidad los “Manos a la obra”¹³⁰) promovió mayores niveles de organización. Es decir, pone a los grupos frente a desafíos colectivos que con frecuencias generan roces y fricciones, sin embargo también la posibilidad de producir relaciones sociales y experiencias colectivas. Dice una publicación del MTD de Almirante Brown: *“Que el control de los planes de empleo estuviera en manos de los grupos de desocupados implicaba dejar atrás viejas dificultades y contribuiría a desarrollar la organización popular luego de las conquistas reivindicativas obtenidas a través de la acción directa, de la lucha de masas. Pero esto también generaba nuevos desafíos y nuevos debates al interior de cada organización, ¿Debía cumplirse con la contraprestación del plan? ¿Servían los planes para recrear una cultura del trabajo?”* (Pacheco, 2004:22). En efecto, el debate sobre la aceptación e implementación de los planes sociales atravesó a las organizaciones de desocupados. No todas las resolvieron de la misma manera, en su amplia mayoría la opción fue reconvertir los planes exigiendo autonomía en la distribución y el control de las contraprestaciones¹³¹.

Si bien la inscripción subjetiva de los planes sociales fue asociada a códigos de “lucha y dignidad”, la proliferación de individuos que demandaron el otorgamiento de planes de las organizaciones produjo una construcción de la subjetividad que no es, ni estrictamente la propia del clientelismo, ni una subjetividad emancipada como pretenden los líderes. En efecto, la posibilidad de obtener ayuda social en las organizaciones fue interpretada, sobre todo por quienes habían pasado por experiencias clientelares, desde los sentidos

¹³⁰ El proyecto “manos a la obra” se basó en una política del ministerio de Desarrollo Social que promovió que aquellas organizaciones que tenían emprendimientos como panaderías artesanales o textiles organizadas en formas de “roperos”, es decir, que remandaban ropa producto de donaciones, etc. Tuvieran acceso a un capital de inversión. El mismo fue provisto por el gobierno y se destinó a emplear a los beneficiarios del plan Jefes y Jefas. En el marco de este proyecto organizaciones de distinto signo político desarrollan actividades como carpinterías, textiles, fábricas de calzado, fábricas de dulces, etc.

¹³¹ El caso del MTD Matanza ilustra la potencia de este recurso. Este MTD presenta originalidad porque es el único que ha rechazado los planes estatales argentinos con el argumento de que éstos se basaban una reproducción de la lógica del asistencialismo. Sin embargo, el MTD de la Matanza sostiene sus emprendimientos (jardín, panadería, biblioteca) en parte con subsidios de estados y fundaciones extranjeras. Es decir, más allá de la importancia de la posición política de no aceptar planes sociales el MTD encontró otras formas de obtener recursos que no se derivan exclusivamente de la producción de excedente propio.

propios de una subjetividad subalterna ligada al punterismo y clientelismo. Para algunos autores, “una hipótesis plausible es que una parte importante de las bases piqueteras leen el vínculo con la organización a partir de sus experiencias con el municipio y la unidad básica” (Grimson y otros, 2003:75) Ampliando este aspecto, es necesario pensar que la construcción de la subjetividad colectiva tiende a dar sentidos a las nuevas relaciones sociales reconfigurando la subjetividad y allí pueden permanecer códigos anteriores (aunque también resemantizarse). Esto implica concebir que cuando las relaciones “ofrecidas” por los referentes ofrecen profundas distancias con los “viejos” sentidos, éstas pueden significarse a partir de códigos tradicionales y más familiares como pueden ser los propios de la relación clientelar.

“Cuando viene un compañero lo primero que te plantea es la relación asistencialista. ‘Yo vengo acá para que vos me des algo’, un plan o mercadería o lo que sea. La primera relación que se da es de no sentirse parte, de no sentirlo...de sentir que el movimiento es de otro (...) uno de los principales problemas para trabajar acá en el barrio es la experiencia de los punteros fue tan fuerte que muchos de los que están en el movimiento han tenido la experiencia de seguir al puntero o ser punteros. A veces aparece gente que te dice yo ‘traigo a mi gente’. Viene y te dice ‘traigo a mi gente’ que son veinte personas más. Se da mucho eso de que se creen que son jefes y cuesta mucho desestructurar eso”
(Josua, MTD del FPDS)

La relación clientelar como un mecanismo complejo de dominación se articula en la subjetividad subalterna. Ahora bien, este elemento es aún más difícil de erradicar puesto que el crecimiento de las organizaciones se realizó en base a la obtención de ayuda social. Por lo tanto los debates se establecieron para determinar criterios de distribución de estos recursos. En este punto los líderes alentaron criterios dirigidos a sostener y fomentar la organización, de este modo es frecuente que los planes o bolsas de comida funcionen como “incentivos selectivos”.

“Los bolsones los damos con el criterio de que la gente vaya a las marchas. Esa no es la idea, en realidad...nosotros queremos que la gente vaya a las marchas pero por la

marcha misma, por la necesidad de cambiara el país y no por los bolsones. Pero como está el país hoy, si no es con bolsón no se moviliza” (cuadro territorial)

“la mercadería se entrega de acuerdo a la gente que lleva al piquete. De acuerdo a los que se lleva le corresponde al cabildo, un porcentaje de la mercadería que nos llega del Ministerio” (participante de base)).

Para algunos autores (Grimsón y otros, 2004) hay organizaciones que reproducen con mayor profundidad las prácticas clientelares del peronismo (justicialismo). No obstante, como los mismos autores lo reconocen, estas prácticas se distribuyen en casi todo el arco de las organizaciones y es posible correlacionar la masividad y la tendencia a generar espacios clientelares, incluso en aquellas que se plantean prácticas horizontales y autónomas. El debate se plantea en términos morales sobre la diferencia entre exigir un voto y la movilización al acto del candidato en el caso del punterismo tradicional y la asistencia a las asambleas y a los cortes de ruta como “contraprestación”, en tanto relación clientelar que requiere del receptor ciertas acciones y compromisos.

El espacio de la producción material a partir de la utilización de los planes sociales adquirió mayor centralidad cuando las organizaciones, especialmente las alineadas con el gobierno, mermaron su confrontación o la disminuyeron. Los espacios de producción contruidos por los desocupados estabilizaron relaciones sociales cotidianas. No obstante hay discrepancias en cuanto a evaluar la realidad y la potencialidad de estas nuevas experiencias. Algunos autores (Salvia, 2004) han reparado que estos emprendimientos deben considerarse más cercanos a una precaria economía de subsistencia que como portadoras de un nuevo orden social. Así, si bien son interesantes experiencias colectivas, la precariedad de las formas de producción alternativas hace muy difícil pensar en su sostenimiento y su efecto tendiente a revertir la situación de deterioro en las condiciones de vida de los sectores subalternos y desocupados. Desde un punto de vista sociológico, autores como Schuster (2004b) advierten sobre las limitaciones de las formas de organización comunitaria de la producción.

En efecto, la precariedad de las formas de producción de las organizaciones puede registrarse visitando los emprendimientos. Es decir existe distancia considerable entre

muchas de las demandas de los desocupados que tienen que ver con la incertidumbre en referencia a obra social, aportes jubilatorios y vacaciones, y su situación dentro de la organización, aunque en lo inmediato ofrezcan una salida a la situación urgente. Este cruce de precariedad y espacio valioso tiene consecuencias polisémicas en la subjetividad. En particular porque su valor como espacio común de reconocimiento y de sociabilidad comunitaria se cruza con relaciones de producción económicas cuya lógica de eficiencia presenta problemas. No obstante, la opción de los emprendimientos productivos, las cooperativas, talleres y comedores fue percibida como una forma de consolidar el espacio organizativo y se articuló con el imaginario colectivo de la restitución del viejo mundo del trabajo al que nos referimos en el capítulo anterior.

Lo que nos sirvió de los planes además de la ayuda directa fue establecer una red de comedores. Y sobre todo, hasta ese momento ir viendo cómo, precariamente y dentro de nuestras posibilidades, ir recuperando la cultura del trabajo a través de los pequeños emprendimientos, talleres (Gabo MTD RyV)

“Nosotros sí hacemos laburar a la gente porque somos un movimiento de trabajadores desocupados, entonces el trabajo es muy importante para nosotros, llevar a cabo y enseñar a los compañeros. Por ahí los compañeros más viejos, en el sentido de edad, saben lo que es un trabajo. La juventud, pibes de 16, 18 o 20 años no conocen lo que es una fábrica o hacer una zanja o cosas así y uno les va enseñando lo que es trabajar” (Marisa, MTD AV)

La consolidación de las formas de producción ha adquirido, en los últimos años, importancia fundamental para un movimiento que fue visible en la acción directa pero que pasa más tiempo en acciones de matriz comunitaria. Quien visite el C.E.Fo.C.C del MTD Matanza, La “Fábrica” del MTD Resistir y Vencer en Wilde, el local del MTR en Florencio Varela o el Comedor Los Pibes de La Boca se encontrará con un ambiente de centro comunitario donde se realizan las tareas diarias de sostén de los emprendimientos productivos, las reuniones y los talleres. En este espacio se establecen relaciones sociales que son constitutivas de la subjetividad que subyace al movimiento de desocupados. En

este plano se intenta que las formas de organización de la producción, esta vez con recursos obtenidos a partir de la acción colectiva se articulen con la demanda inicial.

“Nosotros queremos trabajo genuino por eso tenemos los microemprendimientos. Queremos trabajo digno pero genuino. Es decir que sea para nosotros, no queremos tener un patrón. Aquí no tenemos patrón y somos todos iguales” (Katy, CLP)

Sin embargo, esta experiencia supone poner a los desocupados en una situación de dilema.¹³² No hay muchos emprendimientos productivos autónomos que generen ingresos para sacar de la línea de la pobreza a quienes participan allí ni les ofrezca protección laboral. Los casos que mejor funcionan son aquellos en que a través del programa “Manos a la obra”, el Estado subsidia los microemprendimientos. Esto genera un problema en cuanto a la necesidad de hacer viables las empresas y producir excedente. La producción de ganancias genera, a su vez, un doble problema. Primero, que para aumentar el excedente es necesario introducir una lógica de racionalidad económica, división del trabajo y criterios de eficiencia con el objetivo de obtener las ganancias. Segundo, el debate de qué hacer con el excedente y el intento de introducir criterios de distribución de acuerdo a las necesidades (y no de los aportes o las capacidades), ha producido rupturas y alejamientos de la organización como lo demuestran algunos estudios (Bidasecca, 2004).

Son escasos los estudios que se basan en observaciones sistemáticas de las acciones que los desocupados realizan en su vida cotidiana y en las relaciones de producción que establecen. Sin embargo para nuestro enfoque son cruciales ya que estas están plagadas de tensiones y contradicciones, las cuales es necesario desentrañar puesto que allí también se producen y reproducen sentidos. La construcción de una mirada sobre estos campos de acción es sumamente valiosa para los fines de reconstruir los procesos de conformación de una subjetividad colectiva, un sujeto y un movimiento. Dicho análisis permite desentrañar aspectos importantes para el futuro del movimiento de desocupados,

¹³² En referencia al MTD de Solano, Karina Bidasecca identifica que uno de los dilemas del MTD es “cómo lograr una economía alternativa sin reproducir la lógica del capital; cómo ocuparse de los espacios dejados por el estado (alimentación, salud, etc.) sin reproducir el sistema de provisión social; cómo lograr la nueva sociabilidad o el ‘nuevo hombre’ dentro de un orden capitalista que profundizó la fragmentación social” (Bidasecca, 2004:2)

sus alcances y limitaciones. Así, por ejemplo hemos podido observar que mientras se realizan talleres en base a la proyección de videos como “Tiempos Modernos” de Charles Chaplin para debatir las formas alienantes del trabajo capitalista, en la textil de esa misma organización nos ha tocado realizar entrevistas mientras un operario no cesaba de impulsar hacia abajo una palanca para colocar los broches de guardapolvos que la organización produce. Esto pone de manifiesto la contradicción entre dos lógicas que surcan a las organizaciones, el aspecto crítico al concepto de trabajo alienante y la reproducción de esas formas de trabajo en sus propios talleres. Estas situaciones ponen al movimiento frente a tensiones y dilemas importantes:

“Nosotros hacemos y después pensamos. Los talleres no están funcionando como emprendimientos de producción y venta, no producen excedentes para repartir y están parados. Los compañeros no ven el fruto de su trabajo y eso paraliza (...) Es muy difícil pensar que voy a producir tanto y eso va a un fondo común y después distribuir, aunque con ese fondo se podrían hacer muchas cosas. La verdad que estamos en ese debate y vamos a reiniciar la discusión. Yo tengo alguna idea pero tengo el problema que no le encuentro la vuelta para hacerlo viable, para lo que yo estoy pensando ya tendríamos que estar todos muy superados. Por ejemplo, para reformular en el concepto de trabajo es necesario creer en el proyecto y apropiarse. Diego, MTD Solano,

Esto lleva al dilema que se deriva de la tensión entre las dos lógicas que se cruzan en el espacio de producción: la lógica del movimiento social y los criterios que lo fundan de lucha por la igualdad y la justicia¹³³, y la lógica de producir un excedente para colocar en el mercado que lleva impregnada la búsqueda de eficiencia y rendimiento. El estar “superado” en el sentido que lo utiliza el entrevistado supone el abandono de una búsqueda de un puesto de trabajo formal que otorgue rédito individual y movilidad

¹³³ “nosotros pedíamos trabajo, y creíamos que el trabajo nos iba a dignificar, por eso ‘trabajo y dignidad’. Cuando hicimos talleres de educación popular, caíamos en la cuenta de que no nos iba a hacer dignos ir a hacernos explotar. Lo mismo cuando teníamos secretario general, nos dimos cuenta que no podíamos tener alguien que piense por nosotros, si queríamos un cambio social. Entramos en contradicción con nuestra propia práctica, si pedíamos trabajo y entrábamos en contradicción cuando decíamos ‘queremos dignidad’” Diego, MTD Solano.

social, y pasar a una lógica de compromiso militante y criterios comunitarios de distribución de las horas de trabajo y los rendimientos.

“También cuando un compañero plantea que para producir más o generar mayor venta en la panadería, dice ‘bajemos la calidad de los productos’, eso nos hace volver a lo peor del capitalismo, y no estoy hablando de compañeros que recién llegan, sino de compañeros que vienen de años juntos, y eso aparece. En eso tenemos que trabajar, seguramente yo también lo hago, pero lo tenemos que trabajar. Es permanente esa vuelta para atrás, esa búsqueda del patrón adentro ante determinadas situaciones es constante”
(Referente de un MTD)

“Hay algo incorporado desde ese lugar, tuvimos una experiencia con los microempendimientos. Habíamos agarrado un microemprendimiento con desocupados para hacer una fábrica de pastas. Y había una cosa notoria en el individualismo de decir ‘yo soy mejor que vos’ o ‘yo hice un fideo más’ y llegó un momento en los microemprendimientos de discutir la financiación, y me decían ‘por qué no agarras vos la plata y la repartí’ y yo les dije que no que esto era un colectivo y que había que resolverlo en conjunto a medida del trabajo, porque sino se genera el rol del “patrón. De a poco se van rompiendo estas cuestiones”. (Referente del MP 20)

La lógica de la producción sin patrón se mantiene en tensión con segmentos de la subjetividad subalterna que no pueden desarticular la idea de trabajo clásica. Ésta puede observarse en la relación con las jerarquías del proceso laboral materializada en la figura de un patrón que ordena y se hace responsable de la toma de decisiones.

Constantemente aparecen, cuando trabajamos los grupos. Cuando trabajábamos con el taller, nosotros decíamos ‘bueno, hagan lo que quiera, practiquen hasta aprender’ y algunas de las chicas decían ‘no, pero fulanita no debería hacer eso porque rompe la aguja’...y nosotros les decíamos que no, que eso nos donaron, que no importaba, que era para aprender. Y nos decía ‘pierde tiempo’...y que tiempo, si estábamos desocupados y no teníamos horarios. Pero eso estaba instalado, y te estoy hablando de chicas que ya estaban en el movimiento, que venían haciendo un trabajo con nosotros cuando parecía

alguien nuevo que podía ocupar el lugar, aparecía de nuevo algo que recordaba al ‘patrón’” (Referente de un MTD)

Hay compañeros que piensan que hay patrones todavía y nosotros le decimos que patrones acá no hay, hay compañeros con mas laburo o diferencia de dirigencia pero no hay uno que es más patrón que otro” (Marisa, MTD AV)

Esta forma de dar sentido a la actividad que se desarrolla en la organización a partir de códigos construidos en situaciones de dominación es uno de los elementos que reproducen el orden social. Estas situaciones se comprenden a partir de rescatar que en la subjetividad se articulan códigos formados históricamente y que la hegemonía se construye asentando estos sentidos dominantes. Uno de las relaciones que se plantean en la organización del trabajo por parte de los desocupados se vincula con la delegación en la toma de decisiones y responsabilidades. No obstante, también la experiencia de sostener los emprendimientos ha generado una idea que se cruza con el objetivo de un trabajo formal, bien pago y protegido. El descubrimiento de que es posible formas de producción que no sean en condición de dependencia y donde los criterios de producción sean debatidos con la lógica del movimiento social (Spaltenberg y Maceira, 2001:27) se cruza con el hacer viable un proyecto autogestionado.

“Acá no hay patrón. Hay un respeto, digamos porque saben mas, nos enseñan a hacer las cosas, a donde tenemos que ir, qué tenemos que hacer. A veces si no sabemos le preguntamos y nos dicen. No le tenemos que pedir audiencia, viene nuestro coordinador a tomar mate y comer tortas fritas” (...) “yo tengo mi microemprendimiento porque se lo gané al gobierno, y de ahora en mas nadie me va a torcer el brazo. Yo soy patrón y soy peón. Todo junto” (Katy, CLP)

El espacio de producción de las organizaciones de desocupados constituye una muestra de las heterogeneidades, contradicciones, tensiones y dilemas de la subjetividad. La expectativa de restituir una cultura de trabajo se cruza con la autonomía. Asimismo la lógica del movimiento social se enfrenta a la necesidad de articularse con una forma de organización de la producción para producir excedente. En este marco es interesante

notar que el Estado emerge como un actor en todos los casos por más “autogestionarios” que éstos se presenten (Salvia, 2004).

1.3. Relaciones cotidianas y subjetividad

De acuerdo a lo expuesto podemos concluir que la participación en los diferentes ámbitos de las organizaciones de desocupados construye un tiempo y un espacio común donde se desarrollan relaciones sociales valiosas para la tarea analítica. Allí se ponen en marcha procesos propios de reconfiguración subjetiva y se articulan elementos propios para la conformación de un sujeto social. Enfocar la atención en este entramado de relaciones sociales es clave en tanto permite reconstruir la subjetividad que allí se elabora y las acciones que se producen (sean praxis o prácticas) en los espacios, tanto vinculados a la actividades laborales como en los que concierne a las tomas de decisiones.

En los terrenos investigados que se vinculan a las acciones cotidianas hemos puesto en evidencia que la subjetividad subalterna involucrada en el movimiento está atravesada (y en parte constituida) por códigos de poder articulados hegemónicamente. Por lo tanto no es contradictorio pensar que éstos se hacen presentes en la nueva experiencia colectiva. La subjetividad opera dando sentidos tipificados ante situaciones similares y en tanto las redes clientelares atraviesan el espacio social (Auyero, 2001a y 2004; Farinetti, 1998a), los sentidos de los desocupados para significar a las organizaciones la interpretaron como un espacio desde donde se pueden extraer recursos. Esto conjuga la tipificación y pragmatismo entendiendo como analogía a las organizaciones de desocupados y los punteros. Los elementos de dominación incorporados a la subjetividad subalterna son aspectos que generan prácticas que reproducen el orden social. De esta manera, el individualismo y la lógica de la competencia generan problemas para la extensión de relaciones solidarias y de cooperación que muchos referentes intentan rescatar (Grimsón y otros, 2003:64).

“Es duro el neoliberalismo. La gente piensa ‘bueno si estoy en la cooperativa y saco tanta plata, tal vez si lo hago en mi casa y solo me llevo más’ y es difícil sacar eso de la cabeza de la gente porque es lo que mamamos todos los días, que te mostraban que si

laburabas en lo colectivo eras un tonto y que tenías que salvarte sólo...el sálvese quien pueda” (Pablo MP 20)

De la misma forma que en las acciones cotidianas emergen viejos significados propios de la dominación, los sentidos que habilitan la construcción de la demanda y la experiencia de participación moviliza otros códigos capaces de poner en cuestión el orden social. En el espacio de la vida cotidiana se manifiesta con mayor evidencia este cruce denso de sentidos que no se resuelve de idéntica manera en las diferentes organizaciones, ni en los distintos contextos, ni momentos de movilización social. Comprender estas heterogeneidades propias del mundo subalterno es una de las claves para vislumbrar las potencialidades y limitaciones del movimiento de desocupados.

2. La acción disruptiva. Piquete y subjetividad.

Uno de los acontecimientos que impacta en las subjetividades, y que se vincula a la acción, es la participación en actos disruptivos porque la acción de protesta inserta un quiebre en las rutinas abriendo un campo novedoso de experiencias (Schuster, 2004:50). La participación en un emprendimiento colectivo del tipo de la que realizan los individuos en las organizaciones de desocupados supone introducir una alteración en la vida cotidiana, en especial cuando la misma se materializa a través de acciones directas. Como toda acción, la protesta se vincula a la subjetividad porque no sólo la supone, sino que la subjetividad acompaña el accionar a la vez que es transformada por ella. En especial la participación en el escenario del conflicto social abre un espacio de reconfiguración subjetiva, particularmente por los sentidos específicos movilizados en la protesta.

Entre las acciones de protesta, el piquete¹³⁴ ha adquirido una relevancia en la conformación del movimiento de desocupados¹³⁵. Esto, al menos por tres razones fundamentales: a) porque mediante el piquete obtuvieron visibilidad e irrumpieron en la esfera pública de manera disruptiva, b) porque el piquete constituye una experiencia colectiva desestructurante y muy importante en la construcción de la subjetividad colectiva, el sujeto y el movimiento social, c) en tanto el repertorio el que terminó por ofrecer una plataforma para bautizar, por parte de la prensa, al movimiento que adquirió notoriedad mundial. En lo que sigue de la sección, avanzaremos a continuación con algunas referencias a este último punto para luego retomar los dos primeros.

En lo que refiere al nombre de “piqueteros”, es evidente que fueron los medios de prensa masivos los que usaron el término para denominar a los manifestantes. Rápidamente el vocablo “piquetero” se transformó en un denominador común que, inicialmente con un significado descalificador, comenzó a servir para designar a un tipo de movilización y acción que no tenía nombre. Como todo significante que adquiere importancia en la política, el término “piquetero” se transformó en un espacio de disputa.

¹³⁴ Analíticamente podemos distinguir los siguientes tipos de piquetes:

- a) De disputa: es decir, cuando el corte se establece hasta obtener el objetivo inmediato del reclamo específico. Se negocia directamente con las autoridades ciertos recursos (bolsones de comida, planes, etc.). Puede ser que no se obtenga nada, pero de entrada el planteo es un acampe hasta que se abra la negociación y se resuelva la situación de forma inmediata.
- b) Reivindicativos: a diferencia del anterior éstos serían aquellos que no se proponen la obtención de una respuesta inmediata. Sus objetivos suelen ser más ambiciosos como el aumento de los planes sociales y su universalización; la creación de puestos de empleo, realización de obras públicas, etc.
- c) Testimoniales: estos pueden ser en apoyo a otros reclamos (Trabajadores del Garrahan, Empresas recuperadas, Huelgas, etc.) o recordando fechas propias, los asesinatos del puente, etc. No hay un reclamo directo, sino el dejar un testimonio.

¹³⁵ En muchos de los trabajos sobre desocupados en Argentina es un lugar común hacer referencia a los orígenes del piquete como repertorio de acción, destacándose una variedad de consideraciones sobre genealogías etimológicas. Algunas lo vinculan a la historia del léxico marcial donde piquete designa al pelotón de vanguardia en una formación militar (Kohan, 2002:13). Más cerca de los métodos de confrontación obreros, el piquete ha sido una acción recurrente de los trabajadores huelguistas para garantizar la efectividad de la medida impidiendo el acceso a los lugares de trabajo tanto de quienes no adherían a la huelga como a otros trabajadores contratados por la patronal para desarticular la efectividad del recurso beligerante (Iñigo Carrera y Cotarelo, 1997a; Oviedo, 2001). En estrecha relación con los primeros cortes de ruta, también se recuerda que piquete fue un nombre para designar las “picadas” conducentes a las zonas petroleras donde se construyó el método de lucha. El debate sobre el origen del repertorio se agudizó en tanto según la interpretación elegida se privilegiaba la novedad o la continuidad de la lucha de los desocupados con respecto al movimiento obrero tradicional. Más allá de esta controversia, es atendible la idea de que el piquete no adquirió una importancia en los repertorios de protesta de los sectores populares y abandonó su lugar de subsidiario de otros como la huelga hasta las puebladas de Cutral Co y Plaza Huincul, primero, y luego en Salta.

Piqueteros, entonces, fue el significante que se convirtió en flotante (Laclau, 1996) para los propios participantes de la protesta que tuvieron que resignificarlo para asociarlo a “dignidad y pueblo” en lugar de “violencia y delito”. Esto supone una disputa subjetiva vinculada a legitimar la acción a partir de significar una situación como justificante de acción colectiva. Frente a la imposibilidad de nombrar con términos más definidos a la nueva protesta, el término piqueteros fue anclándose y situándose en la referencia tanto de los medios masivos como en el hablar cotidiano.¹³⁶ Ahora bien, más allá de su origen en la prensa y las disputas por cargas semánticamente el términos, el significante fue siguiendo el camino de la lógica de “la emancipación del orden del significante” (Laclau, 2005:135), aunque evidentemente la autonomía del nombre nunca es total. Saussure mostró que en el lenguaje no hay términos positivos sino diferencias y esto llevado al plano que estamos discutiendo significa que el término “piquetero” puede designar en tanto se inserta en una estructura de diferencias y equivalencias e impacta, así, en la construcción de la subjetividad.

En el tema que nos interesa, vinculado a los sentidos colectivos, el piquete es un magma de significados que puede ser recorrido desde una perspectiva etnográfica. Los elementos simbólicos para quien se acerca a un piquete comienzan, por lo general, a varios metros de los manifestantes. Así, el primer signo topográfico de un piquete suele ser la policía cortando la circulación para reordenar el tráfico¹³⁷. El piquete insta los bordes al interior de un espacio geográfico sea una calle, una ruta o un puente. La construcción del límite se refuerza con un cordón de manifestantes encargados de la seguridad y exhibiendo algún distintivo particular (pechera, brazalete, pañuelo, gorro). Para los participantes de base esto impacta subjetivamente en dos planos derivados de la soberanía del lugar que se rige bajo reglas propias de las organizaciones: Primero hay una concepción de espacio propio, de la producción de un territorio particular desde el cual se puede constituir la protesta.

¹³⁶ La terminología resistió incluso el hecho de la disputa interna que dividió a los participantes del primer Cutralcazo. Algunos grupos, especialmente de jóvenes, acusaron a los “piqueteros” de haber negociado beneficios particulares en detrimento de las demandas colectivas. Así, se propuso el nombre “fogoneros” para referirse a quienes, supuestamente, no habían negociado con las autoridades.

¹³⁷ En especial nos referimos al piquete urbano por ser esta modalidad la utilizada por los desocupados organizados del conurbano bonaerense.

“Lo que pasa es que cuando la gente está en la ruta se siente como dueños de ese lugar. Ahí mandás vos y en lugar de que te ignoren, existís. Sos alguien ahí” (Mora CCC)

Segundo, esa delimitación instituye al interior del piquete un espacio con mecanismos de control propios. Esta disposición de soberanía territorial es relevante en términos subjetivos en tanto apropiación y reconversión del espacio público. Allí adentro se produce una autonomía propia de la organización, los “compañeros de seguridad” patrullan los espacios delimitados con el fin de “hacer cumplir los acuerdos” (que incluyen la prohibición de bebidas alcohólicas y drogas), al tiempo que vigilan para prevenir posibles infiltraciones por parte de agentes de las fuerzas de seguridad y desactivar cualquier foco de conflicto interno no previsto.¹³⁸ Esto insta una producción del territorio con una fuerte incidencia en la subjetividad a partir de llevar los márgenes al centro de la visibilidad pública-política frente a las cámaras de televisión.

“Es lindo el piquete, sentís que existimos, sentís la libertad” (Neka Jara¹³⁹)

“Al piquete lo siento como un lugar muy legítimo, como muy fuerte. A mí me hace sentir una persona, eso que veía en los compañeros en la asamblea. Es un lugar desde donde uno puede reclamar los derechos básicos de un ser humano dentro de una sociedad” (Suly MTD del FPDS)

Literalmente el estar “dentro de la sociedad” se realiza a partir de presentar los cuerpos en la calle, obstruyendo el tránsito, obligando a una visibilidad que para muchos sectores se vuelve insoportable. Pero no se queda allí, además el método proveyó una importante dosis de eficacia estratégica en la protesta. Así, cuando el momento fue oportuno y de acuerdo a las coyunturas políticas, quienes cortaron rutas pudieron acceder a importantes recursos con un relativamente bajo número de participantes.

¹³⁸ Como ejemplo, vale citar los golpes cruzados entre dos vendedores de golosinas en el interior de un piquete sobre puente Pueyrredón que rápidamente fue neutralizado por la seguridad de los propios manifestantes.

¹³⁹ Clarín, 1 de agosto de 2002

“Antes salíamos a la ruta y conseguíamos planes. Entonces creíamos que el método de lucha era eficaz porque se conseguían planes” (Diego, MTD Solano)

La posibilidad de acceder a recursos (Jankin, 1994) promovió la participación de sectores pobres que procuraban alcanzar los diferentes programas de ayuda social. Pero la protesta no se agota en una acción estratégica para obtener recursos. Una de sus consecuencias es instaurar una forma de enunciación que, según Emilio de Ípola, es primigenia de un sujeto. Así, el lugar de la palabra (como sucede en las asambleas) es fundamental en tanto su puesta en práctica otorga voz a quienes fueron silenciados en el proceso de hegemonía neoliberal.

“El piquete es la única herramienta que tenemos nosotros para ser escuchados. Probamos de otras formas pero nadie nos atiende. Entonces no nos queda otra que cortar la ruta para obtener una respuesta” (Dany, FTC, dirigente)

Pero el piquete, además, es un lugar de cruce de sentidos por parte de los líderes de las organizaciones y sus bases. Allí se construyen y difunden sentidos mediante lenguajes escritos (panfletos, periódicos), lenguajes corporales (cordones de seguridad), la reproducción de sentidos en banderas y la oratoria de los líderes. Como muestra cabe citar una canción de “Las Manos de Filipi” una banda de rock vinculada al Partido Obrero, la misma consiste en la repetición de una frase “Los mejores, los únicos, los métodos piqueteros” y suena en cada concentración donde esta organización participa, repetidamente durante horas. En tal aspecto, es evidente el intento de los líderes de transmitir sentidos y reforzar mitologías que aglutinan, en este caso en estrecha relación a formas de acción directa.

En este punto la organización dentro del piquete se transforma en un espacio de interacción con fuerte carga simbólica. Agrupamientos como el MTD Aníbal Verón, culminan sus actos con lo que denominan “el grito de guerra” y constituye una interpelación desde el orador hacia los manifestantes. El referente grita “Aníbal Verón” y desde abajo del escenario contestan los manifestantes “¡Presente!”, luego se repite la misma operación al nombrar a otro piquetero asesinado, Maximiliano Kosteki, y nuevamente el grito de “¡presente!”, lo mismo con Darío Santillán. El rito sigue luego del

“Presente” de los manifestantes, con un grito de “Ahora” por parte del líder, a lo que se contesta con “y siempre”, acto que se repite. Luego el orador interroga a los manifestantes reunidos en el piquete “¿dónde nos vemos compañeros?” y la respuesta que se oye es “¡En la lucha!”. Este ritual tiene una orientación hacia la conformación identitaria.

El piquete como magma condensa sentidos de la protesta y construye su escenificación. La presencia de personas con el rostro cubierto por pañuelos, por ejemplo, ayudaron a una estética de la protesta (además de preservar cierto anonimato de participantes de base). La utilización de pañuelos, la mayoría de las veces, se inscribe en el campo de la estética de la protesta y son los jóvenes quienes las sostienen. Al ofrecer una estética de la protesta ha sido captada por los medios de comunicación, y los mismos dirigentes han construido íconos sobre esta simbología. Este aspecto simbólico tiene que ver con la radicalidad de cualquier experiencia política que oculte la identidad. En este plano, el impacto que los rostros cubiertos tuvieron en los comienzos de la historia piquetera ayudó a dotarlos de una radicalidad como ninguna experiencia en la Argentina desde la vuelta de la democracia. El uso de pañuelos, en este sentido, puede considerarse parte de una estética de la protesta mucho más prolija y como distintivo en el cuello. De esta manera, es posible identificar los pañuelos negros y rojos del MTL, los celestes y bordó del MTR, o los negros de la FTC, los celestes y blancos del M-29.

Por su parte, quienes se ubican en una posición que observa a los piqueteros como una amenaza al orden institucional y a la democracia en Argentina también reconocen este aspecto, lo que demuestra su valor como fuerza simbólica. Carlos Escudé en un trabajo para el CEMA¹⁴⁰ argumenta “Lentamente se va desarrollando una cultura y una identidad con símbolos propios. Las cubiertas de automóvil con que cortan los caminos, encendidas, humeantes, con su aroma a caucho en combustión son uno de ellos, las caras semi tapadas y los intimidantes palos de algunos también se convierten en elementos identitarios” (Escudé, 2005:22). No obstante, frecuentemente se ha sobredimensionado la impronta del piquete en una pretendida identidad piquetera que, nos detendremos luego

¹⁴⁰ El Centro de Estudios Macroeconómicos y la Universidad de dicho organismo son la usina del pensamiento liberal en lo económico y conservador en lo político. En tal sentido es referencia del pensamiento de la derecha Argentina.

con mayor detalle, presenta algunos problemas (Cfr. Muiños de Britos y Luzuriaga, 2004: 100).

En las marchas, actos y piquetes que fueron observadas como parte del trabajo de campo de esta investigación, fue posible constatar que la gran mayoría de los manifestantes no utilizan sus rostros cubiertos ni aún en las organizaciones más radicalizadas en su metodología. Ahora bien, ¿por qué el estereotipo “piquetero” se remite icónicamente a elementos como el rostro cubierto? Es evidente que en la estética de la protesta se cruzan dos construcciones que por motivos antagónicos alimentan esa imagen. Por un lado la prensa más conservadora utilizó la imagen de los pañuelos y los palos como forma de desacreditar la inscripción de la protesta en el orden democrático. Por otro lado, los operadores de los movimientos más radicales reforzaron esa imagen que significa la puesta en cuestión del orden social. Ambos discursos atraviesan la subjetividad subalterna interpelándola en tanto construcciones ideológico-discursivas.

En particular es relevante el trabajo de los referentes de las organizaciones que intentan inscribir en sus participantes cierta distinción dentro del movimiento. No sólo las banderas, sino una serie de distintivos que constituyen la indumentaria de los militantes más encuadrados y que hacen de referencia a los participantes de base. A su vez, las gorras, brazaletes, y las pecheras que indican difusas jerarquías en las columnas de manifestantes. Estos elementos se reproducen en las representaciones que los propios piqueteros y sectores simpatizantes realizan. De esta manera, muestras fotografías, páginas web, fotografías y remeras se ilustran con el fuego, las gomas ardiendo en el asfalto y los pañuelos¹⁴¹. No obstante, esta estética de la beligerancia si bien ha permitido un proceso de visibilidad de la protesta, también condujo a problemas de legitimidad y consenso de la protesta. En la actualidad los grupos de desocupados mantienen la presencia de en sus esquemas de seguridad pero no ostentan estos elementos en todos los casos. En ocasiones se los utiliza como elementos para realizar cordones que organizan el marchar de los manifestantes como se puede observar en algunas imágenes tomadas en

¹⁴¹ Es notable la presencia de los símbolos que caracterizan al movimiento de desocupados en las portadas de las publicaciones con estudios específicos del tema, En las siguientes aparecen neumáticos encendidos o manifestantes con rostros cubiertos: Sánchez, 1997; Oviedo, 2001; Cafassi, 2002; Kohan, 2002; MTD Aníbal Verón, 2003; González Bombal, 2003; Zibechi, 2003; CELS, 2002b; Massetti, 2004; Almeyra, 2004; Isman, 2004).

ocasión del trabajo de campo. Un participante entrevistado en medio de una manifestación mientras cumplían el rol de seguridad argumenta:

“Los palos son por si se mete alguno de los policías que quieren hacer quilombo para que la gente diga: ‘Mira los piqueteros’ Si se mete alguien de afuera la va a pasar mal, para eso tenemos los palos. También para cortar la calle cuando vamos pasando y que no te tiren los autos encima. Acá venimos con mujeres y chicos, es para cuidarnos”
(Román MTD-AV)

A los pañuelos como distintivos debe incorporársele las banderas en su función de producción simbólica. Allí es posible identificar tres elementos que convergen en la confección de los “trapos”¹⁴²: las siglas o nombre de la organización, la procedencia territorial y consignas. En efecto, entre las banderas predomina notablemente una referencia territorial. A la manera en que en décadas anteriores entre los trabajadores era frecuente observar referencias a los sindicatos y las fábricas, en el movimiento de desocupados aparecen los nombres de las organizaciones y los barrios de los que provienen los manifestantes. Este aspecto nos habla a las claras de los procesos de reterritorialización de la clase trabajadora en Argentina que acompañó el incremento de la desocupación en la década del noventa (Delfini y Picchetti, 2004:270). Asimismo se refiere a un proceso de construcción identitario propio de los sectores populares a partir de la significación de los territorios.

No obstante, la producción de símbolo por parte de las organizaciones no implica que la apropiación por parte de quienes los utilizan sea la esperada. En un piquete frente al Ministerio de Trabajo, observado y a la hora de realizar entrevistas para esta tesis preguntamos a Román, *¿Pero que quiere decir ese brazalete?* (el brazalete rojo y negro con la sigla MTD que llevaba en su brazo izquierdo)

“Seguridad –respondió–...Movimiento...todo... desocupados. Mirá eso es lo que quiere decir ‘Movimiento Todo Desocupados’”.

¹⁴² El término “trapo” para referirse a las banderas tiene un origen en el rock y el fútbol. La presencia de sectores populares en los estadios de fútbol y recitales de rock se expresa por las consignas y la constancia expresa en las mismas de los lugares de procedencia (barrios populares) En ambos espacios parte de sectores subalternos (especialmente jóvenes) encontraron lugares de construcción identitaria.

Lo que su brazalete, en principio, indicaba sobre los colores propios de una tradición de izquierda la sigla correspondiente a “Movimiento de Trabajadores Desocupados”. Esto nos indica la existencia de elementos significantes que pueden remitir a significados distintos. La articulación en la configuración subjetiva, entonces, responde al sentido propio construido sobre un objeto al dotarlo de significación particular. En este aspecto se hace presente el espacio simbólico como lugar de cruce, producción y disputa por el sentido. Mientras que para los cuadros dirigentes se presenta la utilización de insignias como búsqueda de construcción de identidad sobre la organización particular, quién las usa frecuentemente reelabora los símbolos para construir una, tal vez más difusa pero una identificación más general, en este caso “Todos desocupados” a partir de un razonamiento de hipergeneralización.

La producción de símbolos y mitologías y el intento de transmitirlos y reforzarlos por parte de los líderes no se reproduce mecánicamente en las bases. Especialmente en los adherentes y participantes de base estos códigos son rearticulados en una subjetividad que resemantiza estos aspectos. No obstante, observar un piquete es analizar los espacios de interacción entre las jerarquías de las organizaciones. En una situación de conflicto, las órdenes son dadas por algunos miembros, mientras que los participantes de base se limitan a respetarlas y mantenerse dentro de los límites fijados. A estas relaciones ilustradas las podemos considerar como verticales. Por su parte, en un ámbito horizontal y fuera del espacio de confrontación, los participantes de bases asignan sentidos particulares a la experiencia del piquete que rebasan aunque integran una dimensión política.

“Yo cuando vengo a un piquete me siento en la ruta, miro la gente. Me encanta venir al piquete.” (Mariela, FTC)

“A mí me gusta, la paso bien, me río, me despejo un poco y me entero de lo que pasa.” (Tito MTD RyV)

El piquete contiene un aspecto lúdico. No sólo por lo común que es ver a los piqueteros jugando al fútbol, sino que se produce un clima de distensión, en especial,

cuando no hay expectativas represivas. Por otro lado, la distinción de tareas entre seguridad, comida, prensa, salud, etc., promueve que los que no están asignados a responsabilidades puedan compartir la construcción de un momento particular donde el juego de cartas es común, allí cantar consignas y tocar el bombo refleja esta faz lúdica.

Otra de los aspectos relevantes para estudiar la construcción del acto de protesta radica en que en la serie de acciones colectivas previas al “ser” en la ruta. El desarrollo de las asambleas, la comunicación entre los distintos barrios para acordar la llegada, el respeto a los horarios, la toma de nota de los asistentes son un cúmulo de acciones colectivas que construyen relaciones sociales, que son experimentadas y parte de la subjetividad colectiva.

“Al piquete se lleva lo mismo que se hace acá (en el comedor) quienes cocinan que cocinen allá en el corte, los que hacen merendero que hagan el mate cocido y así. Y sobre todo que los compañeros se sientan seguros en el piquete” (Edgardo, MTD AV)

En este punto, la protesta se vincula estrechamente con otras acciones de matriz comunitarias a las que nos referimos. Existe una continuidad no siempre explícita entre las actividades que los desocupados despliegan en sus territorios (comedores, merenderos, etc.) y el corte de ruta. Asimismo, las horas que los participantes comparten sobre el asfalto y en las previas también producen relaciones sociales entre los participantes. En el trabajo de campo hemos podido observar “amistades de piquete”. Esto es, personas que se conocen allí y mantienen un contacto en tanto participan. Las preguntas por quienes están ausentes y las anécdotas de otros piquetes son temas corrientes en las charlas de quienes toman mate sentados en la carretera o buscando un reparo, ya sea del sol o del frío, del viento o del humo de los neumáticos encendidos. Esto genera un espacio de sociabilidad donde además de la integración se tematizan informalmente aspectos vinculados a la organización. Así, durante varias oportunidades al recorrer las marchas fuimos testigos de las charlas que alternan temáticas de la vida cotidiana, anécdotas de otros piquetes y la persistente problemática de la organización, quejas por que no cumplen las tareas, porque no alcanza la comida, sobre las reuniones en el barrio y los planteos a los delegados, etc.

En síntesis, el piquete es un lugar de experiencia para los sectores subalternos que allí participan. Tanto en lo que refiere al plano de confrontación política como en la dimensión de construcción de relaciones sociales entre los manifestantes. Asimismo se transforma en un espacio de cruce de sentidos entre los participantes. Esto le otorga una multidimensinalidad para la construcción, reconstrucción y creación de sentidos y, por lo tanto, la conformación de la subjetividad.

2.1 Piquete: subjetividad e identidad

El movimiento de desocupados argentino ha sido conocido internacionalmente como “movimiento piquetero”. Los medios masivos de comunicación han apuntalado esta nomenclatura que genera dilemas para los propios desocupados en cómo reapropiarse de un “nombre” que ha tenido un origen exógeno al movimiento. Sin embargo, la densidad de los sentidos del piquete obliga a una operación de apropiación subjetiva del mismo, y la identidad concomitante. Como espacio de disputa el significante piquetero se inserta en un esquema de equivalencias y diferencias, por lo tanto depende de estas relaciones para dar sentido. La reapropiación y la conversión en un término que en principio indicó “desorden, violencia y delito” en “dignidad”¹⁴³ parecen haberse agotado luego de tener un punto alto entre 2001 y 2002. No obstante, la disputa por el nombre se mantiene en tensión, pero tiende a identificar a los responsables del “bautismo” como parte de los “otros”, y hay una rebelión nuevamente contra un nombre asignado.

“De hecho son ellos los que acuñaron el término piquetero, queriendo resaltar un aspecto totalmente aislado de lo que es el conjunto de la organización y de nuestro movimiento. Nosotros nos definimos como una organización de trabajadores, de obreros desocupados y el Estado, poniéndonos esta etiqueta, quería presentarnos como un grupo de lúmpenes, de delincuentes que cortaban rutas en vez de trabajar.” (Neka Jara, MTD Solano¹⁴⁴)

¹⁴³ Precisamente el título del libro editado por el MTD sobre la Masacre de Avellaneda se titula “Darío y Maxi. Dignidad piquetera” (MTD, 2003)

¹⁴⁴ Declaraciones a “El Militante” de Madrid, 9 de julio de 2002

“Nosotros somos gente que no conseguimos trabajo. Piqueteros nos puso el gobierno, porque no somos piqueteros, somos gente trabajadora que queremos luchar por tener un trabajo digno, alimentar a nuestros hijos. Lamentablemente nos pusieron ‘piqueteros’ la gente de arriba, el gobierno, pero no somos piqueteros, sino gente trabajadora” (Analía, MTR)

Sin embargo la tensión subsiste puesto que para un movimiento que generó identidad sobre un repertorio de acción es difícil escindirse de este nombre sin inconvenientes. Así, un significante que pudo otorgar cierta unidad a un movimiento heterogéneo se presenta como problemático y hasta agotado. En este punto es revelador el testimonio de Juanjo, un cuadro territorial

“El término piquetero, por más que ha generado un cariño y para nosotros tiene un carácter popular dentro del imaginario colectivo que compartimos, ha sido usado para desprestigiar nuestra lucha”

Es cierto que hay canciones¹⁴⁵, obras de teatro¹⁴⁶, y cánticos de consignas¹⁴⁷ que se referencian con el nombre piqueteros y, por lo tanto, es muy difícil de desprenderse de esos aspectos que, según Juanjo, han generado “cariño”. En general la producción de la valoración positiva del término “piquetero” fue una apuesta por parte de los líderes de las organizaciones y referentes aliados. Aún así, es necesario reparar que la apropiación subjetiva del significante produce tensiones que son parte del presente de las organizaciones de trabajadores desocupados, en especial de los participantes de base. Estos se derivan de la situación de construir identidad sobre un repertorio de acción directa, pasible de estigma, que generan dificultades en los tiempos en que no se producen piquetes, lo que obliga a una nueva búsqueda de identidad en un plano de incertidumbre.

¹⁴⁵ Por ejemplo “Soy piquetero”, de Santa Revuelta, u “Olor a goma quemada” de Rafael Amor.

¹⁴⁶ Es el caso de “La pasión del piquetero”, de Vicente Zito Lima.

¹⁴⁷ “¡Piqueteros Carajo!”, es uno de los cánticos que unifica a todas las organizaciones.

“no nos quedamos en que nuestra identidad sea de piquetero, sino algo más amplio, que no sea sólo de desocupados, que no quede encerrado en desocupado piquetero”
(Josua, MTD del FPDS)

El dilema se relaciona con la historia de la clase trabajadora en Argentina y su doble inscripción identitaria, en tanto clase y en tanto pueblo. Además, este trascender el piquete en el aspecto identitario es una necesidad apremiante para cada vez más grupos de desempleados por dos motivos. El primero es la baja en la efectividad estratégica del repertorio de acción. La consigna del gobierno de Kirchner de “ni palos ni planes” para las organizaciones que no se alinearon con su administración ha provocado un dilema para las organizaciones que desgastó la protesta.

Hoy consideramos que el corte de ruta como método se agotó, está agotado y que hay que buscar otras formas de lucha y resistencia” (Diego, referente de un MTD).

Por lo tanto la pregunta es ¿cómo ser piquetero sin hacer piquetes? Es cierto que aún persisten piquetes esporádicamente, pero éstos se realizan con menor frecuencia y duración. Esto es recurrente en las entrevistas, la marca de un “antes”, en referencia al período 2001-2002 donde el auge de la movilización popular produjo una proliferación de protestas. Sin embargo, la percepción de deslegitimación y estigmatización por parte de los sectores pensados como “aliados” trabajadores con empleo y sectores medios, hace reflexionar sobre el recurso de la protesta.

“Creo que no se puede construir subjetividad si lo que uno plantea no está legitimado por el conjunto de la sociedad. Por eso para nosotros el tema de los piquetes, para nosotros es importante y no abjuramos de ellos pero también nos parece que la repercusión sin claridad puede llevar a ser demonizado. El piquete hay que usarlo racionalmente.” (Toty Flores, MTD Matanza)

Esto se vincula con el segundo aspecto que radica en una baja de la aceptación por parte de otros sectores sociales del método y el sentido negativo que los medios masivos han asignado a “piqueteros” y que ha sido apropiado por estos otros sectores subalternos.

De esta manera la connotación descalificativa de “piquetero” produjo un impacto fuerte en la construcción identitaria de los manifestantes.

Lo anterior no quita un ápice de la importancia del piquete para la investigación del movimiento de desocupados, aunque sí nos obliga a incorporar nuevas dimensiones a nuestra mirada. La construcción de un espacio beligerante con relación en la subjetividad de los desocupados que participan en el movimiento tiene al piquete como un eje fundante y articulador. Es verdad que sobre este repertorio se amalgaman otros, como las marchas y los actos públicos que también tienen un impacto subjetivo. Sin embargo, un aspecto importante de la cuestión de la subjetividad y la protesta de los desocupados se encuentra en los piquetes porque allí se inscriben tres interrelaciones que son constitutivas de la subjetividad. La primera es la relación de los grupos manifestantes con las autoridades y su aparición en el espacio público, algo que les otorga visibilidad y el reconocimiento por parte de otros. La segunda es el vínculo vertical entre los sentidos estimulados por los líderes de las organizaciones y la reapropiación por las bases. La tercera es la relación horizontal que tiene que ver con la experiencia de la protesta y las relaciones entre los participantes de base que también reconstruyen sentidos y, por ende, aportan en el proceso subjetivo.

3. La dimensión utópica. Acción: praxis y proyecto

La construcción de una subjetividad que encuentre en el sujeto social condiciones para la movilización requiere de la construcción de un proyecto. No nos referimos a los programas formales de las organizaciones, sino a la introducción de una dimensión utópica que es parte de la temporalidad el sujeto social (donde la influencia de los programas formales se resignifica). La inscripción del futuro en la subjetividad colectiva supone la definición de un campo de factibilidades para la realización de la acción en un horizonte definido. Ahora bien, “la idea del futuro se concretiza en una idea de presente” (Zemelman, 2001:59) por lo tanto en análisis de las relaciones sociales actuales permite desentrañar las potencialidades del sujeto social estudiado. La posibilidad de elaborar un proyecto es una de las dimensiones fundamentales del sujeto colectivo imbricado en el movimiento social. Esto puesto que si no se instituye un horizonte, una proyección desde

donde posicionarse en el quehacer cotidiano se corre el riesgo de no alcanzar a desarrollar potencialidades de transformación social (Quiroga 2005:44) En efecto, frente al impacto en las condiciones de sociabilidad la dimensión del futuro adquiere especial interés, más aun cuando la desocupación (y la precariedad) impregnan de incertidumbre a vida de las personas y afecta sus proyectos de vida (Beccaria, 2002:97). Esta construcción de la temporalidad particular de los sectores desocupados empobrecidos implicó una ruptura de la dimensión utópica (la cual el movimiento puede restituir).

“Se empezó a vivir pensando en la cena de la noche o en el desayuno del día siguiente y los proyectos se empezaron a reducir a muy corto plazo (...) y eso te quita toda la posibilidad de sueño, de pensar en más adelante, lo único que te queda es pensar en el día a día” (Jorge, MTD Matanza)

“Realmente no sé qué sueño, a veces no sabés por que luchás (...) “El principal problema del barrio es el hambre, pero tal vez más no tener una meta, creo que eso es algo muy importante que uno tiene que tener. Ninguna persona se le tiene que quitar eso de soñar (Belén, CCC)

Este aspecto de la restitución de la dimensión de futuro no puede pensarse disociada de la propia construcción de la demanda y de las condiciones materiales. Tanto Jorge como Belén parten del “hambre” para concluir en las consecuencias que estas situaciones tienen en la conformación subjetiva de la temporalidad. La construcción de la dimensión utópica no es escindible de la matriz de la demanda y la acción comunitaria. Es decir, si, como demostramos, la demanda se articula sobre la necesidad inmediata es pensable que la construcción del futuro se origine en el mismo campo.

“yo quería tener a mis hijos como la gente, bien, ese es mi sueño, hasta ahora no lo logro pero es mi ilusión” (Anselmo, MTR FV)

“Bueno para mi ya no tengo muchos sueños pero para mis nietas si, un país distinto, donde los chicos puedan estudiar y puedan tener un trabajo digno y una vida mejor que la que tuvimos nosotros.” (Olga MTD RyV)

Que nuestros hijos el día de mañana tengan un futuro, que no tengan que estar como nosotros en una ruta, cortando la ruta para poder conseguir un plan de 150 pesos. Sino que el día de mañana ellos tengan oportunidades de trabajar y estudiar, que no tengan que estar haciendo lo que nosotros estamos haciendo, nosotros luchamos para eso en realidad. Los planes los agarramos ahora porque es lo inmediato y lo que tenemos ahora (Bini, MTD AV)

Uno de los aspectos más relevantes de la dimensión utópica se asocia al lugar de la producción de imaginarios colectivos movilizantes. La producción de no-lugares, situaciones que se proyectan y que marcan la acción presente es fundamental como inscripción del deseo en el sujeto social. Esto lo demuestran los nombres que los vecinos utilizan para referir a sus emprendimientos comunitarios y sustentados con el trabajo requerido por los planes sociales. Así, nos encontramos con “Volver a Empezar” “Nueva Esperanza” en Octubres o “Cara Sucias” (FTV), “Rayito de Sol” “Los pibes de la Boca” “Los de abajo” “Caritas felices” o “Arco Iris”, “La Unión” y “el Sueño” (Barrios de Pie), etc. además de aquellos que adoptan los nombres de los propios barrios y otros de fantasía que tiene que ver con la referencia a los niños (tales el caso de “Castorcitos” o “La sirenita”). Estos emprendimientos se refieren más directamente a la construcción simbólica de quienes participan de base en estas actividades. Allí, es significativa una menor carga ideológica o referencia a proyectos sistemáticos que lo que encontramos si nos remitimos a los nombres de las organizaciones pero, lo que es más relevante, nos habla de una operación subjetiva vinculada a la construcción de un futuro y un sentido colectivo.

En efecto, la construcción de visiones del mundo alternativas, de imaginarios sociales y de voluntades para la acción se convierte en un lugar de disputa y constitución de antagonismos sociales. Las visiones subalternas y sus imaginarios se enfrentan a sentidos dominantes, y en este plano la subjetividad colectiva involucrada en el movimiento de desocupados efectivamente articula la construcción de una dimensión de futuro. No obstante, los sentidos movilizadores que instituyen la utopía no han sido inscriptos en proyectos políticos viables para un orden social emancipado. Paradójicamente, la reconstrucción de la dimensión del futuro se expresa en una dimensión muy abstracta

(sueños de futuro) y en niveles muy concreto (emprendimientos y proyectos productivos) pero no se desprende una elaboración-apropiación de proyectos de sociedad alternativos.

Esto no le quita importancia en lo que concierne a instaurar la dimensión de futuro puesto que nos habla de la operación subjetiva en términos colectivos que supone “nombrar” un espacio común. Frente a una situación percibida como caída de las certezas y la crisis entre la cosmovisión popular y sus imaginarios y una situación socio-económica que las niega sistemáticamente, este cambio en la temporalidad tiene un fuerte impacto en la subjetividad individual y construye esos sentidos colectivos que nos permiten referirnos a los procesos heterogéneos de configuración subjetiva.

CAPÍTULO VII

Subjetividad, movimiento y la constitución de la alteridad

Hasta aquí hemos reconstruido las formas de constitución de la demanda y la subjetividad involucrada en ese proceso. Luego referimos, en el capítulo anterior, a los diferentes campos de acción que constituyen el movimiento de desocupados y que tienen especial relevancia en la conformación de la subjetividad. Ahora es tiempo de abordar un aspecto constitutivo de la conformación de un movimiento social: los sentidos de las alteridades. Esto porque la construcción de la demanda presupone una subjetividad colectiva particular, la constitución de un sujeto y un movimiento social que instituye un campo de conflicto. En ese espacio se atribuyen significados a las alteridades y se construyen formas de relacionarse con ellas. Este punto el contacto a la demanda, la acción y los *otros* adquiere una particular dimensión en cada experiencia colectiva.

En efecto, en la conformación de los sujetos colectivos las alteridades tienen un papel constitutivo y por lo tanto son un espacio para la investigación. Más aún en la presente tesis por la importancia que se atribuye a la identificación de la alteridad en el paso del sujeto al movimiento. La construcción de las alteridades reconoce distintos ámbitos. La misma significación del agravio puede llevar consigo una identificación del causante, a la vez que de un responsable de resolverlo. Asimismo pueden existir en la sociedad otros grupos (movilizados o no), que son requeridos como aliados o como público. Los momentos históricos de la construcción de la alteridad admiten la investigación de las fases de su constitución así como de sus transformaciones.

La conformación de un campo conflictual es fundamental en la operación de construcción del antagonismo. Es posible que este entramado adquiera momentos de mayor especificidad y en otros los antagonismos se difuminen. Por su parte, es propio que se formen cadenas de equivalencias o metonímias para elaborar ese campo antagónico. En el movimiento de desocupados encontramos una particularidad en la proliferación de espacios de alteridad. En la construcción de la alteridad se ponen a jugar sentidos provenientes de distintos campos subjetivos y con procedimientos de articulación. Así, sentidos cognitivos se conglomeran con los emotivos en formas de razonamiento como la hipergeneralización y la analogía. A continuación nos

concentraremos en reconstruir los sentidos de la alteridad que se producen en los participantes del movimiento de desocupados. La identificación de ciertas alteridades y los significados que se les asignan nos posibilitan avanzar en la reconstrucción de la subjetividad que opera para dar sentidos a la situación, la movilización y la confrontación.

1. El gobierno

Los inicios de las protestas donde comenzaron a participar desocupados, tanto en el sur, como en el norte del país tuvieron como objetivo reestablecer un espacio de comunicación (Naishtat, 1997; Auyero 2002) con el gobierno (provincial, en el primer caso y nacional en el segundo). En esta perspectiva hemos observado que las primeras acciones colectivas provinieron de trabajadores que habían tenido mayores beneficios en un modelo de matriz estado céntrico y que sufrió el embate de una rápida alteración en las condiciones de sociabilidad producto de las privatizaciones de YPF y YCF. (Laufer y Spiguel, 1999; Barbetta y Lapegna, 2001; Svampa y Pereyra, 2003).

Inicialmente, entonces, la demanda se constituyó en una solicitud, plagada de tensiones, al gobierno de restituir las funciones del Estado promotor del bienestar social (subsídios, créditos, etc.). A la vez que se le exigía garantizar la atracción de inversiones extranjeras para la generación de puestos de empleo. (Auyero, 2002a). En consecuencia, el nacimiento de los piquetes lleva inscripta esta paradoja que es una muestra de la compleja relación con el Estado, la cual involucra dos procesos. Primero se lo interpela en nombre de un daño, de una responsabilidad que el gobierno (especialmente el ejecutivo) ha descuidado. Con esta primera jugada se le reconoce el status a la institución gubernamental y un valor del aparato estatal como instrumento capaz de subsanar dolores colectivos. Sin embargo, segundo, se rebasa la posición del gobierno en una acusación de inoperancia, incapacidad, falta de voluntad y negación del daño producido¹⁴⁸.

¹⁴⁸ El espacio que se abre cuando se identifica al gobierno como el causante de los daños se produce una proliferación de equivalencias difusas que es necesario analizar. La primera opera en un nivel de ligar gobierno y estado. Aunque en un análisis sociológico se podría argumentar que los movilizadores reclaman a los gobernantes (sus representantes) que administren el Estado de acuerdo a criterios bienestaristas, en el recorrido de las entrevistas no se evidencia una distinción entre Estado y gobierno. Antes bien parece

La demanda de los desocupados frente al gobierno tiene una doble inscripción. Por un lado, la lógica de la protesta social reserva un espacio para la demanda en el sentido de “pedido” y la “solicitud” al gobierno (que deviene en reclamo). En las diversas entrevistas realizadas y las intervenciones públicas de las personas involucradas en la protesta, aparece reiteradamente la referencia a un “olvido” gubernamental de las necesidades objeto de reclamo. Esto legitima la acción directa cuando se verifica el agotamiento de los canales institucionales de peticionar a las autoridades. Pero además introduce un aspecto, ligado al daño, que nos lleva al segundo punto.

La construcción de la demanda supone una definición del responsable del agravio. En este plano, en tanto el gobierno no atiende los reclamos de las demandas legítimas presentada por grupos subalternos, se convierte en responsable. Desde allí, se produce la construcción del gobierno como otro-enemigo. Más allá de los diferentes momentos del proceso de protesta, lo cierto es que desde los primeros piquetes, en 1996, las esferas del gobierno (municipal, provincial, nacional) se ven como los responsables al no dar respuestas y ocuparon el doble papel de responsable-enemigo e interlocutor válido¹⁴⁹. En referencia a la alteridad, esto se manifiesta en la construcción de la culpa. En griego *aitia* es una palabra que designa los dos sentidos que se pueden reconstruir en la relación del movimiento social con el gobierno: causa y responsabilidad moral sobre un asunto. Los dos sentidos son enunciados por Nelly:

“Hace unos cuantos años que la cosa viene mal, últimamente es peor. La culpa es del gobierno” y segundos después continúa *“Acá el gobierno es el que nos tiene que dar trabajo, es el encargado sino nos da el gobierno, no sé... ¿quién?”*.

Para Nelly no hay respuestas si el gobierno, culpable de la situación, no es quien se haga “responsable” de la situación. Si bien es posible encontrar una mayor atribución de culpa a la década del noventa en la figura de Carlos Menem, es de destacar que opera una equiparación entre las administraciones, al menos hasta Kirchner quien justamente puso

operar una metonimia en la subjetividad que produce la asignación de sentido que refieren los entrevistados.

¹⁴⁹ En referencia a los estallidos populares del interior del país Gabriela Delamata refiere que “Los manifestantes en la ruta se dirigen al Estado nacional solicitando su reinserción al mismo” (2002:130)

en cuestión la metonimia. Esta operación es posible por la equivalencia que genera la percepción de continuidad de política neoliberal implementada por Menem hasta 1999 y su profundización por parte del gobierno de la Alianza UCR-Frepaso hasta el 2001 y la política de devaluación promovida por Eduardo Duhalde. La consecuencia de esto fue la consolidación de una imagen del gobierno como “culpable” de la situación, ante quien se protesta y se reclama.

“Todos los gobiernos son culpables, no es que sea de un presidente, eso ya viene de antes, de hace rato. Nunca llegó a tanto como ahora, pero todos los gobiernos que asumen son culpables. Ahora es más fuerte” y en otro lugar de la entrevista el asegura *“El presidente y el gobierno le corresponde darnos la solución. No es que no haya guita, ellos lo destinan para otras cosas, se pierden en el camino, se quedan ellos con la plata”* (Fabricio, MTR FV)

La misma historia de los responsables de la situación es ampliada por Horacio:

Acá en la Argentina empezaron los militares con los 30 mil desaparecidos que hubo, que una de la parte de la deuda externa que debe la Argentina. Después estuvo Alfonsín que estuvo muy poquito y hubo una superinflación. Después vino Menem que privatizó, vendió todo el país a gente de otros países. A raíz de esto nosotros no tenemos nada que sea del Estado, todo pertenece a empresas privadas. (Horacio, MTD RyV)

Y en un mismo sentido se expresa Alicia

“La culpa que estemos así la tienen los gobernantes que hemos tenido, la política. Los políticos que hemos tenido que han arrasado. Han pasado y arrasaron con todo y los pobres siguen siendo pobres” (Alicia, CLP)

Hemos elegido estos testimonios como muestra de la expansión de los códigos de sentidos articulados en la subjetividad colectiva de los sectores populares. Los entrevistados participan en organizaciones con diferencias políticas profundas en su orientación, en particular, en lo que se refiere a la evaluación del actual gobierno

nacional. En efecto, si tomáramos como unidad de análisis a “la organización” deberíamos situar, por ejemplo, al MTR-FV en la vereda opuesta al Comedor “Los Pibes” de la Boca. En cambio, cuando nos proponemos reconstruir los sentidos asignados nos encontramos con configuraciones subjetivas compartidas.

Este proceso de construcción de la demanda y la definición del interlocutor es recordado por un referente de un MTD de Solano:

“Cuando empezamos a organizarnos con los compañeros en el barrio lo hicimos, primero pidiendo trabajo. ¿Y a quién le íbamos a pedir trabajo?, al que creíamos, al principio, que era el responsable de darnos trabajo: el gobierno. Después nos dimos cuenta que no era, pero al principio creíamos que sí. Y cómo le íbamos a reclamar trabajo al gobierno?: como estaban haciendo los compañeros, cortando la ruta. Ahí pedíamos alimento, trabajo”

Esta responsabilidad del gobierno en la provisión de “trabajo” es compleja. Primero, porque para el gobierno ofrecer un trabajo inmediato para los manifestantes era técnicamente imposible. Máxime si la situación de desempleo alcanzaba a millones de personas y eran cientos o miles los manifestantes. Sin embargo, no era absurda la protesta debido a que la semántica de “trabajo”, como vimos, excede al puesto de empleo y se inscribe en la demanda por derechos vulnerados y por reconocimiento. En la acción se interpela al Estado neoliberal con sentidos propios del Estado de bienestar nacional-popular y se le reclama hacer efectivas sus funciones como garante de la ciudadanía. Lo paradójico es que la misma protesta presta una validez a la órbita estatal para resolver el problema. Es decir, por un lado existen códigos que lo asocian a una culpabilidad en la situación percibida por los desocupados, por otro lado también se valida la responsabilidad que le compete (y la autoridad reconocida) para la resolución de conflictos. Es decir, en el acto mismo del reclamo hay una transferencia de legitimidad como el interlocutor válido y con competencia sobre el objeto de disputa. En la construcción de la subjetividad colectiva permanecen ambos códigos de forma discontinua que se subeltarnizan en la configuración de acuerdo a las relaciones que se establecen con otros elementos significativos.

“Nosotros luchamos para que se vayan todos y que vengan otros nuevos que puedan gobernar mejor y repartir la riqueza del país. Tiene que venir uno nuevo que diga ‘vamos a repartir la riqueza’, que no se queden uno o dos. Pero tiene que venir alguien nuevo, porque acá vienen todos los de siempre” (Anselmo MTR AV).

La doble inscripción de la demanda en referencia al gobierno tiene implicancias importantes en la acción colectiva y en los alcances del movimiento. En un aspecto, podemos decir que la protesta en el conurbano, y en esto se asemejan a las del interior del país, busca reestablecer un canal de diálogo con el gobierno. Incluso la acción directa del piquete, tiene como un fin (que no agota su polisemia) la restitución de canales de comunicación entre representados y representantes. Así se ubica en una de las tensiones irresolubles de la democracia liberal en el terreno de la representación (Laclau 2005:205-207)

“Yo reconozco, está bien: molestamos. En eso por ahí el gobierno tiene razón en que dice que nos estamos tironeando entre trabajadores. Por ahí viene una señora que trabaja de doméstica o un hombre que tiene negocio y no puede pasa, ese es el problema. Pero a nosotros nadie nos escucha...el gobierno no nos escucha y entonces? Algo tenemos que hacer.” (Liliana MTR-Cuba)

La acción colectiva, entonces, posibilita la visibilidad de un sector al manifestar su desacuerdo por el daño percibido como injusto. Permite construir una posición de enunciación colectiva de los dañados como forma de aparecer en la esfera pública en directa interpelación al gobierno, aunque por equivalencia la aparición interpele al resto de la sociedad. La situación de despojo, por haber perdido el trabajo, se consolida con una percepción de olvido y abandono por parte de los responsables. Dice Jano

“Para mi la Argentina tiene que ser una patria grande, que nos respetemos todos que haya trabajo y salud, que nos den lo que precisamos. El trabajito y salud, que no nos abandone el gobierno” (Jano, MTD Solano)

La pertenencia a la Argentina, para el entrevistado, supone el respeto a los derechos, el acceso al trabajo y la seguridad social. La pérdida de este horizonte de integración provoca el sentimiento de abandono por parte del gobierno. Por lo tanto, la acción colectiva es un recuerdo de la existencia. Es la presencia de los que parecen no contar en el orden social o que no quieren contar tal como son contados. Que no quieren los nombres que se les atribuyen. Que se niegan a los espacios a los que fueron segregados y por eso se movilizan hacia otros lugares (rutas, puentes, plazas) a la vez que redimensionan sus propios espacios territoriales. Dice Ariel con mayor furia:

“El enemigo son todos los caraduras que hoy están bien y gobiernan para el capitalismo, para empresas líderes y se olvidan de nosotros. Nunca un barrio, nunca la gente, el pueblo, siempre nos reprimen por el lado de la ignorancia y nos reprimen en los puentes y en las calles. Nosotros estamos olvidados” (MTD del FPDS)

Es interesante que luego de una enumeración de agraviantes y el esbozo de un antagonismo a partir de introducir la identificación de dos campos, por un lado el poder (representado por el gobierno, el sistema y las empresas), y por otro lado el campo popular (compuesto por el barrio, la gente, el pueblo), su lapidario final remite al olvido. El olvido por parte de la sociedad de una de sus partes constitutivas, que en la acción recuerda su sufrimiento, su existencia. No es casualidad la presencia del significativo “pueblo”, porque sin pueblo no hay democracia. El olvido que denuncia en su accionar el movimiento es también el olvido de los principios básicos de la democracia, algo que ya demostramos a partir de la referencia a la Constitución Nacional en la legitimación de la protesta.

A la vez, el accionar de la protesta en su faz de “interlocución” otorga legitimidad al demandado, puesto que se le reconoce el lugar de espacio de resolución de asuntos comunes. En una manifestación en abril del 2005 frente al Ministerio de Trabajo de las organizaciones más confrontativas con el gobierno nacional, Román decía

“Nosotros venimos a ver si nos pueden aumentar el plan a unos pesitos más porque lo que nos dan no alcanza. El gobierno sabe muy bien que no nos alcanza. Pero somos

concientes nosotros que el gobierno no puede hacer mucho tampoco, no es que el gobierno no quiera abrir fuentes de trabajo sino que está tan difícil...tan difícil” (MTD-AV)

Román identifica una situación que excede al gobierno, aunque este tiene la voluntad de hacerlo. Por el contrario la disposición del gobierno es puesta en duda por Analía

“Es necesario que haya un cambio de gobierno pero que mire hacia los pobres (...) yo le reclamo al gobierno que nos dé trabajo principalmente, con un sueldo digno. El gobierno si quiere lo puede hacer pero no lo hace porque no quiere. Mientras tanto nosotros seguimos en la lucha” (MTR FV)

Mientras que en una posición intermedia se encuentra Mariela, participante de base de una organización alineada con un partido de tendencia trotskista:

“nosotros venimos para reclamar trabajo digno, a ver si el gobierno por lo menos sienta cabeza y dice ‘vamos a tratar de cambiar el país y darle a esta gente trabajo digno o alguna otra ayuda, para que no salgan tanto a la calle’. Si se pone el gobierno yo creo que es posible que la cosa cambie, yo creo que el gobierno puede” (Mariela, FTC)

Los testimonios son reveladores. Aunque tengan una visión distinta de la voluntad del gobierno, en todos los casos reconocen la responsabilidad de las autoridades. Esto, evidentemente, legitima el lugar gubernamental, a la vez que le exige la implementación de políticas destinadas a atender el reclamo¹⁵⁰. Es aquí donde, en el marco del reconocimiento del gobierno, aparecen diferencias en un plano sobre la confianza de que sea el gobierno de Kirchner el que repare la situación de daño. A pesar de la distancia

¹⁵⁰ Notablemente el sentido asignado al gobierno por los participantes de base contrasta con la evaluación política realizada por los dirigentes: “El estado es el gobierno de los capitalistas. Este gobierno promete obras públicas para hacer trabajar a los desocupados por un subsidio de 150 pesos y laburar ocho horas y para que sacarnos el jugo a nosotros y seguir pagando la deuda externa, siendo que Estados Unidos tiene más deuda que nosotros y no paga. Yo creo que no va a desaparecer el gobierno sino que debería estar en manos del trabajador, del obrero, siempre estamos con los mismos problemas, los políticos prometen y prometen y nunca hacen nada, como Kirchner.” (Roco, MST-TV)

sobre la evaluación del gobierno de Kirchner, que obvio no es un dato menor, es imperioso reconocer que la estructura argumental no varía. Los pobres (pueblo-Argentina, por la equivalencia) ha sido despojado, ha sido abandonado y olvidado. Hasta aquí el acuerdo. La discrepancia de evaluación surge a la hora de significar la actual gestión, si es parte de la misma equivalencia o la ha roto para integrar otra.

De lo anterior, se desprende que el gobierno en la subjetividad popular no es por “naturaleza” un enemigo, se convierte en tal cuando incumple sus promesas o, mejor expuesto: fractura las expectativas puestas en que se implemente políticas orientadas a atender a los sectores populares. Por lo tanto es posible que emerjan sentidos heterogéneos y contradictorios. Esta significación de la esfera gubernamental es planteada con todas sus aristas por Jano:

“Nosotros luchamos contra la burocracia, para que la riqueza del país se distribuya equitativamente. Y contra la corrupción, el presidente de ahora empezó con la izquierda y ahora se va para la derecha, empezó bien y ahora está alejado (...) “El problema es la presión internacional. El gobierno está metido en una mafia tremenda. Es difícil que un gobierno cambie, fijate lo que pasa en Cuba, el tipo se la bancó como cuarenta años, y acá es difícil. Pero acá es difícil, que el gobierno de algo porque son todos iguales, es difícil que el Estado nos de algo” (...) “Yo no sé cuál es la solución, eso le corresponde al gobierno. El gobierno si quiere puede, pero lo que pasa es que no lo dejan. (...) Yo no sé como hay que hacer, eso lo tienen que hacer los técnicos que son los que saben. Eso lo tienen que hacer los ministros de Trabajo, los ministros de Economía que saben” Jano
MTD Solano

El código de sentido hipergeneralizado de “los políticos son corruptos” se cruza con la defensa de la responsabilidad estatal de atender a los sectores más desprotegidos. Asimismo aparece el saber hacer como valioso y legitimante de la toma de decisiones. Este código es propio del neoliberalismo cuando se legitimaron las tecnocracias. Así, continúa Anselmo:

“Yo no sé como se reparte, pero lo único que digo es que se reparta en partes iguales. Yo no sé eso tiene que venir la gente de experiencia para saber como se hace, pero si creo que tiene que ser en partes iguales y no que se lleven todo los políticos”.

La asunción de Kirchner produjo una movilización de códigos de sentido aún más heterogéneos y contradictorios. La articulación en su discurso de demandas y lenguajes propios de los movimientos sociales como una crítica al neoliberalismo, recuperación del rol del Estado, no criminalización de la protesta y cuestionamiento al Fondo Monetario, por ejemplo, produjo una fractura en el orden de los significados para el movimiento de desocupados, en particular los que se refieren al rol del Estado. A las distintas orientaciones ideológicas de las organizaciones, se le sumó un gobierno que disputó demandas a los desocupados. Conviene distinguir entonces dos cadenas establecidas tanto por las organizaciones como por los participantes de base. La primera proviene de una metonimia entre gobiernos al menos desde la dictadura militar. Con esto Alfonsín, Menem, de la Rúa, Duhalde, y para algunos, Kirchner serían los responsables casi en un nivel homólogo¹⁵¹. La equivalencia de los gobiernos anteriores con el de Kirchner es un dilema para la subjetividad subalterna. La fisura no se produce sino al fracturarse un campo de equivalencias que excede los nombres de los gobernantes argentinos e incluye los significantes como “FMI” y “neoliberalismo”. Y es que la retórica del actual presidente articuló sobre su proyecto, como se enumeró, códigos y demandas subalternas. No es relevante, para nuestro análisis si es “mera retórica”, precisamente la retórica es constitutiva en política (Laclau, 2005)

La segunda propone oponer el significado “gobierno nacional” a otros como “Fondo Monetario Internacional”, y desligar a Kirchner de la continuidad. Esta cadena determina las orientaciones de las organizaciones que, aunque con algunas vacilaciones, se inclinan por uno u otro modo de realizar su caracterización de la etapa. No obstante, en el plano de la subjetividad colectiva es menos clara, más dinámica y discontinua la atribución de

¹⁵¹ Como muestra del intento de incluir como un eslabón de la cadena de equivalencia a Kirchner podemos citar el discurso de cierre de 24 horas de piquete sobre el Puente Pueyrredón el 10 y 11 de mayo de 2005 por parte del líder del MTD Aníbal Verón. El hilo argumental retórico del mismo se ocupó de situar a Kirchner en una cadena entre la “policía que nos provocó” y el “FMI” a quien el presidente, se dijo, pagó sumas millonarias provenientes del superávit fiscal.

sentidos. La movilización de los sentidos asignados al “gobierno” responde a las discontinuidades propias de los entramados simbólicos en el imaginario subalterno.

La construcción del gobierno como alteridad es una de las características de la subjetividad que estamos estudiando. Esto no responde a un hecho arbitrario, sino a la propia historia de los sectores subalternos en tanto en Argentina “el Estado es identificado siempre como principal interlocutor de las clases populares” (Marklen, 2004:1). El movimiento de desocupados, la historicidad de la subjetividad subalterna puesta en juego para significar las relaciones sociales, ha generado una primacía de la imagen del gobierno como alteridad frente a la cual se articula la protesta en el doble plano antes referido.

2. La policía

Un movimiento social que propone como uno de sus repertorios de protesta a la acción directa (el piquete) y la producción del conflicto, necesariamente se vincula con las fuerzas de seguridad que funcionan como agentes del orden social. En este aspecto la relación del movimiento de desocupados con las fuerzas de seguridad, y en particular la policía, supone un espacio analítico muy importante para la reconstrucción de la subjetividad beligerante al condensar sentidos valiosos para nuestra investigación.

La intervención de las instituciones represivas se origina en que el piquete como repertorio disruptivo produce un conflicto legal (entre el derecho a la protesta y el derecho al libre tránsito¹⁵²). En los piquetes realizados en el interior del país (Cutral Co, Tartagal) fue la gendarmería quien intervino por ser rutas nacionales las que fueron cortadas. Por su parte, cuando el foco del conflicto se ubicó en el Gran Buenos Aires las fuerzas de seguridad encargadas de actuar en los hechos de protesta social fueron la Policía Bonaerense y la Policía Federal Argentina. La Federal tiene injerencia en la ciudad de Buenos Aires y la Policía Bonaerense en la Provincia. Los sectores pobres del conurbano tienen mayor interacción mayor con esta última, la cual tiene en su historial

¹⁵² “En toda manifestación callejera siempre se interrumpe inevitablemente el tránsito, provocando así una colisión entre dos valores jurídicos: el de las personas a circular y el de los habitantes a reclamar su derecho. Recientemente la Cámara Nacional de Casación Penal en un fallo hizo lugar al planteo de la defensa entendiendo que el corte de ruta celebrado como manifestación de reclamo pacífico es un derecho constitucional y no un delito” (CELS, 2002b:9)

una tradición de violencia represiva que, claro, tuvo su punto más alto en su accionar en la última dictadura militar, pero que –como denuncian organismos de derechos humanos como el CELS¹⁵³ - no se han desmantelado con la vuelta a la democracia en 1983¹⁵⁴.

La significación de la policía tiene tres grandes núcleos que se relacionan pero que adquieren primacía en los casos concretos. Primero, un nivel más abstracto de las fuerzas de seguridad como brazo armado del sistema encargado de la represión y el disciplinamiento social. Por otro lado, aunque vinculado al anterior, la policía como ese agente que produce la violencia en los barrios populares en el Gran Buenos Aires y se asocia al negocio de las drogas, la prostitución, el juego clandestino y otras formas delictivas (Dutil y Ragendorfer, 1997; Ragendorfer, 2002). Un tercer eje que se refiere al sentido propio de la policía como la encargada de garantizar la seguridad de la ciudadanía.

Estos tres sentidos se entrelazan y cruzan, se articulan y combinan según el tipo de configuración particular que se construya. La concepción de las fuerzas de seguridad como agentes del orden social que tienen la función de “aparato coercitivo” proviene de códigos cognitivos y es presentada con diferentes grados de elaboración en los discursos. El sentido que vincula a la policía con la situación represiva en los barrios populares combina códigos emotivos y cognitivos pero se semantizan a partir de una carga que produce el odio y el resentimiento principalmente en los jóvenes. Ambos planos de sentidos son condensados en las consignas coreadas por los manifestantes, en particular del FPDS, en distintas marchas en las que fuimos testigos durante nuestro trabajo de campo.

“El policía es un botón/ con un fierro y una chapa/ defiende a los que tienen plata mientras el pueblo va a prisión/. Mano a mano vamos hacer/aunque vengan con bastones/porque son unos cagones y los vamos a correr/”

Esto muestra que el proceso de construcción de la policía como “otro” supone un código cognitivo (las fuerzas de seguridad la función de preservar los intereses de los

¹⁵³ Centro de Estudios Legales y Sociales.

¹⁵⁴ Un informe de la UNICEF, publicado en el diario Página/12 el 30 de mayo de 2005, revela que la institución policial es identificada por los chicos y jóvenes argentinos de distintos grupos sociales como la principal causa de violencia hacia ellos.

sectores dominantes), no obstante se conjuga este código en una configuración con otras codificaciones provenientes del campo emotivo. Así se entiende la introducción del elemento vinculado a la asignación de cobardía hacia los agentes de seguridad. Otro elemento a destacar de la consigna antes expuesta es la presencia de elementos propios de la jerga futbolística en los que se refiere a la relación entre las hinchadas de los equipos. Allí, el verbo “correr” refiere a la acción de huir cuando un grupo (los simpatizantes de un equipo) superan en número, fuerza o arrojo a los de otro. Esto, lejos de ser un dato anecdótico, es una muestra de la reconfiguración de códigos anclados en la cultura y movilizado en formas subjetivas subalternas. Con respecto al sentido emotivo de la construcción del otro tenemos varias referencias, tanto de los entrevistados para este trabajo como en medios de comunicación masivos o publicaciones de las organizaciones. El caso de las consignas y las publicaciones requiere de una precisión: mayoritariamente están elaboradas por los dirigentes de las organizaciones y marcan la orientación deseada u oficial de las mismas. Esto hace aún más relevante reconstruir, el lugar de la recepción y la resemantización por parte de los participantes de base. Esta reelaboración de códigos se produce en diferentes espacios. Entre ellos, uno relevante es el ejercicio de la acción disruptiva en donde el control del espacio y las funciones de “seguridad” es realizado por los manifestantes. En palabras de una de las referentes del MTD de Solano:

“Es que en los barrios hay mucha bronca con la cana. Entonces eso en los piquetes se refuerza. Tenés el poder”¹⁵⁵

“En el piquete la relación con la cana es otra. Hay otra autoestima y eso genera un orgullo de querer hacerte cargo. Los pibes encuentran en el piquete y en el Movimiento una identidad social. Son algo. Son piqueteros. La marginación permanente, el patrullero en el barrio, en una esquina, todo eso se invierte. Tiene un sentido. El piquete es nuestro territorio. Ahí vos estás con la cara tapada y con el palo, cara a cara con el milico que tenés enfrente y le decís ‘yuta puta’. Le decís en la cara que es un hijo de puta. Eso te da un sentido de integración, de dignidad” (Marcelo MTD AV)¹⁵⁶

¹⁵⁵ Clarín, 1 de agosto de 2002.

¹⁵⁶ Testimonio de Marcelo Bouzas, recogido en MTD (2003:30)

El testimonio se refiere al cántico de una consigna: “*A ver a ver/ quien dirige la batuta/ si el pueblo unido/ o el gobierno hijo de puta/ yuta puta!*” que diversas organizaciones entonan cuando se enfrentan a operativos policiales que frecuentemente les impiden el paso en las manifestaciones. Asimismo uno de los cánticos elaborados por sectores ligados al MTD ha sido musicalizado por el grupo Contravientos y es coreado por algunos manifestantes que se vinculan al núcleo de militantes populares.

*“No te des por vencido ni aun vencido/ No te sientas esclavo ni aun esclavo,
Trémulo de pavor siéntete bravo/ y arremete feroz ya mal herido/, y lucha, lucha,
Yuta puta, lucha, lucha,/ Yuta puta y asesina / Oh, oh... la Verón.”¹⁵⁷*

Para esta tesis hemos observado una veintena de marchas y piquetes, además de haber tenido la oportunidad de realizar entrevistas en medio de las mismas. Allí pudimos adentrarnos en la construcción de sentido que excede lo lingüístico y se vincula a los lenguajes corporales, la distribución del espacio, etc. Especialmente en el momento de la acción colectiva de protesta directa los sentidos con la policía emergen con radicalidad. Estos combinan códigos cognitivos y emotivos. Dice Bini del MTD AV, compañera de Maximiliano Kosteki y Darío Santillán, asesinados el 26 de junio de 2002 en una protesta¹⁵⁸.

Cuando veo a la policía ahí (señala el cordón policial) siento mucha impotencia, mucha bronca, son muchas sensaciones que son indescriptibles, todo lo que uno siente cuando uno está adelante, cuando está agitando, es indescriptible lo que se siente. Con el paso del tiempo nos fuimos tranquilizando pero seguimos teniendo ese sentimiento adentro y más que nada mucha impotencia

¹⁵⁷ Dos anotaciones a esta consigna: Primero, está elaborado a partir de los versos de Pedro. B. Palacio (Almafuerte). Segundo, el final de la consigna refiere a “la Verón” (Es decir al MTD Aníbal Verón), sin embargo el núcleo que creó el cántico participó de la fractura de esa organización y se convirtió en parte del “Frente Popular Darío Santillán”. Esto generó problemas, debido a que luego de un intento de que los participantes se “aprendieran” las estrofas, las mismas debieron ser revisadas por no acoplarse con los alineamientos de los líderes de las organizaciones.

¹⁵⁸ La entrevista fue realizada sobre el Puente Pueyrredón y a pocos metros del lugar del asesinato de los jóvenes manifestantes. Asimismo, en el paredón más amplio bajo el puente las dos enormes figuras de Darío y Maxi, nos miraban desde un mural.

Esta situación de antagonismo de los manifestantes con las fuerzas de seguridad es constantemente señalada por la prensa masiva: *La mística se alimenta con el odio. Y la Policía es uno de los dos principales enemigos del piquetero*¹⁵⁹. La siguiente es una transcripción una página del cuaderno de trabajo de campo fechado el 26 de junio de 2005:

“Mariela no tiene más de cuatro años, el pelo largo y lacio. La cara tiznada por haber jugado entre el humo de los neumáticos encendidos. Un rabioso chupetín de caramelo dejó huellas por sus cachetes. Corre por el piquete como si fuera la calle de su casa, como si fuera su casa. Corre burlando la mirada atenta de la abuela Elvira e incluso birla los cordones de seguridad de las organizaciones piqueteras que ponen hombres y mujeres con palos formando una disciplinada línea que separa las huestes piqueteras de las tropas de seguridad de la Policía Federal. La escena ocurre sobre lo más alto del Puente Pueyrredón. Marielita mira por entre las piernas de sus “compañeros” formados y divisa divertida las tres filas de policías, la infantería, los carros hidrantes y de asalto, perros y caballos. Se ríe. Me pregunto que pasará por su cabeza, en términos teóricos: qué códigos de sentidos estará movilizando para dar significado a ese exceso de semántica de la situación. Me sorprende con su mirada, me saca del papel de investigador y me interpela. Ahí, en el puente me cuestiona risueña e imperativa “y vos ¿Le tenés miedo a la policía?” Yo miré el panorama ciertamente aterrador, el cielo encapotado de la tarde de julio hacía más temerario el escenario, eran ahora mis esquemas que buscaban interpretar la escena...pero no me dejó contestar “el que le tiene miedo a la policía es un cagón” dijo lapidaria, seria y mirándome a los ojos. Sólo la rapidez de su sentencia me impidió esbozar una respuesta con la que habría caído sin dudas bajo su calificativo”.

Mas allá de lo ilustrativo del caso referido, lo que nos interesa señalar es el proceso de construcción de sentidos y de configuraciones subjetivas en los espacios de interacción como es un piquete. El desplazamiento y la movilización de códigos que comparten los sectores populares, en general los jóvenes (y los niños), es una muestra de la relevancia de las acciones en la construcción de una alteridad con la cual enfrentarse. El código de sentido que moviliza Marielita, y que en repetidas ocasiones fuimos testigos de sus compañeros, proviene de un campo emotivo. Además de lo cognitivo, es una cuestión de valentía, de identidad reafirmada frente a un “otro” que está parado firme, de uniforme y

¹⁵⁹ Diario Clarín, 1 de agosto de 2002.

enfrente. Lo que a su vez nos lleva a identificar la presencia de los sentidos estéticos con los que sea enfrentan los manifestantes. El orden es representado por impecables uniformes azules y rasurados oficiales, la demanda es escenificada con una desalineada proliferación de colores, cabellos largos, etc. El orden representado por el silencio tenso de las fuerzas de seguridad, el desorden por los cánticos, los redoblantes, las voces.

Esta construcción del antagonismo moviliza códigos subalternos contruidos en planos que no se remiten exclusivamente a una práctica propia del movimiento (esto es política), sino que responde de la vida cotidiana y ámbitos de sociabilidad como son las salidas a locales bailables y los estadios de fútbol. Matías tiene 20 años y hace tres que participa del MTD de Almirante Brown ahora llamado “Darío Santillán” en homenaje al militante asesinado. Se desprende de la cabecera de la manifestación y aún con su palo para hacer la seguridad en la mano comenta:

“Sinceramente, cuando veo a la cana¹⁶⁰ me dan ganas de darle un garrotazo. Pero tengo que contenerme porque sé que vengo en conjunto con los compañeros y tengo respeto por ellos. Porque sé que si yo me mando una de esas, perjudico toda la organización. Siento impotencia, la verdad, de tener a la mayor parte de los asesinos de nuestros compañeros y más me toca recientemente por el tema de Darío y Maxi. Darío era de mi barrio, y ahora ahí viven los familiares. Es una impotencia tremenda porque son los mismos que te pegan cuando caés en cana, o en los barrios te meten en cana por ser piquetero, te cagan a palos y no les interesa un carajo”

El relato de las pasiones de Matías es interesante. Hasta él fuimos conducidos por los encargados de prensa del Frente Popular Darío Santillán, por reunir los requisitos de ser un participante de base y haber “entrado en un interesante proceso de formación”, según palabras de los referentes. Esta doble característica permite reconstruir el espacio del sentir. El deseo de agredir a la policía como respuesta a una historia de represión sufrida corporalmente y constituida imaginariamente. No obstante, la formación política le produce al entrevistado la disciplina para contener su deseo de ejercer la violencia directa sobre los agentes del orden social. Esto refuerza la idea de que los jóvenes movilizan códigos cognitivos y emotivos para significar a la policía como una alteridad, pero lo

¹⁶⁰ Policía.

hacen, más que por ser el aparato represivo del Estado, por la violencia directa a la que se ven sometidos en la vida cotidiana¹⁶¹. Las situaciones de tensión con la policía contribuyen a acentuar el antagonismo, al ocupar los jóvenes las posiciones de vanguardia y retaguardia en las columnas de manifestantes, y por estar éstos apostados en las líneas que delimitan los piquetes.

A diferencia de los cuadros de conducción que ponen en juego un análisis desde premisas teóricas enmarcadas en determinadas ideologías que atribuyen una función a las fuerzas de seguridad, los participantes de base, especialmente los jóvenes, construyen sentidos también desde un campo emotivo, por eso los referentes con la policía son “odio” “bronca”, “impotencia”. No obstante en tanto los desocupados van ganando en experiencia en el desarrollo de acciones directas y en la diferenciación de roles en la organización hay una reconfiguración, aunque no desaparece la raíz emotivo-confrontativa en la configuración subjetiva. A su vez, hay otra forma de construir la alteridad por parte de la subjetividad subalterna. Esta tiene que ver con una carga cognitiva en referencia al lugar de la policía pero que, además nos conduce hacia otro significado de la alteridad en cuestión:

Sentís una gran impotencia. (...) Los policías sí, son el enemigo porque cuidan al gobierno no a nosotros. Ellos dicen que cuidan a la sociedad... ¡las pelotas! Cuidan a una parte de la sociedad y no a nosotros. Y que ellos están lavados de la cabeza...así...si tienen que reprimir a la madre o a la madre lo van a hacer porque los mandan. Marisa, MTD AV

La impotencia es originada en la frustración. La policía no cuida a la sociedad sino a una parte de ella, a la parte asociada al poder (los que tienen plata y el gobierno). No obstante, la policía “debería” cuidar a la sociedad, por lo tanto el reclamo de construye

¹⁶¹ “También es cierto que entre los más jóvenes había a quienes, sin demasiado análisis, no les disgustaba la idea de enfrentarse con la policía. Son pibes marginados, ninguneados o reprimidos por tomar una cerveza en cualquier esquina del barrio o por portación de rostro” (MTD 2003:29-30). En el mismo sentido dice un referente: “Los encargados de la seguridad de los participantes suelen ser los mismos jóvenes que en los barrios sufren día a día, día tras día la marginación, la discriminación y la violencia policial” (Jorge, del MTD Solano) Participación en la Universidad de la Serena, Chile, 8 de noviembre de 2002.

ante la falla en el cumplimiento del rol social de protección a la comunidad. Es decir, en lugar de ofrecer seguridad se orienta a reprimir. Eso es lo que dice Marcela:

En este país hay demasiadas cosas que están mal. Una es la policía por ejemplo, son corruptos y no te dan seguridad a tus hijos, ni a nosotros mismos. Ellos vienen y te reprimen, no les importa quien seas, si hay chicos o mujeres. A ellos los manda el gobierno a reprimir en lugar de darnos seguridad” (MST-TV)

El deber de la policía de ser garante de la seguridad no es cumplido a juicio de la entrevistada, puesto que son corruptos y están al servicio del gobierno. Esto supone una doble inscripción de la relación con la policía análoga a la que observamos en el caso del gobierno pero que debido al encuentro inmediato de la protesta se intensifica.

En este punto cabe hacer un alto. Como se explica en el anexo metodológico, las entrevistas fueron realizadas en distintas situaciones, algunas de ellas en los locales de las organizaciones, otras en los hogares de los participantes y varias en situaciones de protesta. Esto fue relevante porque permitió observar la movilidad de sentidos y distinguir una primacía de sentidos disímiles según el lugar donde se realiza la entrevista e identificar la importancia de los lugares de enunciación. Con esto se puso en evidencia que la situación biográfica incide fuertemente en la asignación de sentidos con referencia a la policía. Mientras que los jóvenes mantienen una posición de alteridad beligerante, las mujeres con hijos a cargo tienen a reclamar a la policía el cumplimiento de su función como tal. Josua, analiza con suma precisión esta situación:

“la relación con la cana es de conflicto, principalmente de conflicto. Pero el tema más complicado es que ha entrado muy fuerte el tema de la seguridad¹⁶². Es decir, la gente misma del barrio pide mano dura o “esos chorros hay que matarlos” enseguida cuando pasa algo se piden más patrulleros (...) Si bien hay casos de gatillo fácil, la mayoría ve bien que la policía esté muy metida en el barrio (...) En el corte es un poco distintas porque hay más enfrentamiento. Nosotros desde que salimos vamos seguidos

¹⁶² Para un análisis de la relación de la policía y la inseguridad ver Dammert y Malone (2002)

por policía, desde el tren hasta cuando llegamos a Capital. Ahí si se ve quién está de cada lado”

La situación de protesta se conjuga con el miedo que generan los dispositivos de seguridad, especialmente porque como forma de disuasión incluyen operativos conjuntos de varias fuerzas (Policía Federal, Prefectura, Gendarmería, Policía Bonaerense) y la utilización de caballos, perros, carros de asalto, hidrantes, etc. Por eso, refiere Mariela.

“A veces tengo miedo. Veo la policía y tengo miedo, a veces por lo que pasó de la represión en el Puente con lo de Kosteki y Santillán, esos chicos. Yo se que salgo pero no se si vuelvo, a veces me da miedo” (Mariela, FTC)

En conclusión, la relación que se establece entre los desocupados cuando están en acciones de protesta se redimensiona con respecto al barrio. Muchos de los jóvenes que participan de los movimientos han tenido problemas legales y esa relación de antagonismo se resignifica agregándole una dimensión política. En el caso de las mujeres con hijos a cargo la resignificación de la policía se produce como un reclamo del incumplimiento del deber. Es decir, mientras no ofrecen seguridad en el barrio “no te cuidan”, en la manifestación se sitúan como alteridad-enemiga, frente a la cual se puede temer, pero también demostrarse el valor de estar en la protesta.

Asimismo, existe un cuarto espacio, subordinado, de construcción de alteridad con la policía el cuál origina al percibir que quienes están enfrente también provienen de los sectores populares. De esta forma la policía oscila también en ser un agente enemigo, a ser una parte del “nosotros, los pobres” cooptado por los sectores dominantes. Al respecto se refiere Oscar de 24 años y participantes del MUP,

“Con la policía yo pienso que es una pelea de pobres contra pobres...o vos crees que ganan una fortuna? Los mandan, les lavan la cabeza a los ratis, pero al final es una pelea de pobres no más”

A la misma situación Miguel la evalúa de manera opuesta

“No te creas que son muy distintos a nosotros esos (los policías) pero por lo menos a ellos les pagan, a nosotros nos pegan, (se ríe) eso es....por lo menos a los milicos les pagan, tienen obra social...a nosotros la cana nos pega, los mandan, claro porque ni piensan esos (más risas)” (Miguel, MTD AV)

La policía como alteridad no tiene una significación unívoca. La atribución de sentidos depende, más que en otros casos, tanto del contexto de enunciación como de la situación biográfica propia de los entrevistados y las características de grupos de pertenencia.

3. Los políticos, la política: entre partidos y punteros¹⁶³

El tipo de acción colectiva y participación que define un movimiento social los sitúa en una relación especial con otras formas de participación política más institucionalizadas como son los partidos políticos. La relación de los desocupados con los partidos políticos puede distinguirse analíticamente en dos grupos: la vinculación con la estructura clientelar (y los punteros), especialmente del Partido Justicialista y la construcción imaginaria de la partidocracia referida como “los políticos”. Entre ambos hay continuidades.

La impronta territorial del movimiento de desocupados lo involucra en la interrelación con las redes clientelares (Farinetti, 1998b; Auyero, 2001a y 2003, Delamata, 2004). Es un hecho que estas redes más o menos informales de asistencia social han sido (entre otras cosas) un instrumento político. Esto no debe hacernos confundir con una relación unidireccional entre el puntero y el cliente. Como lo demuestra Auyero (1997, 2001a y 2003), la relación es recíproca aunque asimétrica e involucra dominación. Sin embargo, nuestro interés radica en sumergirnos en las dimensiones subjetivas de la relación de los

¹⁶³ Por “punteros” se entienden personas que funcionan de intermediación entre el Estado y los beneficiarios de ciertos planes de asistencia social. El “puntero” es el encargado de la distribución la asistencia (planes de empleo, mercadería, medicamentos) y establecen relaciones de reciprocidad que involucran el clientelismo. Hay dos diferencias básicas que inciden en cada relación punteril-clientelar particular. Por un lado, las características de los municipios y su estructura de liderazgos. Por otro lado, existen diferentes formas de ejercicio de la actividad propia del puntero como intermediario. Cabe dejar claro que no nos centramos en el estudio de las redes clientelares, sino en cómo los participantes del movimiento de desocupados significan esta relación. Para estudios detallados sobre el clientelismo en Argentina: Auyero 2001 y 2003; Farinetti, 1998b.

desocupados con las redes clientelares y los partidos políticos. En especial, porque allí se registra una construcción de la alteridad.

La inscripción territorial de los desocupados los sitúa en un campo cruzado por las redes clientelares. Esta relación con el clientelismo clásico es de especial atención, tanto por la persistencia de estos vínculos en el conurbano como por su incremento en la década del noventa. Las redes clientelares son espacios para procesar demandas sociales de forma más o menos informal, no obstante, la demanda de “trabajo” excedió la capacidad de captura de estas redes. No obstante es necesario reparar que la expansión de la demanda frente al deterioro de la situación no acabó con las redes clientelares, (Auyero, 2001a), aunque estas se sobrecargaron y, en parte, saturaron. En efecto, la escasez de recursos puso en evidencia funcionamientos clientelares significados como ilegítimos debido a la informalidad en la asignación de recursos que sitúa a las personas ante arbitrariedades y la recepción de la ayuda regida por tiempos electorales.

En este plano, frente a un monopolio de las redes clientelares políticas, la emergencia de otras experiencias subalternas para procesar y construir demandas sociales produjo disputas y tensiones. La presencia de las organizaciones de desocupados se volvió más conflictiva cuando éstas pudieron obtener la gestión de ayuda social. Allí, el desafío al control territorial se volvió en algunos casos intolerable para las estructuras de poder locales y se produjeron hechos de violencia. Aunque, es cierto que en cada distrito la relación entre las organizaciones de desocupados y las redes clientelares ligadas al municipio no es uniforme y depende de tipos de liderazgos y experiencias históricas.¹⁶⁴ Gabo, referente del MTD RyV:

“La primer disputa fue con la municipalidad, con los punteros que les costó aceptar que haya otro interlocutor en el barrio...que administre planes y que no vayan a cortarle el pasto a la casa del puntero y eso lo logramos a base de enfrentarlos”

¹⁶⁴ Por ejemplo, mientras que en Lanús la tradición caudillista del mandatario local Manuel Quindimil signó una relación de conflicto permanente, en otros partidos como en La Matanza donde la presencia de organizaciones populares históricas, organizaciones de desocupados y redes clientelares han superado una etapa de confrontación permanente para pasar a una convivencia aunque no exenta de conflictos. (Grimson y otros, 2003; Merklen, 2005).

No obstante, es necesario no confundir los niveles de análisis: mientras las organizaciones, efectivamente, enfrentan las redes clientelares tradicionales, muchos de los participantes de base han tenido participación como intermediarios o como clientes. Es decir, es posible reconstruir un proceso discontinuo de ruptura con las redes clientelares tradicionales

“Los punteros, es lo que siempre pasó, los años que yo tengo de noción es que ellos cuando necesitan un voto recién se acuerdan de nosotros (...) los políticos te re usan. Se acuerdan de que vos tomás frío en la época de votaciones, que te llueve tu casa o que no tenés que comer. Se acuerdan en la época de elecciones cada tres años. (Marisa, MTD AV).

Marisa produce en su discurso una equivalencia frecuente, se desplaza desde los “punteros” a “los políticos” y destaca el vínculo instrumental (la lógica “favores por votos”¹⁶⁵). El “desencanto” con las redes clientelares es una constante en los relatos de nuestros entrevistados, esta experiencia de arbitrariedades y uso por parte de los intermediarios atraviesa la subjetividad y embebe las prácticas de los desocupados. Así rememora Jano, participante de base del MTD de Solano.

“Yo estaba en una unidad básica, hacíamos afiliaciones y trabajábamos en la construcción en villas. Pero cuando se terminó lo de la política nos dieron nada. Nos habían prometido trabajo pero nada. Cuando se acabó la política se acomodaron ellos y nos dejaron afuera. Por eso yo desconfío, cuando me hacen promesas no confío mucho (...) “Yo tuve una mala experiencia con los punteros, así que no creo mucho” (Jano, MTD Solano)

El entrevistado remite su incredulidad también a las organizaciones de desocupados, aunque participe en una de ellas, dice que hasta ahora no le han fallado pero que por las dudas se mantiene alerta. Esta decepción con las redes clientelares dimensionan la participación y los códigos movilizados en la experiencia de la participación en las organizaciones de desocupados.

¹⁶⁵ Según la expresión de Auyero (1997)

“Estuve en el peronismo y en el radicalismo y acá es distinto porque se aprende a luchar y a defender lo que el gobierno nos quita día a día” (Analía, MTR FV)

El testimonio sintetiza varios elementos. El primero; no hay en la mayoría de los barrios más que dos partidos (peronismo, es decir el Partido justicialista, y radicalismo, la Unión Cívica Radical). Segundo, la relación con los partidos es, principalmente, la inmediata a través de las experiencias con los militantes (punteros, intermediarios) de esas organizaciones arraigados en los barrios. Tercero, hay una representación de la pasividad de la participación en los partidos y sus redes clientelares, a la vez que una valoración positiva de la actividad que supone el movimiento (luchar, defender). Cuarto, la participación en el movimiento facilita la resignificación de la situación del cliente como vulnerable y sometida a los designios arbitrarios de los intermediarios.

“Acá es distinto, no es como con los punteros que te forrean, te usan. Te dan algo para las elecciones y después nada más. Acá la gente que viene y ve que con la lucha se consiguen cosas, bolsones, planes, y se consiguen las cosas luchando que es más digno” (Maciel CCC)

Nuevamente, este accionar clientelario es identificado como parte de “la política” y con rasgos de arbitrariedad, discrecionalidad y corrupción (Auyero, 2003:199). La equivalencia de punteros-política y corrupción opera de un mismo modo desde los planos más locales hasta la órbita nacional a partir de una operación subjetiva de hipergeneralización¹⁶⁶. Mumi cuenta, en este plano, su experiencia:

“Nosotros nos juntamos con los vecinos para hacer algo porque la situación está difícil, para los chicos sobre todo. Entonces una vecina propuso ir a la municipalidad y fuimos. No nos dieron nada de bola....todo es política ahí”

¹⁶⁶ No obstante, es necesario precisar que entre los clientes activos de una red el “puntero” no es generalmente visto como corrupto. Por el contrario y como lo demuestra Auyero en sus trabajos (1997, 2001, 2003) la relación recíproca, personal y afectiva genera una significación de la relación clientelar que no puede acotarse a lo negativo.

La relación con las redes clientelares y los partidos políticos presentes en el territorio es constitutiva de esa alteridad necesaria en un movimiento social. No obstante, en el caso de los participantes del movimiento de desocupados en esta relación se produce un desplazamiento que impugna la legitimidad de la red clientelar, la cual es, además, resignificada por la participación. La territorialidad de los desocupados y la densidad de las redes hacen que el contacto sea frecuente. Un vecino “puntero”, el comedor de X partido, o de la misma Municipalidad y las luchas por la obtención de votos, van tejiendo redes que producen relaciones sociales que puede ser reconfigurada como soporte de la acción.

La relación de las organizaciones con una “subjetividad clientelar” que embebe prácticas cotidianas es un elemento relevante para la conformación del movimiento. Pero en el plano de la construcción de la alteridad (y por lo tanto de una identidad) las redes clientelares tradicionales se conforman como un espacio con características particulares puesto que una importante cantidad de los entrevistados han participado de ellas, a la vez que abierto un espacio de resignificación.

4. El público general: Los sectores medios

La reconstrucción de la relación de los desocupados con los sectores medios es un asunto complejo. No sólo por la dificultad metodológica para distinguirlos allí, sino también por los vaivenes históricos con que ambos sectores se han relacionado. En esta tesis, lo que nos preocupa es el lugar de la mirada y la asignación de sentido que se articula en la subjetividad subalterna. En la construcción de las subjetividades colectivas la mirada del otro es constitutiva y en el movimiento de desocupados la de los sectores medios adquiere dimensiones muy particulares.

Históricamente se pueden identificar tres momentos de asignación de sentidos de los sectores medios¹⁶⁷ (que constituyen la “opinión pública” y “la sociedad”) sobre los desocupados movilizados. En el origen de las manifestaciones en el interior del país

¹⁶⁷ Nos centramos en la conformación de la “opinión pública” con epicentro en Buenos Aires. Nos basamos en sondeos de opinión de Internet en foros de los diarios de mayor tirada Clarín y La Nación. A pesar del escaso rigor metodológico de estas “encuestas” puede ser considerado un indicador en la formación de la opinión.

(1996-1998) se instaló una idea de una protesta que ocurría en lugares “lejanos” eran producto de situaciones provinciales. Intermediados por la prensa masiva, los sectores medios de las grandes ciudades (especial y determinante la “clase media porteña”) vislumbraron a la distancia el fenómeno de movilización social aunque con cierta reticencia frente a los cortes de ruta. Progresivamente, y hasta mediados de 2002 (teniendo su clímax entre diciembre de 2001 y los primeros meses del año siguiente) los sectores medios tuvieron miradas más condescendientes hacia los más desprotegidos movilizadores, significados como las víctimas del modelo neoliberal. La consigna “piquetes y cacerola, la lucha es una sola” que se dejaba oír en el verano argentino del 2002 es una síntesis de la equivalencia conformada por las demandas de los sectores medios perjudicados por la confiscación de los ahorros y la de los sectores populares que se centraban en el trabajo.

No obstante, la proliferación de cortes de ruta y la asunción del gobierno de Duhalde que instrumentó una política de restauración institucional, convocando a elecciones, y luego la asunción del gobierno de Kirchner que generó expectativa articulando demandas de distintos sectores de la sociedad, produjo que el consenso para la movilización de los desocupados aportado por los sectores medios se diluyera. Concomitante a este proceso se replegaron las famosas “asambleas barriales” que fueron la expresión organizada de la movilización de los sectores medios capitalinos. La aprobación, simpatía o tolerancia de los sectores medios se transformó en una condena a los métodos de protesta y acusaciones de trasgresión de la ley, violencia y corrupción por parte de las organizaciones de los desocupados.

“El animo de esperanza de mucha gente de que estamos yendo para adelante, de que estamos mal pero de que hay algo de futuro. Entonces el que se mete a trabar eso es un desubicado. La imagen es una Argentina como una locomotora que va para adelante y los piqueteros poniéndole palos y tirando todo para atrás, no sólo los piqueteros sino todos los que luchan” (Josua, MTD-FPDS)

Esta tercera situación es la que en la actualidad aparece como extendida y ha generado muchos debates al interior de las organizaciones (especialmente los cuadros de conducción) sobre las estrategias de relación con estos sectores. Este cambio en los

posicionamientos impacta en el reconocimiento y es reconstruida por Anselmo con cierto enojo:

“Antes con eso del corralito, que les dejaron la plata en los bancos y que no podían sacarla; ahí la gente media cuando nosotros salíamos a la calle, salía tocando la olla, golpeando los platos y la cacerola. La gente nos tiraba papelitos, nos aplaudía, nos daba agua fría, nos saludaba y gritaba. El verdulero sacaba la fruta y le daba a los chicos, nos daban un paquete de galletitas. A partir de ahí, cuando ellos consiguieron sacar su plata del corralito, la gente media está en contra de nosotros, ahora están en contra de nosotros. Porque ellos ya no nos necesita, porque piensa que nos pueden usar”

La relación del movimiento de desocupados con los estratos de clase media se construye, por un lado, a través de la prensa que elabora una “opinión pública” que atribuye a “la gente”. En este sentido se expande la idea de que “los piqueteros tienen de rehén a la gente” como enunció un líder de la derecha vernácula desnudando un argumento donde los manifestantes no ingresan en la categoría de gente. Por otro lado, los manifestantes se encuentran cara a cara con otros sectores en sus movilizaciones y allí perciben que las muestras de solidaridad del 2001-2002 se transformaron en la condena del 2005. Josua, uno de nuestros informantes calificados es claro al respecto:

“En este momento hay una muy mala relación con los sectores medios. Se ha instalado mucho eso de que cortar la calle es un delito, que sos un vago y que no dejan ir a trabajar a la gente. Eso hace que tengamos una muy mala relación. La relación con alguien que te cruza por la calle, un taxista o alguien que se sube en el subte, en el mismo que viajamos nosotros, es muy mala. No se animan a prepotearnos porque somos muchos (risas), pero es muy fuerte y que afecta mucho a los compañeros. El hecho de salir a la calle y que te insulten o que te miren mal. Eso cambió muchísimo, en un primer momento era todo lo contrario. Salir a la calle era re grosso, era algo digno. Me acuerdo en un momento era un orgullo salir a la calle, aparte de sentirte dueño de las cosas. Subíamos a un colectivo y que nos lleve, tomábamos un tren y viajábamos. Hoy tenemos que pedir permiso al colectivero y si no quiere llevarte te bajás, o en el tren te tienen esperando media hora y te dan dos vagones para viajar todos apretados. Los medios ayudaron a instalar esa cosa de deslegitimar a los piqueteros”

La movilidad de códigos por parte de los sectores medios es un tema poco estudiado pero el cuál no corresponde trabajar aquí. A los fines de nuestra preocupación es importante destacar el impacto en el ámbito del reconocimiento que “afecta mucho a los compañeros” como dice Josua. Esto evidencia la búsqueda de estimación y nos orienta en una construcción de la alteridad diferente a los casos anteriores (gobierno, policía, punteros). No obstante, la relación en la actualidad presenta una dificultad que deviene de la condena de unos sobre otros, durante el trabajo de campo hemos sido testigos directos de esta situación¹⁶⁸. Por el lado de la subjetividad de los desocupados, a pesar de la relación de conflicto con ribetes de antagonismo, hay una búsqueda de construir un espacio intersubjetivo de entendimiento:

“Antes de putearnos ellos deberían ponerse en lugar nuestro. La gente va viendo con el tiempo las cosas que están pasando, si nosotros salimos a la calle es porque tenemos que reclamar las cosas. A lo mejor la gente se siente molesta porque cortamos ruta y todo eso, pero con el tiempo nos da la razón” (Analía, MTR FV)

Esto posibilita que la construcción de los desocupados hacia los sectores medios no sea de enemigo, sino de público cuya aprobación se procura atraer. Algo que parece no ocurrir a la inversa. La búsqueda de consenso con los sectores medios llevó a algunas agrupaciones ya en el año 2001 a implementar modificaciones en su accionar. Como se recordará una de las polémicas que se materializó en los referidos Congresos Piqueteros

¹⁶⁸Fechado el 26 de julio de 2005 dice nuestro cuaderno de campo: “El operativo policial impidió a los manifestantes del MTD Aníbal Verón y del FPDS el corte total del Puente Pueyrredón (llamado el puente “nuevo”). En Represalia los manifestantes cortaron el “Puente viejo”, distante a 150 metros del anterior. Con esto se bloqueó por completo el principal circuito de conexión entre la Capital Federal y el Conurbano Sur. En la bajada del puente viejo en el lado a la ciudad de Buenos Aires, se fueron acumulando automovilistas y taxistas. Durante varios minutos los importunados conductores emitieron quejas, principalmente interpelando a los oficiales que habían cruzado un patrullero para evitar el contacto de los manifestantes con los conductores. Frases como “hay que matarlos a todos” “negros haraganes” “hay que ponerles una bomba” se escuchaban. Los más enardecidos reclutaron unos 10 u 12 hombres de mediana edad para “correr a esos piqueteros de mierda”. Sucede que desde la perspectiva de los automovilistas (porque el centro del puente está más elevado) se apreciaba un cordón de unos 20 manifestantes incluyendo mujeres y algunos chicos. Poco podían sospechar que a 150 metros la columna de desocupados congregaba a unos mil manifestantes. El impulso de “cagarlos a palos” que profería un rubio taxista de unos 35 años se transformó en un pedido “por favor” dirigido al responsable del cordón piquetero al descubrir la abrumadora mayoría, quien sólo le respondió “acá no pasa nadie”, con lo que el irascible taxista regresó hasta su coche profiriendo insultos en voz baja.

de aquel año tuvo como eje la conveniencia de atraer el consentimiento de los sectores medios. Esto implicaba no hacer cortes totales y evitar el uso de capuchas y palos. Tiempo después, sectores que en el 2001 se negaron a descubrirse el rostro, revieron su posición en vistas a una necesidad de conseguir reconocimiento de la legitimidad de su reclamo, y evitar la represión:

“Nosotros nos planteamos en un momento dejar de usar palos y capuchas, no andar con la cara tapada ni con los palos, eso tiene que ver con buscar consenso en la sociedad” (Josua, MTD-FPDS)

Así, el esfuerzo de los dirigentes se orienta a obtener nuevamente, sino el apoyo, al menos la comprensión de los sectores medios. Una muestra concluyente de esta búsqueda es la “Carta abierta del Frente Darío Santillán a la Sociedad”¹⁶⁹ difundida el 23 de septiembre de 2005 donde se intenta una pedagógica explicación de los cortes de puentes que los días 26 de cada mes se realizan en conmemoración del asesinato de Kosteki y Santillán. A partir de preguntas retóricas como ¿Por qué cortamos el puente? ¿No podemos implementar otra forma de reclamar justicia? O ¿sirve para algo?, el objetivo es ofrecer respuestas que construyan consenso en lo que, curiosamente, se denomina “la sociedad”, que se performa como una alteridad con quien se establece un diálogo.

“Ahora vemos que la sociedad no acuerda con nuestros métodos. Y bueno, pero creemos que es parte de un proceso. Obviamente tenemos a los medios masivos en contra, que genera desprestigio en nuestras organizaciones. La legitimidad, nosotros la conseguimos en el trabajo cotidiano.” (Juanjo, MTD del FPDS)

Más allá de las vicisitudes de la relación de los sectores medios y los desocupados es necesario rescatar que en un trasfondo de entendimiento intersubjetivo estos últimos buscan reconocimiento. Por lo tanto, la construcción de la alteridad en este caso se sitúa en un intento de construir un “nosotros” más amplio (por ejemplo, nosotros “el pueblo”) donde los sectores desocupados y los sectores medios se articulen.

¹⁶⁹ El texto completo puede consultarse en www.prensadefrente.org/pdfb2/index.php/2005/09/23/p513 (visitado en noviembre de 2005)

5. Los “otros” trabajadores

La autopercepción de los desocupados los remite a una inestable triple inscripción: desocupados, trabajadores y pueblo. Esto lleva a la identificación y una interlocución con los otros trabajadores que son vislumbrados como los “ocupados”. Básicamente se pueden identificar dos espacios de interacción de los desocupados con otros integrantes de los sectores populares. El primero se erige sobre el momento de la disrupción promovida por el acto de protesta. La segunda tiene que ver con el barrio y las acciones de matriz comunitaria que las organizaciones desarrollan. En gran medida la tematización de una alteridad situada en el momento de la protesta está motivada por la acusación de los medios de comunicación de que el accionar piquetero cercena el derecho a trabajar de los transeúntes que se dirigen a sus labores. Esto sitúa a los desocupados a ofrecer razones de su accionar.

“Sobre todas las cosas, yo le pido perdón a la gente a la que le puede molestar esto, pero si yo no hago esto tengo que salir a robar, porque tengo dos hijos yo. Y primeramente no estoy preparado para salir a luquear¹⁷⁰ a nadie. Y menos a un trabajador que por ahí gana 200 pesos más de lo que cobro yo con el Plan. Porque eso es ser un hijo de mil puta, es no pensar en los demás, es pensar solamente en mí. Más de una vez he dicho que nos disculpen por salir a cortar una ruta y romperle las pelotas al trabajador ocupado” (Miguel MTD AV)

El espacio de solidaridad de clase se expresa en los desocupados que piden comprensión a los otros trabajadores. La significación de la protesta reclama el ejercicio del pensamiento cotidiano que Schütz (1995:42) llamó “la idealización de la intercambiabilidad de los puntos de vista”,¹⁷¹ esto la suposición que el campo intersubjetivo compartido con los otros les permite a otro “ponerse en mi lugar”:

¹⁷⁰ Luquear: pedir con exigencia e insistencia dinero en la calle a alguien que se supone cuenta con recursos. También se usa como “robar”.

¹⁷¹ “presuponemos un ‘Nosotros’. Pero este nosotros no nos incluye solamente a usted y a mí, sino también a ‘cualquiera que sea uno de nosotros’, es decir a todo aquel cuyo sistema de significatividades esté sustancialmente (suficientemente) en conformidad con el suyo y el mío” (Schütz, 1995:43)

“cuando alguien se arrima y nos dice que somos violentos, yo les pregunto que harían ellos si se quedan sin laburo, que harían ellos” (Anselmo, MTR)

Por ahí la gente que nos crítica no ha padecido hambre o no sabe lo que es tener un hijo que te diga “‘necesito un cuaderno para estudiar’ y tener que decirle ‘no tengo’”. Creo que esa gente no entiende eso y no lo sabe, porque tiene un laburo. No digo que no lo tengan, pero tendrían que entendernos también a nosotros. Porque estamos luchando por lo que nos corresponde a nosotros y pensamos que es justo” (Matías, MTD-FPDS)

Esto vale especialmente para aquellos con los que se admite un espacio intersubjetivo común. Esto especialmente se dirige a los sectores ocupados (aunque también puede utilizarse para interpelar a las clases medias) a los que retóricamente se invita al ejercicio de resolver el dilema “que harían ustedes si no tienen para darle de comer a sus hijos”.

“La gente que pasa nos putea. Yo entiendo que la gente que trabaja se enoje y nos putee porque le cortamos la calle. Pero ellos tienen que entender que nosotros queremos un trabajo para ser como ellos. Tendrían que apoyarnos como nosotros apoyamos a los que despiden o que luchan por un sueldo mejor” (Mariela, FTC)

El imaginario de la integración social mediante el puesto de trabajo reaparece en la significación que los desocupados tienen de los ocupados. El deseo produce identificación (“queremos un trabajo para ser como ellos”). La incomprensión de los otros trabajadores es atribuida a no haber experimentado la situación del desempleo y sus consecuencias de desafiliación

En el plano de las organizaciones los líderes promueven la “unidad de los trabajadores” (tal es la consigna que se corea en actos donde participan trabajadores ocupados “comisiones de fábrica”, la mayoría vinculadas a partidos de izquierda). Aunque la política de alianzas cambia de acuerdo a la orientación ideológica de las organizaciones, estas movilizaciones conjuntas generan experiencias en los participantes de base. Bini, que es un cuadro territorial de 24 años analiza:

“Nosotros hace tiempo que nos estamos planteando el tema de la unidad con los trabajadores ocupados porque nosotros nos consideramos trabajadores, también. Para nosotros era muy importante eso, que de a poco se está dando. Vos ves que los trabajadores ocupados se levantan y pelean pero que no lo hacen con el sindicato”

La expansión de los conflictos salariales sostenidos por trabajadores tanto del sector público como privado impactó en la significación que de estos tienen los desocupados. Sobre este punto, Edgardo, explica:

“Es un tema medio jodido, esa gente afortunadamente tiene trabajo y nosotros estamos pidiendo trabajo. Ahora estamos en una situación que antes no teníamos que es que tenemos contactos con gente que tiene trabajo (se refiere a comisiones internas en huelga). Sobre todo cuando ellos entraron en paros y huelgas, por ejemplo en el hospital Garrahan entonces los medios y el gobierno les empezaron a decir que ellos eran los culpables que se mueran los chicos y todo eso. O lo mismo con los del subte. Cuando a ellos les pasa entonces nos comprenden más, tal vez el que antes puteaba ahora nos entiende”

Por su parte, la inserción territorial de los grupos de desocupados en los barrios populares provoca un contacto con otros vecinos de similar condición socio-económica que no son militantes o colaboradores con la organización, en tal sentido establecer relaciones con los otros se transforma en una forma de buscar consensos. Por ejemplo, los militantes del MTD de la Matanza, que no superan los 25 miembros activos, calculan que por el centro comunitario del barrio “La Juanita” circulan diariamente unas 500 personas entre los padres que llevan sus hijos al jardín de infantes, la feria que se desarrolla en su interior, las consultas médicas, la panadería y otras actividades. Algo similar sucede con la “Fábrica” del MTD Resistir y Vencer que incluye una textil, una fábrica de cerveza y un centro cultural en Wilde, o las múltiples actividades del comedor “Los Pibes” en la Boca que van desde un “café-cultural” hasta una carpintería y una boca de expendio de los bienes producidos por los desocupados. Esta interacción permite desmitificar la imagen que los medios masivos presentan de las organizaciones de desocupados, aunque esto se dé a partir de relaciones mercantiles devenidas de la compra de productos de los

micro emprendimientos (panaderías, huertas, etc.). Con estas actividades los desocupados que participan en las organizaciones buscan vincularse con el resto de sus vecinos. En este punto, la búsqueda del consenso, de la comprensión y de un validar el campo intersubjetivo es aún más evidente cuando se trata de relacionarse con otros trabajadores.

6. Los medios de comunicación

En las sociedades contemporáneas, con altas densidades de información, el papel de los medios de comunicación como ámbito de conformación del orden social y elaboración de sentido es fundamental. En este contexto, un movimiento urbano, como el de desocupados, inserto en una cultura de masas no puede ser inocuo a la influencia de los medios de comunicación. Más aún cuando mucha de la efectividad del repertorio de protesta se jugó en la repercusión que las acciones disruptivas ocuparon en los medios masivos. La eficacia para concitar la atención y así obtener visibilidad situó al movimiento en una relación particular con la gran prensa. Esta tesis no se ocupa del específico tratamiento que los diversos medios de alcance nacional hacen del movimiento¹⁷², pero sí nos interesa la recepción y la significación subjetiva que los desocupados hacen de los discursos de los medios. En general, los manifestantes batallan con una idea de los medios dominantes que, en la actualidad, asocia “piqueteros” a “violencia” y que ha contribuido a los problemas de consenso social que se evidenció el movimiento de desocupados en los últimos años. Esto opera en la subjetividad de los desempleados, en primera instancia, con un cruce de sentidos, por un lado identificar una alteridad en los medios y, por otro, adscribir su funcionalidad a la perpetuación del orden social.

“Uno, los medios siempre están para el otro lado, no tiran para el pobre. Porque estuvieron de moda los secuestros, estuvieron de moda...no sé...tantas boludeces. Estuvieron de moda “porque hay secuestros express en todo el país” “están robando en todos lados” “la ola de inseguridad” me entendés. Ellos siempre están defendiendo algo

¹⁷² Al respecto puede consultarse Gordillo (2002) donde la autora realiza un análisis del discurso con referencia a los desocupados tomando dos diarios de tirada nacional (La Nación y Página/12)

con una postura política. A nosotros también nos tiraron mierda y dijeron “¿cómo estos cortan la ruta?!” (Miguel, MTD AV)

Miguel identifica la operación de los medios masivos para instalar una agenda de temas y presionar en una definición de los sentidos que se atribuyen. La equiparación de los piqueteros a “violencia” y “delito” (Cfr. Lenguita, 2002b:57), por un lado, y la ola de inseguridad que desde la subjetividad instala el deseo represivo, por el otro. Esta descalificación por parte de los medios produce una apropiación desde significados emotivos:

“Te da bronca que vos estés trabajando en el comedor todo el día para darle de comer a los chicos y te saquen en la televisión que los piqueteros hacen lío y no dejan ir al trabajo. Nunca dicen quienes fueron los que cortaron y quienes trabajamos todo el día. Es injusto, te una bronca bárbara” (Mumi, MBP)

En un reportaje meses antes de su muerte, Darío Santillán, una de las víctimas fatales de la represión del 26 de junio de 2002, se refería al tema desde su experiencia de militante:

“Nosotros necesitamos que eso se difunda, que no sólo somos un movimiento de desocupados que tiramos gomas en la ruta, juntamos gente y salimos a cortar, que tenemos un trabajo real y queremos que se difunda... con los pocos grupos que se han acercado hasta ahora hemos tratado de reflejar eso más que nada, aunque a veces está más interesados en el fuego de las gomas que en la construcción real de la organización que es lo que más cuesta todos los días. Así que yo creo que, por ese lado, los grupos alternativos de difusión pueden ayudarnos en ese sentido, que se difunda lo que es realmente, lo que se está trabajando, la formación, las discusiones en los ámbitos de los movimientos, el crecimiento que tienen los movimientos realmente” (Darío Santillán MTD Lanús)¹⁷³

¹⁷³ Audio de Indymedia Argentina: <http://argentina.indymedia.org/news/2002/06/34048.php> Visitado en abril de 2005. La entrevista fue realizada el 21 de enero de 2002.

Durante los meses de trabajo de campo hemos sido testigos de la búsqueda de escenificación de la protesta a través de los medios masivos (aunque también de los medios llamados “alternativos”). Así, hemos visto incrementar el fuego de los neumáticos para contentar a un camarógrafo del canal “Crónica”, o repetir la “salida a jugar” de los chicos del jardín de infantes de una organización porque “estaría mejor una toma de lo que la gente le gusta ver: chicos jugando”, según palabras del asistente de producción de uno de los canales más importantes.

La dependencia conflictiva respecto a los medios de comunicación masivos llevó a las organizaciones a implementar formas de comunicación propias. La construcción de páginas web se ha sumado como herramienta a las clásicas formas de difusión del boletín, el periódico, la revista, etc. No obstante, la participación en estas producciones está mediada por los dirigentes quienes establecen poderes de veto y, en general, la participación de los propios desocupados en la construcción de los medios de difusión es escasa. Esto produce una mayor dependencia de estos sectores con la prensa masiva,

“nosotros estamos acostumbrados a que la derecha maneje todos los medios. Son pocos los medios que sacan las cosas como son. Por eso tenemos disciplina para no darle ninguna excusa para que nos peguen. Eso pasa mucho con canal 9 que no saca que nosotros hacemos trabajos todos los días, o que tenemos acuerdos con los vecinos del Puente Pueyrredón para cortar en horarios que a ellos no les moleste tanto. Eso los medios no lo salen a decir. Nosotros como organización no confiamos en los medios”
(Edgardo, MTD AV)

Basta con encender el televisor y sintonizar los canales masivos, especialmente en los programas de mayor televidencia para percibir el sentido ominoso que se construye sobre los desocupados. Como lo fueron apelativos como “chusmas” “cabecitas negras” “descamisados” o “grasas” o “indio”, es frecuente escuchar el “piquetero” como una forma de descalificar personas o actitudes. Esto generó, como veremos en su momento la puesta en dilema de la identidad de los participantes en el movimiento de desocupados. En referencia al papel hegemónico de los medios de comunicación y con sensibilidad sociológica, dice Suly

“Los medios de comunicación quieren vender y lamentablemente, digamos, el que tiene un laburo, labura todo el día y cuando llega a la casa lo primero que hace es prender un televisor y chupar y mamar ese discurso que tienen los medios de comunicación” (MTD-FPDS)

Sus palabras son esclarecedoras y las podemos traducirlas en términos sociológicos para referir el lugar de la lógica empresarial-mercantil de los medios masivos, su función en la construcción de hegemonía, las formas de alienación que controlan el tiempo del trabajador ofreciéndole bienes de consumo con carga ideológica y la apropiación por parte del sujeto para incorporar los códigos elaborados por los medios a la subjetividad. Es cierto que esta construcción de subjetividad afecta, principalmente, a los sectores subalternos que no participan del movimiento. Sin embargo, la forma de lidiar con el discurso oficial mediático genera, frecuentemente, la necesidad de establecer fronteras internas al movimiento. Esto supone admitir que hay una verdad parcializada en la información producida por la prensa, con lo que se genera una operación de introducir diferencias al interior del movimiento.

“Mucho del desprestigio que tenemos es culpa de los medios. Ellos ponen lo que quieren, ocultan una cosa y muestran otra. Por ejemplo en un momento parece que Castells fuera el ‘movimiento piquetero’. O sino se agarran de quilombos que hacen organizaciones chicas con poca gente están todo el día con eso, que los piqueteros hacen quilombo. A veces hacemos movidas grandes de miles de personas y como son pacíficas no las sacan por la tele y parece que no existen. Muestran sólo cosas que al sistema le conviene y mucha gente se cree eso, tienen mucha influencia. (Maciel CCC)

La mirada del otro es constitutiva de la identidad, de allí la importancia de los medios de comunicación masivos en la conformación del movimiento de desocupados. La tensión entre obtener visibilidad y consenso a través de los medios; y los mensajes de descalificación de los mismos pone a los desocupados en un dilema que tiene aristas políticas. No obstante, en la conformación de la subjetividad y puesto que son ámbitos que producen y reproducen sentidos, el lugar de los medios de masas es relevante.

7. Los empresarios

Las demandas sociales se construyen de manera subjetiva revistiendo de sentido una relación social o acontecimiento. En este aspecto, el “trabajo” como demanda no lleva *per se* una definición de alteridades, sino que éstas dependen de la historia de la subjetividad de los sectores subalternos. Tal vez eso nos oriente en la comprensión de la relación construida por los desocupados con los empresarios, es decir, con el capital. Lo que para muchos son el sujeto que lucha contra el capital (Dinerstein, 2001), los desempleados, ha tenido desde su origen, una relación paradójica con los capitalistas. Precisamente el “piquete” tuvo su ignición en la caída de un contrato con una empresa extranjera de fertilizantes en Cutral-Co. Es decir, no hay una antinomia con los empresarios en los comienzos especialmente en el sur, aunque en Salta la confrontación con las empresas sea mucho más fuerte debido a la composición de los manifestantes y la radicación de empresas privadas. No obstante, es lógico que esta relación se vaya modificando a medida que la subjetividad se reconstruye y se acomodan las asignaciones de causas de la situación.

“Acá en este país lamentablemente, las grandes empresas y los empresarios se llevaron y vaciaron este país, pero éste es un país muy rico” (Katy, CLP)

Esta asignación de responsabilidad habilita las acciones colectivas identificando como una alteridad a las empresas y los empresarios. No obstante, en el conurbano bonaerense, a pesar de ser el cordón industrial más grande la Argentina, se han registrado escasas protestas contra empresas. Especialmente, y hasta el año 2001, éstas se han remitido al pedido inmediato de alimentos a los hipermercados y no hacia las industrias solicitando “trabajo”. Otras acciones tendieron a obtener garrafas de gas ante refinerías de petróleo más algunos hechos aislados de movilización a la Sociedad Rural para solicitar animales con el fin de abastecer emprendimientos agropecuarios e industriales¹⁷⁴.

¹⁷⁴ La mayoría de los desocupados se volcó a dos rubros: el textil (confección de ropa en general y de guardapolvos) y el alimentario, donde las panaderías son las estrellas. Hacer pan es un negocio muy elegido porque los insumos son baratos y la venta segura. Compran la harina en los lugares tradicionales, buscando el mejor precio, pero también hay organizaciones que suelen conseguirla con movilizaciones a los supermercados o a la Sociedad Rural (Laura Vales, Página/12, 2 de febrero de 2004)

Asimismo, y en el marco del desgaste del piquete urbano como forma de confrontación, algunas organizaciones buscaron precisar el destinatario del reclamo situándose frente a empresas como Repsol-YPF, Trenes de Buenos Aires, Massalin Particulares, las cuales fueron destinatarios de cortes frente a sus instalaciones por parte del BOP en el llamado “piquete a las ganancias”¹⁷⁵ (Svampa y Pereyra 2005: 361). Por su parte, grupos alineados con el presidente Kirchner se movilizaron en su apoyo cuando se produjeron conflictos entre el Ejecutivo y las empresas privadas. La primera se originó por el aumento de combustibles decretado por Shell y la respuesta del presidente de un boicot, que los movimientos interpretaron como un llamamiento a la acción directa¹⁷⁶. Otra tuvo lugar en medio de una puja entre el gobierno y las empresas privatizadas de agua que solicitaban el aumento de las tarifas y eran indicadas representantes del proyecto neoliberal y privatizador de la década del noventa¹⁷⁷. Algo similar sucedió en noviembre de 2005 cuando piqueteros alineados con el gobierno nacional bloquearon los ingresos al supermercado Coto, con cuyo dueño Alfredo Coto el presidente Kirchner había tenido días antes una controversia por el aumento de los precios al consumidor¹⁷⁸.

En este punto conviene hacer una precisión. Los líderes de las organizaciones identifican claramente a las empresas como “agentes del imperialismo y la oligarquía”. Dice un comunicado del MTR-CUBa, en su página web:

“Esta reconversión entraña un ajuste presupuestario a la medida del FMI y del Banco Mundial, pero también mucho más que eso. Son la Sociedad Rural, la Cámara Argentina de la Construcción y la UIA (Unión Industrial Argentina), entre otras centrales empresarias las

¹⁷⁵ Laura Vales, diario Página/12 14 de junio de 2004.

¹⁷⁶ Página/12, 11 y 14 de marzo de 2005. Las organizaciones que participaron del piquete boicot a Shell fueron: FTV, Barrios de Pié, MTD Evita, y el MTD Resistir y Vencer entre otros.

¹⁷⁷ Página/12, 22 de marzo de 2005. Las agrupaciones que movilizaron se inscriben en el arco de apoyo al gobierno (Barrios de Pié, FTV, FB-19, Octubre). No obstante también las empresas privatizadas han sido objeto de piquetes por parte de otras organizaciones enfrentadas con el gobierno como la CTD-AV y el MTL.

¹⁷⁸ Diario Infobae y Diario Clarín, 29 de noviembre de 2005. Edición de Internet. Las organizaciones que participaron del bloqueo fueron el FB-19 de diciembre y la Agrupación Martín Fierro. La referencia relevante en esta acción colectiva se vincula con una asociación que los líderes hacen con la modalidad de agitación sindical. Así se refiere un dirigente a la acción “piquete de denuncia, será una volantada como se usaba en las fábricas” (Infobae)

que fogonean la desaparición de los planes. Quieren manos libres para contratar en horarios extendidos, en negro y bajo importes de indigencia. Lo prueba el hecho que el 53% de los nuevos empleos no son registrados y su promedio de \$200 (Clarín, 14/3/05)”.

Lo mismo se refiere la FTV a “Los Grupos Económicos concentrados”¹⁷⁹. No obstante, perderíamos la visión al proceso de construcción de la subjetividad si asimilamos este discurso de los líderes con la asignación de sentido de los sectores subalternos. La reconstrucción del proceso de asignación de sentido nos lleva a observar una distinción operada por los entrevistados entre “comerciantes” y “empresarios”. Con los primeros se busca establecer un campo intersubjetivo y de consenso. Con respecto a la frecuencia de los cortes del puente que afectan la actividad comercial de la zona, los participantes refieren:

“Nosotros para estar acá hoy tuvimos un acuerdo con los comerciantes de Avellaneda” (Miguel, MTD AV)

La difusa identificación del gran empresariado como alteridad, y su escaso reconocimiento como un actor de peso en el bloque hegemónico, sitúa a la subjetividad subalterna frente a limitaciones. A diferencia del conflicto de la clase obrera clásica que en el modelo argentino disputaba con los empresarios con la mediación del Estado, en la reconfiguración de las situaciones estructurales de clase existe un cambio de esta relación. Por otro lado, hace aún más relevante el nivel de antagonismo con el gobierno. La demanda por “trabajo” supone, también incluir a las empresas en ese reclamo porque la imagen del trabajo protegido tiene un pilar en la “fábrica”, sin embargo la construcción de la subjetividad beligerante ha privilegiado una relación de interacción con el Estado por sobre los empresarios.

8. Las otras organizaciones: alteridad en el “nosotros”

¹⁷⁹ Intervención pública del referente de la FTV, Luís D’Elfa el 18 de abril de 2004. ACTA, agencia de noticias de la CTA,: <http://www.cta.org.ar/NewsPub/Archives/3/5-2004.shtml>

La multiplicidad de organizaciones de desocupados produce una coexistencia en el campo de protesta. La relación entre las bases se distancia de las polémicas frecuentes entre los líderes de las organizaciones. Sin embargo, los lugares en que se ubicaron las organizaciones en el proceso político y las acciones colectivas que se desarrollan en el marco de otras organizaciones es un elemento que solicita sentido por parte de los participantes. Una dicotomía, entonces, opera en muchos relatos “están con el gobierno” o “contra el gobierno”. En este punto, la fugacidad de los alineamientos¹⁸⁰ (sobre todo de alianzas entre organizaciones) no ha permitido afianzar sentidos de los participantes de base con respecto a otras organizaciones. Una operación recurrente consiste en distinguir los dirigentes y las bases, puesto que hay una tradición común, espacios compartidos, etc., con los participantes de base de otras organizaciones.

Atrás de la dirigencia de las organizaciones que están con el gobierno hay compañeros que son igual que nosotros, nosotros no los vemos como enemigos porque el dirigente va a una política que va en beneficio de sí mismo” (Marisa, MTD AV)

La otra división no se opera sobre la alineación política sino por los grados de violencia. En respuesta a la agenda que se forma desde los medios de comunicación, como hemos visto, se pone a los desocupados frente a la necesidad de distinguir piqueteros buenos y malos, verdaderos y falsos.

“Los piqueteros verdaderos, los piqueteros verdaderos no somos agresivos. Ninguno somos agresivos. A veces dicen que nosotros tenemos agresividad porque usamos el palo. Nosotros usamos los palos para defender a nuestros compañeros, nada más. No salimos a la calle para agredir a nadie. En eso hay piqueteros...y piqueteros digamos” (Anselmo MTR AV)

¹⁸⁰ Es cierto que algunas alianzas culminaron en fusiones (por ejemplo, MTR y CUBA) no obstante ha predominado la inestabilidad de los acuerdos. El que mayor nivel había alcanzado (el de la FTV con la CCC) se fracturó con la asunción de Kirchner y organizaciones que se reivindicaban “hermanas” ahora se ubican una en el oficialismo y la otra en la oposición.

Nosotros no hacemos quilombo, hay piqueteros que hacen quilombo pero nosotros no. Nosotros vamos pedimos lo que necesitamos. Vamos siempre, si no nos dan, volvemos a ir y otra vez, y volvemos hasta que nos dan” (Pancha, MBP)

Esta distinción, desde las bases, no depende de la orientación ideológica de la organización (Anselmo pertenece a una opositora al gobierno, mientras que Pancha a una oficialista), sino de poder resignificar con códigos éticos un discurso elaborado por los medios masivos, como hemos visto.

9. Consideraciones finales sobre la alteridad

En nuestra discusión teórica hemos referido la importancia de la alteridad en la conformación de los movimientos sociales. Asimismo, identificamos que los códigos movilizados para significar a otros actores pueden provenir de diferentes campos. En la estructura argumentativa de la demanda “trabajo” e inscrita en la historia de la subjetividad subalterna encontramos una primera alteridad. La equivalencia Gobierno-estado en el contexto del campo de conflicto adquirió, como vimos, dimensiones complejas, tensiones y paradojas. Además, la operación que equipara como responsables (a partir de la metonimia por contigüidad de los gobiernos de Menem, De la Rúa, Duhalde) adquirió una nueva dimensión frente al ejercicio retórico de ruptura de la actual administración que pone en cuestión tal equivalencia.

Por su parte, la radicalidad potencial de los métodos de protesta de los desocupados hace que encontremos en las fuerzas de seguridad una alteridad. Allí se evidencian diferentes sentidos que responden a las características de los entrevistados (y su experiencia colectiva), a los contextos de enunciación y los diversos códigos de significación presentes en la cultura popular. Las redes clientelares también son espacios de construcción de alteridad, allí éstas se equiparan con sentidos atribuidos a “los políticos” y “la política” a partir de una operación subjetiva de hipergeneralización que significa la relación clientelar como corrupta.

Las referencias a los sectores medios nos permiten reconstruir los diferentes momentos de la subjetividad y el cambio de los sentidos a través del tiempo en la

construcción de la alteridad. En particular, por el impacto que significó la adhesión (el reconocimiento) de los sectores medios los primeros meses del 2002 y luego una condena. Al igual que lo que sucede con los sectores medios, con los trabajadores ocupados la operación de los desocupados busca instalar un campo intersubjetivo común donde esos “otros” puedan reconocer a los damnificados, los valores y se solidaricen o, lo menos, no los condenen. En este plano de la mirada del otro y el reconocimiento, hemos referido la influencia de los medios de comunicación dominantes que construyó una figura del “piquetero” asociado a la violencia y al peligro al orden social. Si bien los participantes han significado a los “medios” como miradas que deforman la “realidad de los desocupados”, también es cierto que los llevó a introducir una distinción entre piqueteros “buenos” o “legítimos” y una difusa idea de “otros” piqueteros a quienes se deslegitima.

La construcción de las alteridades, como producciones simbólicas, nos habla de las configuraciones subjetivas, tanto de su dinámica y movilidad, como de su historicidad y su potencialidad para instituir un campo de antagonismo. En este capítulo hemos avanzado en la reconstrucción de la subjetividad y el sujeto colectivo implicado en el movimiento de desocupados en Argentina.

CAPÍTULO VIII

Reflexiones finales. Subjetividad popular y disputa por el orden social.

El movimiento de desocupados en Argentina es uno de los casos de resistencia a las drásticas consecuencias sociales del neoliberalismo, su acción una respuesta construida en (y frente) a las condiciones a las que sectores populares fueron compelidos en el orden social. Quizás, de las experiencias de participación política en la argentina reciente, la que en mayor medida acaparó la atención del público, la prensa y los investigadores. A lo largo de esta tesis hemos visto *cómo y por qué* fue posible esta experiencia de los desocupados a partir del particular enfoque de la pregunta por la subjetividad colectiva, la conformación del sujeto y el movimiento social. Esta reconstrucción del sujeto colectivo implicado en el movimiento de desocupados nos permitió, por ser condensador-constructor de historicidad, una entrada al proceso histórico-político argentino. Pero además, la opción desde el pensamiento epistémico crítico por problematizar la conformación del sujeto colectivo en el marco de producir conocimiento histórico-político nos impone ir más allá y preguntarnos por la relación del sujeto con el orden social, su lugar en la disputa y en la transformación de la sociedad, sus alcances y limitaciones.

Como respuesta a este desafío en la presente sección final nos proponemos articular dos objetivos. Por un lado, presentar tanto los alcances y las limitaciones de este estudio, como las líneas abiertas para futuras investigaciones. Por otro lado, recuperar los aportes presentados en los diferentes capítulos como una forma de problematizar la relación de los sujetos colectivos y el orden social en la Argentina contemporánea. De esta manera esperamos tanto recuperar los aportes y avanzar en agenda de investigaciones futuras, como concluir con el tratamiento de la pregunta por el orden social en disputa. Para cumplir con ambos objetivos proponemos la siguiente estrategia de exposición. En la primera parte de las conclusiones ofreceremos una síntesis en la cuál recuperaremos los principales aportes de la tesis en el estudio de la articulación de estructura, subjetividad y acción en diferentes períodos. En la segunda parte trataremos los alcances y limitaciones del sujeto en cuestión en referencia a la disputa por el orden social.

1. Fases de la articulación estructura, subjetividad y acción en el movimiento de desocupados.

El orden social neoliberal en Argentina trastocó espacios de constitución de los sujetos populares, asimismo modificó los modos de dominación al crear nuevos tipos de relaciones de poder, al tiempo que reforzó otros existentes. En el plano de la estructura social, amplios sectores populares sufrieron el drástico cambio en sus condiciones de vida y sus formas de sociabilidad. El desempleo, la pobreza, la marginalidad, la precarización laboral y la incertidumbre fue la situación generalizada para una amplia masa de la población argentina. Como consecuencia, los sectores subalternos, quienes se vieron en mayor medida afectados por estas transformaciones, asistieron a un proceso de inclusión al orden de dominación desde lugares modificados a los que tradicionalmente habían ocupado. Esta recomposición de la hegemonía fue acompañada por una operación ideológica tendiente a reconfigurar el plexo de sentidos construidos históricamente. Esto conlleva a que este momento clave de la conformación hegemónica neoliberal no pueda reconstruirse completamente sin atender al proceso en que el orden social produce subjetividades. Es decir, sin concebir que la hegemonía es un momento activo que debe pensarse junto a la construcción de subjetividades. En el plano que nos interesa es relevante el proceso de interpelación-producción-reconfiguración de las subjetividades subalternas al atravesarlas con códigos provenientes de la lógica del mercado: consumo, competencia, individualismo. De esta forma, la desorganización de la experiencia cotidiana avanzó desestructurado y reestructurando tanto material como simbólicamente la vida cotidiana, construyendo, así, un nuevo orden social hegemónico en Argentina.

Desde esta situación derivamos, entonces, la pregunta lógica: *cómo y por qué* fue posible la experiencia de movilización colectiva y organización popular en este contexto signado por la experiencia de dominación neoliberal. A lo largo de esta tesis hemos ofrecido un tratamiento a esta cuestión. En lo que sigue de esta sección entonces nos ocuparemos de reconstruir en un plano más abstracto la integración de lo trabajado hasta aquí en lo que refiere a la conformación de un sujetos social con umbral de acción colectiva: las diferentes fases de articulación entre estructura, subjetividad y acción que

conforman el movimiento de desocupados como una manera de pensar teóricamente los problemas propuestos.

1.1 Antecedentes en la era neoliberal: dislocación hegemónica y construcción molecular

El proyecto neoliberal construyó consensos a comienzos de los años noventas que fueron elementos básicos de su hegemonía, desde allí desarticuló los intentos de movilización de las organizaciones populares y obstruyó la producción de nuevos sujetos sociales. Esto no quiere decir que no existieran voces disidentes y oposición al modelo dominante, sino que la fragmentación de las luchas y su carácter defensivo generaron una derrota de los movimientos en pugna, a la vez que la hegemonía dificultó la creación de otros novedosos. El neoliberalismo, por entonces, parecía una gran máquina que podía aplastar todo a su paso. No obstante, hacia mediados de la década, desde diferentes lugares se construyeron acciones colectivas tendientes a impugnar el lugar que el orden social asignaba a determinados grupos. Primero desde las castigadas economías del interior emergieron los incipientes síntomas de la crisis. Las promesas incumplidas de la modernización que legitimaron las privatizaciones motivaron las puebladas en Cutral Co y Plaza Huincul de 1996-1997. Esta serie de protestas sitas en el interior del país abrieron un debate sobre las consecuencias de un modelo económico que había sido presentado como exitoso. Las “puebladas”, aunque no lograron transformaciones en el orden social neoliberal, fueron antecedentes valiosos para experiencia de organización posteriores al articular experiencias históricas (especialmente sindicales) para producir acción en el nuevo contexto. Esta disrupción colectiva provocó, por un lado, la ampliación de grietas y fisuras en el discurso hegemónico al erigirse como la respuesta a ciertas “consecuencias” del modelo económico. Pero a su vez, aportaron en la construcción de formas de protesta, forjando y templando armas eficaces para la protesta social, especialmente el piquete como forma de confrontación y las asambleas como manera de tomar decisiones colectivamente vinculantes.

Mientras tanto, en los territorios del conurbano bonaerense, los sectores subalternos que habían sufrido la desestructuración de sus vidas cotidianas, en particular por los

problemas de empleo y pobreza, buscaban estrategias de resistencia y supervivencia en las nuevas condiciones materiales. Entre las formas colectivas de enfrentar la situación, es destacable la resignificación de espacios organizacionales creados en fases anteriores de luchas reivindicativas populares, específicamente, las tomas de tierras y la formación de asentamientos. Las primeras experiencias de agrupación de desocupados promovidas por militantes sociales, no obstante, no pudieron consolidar una subjetividad colectiva que permita extender sentidos para instalar el umbral de acción colectiva (el problema de la voluntad colectiva), de esta manera sus alcances fueron acotados. Sin embargo, pese a esta limitación en la construcción de un sujeto social produjeron instancias fundacionales que serán rearticuladas en la configuración posterior, la cuál constituyó la fase de visibilidad del movimiento. Otro elemento que impuso limitaciones a la construcción del movimiento, en esta fase, fue la invisibilidad de las acciones colectivas que los núcleos organizados desplegaban. Las primeras acciones colectivas en el conurbano bonaerense, entre los años 1996 y 1997, pasaron casi desapercibidas por el resto de la sociedad al ser invisibilizadas por los medios de comunicación masivos. En parte debido a lo anterior y de acuerdo a la extensión de la demanda, el “otro” frente al cuál se elaboró el reclamo (el Estado) pudo, en principio, responder desde una combinación de caso omiso y su lógica asistencialista a través de sus redes clientelares. Esta fase, si bien aún es difícil hablar de un “movimiento social”, es clave como laboratorio de experiencias, como momento molecular de construcción de disposiciones para la acción que se explotarían más adelante.

1.2 Expansión de la demanda y articulación del movimiento

Hacia 1998, y en particular en 1999, si bien a nivel nacional el modelo mantenía su hegemonía, las consecuencias sociales y las movilizaciones en el interior situaron nuevas condiciones para una particular articulación entre estructura, subjetividad y acción. En esta nueva fase hombres y mujeres se organizaron y construyeron las acciones colectivas para impugnar el lugar al que eran marginados en el orden social. Se revelaron contra los nombres impuestos e instituyeron lugares de protesta para emerger como un sujeto colectivo. Esta construcción de la acción en el contexto de las relaciones sociales

estructuradas por el neoliberalismo fue posible a partir de la elaboración de una configuración subjetiva colectiva.

En este proceso de construcción son relevantes tanto la cultura como la subjetividad. En efecto, la densidad de la cultura albergó códigos de significados que permanecieron subalternos en el esquema neoliberal, pero que molecularmente pudieron ser rearticulados en una configuración para significar una relación social (el desempleo) como seno de un antagonismo. Esto es, una relación de subordinación como la desocupación se convirtió, por una operación de la subjetividad colectiva, en una opresión y como tal en lugar fértil para la acción. La reconstrucción de este acontecimiento histórico es posible en tanto concebimos las configuraciones subjetivas como espacios intervinientes entre las estructuras sociales y la acción colectiva. De este modo la subjetividad estudiada produjo una demanda en el trasfondo de las relaciones estructuradas por el neoliberalismo que constituyó un sujeto capaz de acción colectiva: el movimiento de trabajadores desocupados.

Los movimientos sociales se erigen sobre una demanda constitutiva, aunque puedan amalgamar a otras distintas, a su vez la producción de ésta es un elemento clave para la investigación de los sentidos movilizados. En la conformación de la demanda que articuló el movimiento de desocupados, hemos visto, tiene especial relevancia la densidad del significante “trabajo”. En tanto los sectores subalternos tuvieron históricamente en el mundo del trabajo la puerta de acceso a la ciudadanía, esta densidad semántica posibilitó construir una configuración que habilitó la acción colectiva. La exigencia de “trabajo” funcionó como sinécdoque para articular un sintagma que incluía nociones como derechos, integración, movilidad social y dignidad, es decir, era una síntesis de otras demandas contenidas en una particular.

No obstante, la construcción social de la demanda de los desocupados no fue un proceso lineal ni generalizado. En particular, porque la significación del desempleo como causa legitimante de la acción colectiva supuso una disputa con los sentidos dominantes. En este plano, el neoliberalismo, como operación hegemónica, articuló una definición del desempleo que en su estructura argumentativa remitía su resolución a una lógica de mercado. De esta manera la significación del desempleo se desplazó -con éxito en muchos casos- hacia el ámbito privado e individual. Esta operación hegemónica para ser

eficaz como forma de dominación necesitó de asumir la productividad de una subjetividad social que articulara los códigos de culpabilidad, responsabilidad individual e inmovilidad política. De este modo, la “subjetividad culpógena” se constituyó en una producción del orden social que fue necesario deconstruir para revertir los códigos dominantes de significancia.

No obstante este campo de productividad del orden social, la densidad del magma de los sentidos de los sectores subalternos proveyó de códigos referidos al trabajo y el Estado (los derechos, la integración social) que se articularon en la subjetividad colectiva para dar otro sentido a la situación el desempleo. De este modo, en un proceso molecular de disputa, se instituyó el umbral de acción colectiva al inscribir una voluntad colectiva. Pero además, en la definición de la demanda se estableció un campo de la protesta y en este terreno del antagonismo se constituyeron las alteridades cuya construcción se relaciona con la historia de la subjetividad puesta en juego, las experiencias colectivas, los repertorios de acción conocidos, etc. La demanda por trabajo, como se ha demostrado, tuvo una referencia directa al Estado (equiparado con gobierno) con la doble inscripción de causante de la situación y, a su vez, responsable de ofrecer una solución.

Ahora bien, esta construcción de la demanda fue posible porque, primero, los sentidos colectivos crearon y ampliaron grietas en el discurso neoliberal en crisis debido a una expansión del deterioro de la situación social y las incipientes acciones colectivas desde otros sectores organizados. Allí, en esos resquicios de crisis de hegemonía, los desocupados involucrados pudieron instalar su demanda como legítima, situarse como injustamente dañados. Ahora bien, la demanda necesitó de un sustento organizativo. Esto nos indica la importancia de las redes de relaciones construidas en la vida cotidiana en los sectores subalternos, su supervivencia y reconfiguración en los cambios en las condiciones de sociabilidad. Estos espacios adquirieron una relevancia aún mayor cuando la reestructuración de las condiciones de vida de los sectores populares generó una nueva territorialidad y una temporalidad donde, además, las experiencias y organizaciones populares aportaron sentidos, saberes, recursos. Por su parte la rearticulación y apropiación del piquete como repertorio posibilitó tanto la aparición en la esfera pública como una eficiente táctica para la obtención de planes sociales de empleo y mercadería (bolsas de alimentos). Asimismo la adopción del piquete como herramienta para la

protesta social posibilitó superar las limitaciones de reclamos mediante formas más clásicas de acción colectiva.

En los nuevos escenarios de sociabilidad funcionaron como condición de posibilidad al estructurar determinadas relaciones sociales, las cuales fueron hechas significativas de forma tal que se construyó la protesta. En estos espacios los desocupados que participaron de la construcción de la subjetividad colectiva construyeron la demanda a partir de una situación particular y personal: la necesidad. La necesidad pudo ser llevada a la esfera pública cuando se inscribió en una configuración subjetiva que articuló un sintagma para dar sentido a la situación del desempleo, incluyendo referencias densas en el código “el trabajo es un derecho”, en una operación de razonamiento cotidiano donde la acción era la única (y la última) alternativa frente a la muerte en un contexto donde la situación particular era generalizada.¹⁸¹ Enrique Dussel refiere a la radicalidad de un reclamo en que se juega la vida de los sujetos en su materialidad, incluso, como vimos en nuestra investigación, ni siquiera el propio cuerpo (la propia vida) es el que los sujetos rescatan como importante sino, en muchos casos, el de sus hijos. De este modo, la acción es significada por los sujetos como la única alternativa de un “nosotros” que se instituye en el acto mismo de la protesta. Esta institución (siempre inacabada) del sujeto social a partir de la acción colectiva le dio rasgos particulares al movimiento de desocupados como articulación de estructuras, subjetividad y acciones. Un movimiento que adquiere visibilidad y se convierte en una existencia ineludible para el resto de los sectores sociales y los medios de comunicación, por su forma de “ser-ahí” en la ruta, en la acción colectiva.

La protesta instauro un campo de conflicto social y esto supone conformar alteridades, y son algunos de esos “otros” los que tratan de nombrar al colectivo, esos otros los denominan “piqueteros”, y se inicia una disputa por los significados de ese denominador. Este aspecto es importante, en nuestra perspectiva, porque la mirada del otro participa en el proceso de construcción de la identidad al afectar la subjetividad. Desde el año 2000 el

¹⁸¹ “En la víctima, dominada por el sistema o excluida, la subjetividad humana concreta, empírica, viviente, se revela, aparece como interpelación en última instancia: es el sujeto que ya no-puede vivir y grita ese dolor. Es la interpretación del que exclama: ‘¡Tengo hambre!’ ‘¡Denme de comer, por favor!’ (...) La no respuesta a esta interpelación es la muerte de la víctima: es dejar de ser sujeto en su sentido radical –sin metáfora posible–: morir” (Dussel, 1998:524)

corte de rutas fue ganando progresiva legitimidad social a medida que la crisis argentina se profundizaba afectando a una mayor cantidad de sectores. En otras palabras, a medida que elementos de la estructura social se iban reconfigurando y dislocando, se abrieron espacios de consensos para que el nuevo sujeto despliegue sus acciones en la esfera pública. La segunda mitad del 2001 y el primer semestre del 2002 acapararon la mayor simpatía por los desocupados que parecían ser el rostro de la dignidad que se rebelaba en un país que los había marginado. Las víctimas que se habían levantado. No obstante, en estrecha relación a la recuperación económica y a la política del gobierno nacional, los desocupados (en particular su método de protesta: el piquete) fue perdiendo niveles de aceptación por otros sectores sociales quienes reemplazaron la equivalencia desocupación-piquete-dignidad por otra que equipara desocupación-piquete-holgazanería-violencia. Este viraje produjo una nueva disputa por los sentidos que afectó la configuración de la subjetividad colectiva que sustenta al movimiento que, a su vez, tuvo que dar sentido a un nuevo contexto transformado por la llegada del nuevo gobierno, su historicidad, su retórica y su política.

1.3 Subjetividad y acción en el contexto actual

Los movimientos sociales, en tanto implican un sujeto y una subjetividad, se mantienen en constante transformación, por lo tanto son procesos inacabados. No obstante, vistos en un período histórico es posible reconocer fases de constitución de centros de gravedad del mismo. Es el caso del período anteriormente referido. Ahora bien, la conformación del movimiento de desocupados, como una articulación de estructura, subjetividad y acción, se encuentra en una etapa crucial cuando sus demandas son disputadas por otros sectores en un contexto estructural que, si bien no se ha transformado radicalmente, presenta algunos cambios relevantes y significativos. Las estrategias del gobierno de Kirchner, desde el 2003, en referencia al movimiento de desocupados merecen un estudio específico, en general podemos decir que se esbozan cuatro: la incorporación-cooptación de organizaciones, incrementar la competitividad de las redes del Estado para asistencia social, la estigmatización de los sectores opositores

como amenazas al orden democrático y la operación retórica que presenta al presidente como el representante de los intereses populares.

Este elemento de desplazamiento del gobierno desde el lugar de “otro culpable” para asumir el lugar de “otro responsable” influyó de manera importante en la subjetividad subalterna. Si atendemos a nuestra reconstrucción es posible observar que ambos códigos estaban configurados en la subjetividad propia del movimiento de desocupados por lo tanto su desplazamiento fue significativa. La disputa por este código por parte de otro actor supuso tanto un dilema para las organizaciones como para la subjetividad. El campo enemigo se reestructuró y el gobierno, en una retórica constitutiva de la política, procuró romper con la cadena de equivalencia que lo unía a gobiernos pasados, neoliberalismo, culpable. En esta perspectiva, los cambios en las estructuras, en la subjetividad y en la acción impactaron de lleno en el movimiento restando fuerza y radicalidad al sujeto colectivo y sus alcances en cuanto proyecto autónomo.

En este aspecto el estado actual del movimiento de desocupados presenta nuevas complejidades que es necesario investigar en profundidad y conforman una agenda. Estos se pueden plantear en tres planos: a) un nivel micro: en este aspecto quedan abiertos temas de investigación vinculados a cómo distintos grupos que participan del movimiento de desocupados (jóvenes, mujeres, ex-obreros, ancianos) movilizan sentidos de acuerdo a sus particularidades. En este mismo eje emerge como un tema relevante indagar en la construcción de sentidos en grupos sociales que comparten condiciones estructurales (desempleo, pobreza) pero que no participan en el movimiento de desocupados, b) un nivel meso que supone plantear como unidad de análisis las organizaciones del movimiento y sus diferentes posicionamientos en la fase actual, sus relaciones con la subjetividad subalterna (los modos de trabajar “sobre” ella), las distintas estrategias, posiciones ideológicas y su relación con el sistema político y los sindicatos. También en este plano cabe mencionar la importancia de estudiar empíricamente las complejidades derivadas de las relaciones de producción al interior de las organizaciones, c) un nivel macro que implica indagar en un eje abierto sobre el impacto de las miradas que en la actualidad se construyen sobre el movimiento, así como la relación de la subjetividad popular frente a los sentidos movilizados por otros actores, particularmente el gobierno nacional.

Entre los ejes de reflexión que pueden plantarse a partir de los temas expuestos en las páginas anteriores quisiéramos, para concluir, problematizar el ya mencionado lugar del movimiento de desocupado y sus acciones en la disputa por el orden social y su aporte en el planteo de una agenda postneoliberal para Argentina.

2. Subjetividad, sujeto y movimiento en la disputa por el orden social.

Las relaciones sociales estructuradas por el neoliberalismo han sido el lugar de emergencia del movimiento de desocupados. Ahora bien, ¿en qué medida la conformación del sujeto colectivo interpela este orden social? Analíticamente podemos distinguir este impacto de la acción en el orden en dos claves. La primera tiene que ver con los alcances de la demanda en cuanto a su incumbencia en las formas fundamentales del orden social. La segunda se vincula con el lugar de las acciones de los desocupados en la transformación de las relaciones sociales inscriptas en la vida cotidiana.

2.1. La demanda de los desocupados y el orden social.

En un aspecto importante, el alcance de los movimientos sociales depende de la demanda sobre la cual se erigen, las relaciones que establecen con otros nodos de antagonismo y las acciones que entablan como forma de protesta. En el caso del movimiento de desocupados la demanda es polisémica. Por lo general se adjetiva esa demanda central de “trabajo” con “digno”, sin embargo el problema no se resuelve con ello. El trabajo digno puede ser interpretado como la búsqueda de formas de producción no alienadas, sin explotación y anti-capitalistas o como el acceso a un puesto de empleo formal protegido, con beneficios sociales e ingresos que permitan alcanzar ciertos bienes de consumo y certidumbre. Este segundo conglomerado de sentidos es el que moviliza los sectores subalternos e interactúan con los primeros propuestos por los dirigentes de algunas de las organizaciones. No obstante, esto no quita radicalidad al movimiento cuando se enfrenta al Estado neoliberal que, precisamente, promovió la desaparición del “trabajo digno” en la segunda acepción. El primer punto de cuestionamiento al orden social, entonces, radica de la interpelación a un Estado (frente a quien se instituye la

protesta) con una demanda de trabajo que por separado puede ser absorbida, pero que al ser presentada por un sujeto colectivo (*¡trabajo para todos, ya!*, decía una pancarta) no puede ser satisfecha. De este modo, una demanda por integración social frente a un modelo que se constituye produciendo precisamente esa exclusión otorga al movimiento una capacidad de puesta en cuestión del orden social de dominación vigente. Esto no significa que el movimiento adquiera un carácter transformador de la totalidad histórico-política, sino que ejerce una negación a determinado orden y lo pone frente a dilemas¹⁸².

Con lo anterior nos alejamos de las tesis que remiten el carácter necesariamente emancipatorio del movimiento de desocupados, o de algunas de sus partes constitutivas. Por lo expuesto, la demanda del movimiento no implica una impugnación directa del orden social, sino el cuestionamiento de una parte, de una forma de “inclusión desde la exclusión”. Es decir, es una negación por parte de esos desocupados del lugar que se les asigna y del nombre con que se los denomina en el orden neoliberal. Pero esta puesta en cuestión se realiza básicamente desde la objeción de la facticidez de las premisas que legitiman la totalidad social. La acción colectiva (inclusive el método) adquiere una legitimidad en la semántica de los derechos consagrados en la Constitución Nacional la cual es referencia constante para justificar las acciones de protesta. Dicho de otro forma, la demanda que elaboraron los desocupados los lleva a poner en cuestión que el orden social esté respetando, de hecho, las premisas de igualdad-libertad (derechos humanos) y representación sobre la que se asienta la democracia. De esta manera, la protesta produce la aparición en la esfera pública de quienes se presentan como víctimas de un orden social que los ha incluido desde la exclusión, que les reconoce derechos y se los vulnera.

En este aspecto la movilización de los desocupados es una muestra de la tensión interna de un orden social. La ruptura de la normalidad hace evidente esa tensión y es políticamente violenta porque la rebelión de los de abajo, desordena, rechaza los lugares establecidos a partir de instalarse en coordenadas no previstas, con una obstinada perseverancia en la apropiación de esos espacios que les otorgan visibilidad y corporalidad en la política. Más específicamente, mientras que el orden los ha marginado con la acción colectiva (el desorden) buscan salirse del margen y ocupar, literalmente,

¹⁸² Nada impide que el Estado neoliberal ponga en prácticas desplazamientos de esta demanda y, por ejemplo, instrumente políticas asistencialistas focalizadas destinadas a nuevos disciplinamientos social.

otro lugar: la ruta, las calles, los puentes, las plazas. Una vez aparecidos, no necesitan permanecer en el piquete, sino que deben recordar su presencia tan sólo como espectros de la víctima.

2.2. Acciones: prácticas y praxis en el movimiento de desocupados.

Hemos demostrado en el transcurso de la tesis que no todo en el movimiento de desocupados es la acción de protesta beligerante, por el contrario mucha de su constitución subjetiva se juega en los espacios comunitarios, en los barrios y emprendimientos que las organizaciones sostienen. A su debido tiempo trabajamos la importancia de esos espacios en la conformación del movimiento, con lo que ahora es tiempo de recuperar estos ámbitos en relación con las potencialidades de transformación del orden social. Por lo expuesto resulta sugerente concebir que las acciones construidas por los desocupados no tiendan inmanentemente a subvertir el orden en que estas ocurren y reemplazarlo por otro emancipado. En consecuencia es necesario concluir que en el accionar del movimiento coexisten elementos que ponen en cuestión relaciones de dominación y otras que tienden a consolidarlo. Es decir, la relación entre las acciones producidas en el movimiento y el cambio social no pueden leerse con una mirada que imprima externamente una orientación deseable de acuerdo a criterios normativos. Por el contrario, es imprescindible recuperar una genuina tarea crítica que supone indagar, mediante investigaciones empíricas como la presente, en las potencialidades y las limitaciones de la experiencia subalterna, observando tanto las acciones que reproducen esquemas de dominación como las que lo impugnan, y cómo sobre esta negación construyen creativamente nuevas formas de sociabilidad.

En la reconstrucción de las relaciones sociales establecidas por el movimiento de desocupados es posible apreciar una serie de prácticas que tienden a reproducir el orden de dominación. Estas, según vimos, se arraigan en espacios propensos como en el manejo de los planes sociales, las formas de tomas decisiones vinculantes y las maneras de producción que los grupos han establecido. Sin embargo, estos mismos ámbitos pueden convertirse en escenarios de praxis subalternas que crean maneras de relacionarse distantes de los sentidos hegemónicos, basadas en la participación popular, formas de

democracia sustantiva, el diálogo horizontal y formas de producción basadas en criterios solidarios. En este sentido, gran parte de la concreción de las potencialidades de la experiencia colectiva se juega en la capacidad de avanzar en configuraciones subjetivas y acciones que permitan incrementar las praxis y problematizar colectivamente las prácticas. Es precisamente en este aspecto donde el pensamiento crítico puede aportar algunas miradas tendientes a disolver estos nodos permanentes de dominación, no obstante esta elaboración de sentidos críticos deben ser rearticulados por la subjetividad en cuestión. Es decir, la capacidad de incidir en la construcción de sujetos subalternos con potencial emancipador por parte del pensamiento crítico depende de la apropiación de las sugerencias y la problematización de las propias acciones del movimiento. De esta manera será posible aportar en la tarea de convertir las prácticas de reproducción en praxis de transformación.

A esta primera situación a superar por los movimientos en lo que respecta a su actuar cotidiano debe sumársele otra de índole política, pero vinculada a la anterior. Así, un segundo elemento importante en la relación del movimiento con el orden social es la resolución creativa de dilemas entre la eficacia de una movilización (visión instrumental de la política) y una lógica política propia del movimiento social en favor de la producción de relaciones sociales emancipadas. En sintonía se desprende la relevancia también de la institución de espacios comunitarios con normas solidarias e igualitarias como condiciones básicas para avanzar en la función superadora del orden de cosas actual, articulando proyectos a mediano y largo plazo en concordancia con estos criterios. En tanto, hemos argumentado, que el presente condensa potencialidades de futuro, la elaboración de relaciones sociales distintas y la elaboración de proyectos superadores inscriptos en la cotidianeidad son elementos conjuntos y claves.

El tercer elemento que nos gustaría destacar en este tema se desprende de lo anterior, en tanto se refiere a la producción de un proyecto que permita avanzar en la construcción de un nuevo orden social. La dimensión *proyectual* es uno de los aspectos fundamentales y descuidados que se vincula a la capacidad de imaginar horizontes de futuro deseables y posibles ubicados en diferentes plazos (inmediato, mediano, largo) y en niveles de referencia también distintos (la vida familiar, laboral, territorial, nacional). Es en este aspecto podemos inferir de nuestra investigación que existen fuertes limitaciones para un

proyecto autónomo. Esta situación deviene de la estructura de la demanda que al tener una referencia directa al Estado le brinda a éste una capacidad de intervención en el desarrollo del movimiento. En la misma perspectiva es posible apreciar que gran parte de los sentidos de la subjetividad nacional-popular estado-céntrica puestos en juego para la construcción del movimiento fueron retóricamente articulados por el discurso del presidente Kirchner. Esta capacidad de absorción de demandas sociales vertebrales para el movimiento de desocupados concitó el apoyo de algunas organizaciones que progresivamente se alinearon con el proyecto nacional quintando autonomía al movimiento.

La apropiación de sentidos densos para el movimiento de desocupados por parte de otros actores políticos coexistió a una marcada incapacidad de establecer sentidos compartidos, y un campo intersubjetivo de reconocimiento estable con otros sectores populares. Esta dificultad de establecer sentidos colectivos y articular demandas fracturó el momento de conjunción entre la fase de expansión horizontal de la protesta y su momento de articulación política. En otras palabras, es destacable la incapacidad de inscribir la demanda de los desocupados, tanto en un campo más amplio que amalgame demandas de otros sectores, como las limitaciones en la construcción de una voluntad colectiva más amplia que sustente un proyecto de sociedad alternativa.

No obstante estas evidentes limitaciones, la experiencia de los desocupados adquiere una importancia notable en lo que respecta a su potencial crítico, particularmente por su relevancia en la expansión del necesario momento de la negatividad en un movimiento dialéctico de superación del orden social neoliberal. Esto al menos en dos sentidos:

Por un lado, la construcción molecular de la configuración de la subjetividad colectiva que instaló el umbral para la acción colectiva y la conformación del movimiento de desocupados implicó, como se ha demostrado, una disputa contra centros ordenadores del neoliberalismo. La recuperación del lugar de los derechos laborales, la sustracción del problema del desempleo de la lógica del mercado, las demandas indexadas de salud y educación pública y, fundamentalmente, el reclamo por formas de intervención estatal fueron elementos claves en la negación del neoliberalismo. La inserción en el espacio público de la protesta, a partir de la elaboración de la demanda colectiva, posibilitó un desplazamiento de los sentidos de dominación en referencia al desempleo. Esto permitió

abrir formas de reconocimiento y una parcial recomposición de ciertos lazos sociales afectados por el proceso de descolectivización. Además, la participación política conllevó la disputa por otros sentidos abiertos en el espacio de organización de la acción colectiva. La posibilidad de emerger como sujeto dotado de derechos, de capacidad de palabra, de valor y creatividad, frente al sujeto unidimensional propio del mercado son aspectos difícilmente perceptibles en una mirada rápida pero evidentes luego de una investigación empírica como la que aquí sustentamos.

Por otro lado, la construcción de un sujeto que promovió la impugnación de ciertas relaciones sociales opresivas (como el desempleo) fueron elementos claves para instalar la necesidad de una agenda postneoliberal. En este plano la emergencia del movimiento de desocupados es una pieza clave para comprender el presente de Argentina y las opciones de futuro. Los sentidos movilizados pusieron en cuestión nodos de dominación, relaciones sociales y vínculos claves para la sociedad (por ejemplo: la relación Estado y mercado, el mundo del trabajo, el cumplimiento de derechos). Esto no supone que la demanda esté concientemente orientada a un replanteo de esta naturaleza, no obstante es una tarea imperiosa indagar en las consecuencias de la acción de los desocupados en esta dirección.

El movimiento de desocupados permite una entrada al proceso histórico social en el estudio del presente, su historicidad posibilita un análisis de su densidad como condensador de múltiples relaciones sociales y una especial articulación de estructura, subjetividad y acción. En este aspecto es que su emergencia es un campo clave para comprender la actualidad política del país y sus perspectivas de futuro. A lo largo de esta tesis hemos reconstruido cómo fue posible la experiencia subalterna más importante de los últimos años, la que puso a las ciencias sociales en jaque al presentarnos nuevos desafíos. Su lugar en la negación del orden de dominación neoliberal quedó demostrado a lo largo de las páginas anteriores, ahora queda abierta la pregunta por el lugar de la subjetividad en el nuevo contexto histórico dónde diferentes proyectos sociales generan disputas por el futuro del orden social. Esto plantea un desafío intelectual ineludible para las ciencias críticas latinoamericanas devenido de la necesidad de avanzar aún más en la investigación empírica de los sujetos sociales que serán protagonistas de esa nueva etapa que comienza a perfilarse. A partir del enfoque centrado en el estudio de las

subjetividades colectivas hemos ofrecido algunas respuestas en esta dirección para el caso de Argentina, no obstante es mucho lo que queda por estudiar en el camino de construir conocimiento crítico capaz de contribuir a elaborar proyectos sociales alternativos basados en principios de igualdad, libertad, autonomía, emancipación y justicia social.

ANEXO I

Caminos de investigación: ontología, epistemología, metodología

*La ciencia es una estrategia, es una forma de atar la verdad
Que es algo más que materia, pues el misterio se oculta detrás
(...), que el pensamiento no puede tomar asiento
(...) el pensamiento es estar siempre de paso
(De Paso, Luís Eduardo Aute)*

1. Ontología y epistemología crítica

Como sostiene Charles Taylor (1997), muchos de los equívocos que aparecen en los debates en teoría social se originan por confusiones en el plano ontológico. Anthony Giddens (1995), en la misma perspectiva, defiende la idea de la imperiosa necesidad de pensar una ontología social para las propuestas que buscan dar cuenta de la constitución del orden social, su mantenimiento y su transformación. Si bien no podemos detenernos con detalles en asuntos de índole ontológica, es preciso reparar en la importancia de incorporar una concepción en este plano que favorezca la investigación de los sujetos sociales. En particular, para el estudio de los procesos sociales que nos interesan en esta tesis, es necesario apartarse de las versiones positivistas que sostienen implícitamente un realismo ontológico ingenuo. Es decir, es imprescindible reemplazar una visión que supone aporoblemáticamente la existencia de un mundo dado, exterior al sujeto y factible de una explicación mensurable y legaliforme, por una concepción que incorpore la construcción, la contingencia, el movimiento y la productividad de los sujetos sociales. El constructivismo, a nivel ontológico se vincula al supuesto de la heterogeneidad e infinitud de lo social (Laclau, 1990) y a la idea de que el mundo social es un proceso nunca acabado de construcción. Este supuesto sustenta la mirada de esta tesis.

La concepción desde la que buscamos construir conocimiento se aleja de una consideración de lo real como un dato objetivo, exterior e independiente del sujeto. Por el contrario, consideramos que la dinámica del mundo social no puede comprenderse si no se lo considera como una construcción social (Berger y Luckmann, 1968; Searle, 1997) que requiere de un esfuerzo de pensamiento y una tarea epistemológica acorde a esa

Totalidad (De la Garza, 1988; Zemelman, 1987b: 9-10, 1987c:54-55, 1992) que no se copia en el pensamiento, pero que puede reconstruirse a partir de una intervención intelectual. Concebir la realidad social en su carácter procesal (en movimiento), contingente, condensando historicidad (pasado-presente-futuro), como un campo embebido de poder y sin fundamentos trascendentes nos sitúa, creemos, en mejores condiciones para una reconstrucción del proceso histórico. En consecuencia, desde esta epistemología consideramos que es necesario virar ontológicamente desde una noción de “realidad” estática, mensurable y objetiva hacia la concepción de realidad en movimiento (De la Garza 1988; Zemelman, 1987, 1992 y 1997) donde el devenir histórico no está determinado sino que es una resultante de diferentes procesos donde tanto los sujetos como las estructuras tienen un lugar.

Dadas las características del problema de investigación que se propone esta tesis, una de estas consideraciones ontológicas tiene especial relevancia: el lugar de los sujetos en la producción de la historia. En efecto, en este trabajo es necesario tener presente cómo el aspecto ontológico se involucra con el nivel epistemológico en el estudio de las subjetividades, los sujetos y los movimientos (Zemelman, 1995:14). La concepción que este enfoque crítico tiene de los sujetos sociales en tanto producto-productores de la sociedad y el status que les concede como condensadores-constructores de historia permite los sitúa en un lugar privilegiado de estudio. Por su parte, la necesidad de investigar procesos contemporáneos que se conjugan en un tiempo dado-dándose nos obliga a trascender el ámbito teórico explicativo para situarnos en un contexto de conocimiento histórico-político (Zemelman, 1992). El estudio del presente dándose como en el caso de los sujetos sociales contemporáneos nos enfrenta con lo actual y las potencialidades de futuro no captables por medio de sistemas hipotéticos ni sujetos a una contrastación “clásica”. Esto supone que el esfuerzo de investigación se ancla en la reconstrucción teórica a partir de lo concreto, y en un proceso de abstracción, considerar relaciones y posibles historicidades de las formas de constitución de sujetos y subjetividades. De esta manera, para pensar la realidad multidimensional, compleja y en movimiento, el ángulo de investigación tiene que tener la capacidad de ser móvil y adaptable.

En concordancia con lo anterior, la epistemología crítica busca la aprehensión problematizadora como forma de reconstruir y abordar los procesos sociales que nos permiten encontrar sentidos y las potencialidades del dado-dándose¹⁸³. Pero además enfoca su atención, especialmente, en la construcción de sujetos sociales capaces de acción transformadora de la historia (De la Garza 2001:118). Por lo tanto, es de vertebral relevancia para los fines propuestos en esta investigación.

En sintonía con lo expuesto, también es sumamente relevante avanzar una nueva forma de hacer teoría que pueda funcionar como alternativa al sistema axiomático conocido. El concepto de *teoría como configuración* (De la Garza, 2001b) conlleva considerar el esquema teórico como una red o árbol en cuyo centro se ubican los conceptos vertebrales, lógicamente más consistentes pero que en sus ramificaciones puede aceptar discontinuidades. Esta concepción, por ejemplo, propone retomar la idea de un *continuum* entre “observables e inobservables” considerando niveles de abstracción diferentes (De la Garza, 2004). Concebir la teoría como una configuración nos habilita para abandonar formas estándares vinculados a sistemas axiomáticos deductivos rígidos y proponer nuevas articulaciones incorporando diferentes niveles de lenguajes y claridad en los conceptos. (De la Garza, 2001b). Por lo tanto, permite una investigación mucho más plástica que se reconfigure en el mismo proceso, algo fundamental cuando nos ocupamos de realizar reconstrucciones de sentidos de grupos sociales involucrados en acciones colectivas (Caínzos, 1989:14)

La epistemología crítica se distancia del positivismo en sus diferentes formas en lo que refiere al tratamiento del interés y los valores en la praxis de investigación. A diferencia de un interés técnico, la epistemología crítica se interesa por “la transformación de la realidad, pero no cualquiera o como simple observación del cambio, sino aquella que siendo deseable sea viable para constituir un mundo mejor para todos” (De la Garza, 2001b:110) En tal sentido introduce una dimensión normativa vinculada a las potencialidades del futuro. Más allá de que le llamemos la introducción de la dimensión *utópica* (Zemelman, 1992) o la búsqueda de la *eutopía*, o, con Deleuze, la actualización de las *confabulaciones* (Hardt, 2004) lo cierto es que la epistemología crítica concibe la

¹⁸³ Evidentemente la investigación puede dar con ciertas regularidades, pero éstas deben ser entendidas como potencias que se actualizan en la práctica social y que, por lo tanto en última instancia son contingencias

dimensión del futuro como horizonte relevante en la práctica científica social. La epistemología crítica abandona el interés por el control y la predicción y lo sitúa en una búsqueda de conocimiento emancipatorio (Habermas, 1995). Por lo tanto introduce aspectos normativos y valores en lugar de la pretendida neutralidad del científico postulada por el positivismo. Así, siguiendo a Zemelman esta concepción crítica concibe que “conocer constituye cada vez más un arma de la lucha para imponer y consolidar opciones que sean las puertas de entrada para hacer de la historia un espacio de gestación de proyectos” (1992:9). La idea del conocimiento, la investigación y la ciencia como un elemento político es central para la epistemología crítica que nutre esta tesis. Esto se sitúa en concordancia con nuestra preocupación por los sujetos sociales; en tanto éstos hacen la historia, la aproximación a su constitución es una forma de acercamiento al proceso social (la reconstrucción de la totalidad) su constitución y su cambio.

La investigación que presentamos busca nutrirse en el plano epistémico-metodológico de dos corrientes: por un lado, del constructivismo y por otro, de la hermenéutica. De la primera corriente retomamos la idea de la necesidad de poner el acento en la construcción social de la realidad y cómo la propia práctica científica supone una construcción de lo real (construcción sujeta tensiones y siempre problemática). Esta idea nos acerca al problema de la “doble hermenéutica” (Cfr. Schütz, Giddens). En efecto, si el mundo humano contiene una producción social de significados y el mundo de la vida es el espacio de esa producción (y reproducción) necesariamente quién se proponga construir conocimiento se verá inmerso en ese mundo y como parte de la intersubjetividad. A su vez, las propias atribuciones de sentido de otras acciones (u otras interpretaciones) deben reparar en el hecho que esas acciones han sido ya objeto de atribuciones de sentido (tanto por parte de quienes realizan la acción como por otros observadores). Esta posición se articula con la concepción de que la realidad social (que se construye) es un plexo de significados y que una de las tareas de las ciencias sociales (que no las agota) es interpretar un mundo que está interpretado por los sujetos a partir de procesos de “dar sentido”. En este aspecto la epistemología crítica se nutre de los aportes Schütz (1974a y 1974b), Weber ([1922] 1964 y [1922] 1980), Giddens (1985, 1997a y

1997b) Gadamer (1996), Habermas (1989 y 1995), etc., con el objetivo de observar como se construye el mundo de significados social¹⁸⁴ que se objetiva para la investigación.

En el aspecto epistemológico, el enfoque que proponemos supone privilegiar la reconstrucción sobre la explicación. Lo que significa que para esta tesis es tarea central reconstruir el objeto en un proceso racional de aprehensión que incluye las potencialidades del proceso histórico. Lo anterior es indisociable de un movimiento dialéctico del pensamiento (concreto-abstracto-concreto): “la reconstrucción se corresponde con el momento de la aprehensión, por lo que su riqueza consistirá en las alternativas de interpretación que sea capaz de proporcionar, y en el forjamiento de nuevos conceptos como resultado del retorno desde el universo de cada concepto ordenador hasta la articulación.” (Zemelman, 1992:217). Esto conduce nuestra indagación a la observación, en el primer momento, de lo concreto y luego al momento de la articulación de lo fragmentario en una unidad abstracta que postula relaciones, sentidos y significados que construye (produce) la reconstrucción de lo concreto articulado¹⁸⁵. Así, puede entenderse que la propuesta epistemológica se sitúa en un proceso de construcción-reconstrucción de la teoría como el eje articulador del proceso de investigación.

2. Metodología:

Para ser coherentes con la concepción ontológica y epistemológica que hemos expuesto a cerca de un mundo social construido y una realidad en movimiento, es necesario articular estos aspectos en la metodología utilizada en la presente investigación. Las estrategias y esquemas metodológicos deben ser acordes a una forma de pensar los procesos sociales de manera abierta y a la vez rigurosa que permite desbloquear el análisis de los sujetos (Zemelman, 1995:15). Esto requiere de una forma de aproximarnos a nuestro objeto construido sin atarnos a postulados que nos impidan una reconstrucción

¹⁸⁴ Si el mundo social está simbólicamente preestructurado es perfectamente factible que las atribuciones sociales de sentido (Luhmann, 1996) estén sujetas al cambio y deban ser actualizadas (en el sentido de pasar de potencia a acto) constantemente para ser validadas.

¹⁸⁵ “La articulación busca reconstruir la situación concreta desde la perspectiva de un razonamiento que no obedece a relaciones teórico-hipotéticas, sino al supuesto epistemológico de que la realidad es una unidad compleja” (Zemelman, 1992:231)

de los complejos procesos sociales a la vez permita someternos a la competencia intersubjetiva.

En tanto nuestro objetivo se enfocó a dar cuenta de los sentidos construidos socialmente por los desocupados para conseguir la acción colectiva y analizar las potencialidades que estos tienen en lo que se refiere al orden social¹⁸⁶, fueron necesarias y diseños metodológicos para reconstruir esos complejos procesos de dar sentido mentando subjetivamente (Weber, [1922] 1980; Schütz 1995:82). Por lo tanto, el estudio se valió las técnicas de investigación cualitativas por que permiten abordar de manera heurística la complejidad y la multidimensionalidad del problema planteado. Sólo de este modo es posible construir observables de conceptos que refieren a la subjetividad, a los significados y las atribuciones de sentido por parte de los sujetos. En perspectiva, el abordaje metodológico se orientó a elaborar la mejor entrada posible para acceder a procesos de dar sentidos. Para esta observación-reconstrucción de las configuraciones colectivas articulamos y complementamos metodológicamente dos concepciones:

- i. Por un lado rescatamos las preocupaciones del interaccionismo que ha defendido que los sentidos se realizan (actualizan) en la interacción al hacerlos intersubjetivos. Por lo tanto no habría posibilidad de concebir sentidos propios de la conciencia (en tanto esta sería de algún modo “inaccesible”) y la forma de acceder a ellos se ubica en las interacciones sociales. De este modo para que un sentido se convierta en “social” debe darse en la interacción y como forma intersubjetiva. La *observación* y la interpretación de las situaciones, acciones, interacciones, discursos, formas dialógicas, expresiones corporales, debates y conclusiones colectivas fueron los *indicadores*, en esta esfera, que nos

¹⁸⁶ En tal perspectiva, uno de los problemas tiene que ver con la propia subjetividad del investigador que atribuye sentidos a las acciones de los sujetos. Si bien creemos que la atribución de sentido es constitutiva del orden social y que es necesario alejarse de las tesis realistas ingenuas que pretenden “dar cuenta de la realidad” con una idea isomórfica del conocimiento, también consideramos que es necesario mantener una alerta intelectual para abordar los fenómenos históricos con rigurosidad. Este aspecto conlleva un problema ético-político “cuidarse de no imponer interpretaciones particulares de la realidad que despiertan apetencias por un determinado futuro, pero que no se contienen ni siquiera potencialmente en el sujeto” (Zemelman, 1997:23). Tal vez la noción de “vigilancia epistemológica” que ha desarrollado Bourdieu pueda prevenirnos contra la “sobreatribución de sentido” a partir de las expectativas que como sujeto tiene el investigador.

permitieron realizar las interpretaciones (atribuciones de sentido por el investigador). Las situaciones y contextos en que realizamos las observaciones se desarrollan en un apartado posterior. En el Anexo III pueden consultarse los lugares de observación.

- ii. Por otro lado, algunas corrientes ha defendido la capacidad de reflexividad de los sujetos en tanto estos pueden dar cuenta de sus propios actos y motivaciones aunque estas sean mediadas por juegos de olvido/memoria, represión, articulación, resemantización, etc. En concordancia se trabajó con *entrevistas* (en sus distintas variantes de acuerdo al caso) en torno a los sentidos atribuidos por los sujetos (individuos y grupos). Particularmente hemos indagado en los diferentes significados mentados a situaciones particulares en la búsqueda de una reconstrucción de los procesos de dar sentido. En el Anexo III pueden consultarse el listado de entrevistas.

En la presente investigación se trabajaron estos dos espacios con técnicas diferentes. Por un lado mediante *observación* se realizaron reconstrucciones de los sentidos (creación, movilización, reproducción puestos en juego en las interacciones en espacios sociales). Mientras que, por otro lado, a través de diferentes técnicas de *entrevistas* se buscó una reconstrucción del sentido atribuido por los propios sujetos.

A) Para analizar la construcción de sentidos colectivos (interacción), se privilegió la *observación participante* en situaciones claves y constitutivas del objeto propuesto. Estas fueron:

a. Espacios de acción comunitaria-organizacional: Los espacios de interacción contruidos por los desocupados como parte de las actividades de las distintas organizaciones fueron claves para la reconstrucción de los procesos de constitución de los sujetos sociales y las subjetividades puestas en juego. Se realizaron observaciones en actividades como reuniones, ámbitos de elaboración de materiales de difusión, encuentros

sociales y culturales, etc. El objeto de este tipo de observación se centró reconstruir procesos colectivos de conformación de configuraciones de dar sentido en actividades propias de los desocupados que participan en el movimiento.

b. Asambleas de desocupados: una de las características de los diferentes grupos (y que según nuestras hipótesis preliminares constituía una de las cualidades particulares de las organizaciones de Desocupados) es la institucionalización de las asambleas como espacio de interacción y toma de decisiones colectivamente vinculantes. En este caso, las observaciones se efectuaron a partir de guiones previamente establecidos para la construcción de información sobre los procesos de conformación de sentidos. Allí se reparó en la toma de decisiones, la constitución de liderazgos y discursos, así como las interacciones y las dinámicas internas.

c. Las manifestaciones públicas: las observaciones realizadas en acciones colectivas de protesta nos confirieron la oportunidad de experimentar el campo de producción del conflicto y los sentidos movilizados. El trabajo de indagación se realizó, fundamentalmente en marchas, piquetes y actos públicos. Por el carácter disruptivo y discontinuo de dichas manifestaciones fue posible observar la dinámica de interrelaciones y los sentidos movilizados para la obtención de la acción colectiva. Además, al ser objeto de interpretaciones por los propios actores dicha participación nos facilitó el ajuste de guías para las entrevistas. En estas observaciones se trabajó con guiones previamente realizado según la característica de las manifestaciones, el espacio físico, el objetivo y las organizaciones convocantes.

d. Espacios de interacción de la vida cotidiana: la observación en situaciones de la vida cotidiana nos brindó la posibilidad de acceder a formas de interacción en el “mundo de la vida” donde los individuos desarrollan sus actividades. Se realizaron observaciones abiertas en actividades familiares, reuniones sociales, deportivas, comidas, festivales, ferias, actividades recreativas donde participan los desocupados.

f. Ámbitos de producción material: los espacios de producción de bienes, y otras actividades ligadas a las contraprestaciones que exigen los Planes Jefes y Jefas de Hogar Desocupado vinculado a trabajos comunitarios, cooperativas, huertas orgánicas, reciclados, etc., que las mismas organizaciones promueven fueron espacios claves por

conjugar la interacción con el mundo del trabajo. Allí fue posible trabajar sobre los sentidos del trabajo de una forma más directa.

B) Para reconstruir los sentidos atribuidos por los sujetos individuales se realizaron:

Las entrevistas estipuladas se realizaron en diferentes situaciones. Más allá de los cuidados metodológicos de rigor cuando se trabaja con métodos cualitativos y sus técnicas de investigación relacionadas, nos hemos visto en la necesidad de ajustar nuestros instrumentos de construcción de información. La heterogeneidad y muchas veces la precariedad en que hemos realizado las entrevistas han sido una dificultad, a la vez que una experiencia que aportó en la posibilidad de reconstruir el proceso social que nos propusimos. Realizar las entrevistas en disímiles situaciones (a metros de la policía en medio de una acción directa, caminando por los barrios, en la ronda de mate de los locales, con el aroma del guiso anunciando la hora del almuerzo comunitario) se convirtió una oportunidad irrepetible de reconstruir sentidos y subjetividades sociales. A lo largo de la investigación además de las entrevistas nos vimos enriquecidos con largas conversaciones con los participantes a veces más dispuestos a contar sus experiencias cuando no eran expuestos a la situación violenta de ser objetivizados explícitamente en la investigación.

Los entrevistados fueron seleccionados con criterios acordes para respetar las representatividades de los diferentes grupos sociales que componen el movimiento de desocupados como sus funciones dentro de las organizaciones. Para ello se estableció un doble criterio combinado. Por un lado se incluyó entrevistados principalmente de tres grupos: mujeres con hijos a cargo, jóvenes sin experiencia laboral formal y ex-obreros con experiencia en puestos de empleo formales). Por otro lado se procuró establecer criterios para distinguir entre los miembros de las organizaciones del movimiento. Más allá que las organizaciones nombran de manera diversas sus ámbitos de estructuración (asambleas, comisiones, cabildos, mesas) y los cargos de los militantes (responsable, delegado, coordinador, secretario) a los fines de la investigación los hemos encuadrado

en cinco grandes grupos. Comenzando desde abajo hacia arriba en las jerarquías, estas serían:

- a) **Participantes de base:** Se considera a los individuos que no tienen una incorporación orgánica a determinada organización, aunque participan en las actividades no tienen responsabilidades y su vínculo es más flexible con la organización. Por lo general se limitan a cumplir las contraprestaciones exigidas por la titularidad de ayuda social.
- b) **Militantes de Base:** Integran las organizaciones con las que tienen grados de identificación difusos. Asumen tareas dentro del esquema de determinada organización y su participación es más regular especialmente en las actividades inscriptas en el barrio.
- c) **Referentes o cuadros territoriales:** proveniente de los territorios y de las bases de las organizaciones, asumen roles de coordinar las actividades y funcionan de nexo entre ámbitos superiores de coordinación y decisión. Manejan información tanto de las actividades cotidianas en los barrios como de las acciones estratégicas y orientaciones de la organización
- d) **Dirigentes:** Pertenecen a ámbitos ejecutivos de las organizaciones. Mantienen ámbitos de coordinación con otros grupos, proponen la orientación de las organizaciones. Pueden no provenir del sector socioeconómico al que representan.
- e) **Líderes:** Son las figuras máximas especialmente en términos de exposición pública, encargados de el uso de la palabra en intervenciones públicas y referencia de las otras organizaciones. Cada organización de las masivas tienen uno. Son todos hombres, es decir, no existe una sola mujer que pueda considerarse “líder”.

3. Técnicas de investigación

Debido al problema de investigación planteado nos hemos centrado en los espacios b y c, aunque hemos realizado entrevistas de control con los otros grupos identificados. No parece necesario aclarar que en especial entre los espacios privilegiados para la intervención reina la heterogeneidad (edad, género, experiencia previa, etc.) y esto debe ser considerado en la decisión metodológica. En esta investigación se instrumentaron:

a. Entrevistas abiertas. Se seleccionaron personas, especialmente de los sectores b y c, poniendo énfasis en la posibilidad de encontrar informantes claves. Vale destacar que muchas veces los líderes o referentes, aún a pesar de en ocasiones no pertenecer al sector social propio de los desocupados pobres han aportado en el proceso de reconstruir los sentidos específicos de los participantes de base. Con las entrevistas se buscó información sobre las atribuciones de sentidos sobre aspectos vinculados a la propia identidad, la interpretación del movimiento, el rol particular dentro del mismo, la identificación de aliados y enemigos y el impacto de las acciones colectivas. Asimismo sometiendo a reflexividad “momentos” en el movimiento (la primera participación, situaciones represivas, desencantos, etc.) se promovió la reconstrucción de significados

b. Entrevistas en profundidad. Se realizaron entrevistas con “informantes claves o calificados”. Esto requirió de un trabajo de selección de individuos a entrevistar que por su experiencia, manejo de información, posición en la organización o formación pusieron a nuestro alcance síntesis de sentidos contruidos colectivamente.

c. Entrevistas con grupos. Se realizaron entrevistas grupales con participantes de base y cuadros intermedios con el objetivo de indagar sobre la construcción social de sentido. Es preciso reconocer que en ocasiones una entrevista pautada con un individuo se convertía en colectiva en tanto el fluir de la charla incorporó a otros participantes. Otras veces pudo trabajar específicamente de acuerdo a lo planeado, en particular sobre algunas temáticas estipuladas por el investigador buscando el trabajo de síntesis colectiva en los tópicos estipulados.

Como forma de obtener información y comparar con las interpretaciones de los propios sujetos se recurrió a formas de control proveniente de fuentes secundarias. En este sentido la utilización de Internet como reservorio de información fue clave, además se atendió particularmente a:

1. Lectura de documentos, panfletos, boletines y medios de prensa y comunicación de las propias organizaciones.
2. Lectura de periódicos del alcance regional y nacional.
3. Lectura de otras interpretaciones tanto periodísticas como académicas.
4. Lectura de material producido por grupos de comunicación alternativa como periódicos, documentales, programas radiofónicos, etc.
5. Seguimiento de las páginas web de las organizaciones.

ANEXO II

Listado de organizaciones

1. Organizaciones de Desocupados

CCC: Corriente Clasista y Combativa. Surgida como la expresión sindical del Partido Comunista Revolucionario a principios de los años noventas, ha tomado mayor fuerza al nuclear a los desocupados. En rigor de verdad, la CCC nuclea a tres ramas: trabajadores ocupados, desocupados y jubilados. Su inspiración se encuentra las organizaciones clasistas de los años 60-70 de tendencia maoísta. Su referencia como organización de desocupados se produjo cuando logró articular demandas de sectores desempleados a partir del liderazgo de Juan Carlos Alderete en la Matanza. Hacia el año 2000 convergieron con otros sectores de desempleados, estrechando una alianza política con la FTV. Mantiene posiciones de confrontación y negociación con el gobierno según una lógica de lucha sindical.

CLP: Comedor Los Pibes de la Boca. Organización que nucleaba a desocupados erigida originalmente en torno a un comedor pero que, actualmente, incluye emprendimientos diversos (cooperativa de viviendas, panadería, carpintería, fábrica de zapatos, etc.). De tendencia nacional-popular el comedor “Los Pibes” cobró notoriedad cuando el 19 de junio de 2003 fue asesinado uno de sus referentes, Martín “Oso” Cisneros, lo que motivó las últimas movilizaciones conjuntas del amplio espectro de organizaciones. “Los Pibes” surgieron como una organización autónoma que se incorporó a la FTV-CTA por un breve período entre 2002-2003 recuperando luego su autonomía.

BOP: Bloque Obrero y Popular. Frente de tendencia clasista integrado por MTD 26 de junio, MTD Quilmes, Frente único de trabajadores desocupados y ocupados (FUTRADE) y la Unión de Trabajadores (desocupados, ocupados y changarines).

BPN: Bloque Piquetero Nacional. Espacio conformado con posterioridad a los Congresos Piqueteros del 2001 como agrupamiento de organizaciones de tendencia clasista. El “Bloque” reunió a las organizaciones orientadas por partidos de izquierda (Partido Obrero, Movimiento Socialista de los Trabajadores, Partido Comunista Argentino, Partido de la Liberación) además de algunas organizaciones independientes como el “Teresa Rodríguez”. Sufrió en el transcurso de 2002 y 2003 diversas fracturas que derivaron en el alejamiento de fracciones (en parte producto de la división de las organizaciones que lo componían como la FTC y el MTR). La diversificación táctica de las organizaciones que lo componían le restó dinámica luego de una importante presencia signada por la férrea oposición al gobierno de Duhalde primero (donde coordinaba con otras organizaciones como el FB-19, Barrios de Pié y el MIJP) y al de Kirchner luego. En la actualidad no cuenta con presencia orgánica sino que las organizaciones manifiestan de forma independiente.

CTD-AV: Coordinadora de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón: “Coordinadoras” fueron los nombres genéricos que usaron las primeras organizaciones de desocupados, bajo este nombre se nuclearon, en primera instancia, distintos MTD (MTD Solano, MTD Lanús, MTD Almirante Brown, MTD Florencio Varela, MTD Guernica, MTD Quilmes, MTD Esteban Echeverría, MTD José C. Paz, MTD Lugano) más otras expresiones también denominadas “Coordinadoras de Trabajadores Desocupados”. Tomaron el nombre de “Aníbal Verón” como homenaje al piquetero asesinado en Salta en 1998. Luego de una escisión los MTD’s se dividieron de la CTD, no obstante el frente de MTD’s siguió refiriéndose como CTD Aníbal Verón, prestándose a una confusión que buscaron resolver cuando pasaron a denominarse “MTD Aníbal Verón” hacia 2003. La otra parte de la CTD-AV, vinculada políticamente al MPR-

Quebracho se asentó, principalmente en La Plata, Lanús, Quilmes. Coordinan con el ala más radical del movimiento, en especial, con el Bloque Piquetero Nacional.

CUBa: Coordinadora de Unidad Barrial. Vinculado al Partido Revolucionario de la Liberación. Es una estructura nacional que se dividió cuando una fracción se unió con el MTR. Por lo tanto existe por un lado “CUBa” y por el otro “MTR-CUBa”.

FB-19: Frente Barrial 19 de diciembre: Surge en 2002 a instancia de la agrupación “Martín Fierro”. De tendencia al nacionalismo revolucionario, en principio cercana a la FTV y a Barrios de Pié se fue progresivamente acercando al bloque piquetero. Actualmente se sitúa en un alineamiento con el gobierno nacional y vínculos con el recientemente formado “Movimiento Evita”. Integra el “Movimiento Libres del Sur” fundado en abril de 2006 junto el Movimiento Barrios de Pié.

FDEP: Frente de Desocupados Eva Perón. Agrupación nacida en el 2003 y que ha tomado visibilidad por haber apoyado medidas del presidente Kirchner. Es parte de las nuevas organizaciones piqueteras peronistas.

FPDS Frente Popular Darío Santillán. Conformado el septiembre de 2004 por un grupo de MTD's. MUP; la UTL Sur; el MTD La Verdad, el MRV 26 de Junio; el CP Agustín Tosco y la CTD Aníbal Verón "Trabajo y Dignidad" de Florencio Varela.

FTC Mesa Nacional: Frente de Trabajadores Combativos. Mesa Nacional Desprendimiento de la FTC del sector que responde el partido trotskista MAS.

FTC: Frente de Trabajadores Combativos. Agrupación de carácter clasista y de izquierda con influencias trotskistas de experiencias como desprendimientos del MAS. Están formados por partidos situados a la izquierda del arco de izquierda: el MAS, el PRS, el FOS, Convergencia Socialista. Como agrupación de desocupados, la FTC es una de las más nuevas, creada en diciembre del 2001. Rechazan ser una organización de desocupados ya que su concepción trotskista niega la posibilidad de procesos genuinamente revolucionarios dirigidos por desocupados. En su organización incluye trabajadores ocupados y desocupados.

FTV: Federación de Tierra y Vivienda. Su nombre oficial es asociación civil: Fuerza de los Trabajadores por la tierra la vivienda y el hábitat. Forma parte de la estructura organizativa nacional de la Central de los Trabajadores Argentinos que concibe a la FTV, como lugar de agrupación para los trabajadores. De facto, la FTV se transformó en la organización que nuclea a los desocupados de la CTA. Su referente principal, Luís D'Elía fue concejal y diputado provincial, actualmente ocupa un cargo en el gobierno nacional.

MB-Octubres: Movimiento Barrial Octubres. Organización de tendencia nacional-popular que compone el ala kirchnerista del movimiento de desocupados

MBP: Movimiento Barrios de Pié. Movimiento nacional con fuerte presencia en el Conurbano Bonaerense, Córdoba y Neuquén. Orientada por la Corriente Patria Libre, la organización territorial Barrios de Pie se funda en el cruce de los años 2001-2002. En sus comienzos se denominó “CTA de los Barrios” y luego como Agrupación Primero de Mayo (nombre con el que participó en los congresos de La Matanza en el 2001). Luego de su rompimiento con la FTV-CTA, coordinó con la CTD Aníbal Verón y en ocasiones con el Bloque Piquetero. Sin embargo, actualmente participan del gobierno de Kirchner, su máximo referente es funcionario en el Ministerio de Desarrollo Social.

MIJP: Movimiento Independiente de Jubilados y Pensionados. Originalmente era la estructura organizativa para los jubilados ligada a la CCC. Raúl Castells condujo a una ruptura y su alejamiento de la CCC. En el transcurso del 2002 cambiaron su nombre por Movimiento

Independiente de Jubilados y Desocupados. Actualmente es uno de los grupos que se ha posicionado en posición confrontativa con el gobierno de Kirchner.

MIJP-CCC. Es el sector del MIJP que no se desvinculó de la CCC, para diferenciarse de los liderados por Castells, han mantenido la nomenclatura CCC.

MP20: Movimiento Patriótico 20 de diciembre: Frente de extracción nacionalista revolucionaria. Tiene un frente de trabajo denominado “Corriente Territorial General San Martín” y se ubica alineada al proyecto nacional de Néstor Kirchner.

MST-TV Movimiento Sin Trabajo “Teresa Vive”. Expresión territorial del Movimiento Socialista de los Trabajadores. Toma el nombre de una mujer asesinada el 13 de abril de 1997 en un piquete en Cutral Co, provincia de Neuquén. Participó de la fundación en 2002 del Bloque Piquetero.

MTD Evita. Organización que tomo cuerpo en el 2003 como expresión cercana al Gobierno Nacional. Sus integrantes venían de experiencias en el peronismo revolucionario en distintas experiencias. Actualmente son una de las bases del “Movimiento Evita” y se alinean con el presidente Néstor Kirchner.

MTD Florencio Varela. Nació en 1998 como un desprendimiento del Movimiento Teresa Rodríguez. Políticamente, se definen como independientes de los partidos y del Estado.

MTD La Matanza. Es el único grupo conocido que rechaza los Planes sociales del gobierno argentino. Trabajan en construir una Escuela primaria y en Educación popular.

MTD Solano. Tiene su origen en una capilla de San Francisco Solano, Quilmes. De allí fueron desalojados por el obispo. Luego de trabajar con el MTD Teresa Rodríguez algunos integrantes, armaron su propia organización, basados fundamentalmente en la autonomía y la democracia directa. Participaron, primero, de la CTD Aníbal Verón y luego del MTD-AV, finalmente defendieron la posición de no formar un movimiento político, sino continuar consolidando el trabajo social.

MTD: la sigla refiere a “Movimiento de Trabajadores Desocupados” y en forma genérica es utilizado para referirse a las organizaciones autonomistas que surgieron en el Gran Buenos Aires en la segunda mitad de los noventas. Luego cada una le fue anexando una nomenclatura distintiva que, en principio, refería al territorio en el que realizaban sus actividades (La Matanza, Solano, Florencio Varela) luego incluyeron consignas (“Resistir y Vencer”) y algunos se identificaron con manifestantes asesinados (Teresa Rodríguez, Aníbal Verón, Kosteki, Santillán, etc.)

MTD-AV: MTD Aníbal Verón: Ámbito de coordinación de los siguientes MTDs Varela, Solano, Lanus, Lugano, "Darío Santillán" de Alte Brown, José C Paz, Quilmes, Echeverría, Berisso, Parque Patricios, San Telmo, "23 de julio" de Allen Río Negro, "Darío Santillán" de Cipolletti, Río Negro, "Oscar Barrios" de José C. Paz. MTD Aníbal Verón Se funda luego de la ruptura de estos MTD con la CTD (Quebracho) con los que compartían la CTD Aníbal Verón. Una parte del MTD AV se consolidó a partir del liderazgo de la regional de Florencio Varela. Por el otro están los MTD "Afinidad" entre los que están: MTD “Darío Santillán” de Alte. Brown, MTD Lanús, MTD “Oscar Barrios” de José C. Paz, MTD “Javier Barrionuevo”, MTD La Plata, MTD Ezeiza, MTD San Telmo-Constitución-Barracas, MTD Lugano, MTD Berisso, MTD Lomas de Zamora, MTD La Cañada, MTD “Darío Santillán” de Cipoletti (Río Negro). Estos últimos en su mayoría en el 2004 han formado parte del Frente Popular Darío Santillán (FPDS).

MTD-RyV: MTD Resistir y vencer. Organización del nacionalismo revolucionario. Coordina con la CTD y con los MTD, además con las organizaciones de tendencia nacional-popular. Durante gran parte del 2002 coordinó acciones con el Bloque Piquetero pero las diferencias en

cuanto a la evaluación del gobierno de Kirchner los alejaron progresivamente. Participó del MP 20. Actualmente comparte espacio de apoyo al gobierno.

MTL Rebelde: Originalmente vinculada al PCA el MTL se dividió, aquella que se mantuvo dentro del partido adoptó esta denominación.

MTL: Movimiento Territorial de Liberación. Organización territorial vinculada al PCA. En el 2005 sufrieron una ruptura en seccionales que siguieron ligadas al PCA, y otros que comenzaron a firmar “MTL-Ibarra”.

MTL-Ibarra. Son una fracción que rompió con el MTL vinculado al PCA., coordinan con mayor frecuencia con el MTR-CUBa.

MTR CUBa Escisión del MTR que ingresó en un proceso de unificación con la Corriente de Unidad Barrial, vinculada al partido Revolucionario de la Liberación.

MTR: Movimiento Teresa Rodríguez. En principio eran MTD Teresa Rodríguez y una fractura consolidó esta organización. Se presenta así mismo como una de las más radicalizadas, ha protagonizado toma de bancos y ministerios. Su territorio de desarrollo es en especial Florencio Varela.

MTR-LD: Movimiento Teresa Rodríguez La Dignidad: Desprendimiento del MTR.

MUP 20: Movimiento de Unidad Popular 20 de Diciembre. Formación resultante de una escisión de militantes provenientes del MTD-Solano. Hacen trabajos sociales en Florencio Varela, Quilmes y especialmente Solano.

MUP. Movimiento de Unidad Popular. Organización constituída por grupos anarquistas o socialistas libertarios. Mantienen su autonomía con respecto a otras organizaciones de mayor envergadura. Realizan, principalmente, pedido de alimentos a supermercados y toman casas abandonadas. Coordinan con los MTD, con la CTD, con la CTA y la CCC. Mantienen vínculo con agrupaciones universitarias. En la actualidad una parte integra el FPDS y otra se mantiene separada del espacio de coordinación y se ha vinculado a organizaciones afines al gobierno nacional.

PO: Polo Obrero, responde a las políticas del Partido Obrero. Se convirtió en la expresión de los desocupados de este partido de extracción trotskista. Miembro activo del Bloque Piquetero.

2. Otras organizaciones políticas y sindicales

CGT: Confederación General del Trabajo

CTA: Central de los Trabajadores Argentinos

FREPASO: Frente por un País solidarios

MAS: Movimiento al Socialismo.

MST: Movimiento Socialista de los Trabajadores

PC: Partido Comunista Argentino.

PCR: Partido Comunista Revolucionario

PJ: Partido Justicialista.

POb: Partido Obrero

PTS: Partido de los Trabajadores por el Socialismo

UCR: Unión Cívica Radical

MPR-Quebracho: Movimiento Patriótico Revolucionario. Quebracho.

CPL: Corriente Patria Libre:

ANEXO III

Listado de Entrevistas y Observaciones

Entrevistas realizadas:

1. Román (38 años) Tucumano, MTD Moreno, Seguridad en la manifestación Frente al ministerio de Trabajo en reclamo por el aumento de los planes sociales. 6 de abril de 2005. Participante de Base. Desocupado. Buenos Aires, Capital.
2. Bini, (24) cuadro territorial, Militante MTD Aníbal Verón, Florencio Varela. Cuadro Territorial. 10 de mayo (con réplicas). Piquete en Puente Pueyrredón, con réplicas en el local del MTD en Florencio Varela.
3. Miguel, 26, cuadro territorial, Militante MTD Aníbal Verón, Florencio Varela. Cuadro Territorial (10 de mayo, con réplicas 26 de mayo, 17 de mayo) Piquete en Puente Pueyrredón, Réplicas en el mismo puente en diversas oportunidades.
4. Marisa, 33 años, cuadro territorial Militante del MTD Aníbal Verón Florencio Varela. Cuadro Territorial (10 de mayo de 2005). Piquete en Puente Pueyrredón.
5. Mora, 48 años, referente barrial CCC. (10 de mayo de 2006) en el Puente Pueyrredón.
6. Gabo, 40 años, referente del MTD Resistir y Vencer. Dirigente (24 de mayo) Realizada en el Local de Avellaneda, una Fabrica Recuperada.
7. Tito, 36 años MTD Resistir y Vencer. Participante de base (24 de mayo) Realizada en el Local de Avellaneda, en la panadería de la fábrica Recuperada.
8. Olga, 55 años, MTD Resistir y Vencer, Participante de base. (24 de mayo) Realizada en el Local de Avellaneda, en La textil, apoyados en una máquina de coser.
9. Horacio, 36 años MTD Resistir y Vencer, Participante de Base (24 de mayo) Realizada en el Local de Avellaneda, previo a una reunión de delegados.
10. Vasco 26 años, MP 20 de Diciembre, Referente. Corriente Territorial General San Martín (16 de mayo) Local del MP 20 en Capital, San Telmo.
11. Pablo, 30, MP 20 de Diciembre, Referente, Corriente Territorial General San Martín. (16 de mayo) Local del MP 20 en Capital, San Telmo
12. Belén, CCC Soldati, 20 años, Adherente de base. (26 de mayo). En una muestra de emprendimientos producidos por Desocupados. Avenida de Mayo, Capital
13. Marcela, MST TV, 43 años. Dirigente. (26 de mayo). Marcha por pedido de aumento de planes sociales. Avenida de Mayo, frente a la sede del “gobierno de la ciudad”
14. Jaime, MTR “la Dignidad” 42 años, militante. (26 de mayo) En una muestra de emprendimientos producidos por Desocupados. Avenida de Mayo, Capital.
15. Maciel, CCC, 47 años. (26 de mayo). Referente territorial.
16. Rubén FTV. (28 de mayo) En el local de la CTA Nacional.
17. Jorge, 45 años, referente del MTD Matanza (3 de junio) en el Local de la Matanza, una escuela privada abandonada y “recuperada”.
18. Celeste, 42 años, MTD Matanza, militante de base (3 de junio) en el Local de la Matanza, una escuela privada abandonada y “recuperada”. En la secretaría Administrativa.
19. Liz MTD Matanza, militante de base, La Matanza 3 de junio, en el Local de la Matanza, una escuela privada abandonada y “recuperada”. En la Textil
20. Danilo MTD Matanza. La Matanza. Bs As. Participante de base 3 de junio en el Local de la Matanza, una escuela privada abandonada y “recuperada”. En la Textil
21. Marta, MTD Matanza, militante de base 3 de junio en el Local de la Matanza, una escuela privada abandonada y “recuperada”. En la biblioteca del centro comunitario.
22. Toty, MTD Matanza referente, 3 de junio en el Local de la Matanza, una escuela privada abandonada y “recuperada”. En la Textil. Réplica el 29 de julio de 2005.
23. Oscar MUP, 8 de junio, militantes de base. Sobre el puente Pueyrredón, en un piquete

24. Liliana, MTR-Cuba. 8 de junio en manifestación sobre Puente Pueyrredón. Participante de Base.
25. Josua MTD “Oscar Barrios” José C. dirigente territorial, Paz. Buenos Aires. 15 de junio. Me acompañó en una recorrida por los locales. La entrevista fue realizada en el local de “artesanías”
26. Daniela FTC, referente, 13 de junio. En el Puente Pueyrredón.
27. Dany FTC, referente, 13 de junio. En Puente Pueyrredón.
28. Edgardo, 36 años, participante de base 20 de junio, En comedor de Villa Mónica Florencio Varela.
29. Juancho, 20 de junio. Participante de base. En comedor de Villa Mónica. Florencio Varela.
30. Alicia, (46) Los pibes de la Boca, militante de base 4 de julio 2005. En la secretaría administrativa del local La Boca, Capital.
31. Katy, 42, Los pibes de la Boca, militante de base 4 de julio 2005. En la secretaría administrativa del local La Boca, Capital.
32. Leandro 35 Los pibes de la Boca, participante de base 4 de julio 2005. En la secretaría administrativa del local La Boca, Capital.
33. Mario, 41 Los pibes de la Boca, militante de base 4 de julio 2005. En el salón de reuniones del local La Boca, Capital.
34. Sara, 32 años, Los pibes de la Boca, militante de base 4 de julio 2005. En la secretaría administrativa del local La Boca, Capital.
35. Anselmo 55 años MTR Florencio Varela, militante de base 5 de julio 2005. En el local del MTR, Florencio Varela, en el depósito de alimentos.
36. Analía 44, MTR Florencio Varela, militante de base Varela, 5 de julio 2005 En el local del MTR, Florencio Varela, en el depósito de alimentos.
37. Fabricio, 38 años, MTR Florencio Varela, militante de base 5 de julio de 2005. En el local del MTR, Florencio Varela, en el comedor. Además me acompañó a un recorrido por la fábrica.
38. Crístian, 24 años, MBP Ezeiza. Militante barrial, en la Estación de Luis Guillén.
39. Entrevista Grupal: Rosita (55), Mumi (35), Pancha (62), Alejandra (18), Laura (19) y Marta (24). Movimientos Barrios de Pie, En el comedor que funciona en la casa de Rosita, la bloquera y el depósito. 27 de julio de 2005.
40. Juanjo, 26 años, MTD Ezeiza Frente Popular Darío Santillán. Dirigente 2 de septiembre
41. Suly, 46 años MTD Almirante Brown, Glew Frente Popular Darío Santillán, cuadro territorial. 2 de septiembre. En Constitución, concentrando para Marchar hacia el congreso.
42. Ariel, 42 años, MTD Lanús. Frente Popular Darío Santillán, cuadro territorial. 2 de septiembre.
43. Matías, participante de Base, 20 años MTD Almirante Brown, FPDS, participante de base. 2 de septiembre. En manifestación en Congreso Nacional
44. Diego, 48 años, MTD Solano, en la construcción de un centro de Salud, Bernal este. Dirigente. 7 de septiembre
45. Jano, Correntino, 49 años, MTD Solano, en la construcción de un centro de salud. Participante de base.

Otras fuentes, Charlas y conferencias

- Charla de Jorge Jara MTD Solano, 8 de noviembre de 2002, Universidad de la Serena, Chile.

- Darío Santillán: Entrevista realizada por Sebastián Hacher, el 21 de enero de 2002, cedida por él al autor. El audio puede consultarse en http://argentina.indymedia.org/news/2002/06/34048_comment.php#167855

Observaciones de Locales de las Organizaciones.

- Local del MP 20 de diciembre. San Telmo. Capital. Local con merendero. Depósito de mercadería, Biblioteca y lugar de reunión de las distintas Regionales. 16 de mayo de 2005
- Fábrica MTD Resistir y Vencer. Local de cuatro plantas. Panadería, Textil, Fábrica de Cerveza. Local de reuniones de las Comisiones. Centro cultural. 24 de mayo de 2005. Wilde.
- Cooperativa MTD Matanza. Panadería, jardín de infantes, Biblioteca, La Matanza. 3 de junio y 19 de julio.
- Local del MTD AV Florencio Varela. Centro de reuniones de la organización. Centro de acopio de mercadería.
- Comedor MTD AV Florencio Varela, Barrio Orione. Comedor, copa de leche.
- Fábrica y Comedor Los Pibes de la Boca. Centro de ventas. Panadería, Carpintería, Fábrica de Dulces, Centro cultural, Centro de Reuniones.
- Local Barrios De Pie. Centro en Capital Federal donde se reúnen las organizaciones del conurbano.
- Fabrica MTR Florencio Varela.
- Construcción Centro de Salud, MTD Solano,

Observaciones de Acciones de Protesta

- 24 de marzo de 2005. Marcha convocada por diversas organizaciones. Incluidas la gran mayoría del Movimiento de Desocupados.
- 6 de abril de 2005. Movilización al Ministerio de Trabajo. MTD AV, CCC, CTD. Reclamo por aumento de los planes sociales.
- 13 de abril de 2005. A Plaza de Mayo MIJP-CCC. Reclamo de aumento de los planes y subsidios para la Tercera Edad.
- 19 de Abril de 2005. Marcha a Plaza de Mayo. PO, FTC, CCC, MTR.CUBA, MST. Aumento de los planes sociales
- 1 de Mayo. Acto por el día del Trabajador. PO, MST.
- 10 y 11 de Mayo. Piquete de 24 hs. en Puente Pueyrredón, MTD AV.
- 17 de Mayo. Manifestación de MTD AV, FPDS, CCC, MST, FTC, MTD RyV, MTR, PO, inicio del juicio por la “masacre de Avellaneda”. Marcha desde la Estación de Lomas de Zamora a los Tribunales. Actos, obras de teatro.
- 26 de mayo. Piquete en puente Pueyrredón por el día de la muerte de Kosteki y Santillán. MTD AV.
- 26 de Mayo. De Avenida de Mayo y 9 de julio a la Jefatura de Gobierno de la Ciudad. En reclamo por 500 planes de Autoempleo “caídos” MST, MTR LD, CCC, PO.
- 6 de junio de 2005. Piquete en Puente Pueyrredón. MTD AV. Movilización al Hospital Garrahan en solidaridad con los empleados en huelga.
- 10 de junio de 2005. Piquete en Puente Pueyrredón. MTD AV y FPDS.
- 15 de junio 2005. Marcha a Plaza de Mayo. PO, MST, CCC, MTD AV, MUP, MTR CUBA . En conmemoración por las muertes de Río Turbio.

- 25 de junio de 2005. Concentración en el Obelisco. FPDS, UTP. Actividades en el marco del aniversario de la Masacre del Puente. Videos, exposición de pinturas.
- 26 de junio de 2005. Movilización al Puente Pueyrredón. Todas las organizaciones que no se alinean con K. Marcha desde la Estación Avellaneda hasta el puente Pueyrredón.
- 26 de julio de 2005. Movilización al Puente Pueyrredón, MTD AV, FPDS: CCC zona Sur. Pidiendo es esclarecimiento, el juicio y castigo a los responsables de la masacre del puente Avellaneda.
- 19 de agosto de 2005. PO, MST, MTD AV, CCC, BOP, UTP. FTC, acto de cierre al acampe de 3 días en Plaza de Mayo.
- 11 de septiembre de 2005. Movilización a Plaza de Mayo desde Constitución pasando por el hospital Garrahan. MTD AV, FPDS, CCC, PO, MTR (todos) MTL, MST,

BIBLIOGRAFÍA

- ABOY CARLÉS (2005) "Identidad y diferencia política", en Schuster, Naishtat, Nardacchione y Pereyra, *Tomar la palabra. Estudios sobre protesta social y acción colectiva en la Argentina contemporánea*, Prometeo, Buenos Aires. Pp. 111-128.
- ACUÑA, Carlos (1995) "Política y economía en la Argentina de los 90 (o por qué el futuro no es lo que solía ser)", en Acuña (comp.) *La nueva matriz sociopolítica Argentina*. Nueva visión, Buenos Aires. Pp. 331-383.
- ACUÑA, Carlos, REPETTO, Fabián y KESSLER, Gabriel (2002): *Evolución de la política social argentina en la década de los noventa: cambios en su lógica, intencionalidad y en el proceso de hacer la política social*. Proyecto Self-Sustaining Community Development in Comparative Perspective. Coordinado por CLASPO. Buenos Aires,
- ADORNO, Theodor (1973) "Introducción" en *La disputa del positivismo en la sociología alemana*, VVAA. Grijalbo, Barcelona. Pp. 1-80.
- ADROGUÉ, Gerardo (1995) "El nuevo sistema partidario argentino" en Acuña (comp.) *La nueva matriz sociopolítica Argentina*. Nueva visión, Buenos Aires. Pp. 27-70
- ALMEYRA, Guillermo (2004) *La protesta social en Argentina (1990-2004)*. Peña Lillo-Ediciones Continente, Buenos Aires.
- ALTHUSSER, Louis (1967 [1985]) *La revolución teórica de Marx*. Siglo XXI, México.
- ALTIMIR, Oscar, BECCARIA, Luis y GONZALEZ ROZADA, Martín (2002) La distribución del ingreso en Argentina, 1974-2000. Revista de la CEPAL Núm. 78. pp. 55-86
- ANDERSON, Benedict (2003) *Comunidades Imaginadas*. FCE, Buenos Aires.
- ANDERSON, Perry (1985) *Teoría, política e historia un debate con E.P. Thompson*. Siglo XXI, Madrid.
- ARMELINO, Martín (2005) "Resistencia e integración: protesta, propuesta y movimiento en la acción colectiva sindical de los noventa. El caso de la CTA" en Schuster, Naishtat, Nardacchione y Pereyra, *Tomar la palabra. Estudios sobre protesta social y acción colectiva en la Argentina contemporánea*, Prometeo, Buenos Aires. Pp. 275-312
- AUYERO, Javier (1997) *¿Favores por Votos? Estudios sobre clientelismo político*. Losada, Buenos Aires.
- AUYERO, Javier (2001a) *La política de los pobres*. Manantial, Buenos Aires.
- AUYERO, Javier (2001b) "'Si este no es el pueblo...'. Herramientas para estudiar las puebladas", en Apuntes de investigación del CECYP N° 7 (abril). Pp. 166-171
- AUYERO, Javier (2002d) "Los cambios en el repertorio de la protesta social en la Argentina. *Desarrollo Económico*, Vol. 42, Núm. 166, julio-septiembre. Pp. 187-210.
- AUYERO, Javier (2004) "Política, dominación y desigualdad en la Argentina contemporánea. Un ensayo etnográfico. *Nueva Sociedad* núm. 193. Pp. 133-145
- AUYERO, Javier. (2000a) "El juez, la reina y el policía. Etnografía, narrativa, y los sentidos de la protesta". *Apuntes de Investigación del CECYP*, Núm. 6. pp.: 46-76.
- AUYERO, Javier. (2000b). "Los estallidos en provincia: globalización y conflictos locales". *Punto de Vista*, Núm. 67. Pp. 41-48.
- AUYERO, Javier. (2002a) "La vida en un piquete. Biografía y protesta en el sur argentino" *Apuntes de Investigación del CECYP*, núm.: 8. Pp. 20-57.
- AUYERO, Javier. (2002b). *La protesta. Retratos de la beligerancia popular en la Argentina democrática*. Libros del Rojas. Buenos Aires.
- AUYERO, Javier. (2002c) "Fuego y barricadas. Retratos de la beligerancia popular en la Argentina democrática", *Nueva Sociedad* Núm. 179. Caracas. Pp. 144-162.

- AZPIAZU, Daniel y NOCHTEFF, Hugo (1994) *El desarrollo ausente*. FLACSO-Norma, Buenos Aires.
- BARANGER, Denis (2004) "Lecturas de Pierre Bourdieu: acción y sistema en la teoría práctica". En De Ípola, E (coord.) *El eterno retorno. Acción y sistema en la teoría social contemporánea*. Biblos. Buenos Aires. Pp. 127-162.
- BARBETTA, Pablo y BIDAISECA, Karina (2004) "Reflexiones sobre el 19 y 20 de diciembre de 2001 "Piquete y cacerola, la lucha es una sola"¿emergencia discursiva o nueva subjetividad. Revista Argentina de Sociología. Año 2, núm. 2 Edición electrónica: <http://redalyc.uaemex.mx/redalyc/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=26920205&iCveNum=1759>
- BARBETTA, Pablo y LAPEGNA, Pablo. (2001). "Los cortes de ruta en el norte salteño" en Giarracca, N. y (colab.) *La protesta social en la Argentina*. Alianza. Buenos Aires. Pp. 231-258.
- BASUALDO, Eduardo, LOZANO, Claudio y SCHORR, Martín; "Las transferencias de recursos a la cúpula económica durante la presidencia de Duhalde", en *Revista Realidad Económica*, N° 186, Buenos Aires, febrero-marzo de 2002. Pp. 54-85.
- BATTISTINI, Osvaldo, (Comp.) (2002). *La atmósfera incandescente. Escritos sobre la Argentina movilizada*. Trabajo y sociedad. Buenos Aires.
- BAYÓN, María Cristina (2003) "La erosión de las certezas previas: significados, percepciones e impactos del desempleo en la experiencia argentina" *Revista Perfiles Latinoamericanos*. FLACSO, México. Pp. 51-76
- BAYÓN, María Cristina y SARAVÍ, Gonzalo (2002) "Vulnerabilidad social en la argentina de los 90: impactos de la crisis en el Gran Buenos Aires. En Kazman y Wormald (coords.) *Trabajo y ciudadanía. Los cambiantes rostros de la integración y la exclusión social en cuatro áreas metropolitanas de América Latina*. Pp. 61-132.
- BECCARIA, Luis (2001) *Empleo e integración social*. FCE, Buenos Aires
- BECCARIA, Luis (2002) "Empleo, remuneraciones y diferenciación social en el último cuarto del siglo XX" en BECCARIA, Luis, y otros, *Sociedad y sociabilidad en la Argentina de los 90*. UNGS, Buenos Aires. Pp. 27-54
- BECCARIA, Luis y MAURIZIO, Roxana (2004) "Inestabilidad laboral en el Gran Buenos Aires". En *El Trimestre Económico*, Vol. LXXI (3) Núm. 283 Julio-Septiembre. Fondo de Cultura Económica, México Pp.: 535-573
- BECCARIA, Luis y Néstor LÓPEZ (1996) *Sin trabajo. Las características del desempleo y sus efectos en la sociedad argentina*. UNICEF-Losada, Buenos Aires
- BECCARIA, Luis, y otros (2002) *Sociedad y sociabilidad en la Argentina de los 90*. UNGS, Buenos Aires.
- BELVEDRE, Carlos (2004) "Intención e intencionalidad en las críticas de la teoría social a Alfred Schütz" En De Ípola, E. (coord.) *El eterno retorno. Acción y sistema en la teoría social contemporánea*. Biblos. Buenos Aires. Pp. 57-78.
- BENASAYAG, Miguel y SZTULWARK, Diego. (2000). *Política y situación. De la potencia al contrapoder*. De Mano en mano, Buenos Aires.
- BERGER, Peter y LUCKMANN, Thomas (1968) *La construcción social de la realidad*. Amorrotu, Buenos Aires.
- BIDAISECA, Karina (2004) "Vivir bajo dos pieles": En torno a la resignificación de las políticas sociales y las complejidades del vínculo con el estado. El Movimiento de Trabajadores de solano". Informa final, CLASPO-IDES.
- BOGANI, Esteban (2004) "Del estigma a la búsqueda de identidad. Las agrupaciones de trabajadores desocupados argentinas en la última década" en *Laboratorio/n line. Revista de Estudios sobre Cambio social*, Año IV, Núm. 16. verano. <http://catedras.fsoc.uba.ar/salvia/lavbo.htm>

- BOLOS, Silvia (1999) *La constitución de actores sociales y la política*. UIA/Plaza y Valdés. México.
- BONASSO, Miguel (2002) *Entre el palacio y la calle*. Planeta, Buenos Aires.
- BORÓN, Atilio (1999) "Pensamiento único' y resignación política: los límites de una falsa coartada". En: *Tiempos violentos; Neoliberalismo, globalización y desigualdad en América Latina*. Borón, Atilio A.; Gambina, Julio; Minsburg, Naum (comp.). CLACSO - EUDEBA, Buenos Aires. Pp. 219-246. <http://168.96.200.17/ar/libros/tempos/boron.rtf>
- BORÓN, Atilio (2004) "Neoliberalismo vs. Movimientos sociales" en <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=3948> (visitado 8 de marzo de 2005)
- BOURDIEU, Pierre ([1994] 2002) *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Anagrama, Barcelona.
- BOURDIEU, Pierre (1967) "Campo intelectual y proyecto creador" en *Problemas del estructuralismo*. Siglo XXI, México, pp. 135-182
- BOURDIEU, Pierre (1990), *Sociología y cultura*. CONACULTA-Grijalbo. México
- BOURDIEU, Pierre [(1987] 1996) *Cosas dichas*. Gedisa, Barcelona.
- BOURDIEU, Pierre. (1999) "El movimiento de los parados, un milagro social" en, P. Bourdieu *Contrafuegos. Reflexiones para servir a la resistencia contra la invención neoliberal*. Anagrama. Barcelona. Pp. 129-132.
- BRAVO, Francisco (2000) "La naturaleza de la acción según Aristóteles". *Episteme*. Vol. 20, Núm. 2. Pp. 17-89.
- BRUNNER, Joaquín (1976) "Consenso de orden y poder" en Brunner y Lechner *Dos notas sobre Integración social*. Documento de Trabajo, FLACSO, Santiago de Chile.
- BRUNNER, Joaquín (1992) *América Latina, cultura y modernidad*. Grijalbo-CONACULTA. México.
- BUCK-MORSS, Susan (1981) *Origen de la dialéctica negativa*. Siglo XXI. México.
- BUSTELO, Eduardo (1992) "La producción del Estado de Malestar. Ajuste y política social en América Latina" en Minujin (comp.) *Cuesta Abajo: Los nuevos pobres: efectos de la crisis en la sociedad Argentina*. Losada-UNICEF, Buenos Aires.
- CAFASSI, Emilio. (2002) *Olla a Presión. Cacerolazos, Piquetes y asambleas, sobre el fuego argentino*. Libros del Rojas. Bs. As.
- CAINZOS, Miguel. A., (1989.) "Clase, acción y estructura: de E. P. Thompson al posmarxismo". *Zona Abierta*, Núm 50. Enero-marzo, pp. 1-70
- CASTEL Robert (2004) *Inseguridad Social ¿Qué es estar protegido?*, Manantial, Buenos Aires.
- CASTEL, Robert. (1997) *La metamorfosis de la cuestión social*. Paidós, Buenos Aires.
- CASTORIADIS, Cornelius (1986) "El campo de lo social histórico", Estudios filosofía-historia-letras. Primavera. http://biblioteca.itam.mx/estudios/estudio/estudio04/sec_3.html
- CASTORIADIS, Cornelius (1989) *La institución imaginaria de la sociedad*. Vol II. *El imaginario social y la sociedad*. Tusquets Editores, Barcelona.
- CASTORIADIS, Cornelius (1998) *Los dominios del hombre*. Gedisa, Barcelona
- CAVAROZZI, Marcelo., (1996) *El capitalismo político tardío y su crisis en América Latina*, Homo Sapiens Ediciones, Rosario
- CECEÑA, Ana Esther (2004) "Estrategias de construcción de una hegemonía sin límites" en Ceceña (comp.) *Hegemonía y emancipaciones en el siglo XXI*, CLACSO, Buenos Aires. Pp. 37-58.
- Centro de Estudio Legales y Sociales (CELS) (2002a) *Informe sobre la situación de los Derechos Humanos en Argentina. Año 2001*. CELS. Buenos Aires.
- Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS). (2002b) *La protesta social en la Argentina durante diciembre de 2001*. Buenos Aires.

- CERRUTI, Marcela (2002) “El problema del desempleo; el caso argentino en el contexto latinoamericano», ponencia presentada al Seminario Latin American Labor and Globalization: Trends Following a Decade of Economic Adjustment, organizado por el Social Science Research Council y Flacso, San José. <http://lanic.utexas.edu/project/etext/llilas/vrp/cerrutti.pdf>. Visitado 4 de abril 2006.
- CERRUTTI, Marcela y GRIMSON, Alejandro (2004) “Buenos Aires, neoliberalismo y después. Cambios socioeconómicos y respuestas populares”. The Center for Migration and Development Working Paper Series, Paper #04-04d, <http://cmd.princeton.edu/papers/wp0404d.pdf>
- CHIHU AMPARÁN, Aquiles (1999) “Nuevos movimientos sociales e identidades colectivas” Iztapalapa, Año 17, Núm. 47. pp. 59-70.
- COHEN, Ira J. (1996) *Teoría de la estructuración*. UAM, México.
- COHEN, Jean L., (1985). "Strategy or Identity: new theoretical paradigms and contemporary social movements". *Social Research*, 52.
- COLECTIVO SITUACIONES (2001) *Situaciones 4. MTD Solano*. De Mano en Mano. Buenos Aires.
- COLECTIVO SITUACIONES. (2002a) *19 y 20. Apuntes para el nuevo protagonismo social*. De Mano en Mano. Buenos Aires.
- COLECTIVO SITUACIONES. (2002b) *La hipótesis 891. Más allá de los piquetes*. De Mano en mano. Buenos Aires.
- COTARELO, María Celia (2000). "La protesta en la Argentina de los '90". *Herramienta. Revista de Debate y Crítica Marxista*, Núm.12.
- COTARELO, María Celia (2002) “La insurrección espontánea de diciembre de 2001” *Herramienta Revista de Debate y Crítica Marxista Núm. 19*
- COTARELO, María Celia, e IÑIGO CARRERA, Nicolás. (2001) “Clase obrera y formas de lucha en la Argentina actual”. *Cuadernos del Sur Núm. 32*.
- CROSS, Cecilia (2004) “La Federación de Tierra y vivienda de la CTA: el sindicalismo que busca representar a los desocupados” en Battistini (comp.) *El trabajo frente al espejo. Continuidades y rupturas en los procesos de construcción identitaria de los trabajadores*. Prometeo. Pp. 291-310
- CROSS, Cecilia y MONTES CATO, Juan. (2002) “Crisis de representación e identidades colectivas en los sectores populares” en Battistini, O. Comp. *La atmósfera incandescente. Escritos sobre la Argentina movilizada*. Trabajo y sociedad. Buenos Aires.
- CROSS, Cecilia, LENGUITA, Paula y WILKINS, Ariel (2002) “Piqueteros: de la exclusión a la revitalización del conflicto social. Apuntes para comprender la emergencia del movimiento piquetero como un nuevo sujeto político del trabajo *La atmósfera incandescente. Escritos políticos sobre la Argentina movilizada*. Trabajo y sociedad. Buenos Aires. Pp. 69-84
- CUELLAR, Angélica y Víctor DURAND PONTE (1989) *Clases y sujetos sociales. Un enfoque crítico comparativo*. UNAM, México.
- DAMMERT, Lucía y FRAN T. MALONE, Mary (2002) “Inseguridad y temor en la Argentina: el impacto de la confianza en la policía y la corrupción sobre la percepción ciudadana del crimen”. *Desarrollo Económico*, Núm. 166. Pp. 285-302.
- DE ÍPOLA, Emilio (2000) “Acción, decisión, sujeto” *Fractal*. Núm 19. Año V, Vol. V. México. Pp. 79-98.
- DE LA GARZA, Enrique (1988) *Hacia una metodología de la reconstrucción*. Porrúa-UNAM, México.
- DE LA GARZA, Enrique (1989) *Un paradigma en el análisis del clase obrera*. UAM-I. Cuadernos universitarios. México.

- DE LA GARZA, Enrique (1995) “Estructuralismo y positivismo en tiempo de la posmodernidad” en Zemelman (coord.) *Determinismos y alternativas en las ciencias sociales de América Latina*, CRIM-UNAM, Nueva Sociedad. Pp. 85-106.
- DE LA GARZA, Enrique (1999) “¿Fin del trabajo o trabajo sin fin?” En Casillo (ed.) *El trabajo del futuro*. Madrid. Pp. 3-7
- DE LA GARZA, Enrique (1999) “Epistemología de las teorías sobre modelos de producción” en *Los retos teóricos de los estudios del trabajo*, CLACSO, Buenos Aires
- DE LA GARZA, Enrique (2004) “¿Hacia dónde va la teoría social?”, mimeo.
- DE LA GARZA, Enrique (2005) “Neoinstitucionalismo, ¿opción ante la elección racional? : Una discusión entre la Economía y la sociología” *Revista Mexicana de Sociología*, Año 67, Núm. 1, Pp. 163-203
- DE LA GARZA, Enrique. (1992) *Crisis y Sujetos Sociales en México*. CIIH-UNAM - Porrúa. México.
- DE LA GARZA, Enrique. (1997) “Trabajo y mundos de la vida” en Zemelman y León (coords.). *Subjetividad: umbrales del pensamiento social*. Anthropos-CRIM-Coordinación de Humanidades. Barcelona. Pp. 75-92.
- DE LA GARZA, Enrique. (2001a) “Subjetividad, cultura y estructura”. *Revista Iztapalapa*, Núm. 50. México. Pp. 83-104
- DE LA GARZA, Enrique. (2001b) “La epistemología crítica y el concepto de configuración” *Revista Mexicana de Sociología* 1/2001.pp. 109-127
- DE LUCIA, Daniel Omar. (2002) “La revuelta de diciembre: hipótesis y perspectivas. *Herramienta Revista de Debate y Crítica Marxista*, 19
- DELAMATA, Gabriela (2002) “De los ‘estallidos’ provinciales a la generalización de la protesta en Argentina. Perspectiva y contexto de significación de las nuevas protestas. *Nueva Sociedad* Núm. 182. Noviembre-diciembre. Pp. 121-138.
- DELAMATA, Gabriela (2004) *Los barrios desbordados*. Libros del Rojas, EUDEBA. Buenos Aires.
- DELAMATA, Gabriela (2005) “Las organizaciones de desocupados del Gran Buenos Aires y la(s) crisis” en Schuster, Naishtat, Nardacchione y Pereyra (comp.) *Tomar la palabra. Estudios sobre protesta social y acción colectiva en la Argentina contemporánea*. Prometo, Buenos Aires. Pp. 365-386.
- DELFINI, Marcelo y PICCHETTI, Valentina (2004) “De la fábrica al barrio y del barrio a las calles. Desempleo y construcción de identidades en los sectores populares desocupados del conurbano bonaerense” en Battistini (comp.) *El trabajo frente al espejo. Continuidades y rupturas en los procesos de construcción identitaria de los trabajadores*. Prometeo. Pp. 269-290
- DI MARCO, Graciela (2004a) “Introducción” en Di Marco y Palomino (comp.) *Reflexiones sobre los movimientos sociales en la Argentina*. Jorge Baudino-UNSAM, Buenos Aires. Pp. 7-26.
- DI MARCO, Graciela y PALOMINO, Héctor (comp.) (2004) *Reflexiones sobre los movimientos sociales en la Argentina*. UNSAM-Baudino Editores. Buenos Aires.
- DINERSTEIN, Ana (1999) “Subjetividad: capital y materialidad abstracta del poder (Foucault y marxismo abierto)” en Borón, A. (comp.) *Teoría y filosofía política. De la tradición clásica y las nuevas fronteras*. CLACSO/Eudeba Buenos Aires. Pp. 251-272
- DINERSTEIN, Ana (2004) “Más allá de la crisis. Acerca de la naturaleza del cambio político en Argentina” *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, Vol. 10, Núm. 1. (enero-abril). Pp. 241-269.
- DINERSTEIN, Ana. (2001) “El poder de los irrealizado. El corte de ruta en Argentina y el potencial subversivo de la mundialización” *Revista OSAL* Núm. 5. Pp. 11-16.

- DINERSTEIN, Ana. (2003) "Argentina: Recobrando la materialidad: el desempleo como espacio de subjetivación invisible y los piqueteros". Herramienta *Revista de Debate y Crítica Marxista*. Núm. 22.
- DUBET, Francois., (1989). "De la sociología de la identidad a la sociología del sujeto". *Estudios Sociológicos*, Vol. VIII. Núm. 21. septiembre-diciembre. Pp. 519-546.
- DURRUTY, Celia (1969) *Clase obrera y peronismo*. Pasado y presente, Córdoba.
- DUSSEL, Enrique (1998) *Ética de la Liberación. En la edad de la globalización y de la exclusión*, Trotta, Madrid.
- DUTIL, Carlos y Ricardo REGENDORFER (1997) *La Bonaerense: historia criminal de la policía de la provincia de Buenos Aires*. Planeta, Buenos Aires.
- EDELMAN, Lucila y Diana KORDON (2000) "Subjetividad en el fin de siglo" en AA.VV: *Trabajo e identidad ante la invasión globalizadora*. Ediciones Cinco/La Marea. Buenos Aires
- EGLEATON, Terry (2003) "La ideología y sus vicisitudes en el marxismo occidental" en Zizek (comp.) *Ideología, un mapa de la cuestión*. FCE, Buenos Aires. Pp. 199-252.
- ELLIOT, Anthony (1995) *Teoría social y psicoanálisis en transición. Sujeto y sociedad de Freud y a Kristeva*. Amorrortu, Buenos Aires.
- ELSTER, Jon. (2000) *Las limitaciones del paradigma de la elección racional. Las ciencias sociales en la encrucijada*. Instituto Alfons el Magnanim. Valencia.
- ESCUDÉ, Carlos (2005) "Los Piqueteros: Prebenda y Extorsión en los estratos marginales de un 'Estado Parasitario'". Documentos de UCEMA. Buenos Aires. <http://www.cema.edu.ar/publicaciones/download/documentos/287.pdf>
- FARINETTI, Marina (1999) "¿Qué queda del "movimiento obrero? Las formas del reclamo laboral en la nueva democracia argentina". En *Revista Trabajo y sociedad*. Vol. I Núm.1, Santiago del Estero.
- FARINETTI, Marina (2000). "Violencia y risa contra la política en el Santiagueñazo. Indagación sobre el significado de una rebelión popular". *Apuntes de Investigación del CECYP*, 6. pp. 77-128.
- FARINETTI, Marina (2002) "La conflictividad social después del movimiento obrero" *Nueva sociedad* 182. Caracas. Pp. 60-75.
- FARINETTI, Marina, (1998b) "cultura peronista y política peronista en los noventa. *Apuntes de Investigación del CECYP*, 2/3. pp. 177-188.
- FARINETTI, Marina. (1998a) "Clientelismo y protesta: cuando los clientes se rebelan". *Apuntes de Investigación del CECYP*, 2/3. pp. 84-103.
- FAVARO, Osvaldo. (2000) "Neuquén. La sociedad y el conflicto. ¿Viejos actores y nuevas prácticas sociales?" ponencia presentada en el Tercer Encuentro por el Nuevo Pensamiento de la CTA. Buenos Aires.
- FELDFEBER, Myriam y IVANIER, Analía (2003) "La descentralización educativa en Argentina: el proceso de transferencia de las instituciones de formación docente" en *Revista Mexicana de Estudios Educativos*. Vol. 8 Núm 18, Pp. 421-445.
- FILMUS, Daniel (1998) "La descentralización educativa en Argentina: elementos para el análisis de un proceso abierto" *Reforma y Democracia*, núm. 10. CLAD. Venezuela. Pp. 149-172.
- FLORES, Toty (2004) "El arte de la transformación social" en VV.AA. *El documental en Movimiento*. Documentalistas. Buenos Aires
- FLORES, Toty (Comp.) (2005) *De la culpa a la autogestión. Un recorrido del Movimiento de Trabajadores Desocupados de la Matanza*. Peña Lillo, Buenos Aires.
- FOUCAULT, Michel ([1967]1976) *Historia de la locura en la época clásica*. FCE, Buenos Aires.

- FOUCAULT, Michel (1999) “Verdad y poder” en Foucault, *Estrategias del poder*, Paidós, Buenos Aires.
- FOUCAULT, Michel. (1976 [2002]) *Vigilar y Castigar*. Siglo XXI, Buenos Aires.
- FOUCAULT, Michel. (1977) *Historia de la Sexualidad.*: Siglo XXI, México
- FOUCAULT, Michel. (1991) “La gubernamentalidad”, en *Espacios de poder*. Ediciones La Piqueta. Madrid.
- FOUCAULT, Michel. [1966] (2004) *Las palabras y las cosas*. Siglo XXI. México.
- GALAFASSI, Guido (2002) “Tribulaciones, lamentos y ocasos de un tonto país imaginario. El mercado como único y último sentido posible” Revista *THEOMAI*. Número especial de Invierno Diversidad Nacional de Quilmes.
- GARCIA CANCLINI, Néstor (1982) *Las culturas populares en el capitalismo*. Nueva Visión, México.
- GARCIA CANCLINI, Néstor (1990) “Introducción: La sociología de la cultura de Pierre Bourdieu” en Bourdieu, P. *Sociología y Cultura*. CONACULTA-Grijalbo, México. Pp. 9-50.
- GARCIA RAGGIO, Ana María (2004) “De la temporalidad de la acción a una interpretación de los tiempos modernos. Ontología y sociología en Anthony Giddens”. En De Ípola, E (coord.) *El eterno retorno. Acción y sistema en la teoría social contemporánea*. Biblos. Buenos Aires
- GARRETÓN, Manuel (2001) “Cambios sociales, actores y acción colectiva América Latina” Serie Políticas sociales, CEPAL, Santiago de Chile.
- GARRETON, Manuel A. (2002) “La transformación de la acción colectiva en América Latina” Revista de la CEPAL, Núm. 76, abril, pp. 7-24.
- GERCHUNOFF, Pablo y Juan C. TORRE (1996) “La política de liberalización económica en la administración de Menem”, en *Desarrollo Económico*, n. 143, Buenos Aires.
- GIARRACA, Norma y GRAS, Carla. (2001) “Conflictos y protestas en la Argentina de finales de siglo XX. En Giarraca (y colab.) *La protesta social en la Argentina*. Alianza. Buenos Aires.
- GIARRACA, Norma. (2002) *Argentina 1991 – 2001: una década de protesta que finaliza en un comienzo. La mirada desde el país interior*, Argumentos. Diciembre
- GIDDENS, Anthony (1995) *La constitución de la sociedad*. Amorrortu, Buenos Aires.
- GIDDENS, Anthony (1997a) *Política, sociología y teoría social. Reflexiones sobre el pensamiento social y contemporáneo*. Paidós. Barcelona
- GIDDENS. Anthony (1997b) *Las nuevas reglas del método sociológico. Crítica positiva de las sociologías comprensivas*. Amorrortu, Buenos Aires
- GILLY, Adolfo (2002) *México: la Revolución interrumpida*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.
- GIMENEZ, Gilberto (1994). “Los movimientos sociales. Problemas teórico-metodológicos”. *Revista Mexicana de Sociología*, 2/94.
- GIMENEZ, Gilberto (1997) “Materiales para una identidad de las identidades sociales”. *Frontera Norte*, Vol. 9. Núm. 18.
- GIMENEZ, Gilberto (2002) “Paradigma de identidad” en Aquiles Chihu Amparán *Sociología de la identidad*. Porrúa-UAM-I. México.
- GOLDMANN, Lucien (1973) *Lukács y Heidegger*, Amorrortu, Buenos Aires
- GONZÁLEZ BOMBAL, Inés, SVAMPA, Maristella, BERGER, Pablo (2003) *Nuevos movimientos sociales y ONGs en la Argentina de la crisis* Centro de Estudios de Estado y Sociedad, Buenos Aires.
- GONZALEZ, Mariana y BONOFIGLIO, Nicolás (2004) “Evidencias sobre el deterioro de la calidad del empleo en la Argentina” en Cuaderno del CEPED N° 8, Fondo de Cultura Económica -UBA, 2004.

- GORDILLO, Paula (2002) "Discurso periodístico e identidades sociales. La construcción de los desocupados en la prensa gráfica" www.ffyh.unc.edu.ar/secretarias/cyt/jor2002/10/GORDILLO.html, visitado 11 de noviembre de 2005)
- GORZ, André (2001) *Adiós al proletariado (Más allá del socialismo)*. El viejo Topo. Barcelona.
- GRAMSCI, Antonio (1975) *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y el estado moderno* Juan Pablos Editor, México.
- GRAMSCI, Antonio (1977) *Antología*. Selección y prólogo de Manuel Sacristán Siglo XXI, Madrid.
- GRASSI, Estela (2002) "Política, cultura y sociedad: la experiencia neoliberal en Argentina, en Lindenboim y Danani (coords.) *Entre el trabajo y la política*. Editorial Biblos, Buenos Aires
- GRASSI, Estela (2003) *Políticas y problemas sociales en la sociedad neoliberal. La otra década infame*. Tomo I, Espacio, Buenos Aires
- GRASSI, Estela (2004) *Políticas y problemas sociales en la sociedad neoliberal. La otra década infame*. Tomo II, Espacio, Buenos Aires
- GRIMSON, Alejandro (y otros) (2003) La vida organizacional en zonas populares de Buenos Aires. Informe Etnográfico. Working Paper Series 02. www.prc.utexas.edu/urbancenter/documents/wp0315e.pdf
- GUIMENEZ, Sandra (2004) "Políticas sociales y los dilemas de participación" Laboratorio/n line. Revista de Estudios Sobre Cambio Social. IIGG año IV. Núm. 6. verano. <http://www.catedras.fsoc.uba.ar/salvia/lavbo.htm>
- GUSFIELD, Joseph, (1994). "La reflexividad de los movimientos sociales: revisión de las teorías sobre la sociedad de masas y el comportamiento colectivo". En Laraña, E. y Gusfield, eds., *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*, Madrid, CIS. Pp. 93-118.
- HABERMAS, Jürgen (1989) *Teoría de la Acción comunicativa*. (Dos tomos) Taurus. Buenos Aires
- HABERMAS, Jürgen (1995) "La pretensión de universalidad de la hermenéutica" en Habermas [1970] *La lógica de las ciencias sociales*, Rei, México. Pp. 277-306.
- HARDT, Michel (2004) *Deleuze*. Paidós, Barcelona.
- HEGEL, W.G.F. (1966) *Fenomenología del Espíritu*. FCE: México.
- HEIDEGGER, Martín (1996) *Caminos de Bosque*, Alianza, Madrid.
- HELLER, Agnes. (1970) *Historia y Vida Cotidiana*.: Grijalbo. México
- HELLER, Agnes. (1977 [2002]) *Sociología de la Vida Cotidiana*.: Península Barcelona
- HERNANDEZ ROMO, Marcela (2003) *Subjetividad y cultura en la toma de decisiones empresariales*. Universidad Autónoma de Aguascalientes-Plaza y Valdés. México.
- HOLLOWAY, John (2003) "Prólogo", en Zibechi, *Genealogía de la Revuelta. Argentina la sociedad en movimiento*. Nordán Comunidad. Letra Libre. Buenos Aires. Pp. 9-11
- HUNT, Scot., BENFORD, Robert, SNOW, David. (1994) "Marcos de acción colectiva y campos de identidad en la construcción social de los movimientos" en Laraña E. y Gusfield J. (eds.) *Los nuevos movimientos sociales; de la ideología a la identidad*. Madrid. CIS
- IÑIGO CARRERA, Nicolás (1999). "Fisonomía de las huelgas generales de la década de 1990 (1992-1999)". En Iñigo Carrera, Nicolás, ed., *Documentos y Comunicaciones 1999. PIMSA (Programa de Investigación sobre el Movimiento de la Sociedad Argentina)*, Buenos Aires, PIMSA. Pp. 1-19.
- IÑIGO CARRERA, Nicolás (2000) "La fase actual del capitalismo y la protesta social" PIMSA. Documentos y Comunicaciones. Buenos Aires.

- IÑIGO CARRERA, Nicolás y COTARELO, María Cecilia (2000) "Reestructuración productiva y formas de la protesta social en Argentina." En De la Garza (comp.) "Reestructuración productiva, mercado de trabajo y sindicalismo en América Latina, CLACSO, Buenos Aires. Pp. 73-86
- IÑIGO CARRERA, Nicolás. y COTARELO, Maria Celia, (1997a). "Las formas que toma la lucha social en la Argentina actual". *Cuadernos del Sur*, 25.
- IÑIGO CARRERA, Nicolás. y COTARELO, Maria Celia, (1997b). "Revuelta, motín y huelga en la Argentina actual". En Iñigo Carrera, Nicolás, ed., *Documentos y Comunicaciones 1997. PIMSA (Programa de Investigación sobre el Movimiento de la Sociedad Argentina)*, PIMSA, Buenos Aires. Pp. 1-13.
- IÑIGO CARRERA, Nicolás. y COTARELO, Maria Celia, (1998). "Los llamados 'cortes de ruta'. Argentina 1993-1997". En Iñigo Carrera, Nicolás, ed., *Documentos y Comunicaciones 1998. PIMSA (Programa de Investigación sobre el Movimiento de la Sociedad Argentina)*, Buenos Aires, PIMSA.
- IÑIGO CARRERA, Nicolás. y COTARELO, Maria Celia, (2001). "La protesta social en Argentina (enero-abril 2001) Revista OSAL, Núm 4. pp. 45-84.
- ISMAN, Raúl (2004) *Los piqueteros de La Matanza*. Ediciones Nuevos Tiempos. Lanús.
- JAMESON, Federic (1995) *Lo imaginario y lo simbólico en Lacan*. El cielo por asalto, Buenos Aires.
- JAMES, Daniel (1990) *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina 1946-1976*. Sudamericana, Buenos Aires.
- JENKINS, Craig, (1994). "La teoría de la movilización de recursos y el estudio de los movimientos sociales". *Zona Abierta*, 69.pp. 5-50.
- JOHNSTON, Hank, Enrique LARAÑA y Joseph GUSFIELD, (1994). "Identidades, ideologías y vida cotidiana en los nuevos movimientos sociales". En Laraña, Enrique y Joseph Gusfield, eds., *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*, CIS, Madrid. Pp. 3-40.
- KESSLER, Gabriel (1996) "Algunas implicancias de la experiencia de la desocupación para el individuo y su familia" en Beccaria y López (Comp.), *Sin trabajo. Las características del desempleo y sus efectos en la sociedad argentina*, Unicef/Losada, Buenos Aires. Pp. 11-160.
- KESSLER, Gabriel (2003) "Redefinición del mundo social en tiempos de cambio" en Svampa, M., (ed.) *Desde Abajo. Las transformaciones en las identidades sociales*. UNGS-Biblos, Buenos Aires. Pp. 25-50.
- KLACHKO, Paula. (1999) "La conflictividad social en la Argentina de los 90: el caso de las localidades petroleras de Cutral Co y Plaza Huincul". CLACSO. Versión electrónica. <http://168.96.200.17/ar/libros/levy/klachko.pdf> Pp. 169-221
- KLANERMANS, Bert. (1994) "La construcción social de la protesta" en Los nuevos movimientos sociales. En Laraña, Enrique y Joseph Gusfield, eds., *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*, Madrid, CIS. Pp. 183-120.
- KOHAN, Aníbal (2002) *¡A las calles! Una historia de los movimientos piqueteros y caceroleros de los '90 al 2002*. Colihue, Buenos Aires.
- LACLAU, Ernesto (1985) "Tesis acerca de la Forma Hegemónica de la Política", en *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina*. J. Labastida Martín Del Campo (comp.). Siglo XXI, México. Pp. 19-44.
- LACLAU, Ernesto (1990) *Nuevas reflexiones sobre la revolución en nuestro tiempo*, Nueva Visión, Buenos Aires.
- LACLAU, Ernesto (1996) "Por que los significantes vacíos en política son importantes" en *Emancipación y Diferencia*, Ariel, Buenos Aires. Pp. 69-86.
- LACLAU, Ernesto (2005) *La razón populista*. FCE, Buenos Aires.

- LACLAU, Ernesto y Chantal MOUFFE (1987). *Hegemonía y Estrategia Socialista*. Siglo XXI, Madrid.
- LACLAU, Ernesto, (2003) “Identidad y hegemonía: el rol de la universalidad en la construcción de lógicas políticas” en Laclau, Zizek y Butler *Contingencia, hegemonía y universalidad*. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires. Pp. 49-94.
- LACLAU, Ernesto. (1993) *Poder y representación*, en [Revista Sociedad](#), de la [Facultad de Ciencias Sociales \(UBA\)](#). Artículo publicado originalmente en *Politics, Theory and Contemporary Culture*, editado por Mark Poster, Nueva York, Columbia University Press.
- LACLAU, Ernesto. (1997) *Deconstrucción, Pragmatismo y Hegemonía*, en *Ágora* Núm. 6. Verano. Buenos Aires. Pp. 63-90.
- LANDI, Oscar (1981) “Lenguajes, identidades, ciudadanías” en Lechner (comp.) *Estado y política en América Latina*. Siglo XXI, México. Pp. 172-198.
- LARAÑA, Enrique, (1999), *La construcción de los movimientos sociales*, Alianza Editorial, Madrid.
- LAUFER, Rubén y Claudio SPIGUEL, (1999). "Las "puebladas" argentinas a partir del "santiagueño" de 1993. Tradición histórica y nuevas formas de lucha". En López Maya, Margarita, ed., *Lucha popular, democracia, neoliberalismo: protesta popular en América Latina en los años de ajuste*, Caracas, Nueva Sociedad.
- LE BON, Gustave ([1895] 1983): *Psicología de las multitudes*, Morata, Madrid.
- LEFÉVRE, Henri (1970) “Forma, función y estructura en ‘El Capital’” En Sánchez Vázquez, Lefévre y Castro, *Estructuralismo y marxismo*. Grijalbo, 1970, pp. 9-40
- LEFORT, Claude (1991) *Ensayos sobre lo político*, Ediciones Universidad de Guadalajara, Guadalajara.
- LENGUITA, Paula (2002a) “Los desafíos teóricos de la identidad piquetero”.CEIL-PIETTE.<http://168.83.32.24/www.ceil-piette.gov.ar/docpub/documentos/ponencias/lenguitapiq.html>
- LENGUITA, Paula (2002b) El poder del desempleo. Reflexiones críticas sobre la relevancia política del movimiento piquetero. En Battistini *La atmósfera incandescente. Escritos políticos sobre la Argentina movilizada*. Trabajo y sociedad. Buenos Aires. Pp. 51-68.
- LENGUITA, Paula (2004) El trabajo de resistir. La ideología dominante en la construcción de la identidad política de los desempleados. En Battistini (comp.) *El trabajo frente al espejo. Continuidades y rupturas en los procesos de construcción identitaria de los trabajadores*. Prometeo. Pp. 311-328.
- LEON, Emma (1995) “La experiencia en la construcción del conocimiento social” en Zemelman (coord.) *Determinismos y alternativas en las ciencias sociales de América Latina*, CRIM-UNAM, Nueva Sociedad.
- LEÓN, Emma (1997) “El magma constitutivo de la historicidad” en León, E. y Zemelman, H. (coords.) *Subjetividad: umbrales del pensamiento social.*: Anthropos-CRIM-Coordinación de Humanidades, Barcelona. Pp. 36-74
- LINDENBOIM, Javier (2002) “El mercado de trabajo en la Argentina de la transición secular” en Lindenboim y Danani (coords.) *Entre el trabajo y la política*. Editorial Biblos, Buenos Aires
- LINDENBOIM, Javier y Mariana GONZALEZ (2004) “El neoliberalismo al rojo vivo: mercado de trabajo en Argentina” Cuaderno del Ceped N° 8, FCE-UBA. Pp. 27-48.
- LINDENBOIM, Javier y SALVIA Agustín (2002). “Cada vez menos y peores empleos. Dinámica laboral en el sistema urbano de los noventa” en Cuadernos del CEPED, Núm. 7. Pp. 29-64.
- LÓPEZ MAYA, Margarita (2002) *Protesta y cultura en Venezuela: los marcos de acción en 1999*, CLACSO, Buenos Aires. Pp. 15-44.

- LOZANO, Claudio (2001a) Contexto económico y político en la protesta social de la Argentina contemporánea” OSAL, Núm 5. Pp. 5-10.
- LOZANO, Claudio (2001b) “La represión necesaria” en Canto Maestro, Núm. 11. Marzo. http://www.nuncamas.org/prensa/ctera_cmaest11_09.htm
- LOZANO, Claudio y RAFFO Tomás (2004) “Indigencia y pobreza. Mapa actual, evolución reciente y tendencias”. IEF-CTA, Buenos Aires.
- LUCITA, Eduardo. (2001) “Cortando rutas, abriendo nuevos senderos” En Cuadernos del Sur Núm. 32.
- LUHMANN, Niklas (1996) *Introducción a la Teoría de Sistemas. Lecciones publicadas por Javier Torres Nafarrate*. Universidad Iberoamericana. México.
- LUKÁCS, Gregory ([1923] 1969). *Historia y conciencia de clase* Grijalbo. Barcelona.
- LUXEMBURGO, Rosa (1920) *La huelga en masa. La experiencia de la revolución rusa de 1905*, Publicación de la Escuela Moderna, Barcelona.
- MAJONE, Giandomenico y WILDAVSKI, Aaron (1998), “La implementación como evolución” en Pressman y Wildavski, *Implementación. Cómo grandes expectativas concebidas en Washington se frustran en Oakland*. Fondo de Cultura Económica. México.
- MARTUCELLI, Danilo y SVAMPA, Maristella (1997) *La Plaza vacía. Las transformaciones del peronismo*, Losada, Buenos Aires.
- MARX, Karl ([1859] 1980) *Contribución a la crítica de la economía política*. Siglo XXI. México.
- MARX, Karl (1986) “El dieciocho Brumario de Luís Bonaparte” en Marx y Engels, *Obras Escogidas*. Progreso, Moscú.
- MARX, Karl y ENGELS, Frederich. ([1844] 1982). *La ideología alemana*. Pueblos Unidos, La Habana
- Mc ADAM, Doug, (1994). "Cultura y movimientos sociales". En Laraña, Enrique y Joseph Gusfield, eds., *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*, Madrid, CIS. Pp. 43-68.
- Mc CARTHY, John D. y ZALD, Mayer N. (1977): “Resource Mobilization and social Movements: A Partial Theory”, *American Journal of Sociology*, 86,6, 1212-1241
- MEIKSINS WOOD, Ellen (2000) *Democracia contra capitalismo* Siglo XXI. México.
- MELUCCI, Alberto (1994) "Asumir un compromiso: identidad y movilización en los movimientos sociales", *Zona Abierta*, Núm. 69. pp. 153-180.
- MELUCCI, Alberto. (1999). *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*. El Colegio de México. México
- MERKLEN, Denis (1997a): “Un pobre es un pobre”. En Revista Sociedad. Facultad de Ciencias Sociales UBA), Buenos Aires. N° 11., agosto, pp.21 a 64.
- MERKLEN, Denis (1997b) "Ocupación comunitaria y práctica política. Las ocupaciones de tierras en el conurbano de Buenos Aires". *Nueva Sociedad*, 149. Pp. 162-177.
- MERKLEN, Denis (2000) “Vivir en los márgenes: la lógica del cazador. Notas sobre sociabilidad y cultura en los asentamientos del Gran Buenos Aires a fines de los 90” en Svampa, *Desde Abajo. Las transformaciones en las identidades sociales*. UNGS-Biblos. Buenos Aires. Pp. 81-120.
- MERKLEN, Denis (2004) “Sobre la base territorial de la movilización popular y sus huellas en la acción”. Laboratorio/n line. Revista de Estudios sobre Cambio social, Año IV, Núm. 16. verano. <http://catedras.fsoc.uba.ar/salvia/lavbo.htm>
- MERKLEN, Denis (2005) Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003). Editorial Gorla, Buenos Aires.
- MINUJIN Alberto y KESSLER, Gabriel (1995) *La nueva pobreza en la Argentina*. Planeta. Buenos Aires.

- MONTERO JUSTINIANO, Jenny L. (2003) *Construyendo Identidades: Los nuevos sujetos obreros en Bolivia*. Tesis Doctoral. UAM-I. México.
- MUÑOS DE BRITOS, Stella Maris y LUZURIAGA, Carolina (2004) "Movimientos, cultura y subjetividad" en Di Marco y Palomino (comp.) *Reflexiones sobre los movimientos sociales en la Argentina*. Jorge Baudino-UNSAM, Buenos Aires. Pp. 95-104.
- MUNCK, Gerardo.: (1995) "Algunos problemas conceptuales en el estudio de los movimientos sociales", en Revista Mexicana de Sociología Núm. 3/1995, p.17-39.
- MUÑOZ, María Antonia (2004) "Los discursos de la desocupación y la pobreza, las organizaciones de desocupados y la esfera político estatal" en Laboratorio/n line. Revista de Estudios sobre Cambio social, Año IV, Núm. 15. primavera. <http://catedras.fsoc.uba.ar/salvia/lavbo.htm>
- MURMIS, Miguel y FELDMAN, Silvio (2002) "Presentación" a VV.AA *Sociedad y sociabilidad en la Argentina de los 90*. UNGS-Biblos, Buenos Aires. Pp. 9-10.
- MURMIS, Miguel y PORTANTIERO, Juan Carlos (1972) Estudios sobre los orígenes del peronismo I. Siglo XXI, Buenos Aires.
- NAISHTAT, Francisco (1997) "Acción colectiva y regeneración democrática del espacio público" Mimeo, Buenos Aires.
- NAISHTAT, Francisco (1998) (comp.) *Weber y el individualismo metodológico*. Eudeba, Buenos Aires.
- NAISTHAT, Francisco (2004) *Problemas filosóficos en la acción individual y colectiva. Una perspectiva pragmática*. Prometeo, Buenos Aires.
- NEGRI, Antonio (2003) "La revuelta piquetera" suplemento Radar de Página/12. 30 de marzo de 2003.
- NEGRI, Antonio y HARDT, Michel (2002) *Imperio*. Paidós, Barcelona.
- NOCHEFF, Hugo (1994) "Los senderos perdidos del desarrollo. Elite económica y restricciones al desarrollo en Argentina" en Aspiazu y Nocheff, *El desarrollo ausente*. FLACSO-Norma, Buenos Aires. Pp. 21-156.
- NUN, José ([1984] 1994) "Averiguación acerca de algunos significados del peronismo", Cuaderno 3 GECUSO, Fundación del Sur. Espacio Editorial. Buenos Aires
- NUN, José (2001) *Marginalidad y exclusión social*. FCE, Buenos Aires.
- OGANDO, Ariel. (2001) "Viejas y nuevas identidades sociales. Desocupados y cortes de ruta en el noroeste argentino". *Herramienta. Revista de debate y crítica marxista* NÚM. 15.
- OLSON, Mancur (1965). *The logic of collective action*. Cambridge, London, Harvard University Press. [(1992) La lógica de la acción colectiva, México, Limusa]
- OLVERA SERRANO, Margarita (1990) "El problema de la intersubjetividad en Alfred Schütz" *Sociológica Vol.5 núm. 14* Septiembre-diciembre. México. Pp. 131-154.
- ORTEGA y GASSET, José ([1930] 2005) *La rebelión de las masas*. Espasa Calpe, Madrid.
- ORTIZ PALACIOS, Luís. A. (1999) "Acción, significado y estructura en la Teoría de A. Giddens" *Convergencia*, Núm. 20. septiembre-diciembre. Pp. 57-84
- OSZLAK, Oscar (2003) "El mito del Estado mínimo" *Desarrollo Económico*, Núm. 168. Vol. 42. Ene-Marzo. Pp. 519-544.
- OUVIÑA, Hernán (2004) Zapatistas, piqueteros y sin tierra Nuevas radicalidades políticas en América Latina. *Cuadernos del Sur*, núm. 37
- OVIEDO, Luís. (2001) *Una historia del "movimiento piquetero"*. Rumbos. Buenos Aires.
- PACHECO, Mariano (2004) *Del piquete al movimiento*. Parte 1, MTD Almirante Brown, FISYP, Buenos Aires
- PALERMO, Vicente y Marcos NOVARO (1996) *Política y poder en el gobierno de Menem*, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma.

- PALOMINO, Héctor (1995) "Quiebres y rupturas de la acción sindical: un panorama desde el presente sobre la evaluación del movimiento sindical en Argentina, en Acuña (comp.) *La nueva matriz sociopolítica Argentina*. Nueva visión, Buenos Aires. Pp. 203-230.
- PALOMINO, Héctor (2003) "Las experiencias actuales de autogestión en Argentina" En *Nueva Sociedad* Núm. 184. Marzo-Abril. Pp. 115-128.
- PARAMIO, Ludolfo, (1992) *El materialismo histórico como programa de investigación*, FLACSO-Chile, Serie Contribuciones, N° 75. Santiago.
- PEIRCE, Charles (1987) *Obra lógico-semiótica*. Taurus, Madrid.
- PEREZ LEDESMA, Manuel (1994) "«Cuando lleguen los días de la cólera» (Movimientos sociales, teoría e historia)", *Zona Abierta* Núm. 69. pp. 51-120.
- PIVA, Adrián (2001) "*La década perdida. Tendencias de la conflictividad obrera rente a la ofensiva del capital (1989-2001)*". En *Cuadernos del Sur*, Núm. 32, Buenos Aires.
- PIZZORNO, Alessandro (1994) "Identidad e interés", *Zona Abierta* Núm 69. Pp. 135-152.
- PORTANTIERO, Juan Carlos (1998) *Gramsci y la crisis cultural del 900*. Revista Sociedad. Facultad de Ciencias Sociales de la UBA. Núm. 11. Bs. As.
- PORTES, Alejandro. y HOFFMAN, K. (2003): "La estructura de clases en América Latina: composición y cambios durante la era neoliberal". *Desarrollo Económico- Revista de Ciencias Sociales*. N° 171, Vol. 43. Ed. IDES, Buenos Aires. Pp. 355-388.
- POUILLON, Jean (1967) "Presentación: un ensayo de definición" en VV. AA. *Problemas del estructuralismo Siglo XXI*, México.
- QUIROGA, Ana (2005) "Un horizonte de Amenazas" en AA.VV: *Trabajo e identidad ante la invasión globalizadora*. Ediciones Cinco/La Marea. Buenos Aires "[artículo original en Revista La Marea, primavera de 1996]
- RANCIERE, Jacques (1996) *El desacuerdo. Filosofía y Política*. Nueva Visión. Buenos Aires.
- RANCIERE, Jacques. (2000) "Política, identificación y subjetivación", en Arditi Benjamín (compilador) *El reverso de la diferencia*. Caracas. Pp. 145-152.
- RASCHKE, Joachin. (1994) "Sobre el concepto de movimiento social". *Zona Abierta*, Núm. 69.
- RAUBER, Isabel (2003) "El piquete y los multifacéticos magnetismos de la música" www.rebellion.org
- RAUBER, Isabel. (2001) "La CTA en el corazón de la lucha piquetera", Revista *Koeyú*, NÚM. 83, Caracas.
- RAUBER, Isabel. (2002) "Piquetes y piqueteros en la Argentina de la crisis: cerrar el paso abriendo caminos". Mimeo
- REGENDORFER, Ricardo (2002) *La secta del gatillo*, Planeta, Buenos Aires
- REVILLA BLANCO, Marisa (1993) *¿Y todo lo que nos mueve nos une? Movimiento social, identidad y sentido: experiencias contemporáneas en la R.F.A y Chile*. Tesis de Doctorado. Universidad Complutense de Madrid.
- REVILLA BLANCO, Marisa. (1994). "El concepto de movimiento social: acción, identidad y sentido". *Zona Abierta*, 69.
- RICOEUR, Paul: (1998) *Del texto a la acción*. FCE. México
- RIFKIN, Jeremy (1996) *El fin del trabajo*. Paidós, Barcelona.
- ROCA, Emilia (2002) "Principales transformaciones en la regulación del mercado de trabajo y en la seguridad social en la década de los '90" en Cuadernos del CEPED, Núm7. Lindenboim (ed.) *Metamorfosis del mercado de trabajo. Parte 2: Diagnóstico, políticas y perspectivas*. Seminario CEPED/Instituto Gino Germani. FCE-UBA, Buenos Aires. Pp. 65-97

- RUBIO GARCIA, Ana (2004) "Perspectivas teóricas en el estudio de los movimientos sociales" Circunstancia. Revista Electrónica de Ciencias Sociales. Año I, Núm. 3. IUIOG. Madrid. <http://www.ortegaygasset.edu/circunstancia/numero3/principal.htm>
- RUSCONI, Gian E. (1969) *Teoría crítica de la sociedad*. Ed. Martinez Roca. México
- SALVIA Agustín (2001) "Bienestar económico y desigualdad social en los hogares del Gran Buenos Aires durante la política neoliberal", en Gómez, C. (comp., *Procesos Sociales, Población y Familia. Alternativas teóricas y empíricas en las investigaciones sobre la vida domestica*. FLACSO-. Plaza y Valdés. México, Pp. 255-278
- SALVIA, Agustín (2004) "Argentina siglo XXI: Segregación y nueva marginalidad en tiempos de cambio social" Ponencia presentada en CLACSO. Rio de Janeiro.
- SANCHEZ VAZQUEZ, Adolfo (1970) "Estructuralismo e historia" en Sánchez Vázquez, Lefébre y Castro, *Estructuralismo y marxismo*. Grijalbo, 1970, pp. 41-80.
- SANCHEZ, Pilar (1997) *El cutralcazo. La pueblada de Cutral Co y Plaza Huinul, Ágora*. Buenos Aires.
- SARAMAGO, José (2000) *La caverna*. Alfaguara, Buenos Aires.
- SARAVI, Gonzalo (2004) "Segregación urbana y espacio público: los jóvenes en enclaves de pobreza estructural". Revista de la CEPAL, Núm. 83. Agosto. Pp. 33-48.
- SARTRE. Jean Paul (1980) *Bosquejo de una teoría de las emociones*. Alianza. Madrid
- SCHAFF, Adam (1976) *Estructuralismo y marxismo*, Grijalbo.
- SCHAFF, Adam (1980) *Ideología y Marxismo*. Textos vivos-Grijalbo, México
- SCHMITT, Carl (1998) *El concepto de lo político*. Alianza, Madrid.
- SCHUSTER, Federico (2004a) "Algunas reflexiones sobre la sociedad y la política en la Argentina contemporánea". En Di Marco y Palomino *Reflexiones sobre los movimientos sociales en la Argentina*. UNSAM-Baudino Editores. Buenos Aires.
- SCHUSTER, Federico (2004b) "Laboratorios de vida en el territorio de la marginación" Laboratorio, Año 5, Núm. 14, Otoño/Invierno, Buenos Aires.
- SCHUSTER, Federico y PEREYRA, Sebastián (2001) "Las transformaciones de la protesta social en la Argentina democrática. Balance y perspectiva de una forma de acción política" en Giarraca (y colab.) *La protesta social en la Argentina*. Alianza. Buenos Aires.
- SCHUSTER, Félix (1997) "Política y subjetividad. El desafío de la complejidad en las ciencias sociales de fin de siglo" *Ágora* núm. 6, Verano, pp. 153-163.
- SCHÜTZ, Alfred (1974a) *Estudios sobre teoría social*. Amorrortu, Buenos Aires.
- SCHÜTZ, Alfred (1974b) *El problema de la realidad social*. Amorrortu, Buenos Aires. Segunda Edición (1995)
- SCHÜTZ, Alfred y Thomas LUCKMANN (1997) *Las Estructuras del mundo de la vida*. Amorrortu, Buenos Aires.
- SCRIBANO, Adrián (1999). "Argentina "cortada": cortes de ruta y visibilidad social". En López Maya, M., ed., *Lucha popular, democracia, neoliberalismo: protesta popular en América Latina en los años de ajuste*, Caracas, Nueva Sociedad. Pp. 45-72.
- SCRIBANO, Adrián. y SCHUSTER, Federico. (2001) "Protesta social en la Argentina de 2001. entre la normalidad y la ruptura" en *Observatorio Social de América Latina* NÚM. 5. pp. 17-22.
- SEARLE, John (1997) *La construcción de la realidad social*. Paidós, Barcelona.
- SEMAN, Pablo (2003) "El pentecostalismo y la religiosidad de los sectores populares". En Svampa (ed.) *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*. UNGS-Biblos. Buenos Aires. Pp. 155-180.
- SEOANE, José y TADDEI, Emilio (2003) "Movimientos sociales, conflicto y cambios políticos en América Latina" *Observatorio social de América Latina (OSAL)* NÚM. 9. pp. 67-71.

- SEOANE, José. y TADDEI, Emilio. (comp.) (2001) *Resistencias Mundiales (de Seattle a Porto Alegre)* CLACSO. Buenos Aires.
- SERRANO GÓMEZ, Enrique (1998): *Consenso y conflicto. Schmitt, Arendt y la definición de lo político*, Cepcom, México.
- SIDICARO, Ricardo (1981) "Consideraciones sociológicas sobre las relaciones entre el peronismo y la clase obrera en la Argentina", en *Boletín de Estudios Latinoamericanos y del Caribe*, n. 31, Amsterdam. Pp. 43-60
- SMELSER, Neil J. (1963), *The Theory of Collective Behavior*, Free Press, New York. [Teoría del comportamiento colectivo, México, F.C.E., 1989].
- SOLDANO, Daniela (2000) "Subjetividad y vida política. Transformaciones identitarias en tiempos de exclusión". *Apuntes de investigación del CECYP*, Núm 6. pp. 129-147.
- SOPRANSI, María Belén y VELOSO, Verónica (2004) "Argentina: Contra la subjetividad privatizada: la creación de lo colectivo. Praxis desinstitucionalizadora desde los piquetes". *Revista Herramienta*, Núm. 27.
- SOUTHWELL, Myriam (2002) "La reforma educativa argentina y sus mitos" En: *Revista Umbral* 2000, Núm. 8, <http://www.reduc.cl/reduc/southwell.pdf>
- SPALTEMBERG, Ricardo, y MACEIRA, Verónica. (2001) "Una aproximación al movimiento de desocupados en el marco de las transformaciones de la clase obrera en Argentina" *Observatorio Social de América Latina*. Núm. 5. Pp. 23-28.
- STOLKINER, Alicia (2000) "Neoliberalismo y estudio de salud en Argentina: estudio de caso" UBACyT. <http://www.caps.pangea.org/quadern/30/5stolkinrcast..pdf> (abril 2006)
- SVAMPA, Maristella (2001) *Los que ganaron. La vida en countries y barrios privados*, Biblos, Buenos Aires.
- SVAMPA, Maristella (2004) "Cinco tesis sobre la nueva matriz popular". En *Laboratorio/n line. Revista de Estudios sobre Cambio social*, Año IV, Núm. 15. primavera. <http://catedras.fsoc.uba.ar/salvia/lavbo.htm>
- SVAMPA, Maristella (2005) *La sociedad excluyente*, Buenos Aires: Taurus
- SVAMPA, Maristella y Danilo MARTUCCELLI (1997) *La plaza vacía. Las transformaciones del peronismo*. Losada, Buenos Aires.
- SVAMPA, Maristella y PEREYRA Sebastián. (2003) *Entre la ruta y el barrio* Biblos. Buenos Aires
- SVAMPA, Maristella y PEREYRA, Sebastián (2005) "La política de los movimientos piqueteros" en Schuster, Naishtat, Nardacchione y Pereyra (comp.) *Tomar la palabra. Estudios sobre protesta social y acción colectiva en la Argentina contemporánea*. Prometo, Buenos Aires. Pp.: 343-364
- SVAMPA; Maristella (2000) "Identidades astilladas. De la patria metalúrgica al hevy metal". En Svampa, *Desde Abajo. Las transformaciones en las identidades sociales* UNGS-Biblos. Buenos Aires. Pp. 121-154.
- SWIDLER, Ann (1995) "Cultural power and Social Movements" En Klandermans y Johnston (ed.) *Social Movements and Culture*. University of Minnesota Press. Minneapolis.
- TAMAYO FLORES-ALATORRE (1995) "Movimientos sociales modernos, revueltas o movimientos antisistémicos. *Sociológica*, Año 10, núm. 28. Pp. 279-302
- TARDE, Gabriel (1986 [1901]) *La opinión y la multitud*. Taurus. Madrid.
- TARROW, Sidney (1991) "Ciclo de Protesta". *Zona Abierta* 56.
- TARROW, Sidney (1994) *Power in Movement. Social Movements, Collective Action and Politics*; Cambridge, USA. [TARROW, Sidney (1997). *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid, Alianza Universidad]
- TAYLOR, Charles (1996a) "Identidad y reconocimiento" en *Revista Internacional de Filosofía Política* Núm. 7. Pp.- 10-19.

- TAYLOR, Charles (1996b) *Las fuentes del yo*. Paidós. Barcelona
- TAYLOR, Charles (1997) *Argumentos Filosóficos*. Paidós. Barcelona
- TERÁN, Oscar (1983) "Presentación de Foucault" en Foucault, M. *El discurso y el poder*. Folios, México.
- THOMPSON, Edward. P. (1984). "¿Lucha de clases sin clases?". En Thompson, E. P., ed., *Tradición, revuelta y conciencia de clase*, Barcelona, Crítica.
- THOMPSON, Edward. P. (1989) *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Crítica, Barcelona.
- THOMPSON, John B. (1988) La teoría de la estructuración, una valoración de las contribuciones de A. Giddens" *Sociológica* Año 3, Núm 7/8. México. Pp. 187-212.
- TILLY, Charles (1978) *From Mobilization to Revolution*, McGraw-Hill Publishing Company.
- TILLY, Charles (2000). "Acción colectiva". *Apuntes de Investigación del CECYP*, 6.
- TILLY, Charles, (1990). "Modelos y realidades de la acción colectiva popular". *Zona Abierta*, 54/55.
- TORRE, Juan Carlos (2003) "Los huérfanos de la política de partidos. Sobre el alcance y la naturaleza de la crisis de representación partidaria". *Desarrollo Económico*, Núm. 168. Vol. 42. Ene-Marzo. Pp. 647-666.
- TOURAINE, Alain (1969), *Sociología de la Acción*. Ariel. Barcelona.
- TOURAINE, Alain (1978). "Movimientos sociales e ideologías en las sociedades dependientes". En AAVV, *Teoría de los movimientos sociales*, San José, FLACSO-Secretaría General.
- TOURAINE, Alain (1987), *El regreso del actor*, EUDEBA, Buenos Aires.
- TOURAINE, Alain (1997a) *¿Podremos vivir juntos?*. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires.
- TOURAINE, Alain (1997b). "De la mañana de los regímenes nacional-populares a la víspera de los movimientos sociales". Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, Paris. From the LASA Forum. Fall <http://lasa.international.pitt.edu>.
- VAN DIJK, Teun (1999) *Ideología. Una aproximación multidisciplinaria*. Gedisa, Barcelona.
- VAN DIJK, Teun (1997) *El Discurso como Estructura y Proceso*. Barcelona: Gedisa.
- VILAS, Carlos. M. "Actores, sujetos, movimientos: ¿donde quedaron las clases? (1999) En Neufeld, Grimberg y otros (comp.) *Antropología Social y política*. Eudeba. Buenos Aires. Pp. 305-327
- VILLARREAL, Juan (1996) *La exclusión social*. Norma-FLACSO, Buenos Aires.
- VINOCUR, Pablo y HALPERIN, Leopoldo. (2004): "Pobreza y políticas sociales en la Argentina de los años noventa", CEPAL, Serie "Políticas sociales", Núm 85, abril, Santiago de Chile. Pp. 9-25.
- WEBER, Max ([1922] 1964) *Economía y sociedad*. FCE. México
- WEBER, Max ([1922] 1980) "Estudios críticos sobre la lógica de las ciencias de la cultura" [1906]. En Weber, *Ensayos sobre metodología sociológica*. Amorrortu, Buenos Aires.
- WILLIAMS, Raymond (1980) *Marxismo y literatura*. Península, Barcelona
- WILLIAMS, Raymond (1994) *Sociología de la cultura*. Paidós, Barcelona.
- WITTGENSTEIN, Ludwig (1997) *Investigaciones Filosóficas*. IIF-UNAM. México
- ZAMORA ARREOLA, Antonio (1990) "Aproximaciones para el estudio de la acción social. De los reduccionismos objetivistas y subjetivistas a propuestas globalizadas. *Sociológica*. Año 5, Num. 16. Septiembre-diciembre. Pp. 13-33.
- ZEMELMAN, Hugo (1983) *Historia y política en el conocimiento*. Serie Estudios 71-UNAM, México.
- ZEMELMAN, Hugo (1987) *Conocimiento y Sujetos Sociales*. El Colegio de México. México

- ZEMELMAN, Hugo (1987b) "Razones para un debate epistemológico" Revista Mexicana de Sociología, Año XLIX, Núm. 1. Enero-marzo. Pp. 1-10
- ZEMELMAN, Hugo (1987c) "La totalidad como perspectiva de descubrimiento" Revista Mexicana de Sociología, Año XLIX, Núm. 1. Enero-marzo. Pp. 53-86
- ZEMELMAN, Hugo (1992) *Los Horizontes de la Razón*. II Tomos, CRIM- Anthropos. Madrid.
- ZEMELMAN, Hugo (1995) "La esperanza como conciencia (un alegato contra el bloqueo histórico imperante: ideas sobre sujetos y lenguaje" en Zemelman (coord.) *Determinismos y alternativas en las ciencias sociales de América Latina*, CRIM-UNAM, Nueva Sociedad.
- ZEMELMAN, Hugo (2001) *De la historia a la política. La experiencia de América Latina*. Siglo XXI-UNU, México.
- ZEMELMAN, Hugo. (1997) "Sujetos y subjetividad en la construcción metodológica". En León y Zemelman, (coords.). *Subjetividad: umbrales del pensamiento social*. Barcelona: Anthropos-CRIM-Coordinación de Humanidades. Pp. 21-35
- ZEMELMAN, Hugo. y VALENCIA, Guadalupe. (1990) "Los sujetos sociales. Una propuesta de Análisis" en *Acta Sociológica* Vol. III. NÚM. 2. FCPS-UNAM. México, Mayo-Agosto. Pp. 89-106.
- ZIBECHI, Raúl. (2003a) "Los movimientos sociales latinoamericanos: tendencias y desafíos". *Observatorio social de América Latina (OSAL)* Núm. 9 pp.185-188.
- ZIBECHI, Raúl. (2003b) *Genealogía de la Revuelta. Argentina la sociedad en movimiento*. Nordán Comunidad. Letra Libre. Buenos Aires.
- ZIBECHI, Raúl. (2004) "¿Qué hay de común entre piqueteros y zapatistas?", http://www.lafogata.org/zibechi/zibechi_011204.htm Visitado 22 de marzo de 2005.
- ZIZEK, Slavoj. (1992) *El sublime objeto de la ideología*. Siglo XXI. Buenos Aires
- ZIZEK, Slavoj. (1998) *Porque no saben lo que hacen. El goce como un factor político*. Espacios del Saber. Paidós. Buenos Aires.
- ZIZEK, Slavoj. (2001) *El espinoso sujeto. Centro ausente de la ontología política*. Paidós, Buenos Aires.
- ZIZEK, Slavoj (2003) "¿Lucha de clases o posmodernismo? ¡Si, por favor!" en Laclau, Zizek y Butler *Contingencia, hegemonía y universalidad*. FCE. Buenos Aires. Pp. 95-140.
- ZUBIETA, Ana María y otros. (2000) *Cultura popular y cultura de masas*. Paidós. Buenos Aires.
- ZURITA, Carlos (1994), "El incendio y sus vísperas. Patronazgo y alteridad culposa en la conciencia santiagueña", *Población y Sociedad*, núm. 2, Tucumán.

Diarios y semanarios consultados

- Página/12: www.pagina12.com.ar
- Clarín: www.clarin.com.ar
- La Nación: www.lanacion.com.ar
- Semanario "Hoy"
- *Frente Popular: Para construir desde abajo el cambio social*. Publicación del Frente popular Darío Santillán. Año 2, Núm. 5, Mayo de 2005.
- *Resistir y Vencer*. Periódico del Movimiento Resistir y Vencer. Año IV, Núm. 7, Marzo de 2005
- *El corte piquetero*. Publicación del MTR-CUBa. Año 1 Núm. 9. Abril de 2005.
- *Proyectos 19/20*. Año 3, Núm. 13, Abril 2005.